EL BAILE DE LAS ESTATUAS
TATIANA BALLESTEROS
SUMA

Tatiana Ballesteros

El baile de las estatuas

Esta historia se la dedico a la curiosidad,
al inconformismo y a la búsqueda de la verdad.
Si al leer esto te identificas,
entonces también es para ti.

A mi familia

A ti, Ito

1

Disponía de apenas cinco minutos para terminar de arreglarme, mis amigos estaban a punto de recogerme y todavía no había elegido el jersey. ¿Negro básico o rojo pasión?

Odiaba salir de fiesta con todas mis fuerzas. No me gustaba beber alcohol. Siempre sentí que no encajaba del todo en la sociedad en la que vivía y no le veía mucho sentido a esa manera de aprovechar el tiempo de ocio. Además, tenía una teoría: a partir de las dos de la mañana nunca sucedía nada bueno. Sin embargo, aquel día no me quedó más remedio que ceder ante la propuesta que me hicieron mis amigos. Bueno, en realidad, acepté la entrada de la fiesta porque ellos ya la habían comprado.

Desde que mi madre murió, la verdad es que disfrutaba con pocas cosas. Trataba de sacar buenas notas y visitaba a mi padre de vez en cuando. A mí toda la vida me ha llenado leer, ver películas, pasear por los parques…, aficiones de gente mayor. Por eso pensaba que no encajaba en este mundo, incluso que había nacido en la época equivocada.

Juanfer llamó al telefonillo para que bajase, llevaban un rato abajo. Me habían escrito al móvil, pero, como de costumbre, estaba en silencio. No tenía muy claro qué nos depararía esa noche, pero desde luego nunca imaginé que lo cambiaría todo para mí, absolutamente todo.

—Cinco minutos esperando, Susana… —me soltó Juanfer desde la ventanilla del copiloto cuando salí del portal.

—Perdonad…, estaba intentando decidirme —me disculpé agobiada.

—Mucho decidir, pero el jersey negro que no te lo quite nadie. —Se reía—. ¿Algún día podremos verte con un pedazo vestido? —me preguntó entre risas.

Él ya sabía cómo era. Sonreí y entré en la parte trasera del coche. Alonso conducía y Cristina iba conmigo detrás. Desde que empezamos la carrera los cuatro nos habíamos hecho muy amigos. Aunque me costaba bastante relacionarme, con ellos me sentía extrañamente a gusto, algo raro sobre todo porque eran muy diferentes a mí. Cristina siempre me decía que tenía que sacarme más partido, que debía dejar

mi ropa oscura a un lado y ponerle luz a la vida. Tal vez no le faltase razón, pues los pantalones vaqueros, las deportivas y los jerséis negros eran mi atuendo favorito.

Sabía lo importante que era para ellos que acudiese a esa fiesta. Alonso había comprado las entradas hacía un mes y al parecer este evento se celebraba pocas veces al año y solo para algunos privilegiados, pues no todo el mundo lo conocía y no todo el que quería conseguía entradas. Lo llamaban FICLASI, «fiesta clandestina silenciosa». Una modalidad diferente donde la música se escuchaba a través de unos cascos. Me resultaba curioso imaginar a un centenar de jóvenes apelotonados en una nave semiabandonada moviéndose al son de una música que solo podían escuchar ellos. De lo que más ganas tenía era de quitarme los cascos en medio del subidón y ver a una panda de borregos bailar como si les estuviese dando un síncope en completo silencio.

El caso es que era la primera fiesta que se celebraba ese año y mis amigos tenían muchas ganas de ir. La gracia de la FICLASI era que, al comprar la entrada, solo te proporcionaban un código de seguimiento, pero no te informaban ni dónde ni cuándo sería. Eso solía ocurrir cuarenta y ocho horas antes. Enviaban un mensaje a los teléfonos asociados a cada entrada y te daban un día, una hora y una dirección. Y así ocurrió, todos recibimos ese mensaje dos días antes, así que allí estábamos los cuatro rumbo a una zona industrial de Mejorada del Campo.

Cuando llegamos no había ninguna duda de que era allí. Estaba lleno de gente joven. Vehículos mal aparcados a lo largo de la calle del polígono donde se ubicaba la nave, música en los coches y algún que otro botellón a las puertas del lugar en cuestión. Me resultaba cómico observar cómo tanta gente se aglutinaba alrededor de una bolsa de hielo con la esperanza de que les durase al menos hasta que pudieran pedirse una copa dentro.

La FICLASI empezaría a las diez en punto de la noche y, para mi sorpresa, a esa hora las enormes puertas de la nave se abrieron y dieron paso a un silencio sobrecogedor. La gente comenzó a formar una fila para acceder de manera curiosamente educada. Si me lo hubieran preguntado antes, habría jurado que allí se formaría una selva de monos con ganas de entrar en su jaula. Sin embargo, la fila avanzó con corrección; de lejos vimos que dos hombres bastante fornidos entregaban algo a los que iban pasando. Sentía mucha curiosidad por saber cómo era, aunque Alonso ya me había comentado que el reproductor de música y los auriculares te los prestaba la propia organización de la fiesta.

Cuando llegó mi turno, el portero que estaba a punto de darme los aparatos me miró de arriba abajo, extendió la mano y me dijo:

—DNI, por favor.

—¿Perdona? —Me entró la risa.

—DNI —insistió serio.

—Tío, que somos todos de la misma edad, estamos en la universidad ya, tenemos veintitrés años —dijo Juanfer intentando calmar las aguas.

—Pues tu amiguita no parece que tenga ni diecisiete, así que DNI o no entra —contestó.

Le di el documento resignada y para no provocar un problema. En el fondo lo entendía, era su trabajo y me parecía bien que controlase la edad de las personas que entraban, pero me sentí un poco ofendida cuando pensó que era menor de edad. Vale que siempre me han echado menos años de los que tengo, pero diecisiete…

—Te lo he dicho, tía. Tienes que cambiar el vestuario. Es por tu ropa, pareces mucho más pequeña —me dijo Cristina aprovechando el momento.

—Está bien. Pasa.

—¿Ves? —le dije quitándole el DNI de las manos un poco brusca.

Finalmente me dio un aparato muy pequeño y unos auriculares, todo ello precintado. Era un reproductor de música muy curioso, porque, en teoría, contenía la música que escucharíamos. Solo había dos sesiones previstas por la organización, ambas lo bastante extensas como para que estuviésemos horas allí metidos. Una era de música techno, vamos, el chunda, chunda de toda la vida. La otra era más de reguetón, con pop y música muy comercial. Ese estilo musical no era mi fuerte, podía escucharlo, aunque no se trataba de algo que me pusiese en casa cuando estaba sola. Pero lo que no aguantaba era el chunda, chunda. Creo que la única canción que he tolerado en mi vida ha sido *Flying Free* de Pont Aeri, y poco más. Así que, lamentándolo mucho por mis artistas favoritos, elegí la sesión musical de reguetón, pop y comercial.

El concepto de la fiesta no es que me gustase demasiado, pero agradecí que tuviéramos que evitar relacionarnos con el resto por estar conectados a unos cascos. Al principio todo era muy extraño, la gente sentía cierta reticencia a dejarse llevar, pero con el paso del tiempo se formaron varios grupos que escuchaban una sesión musical u otra. Nosotros nos quedamos juntos, pese a que Alonso y Cristina habían elegido el techno y Juanfer y yo el comercial. Poco a poco la cosa se empezó a animar bastante, se veía a la gente más confiada, lo que hacía que bailaran sin parar, consumieran alcohol sin freno y

alguna otra cosa que pude divisar. Por un momento estuve tentada de quitarme los auriculares y contemplar en completo silencio a todas esas personas bailar sin sentido alguno, pero me lo pasaba tan bien gritando con Juanfer las canciones que nos sabíamos mientras a la par Alonso y Cristina bailaban como si se les rompiese el cuerpo que decidí quedarme así. Juanfer tampoco bebía alcohol y me aliviaba saber que no era la única que sentía cierta aversión por ello.

Hubo momentos muy buenos antes de que sucediese el desastre, creo que siempre los recordaré con un poco de cariño porque me divertí mucho. Por desgracia, a mitad de la noche las cosas cambiaron radicalmente.

Fui a la barra a por un par de refrescos más para Juanfer y para mí porque estábamos sedientos de tanto movernos, saltar, bailar y cantar. El camarero también tenía los cascos puestos y, a juzgar por sus movimientos, había elegido sin duda el techno. Me sonrió y me dio una carta de bebidas para que señalase con el dedo lo que quería; bien pensado, porque si no, ¿cómo iban a hacerlo? A mi lado, una chica algo mayor que yo vestía tal y como Cristina me aconsejaba, y me quedé observando su ropa. Una falda ajustada, una blusa bonita, unos tacones bastante decentes y maquillada como una puerta. Iba guapa y lo era, aunque tal vez demasiada pintura para mí. La chica se dio cuenta de que la observaba y giró la cara, lo que hizo que yo apartase la mirada rápido. Luego me tocó el hombro y me hizo un gesto con la mano para saber qué sesión musical estaba escuchando, muy maja, pero, como no coincidíamos en la música, nos limitamos a sonreír y a seguir pidiendo nuestras bebidas.

Hasta ahí todo correcto y normal. Sin embargo, cuando fui a coger los dos vasos de tubo que me había servido el camarero, la chica se quitó los cascos como si le estuvieran quemando los oídos. La miré extrañada y, sin esperar mucho más, se golpeó la cabeza y los oídos con tanta fuerza que la sangre comenzó a salir por sus orejas. Pasó todo tan rápido que cuando quise dejar las bebidas en la barra y quitarme los cascos para ayudarla ya se había desplomado. Pude contemplar algo que no me sorprendió: una parvada de pollos sin cabeza bailando al son de una música que solo escuchaban ellos.

El camarero saltó la barra para ayudarme a socorrer a la chica, que en apenas unos instantes estaba convulsionando e inconsciente en el suelo. No sabía qué hacer, me quedé mirándolos a los dos, pero enseguida reaccioné. Le tomé el pulso a la muchacha mientras el resto se divertía; estaban tan absortos en su música que ni siquiera se habían dado cuenta de lo que ocurría a su alrededor, y los que sí fueron conscientes estaban tan drogados que solo les entraba la risa y

se iban como si no fuese con ellos la cosa. No tenía pulso, e intenté realizarle la RCP, la reanimación cardiopulmonar.

Comencé a gritar desesperada para que alguien me ayudase e incluso le agarré la pierna a uno desde el suelo, pero lo único que recibí fue una patada. La gente bailaba como alienada, todo era terriblemente extraño. Así que me levanté y, dejando allí a la chica y al camarero, corrí a por mis amigos. Mientras cruzaba la pista de baile, volví a ver de refilón a algún que otro asistente que hacía los mismos gestos que ya había visto en la chica y el camarero; me asusté mucho.

—¡Juanfer! —grité a la vez que lo zarandeaba.

Él solo se reía y me cogía de las manos para seguir bailando. Me daba vueltas e impedía que me explicara. En una de esas, vi de nuevo a un chico desplomarse, me giré y le arranqué los cascos de las orejas.

—¡Juanfer, ayúdame! —Por fin entendió que algo pasaba.

Lo cogí de la mano y sorteamos lo más rápido que pudimos a la gente hasta llegar a la chica; seguía sin pulso. Juanfer se ocupó del camarero. Estuve un buen rato haciéndole las maniobras de reanimación, pero no surtían efecto con ella. Mi amigo tampoco consiguió nada. Entonces Juanfer, que ya había comprendido la situación y la gravedad del asunto, fue en busca de las personas que trabajaban en la organización para avisarlas de lo que estaba sucediendo. Cada vez había más gente en el suelo y no sabíamos si viva o muerta. Al parecer el *staff* estaba demasiado entretenido en un reservado y no se había dado cuenta de nada de lo que ocurría.

Fue totalmente imposible reanimarla, estaba muerta. Traté de continuar mi labor con el camarero, pero ya era demasiado tarde. Cuando me levanté y miré el escenario a mi alrededor me estremecí por completo; una gran cantidad de los jóvenes asistentes a la FICLASI estaban muertos.

Me quedé un buen rato en estado de shock contemplando lo que tenía delante. ¿Qué narices había pasado ahí? Y no era la única. La organización había desactivado los reproductores de música y los supervivientes estaban tan atónitos como yo, y eso sin contar a los que les entró el pánico y corrieron hacia la salida como si no hubiese un mañana, provocando una avalancha en la puerta principal. Sin duda, aquella fue la fiesta que marcó mi vida.

La policía y los servicios de emergencia no tardaron mucho en llegar a lo que, previsiblemente, era la escena de un crimen en masa. Tal vez todo habría sido mucho menos traumático para mí si hubiésemos salido los cuatro con vida, pero, cuando Juanfer y yo quisimos llegar al mismo lugar en el que dejamos a Alonso y Cristina,

ambos estaban en el suelo. A Cristina la encontramos sin pulso y con los oídos empapados de sangre, y Alonso, a su lado, se hallaba inconsciente y en estado grave.

Si me hubiesen contado unas horas antes todo lo que ocurrió, justo cuando estaba decidiendo qué color escoger para el jersey que quería ponerme, no me lo habría creído, y mucho menos habría imaginado que, dentro de los servicios de emergencia y de la policía que vinieron a cubrir este horror, estuviese Paula Capdevila y su Unidad de Intervenciones Especiales. Además, los periodistas inundaron el exterior de la nave, ardientes de deseo por encontrar cientos de titulares sobre lo que acababa de ocurrir allí.

Para mí ella era la mujer más admirada del planeta Tierra. Se había hecho muy conocida a raíz del caso del asesino del aire en vena. Su cara ocupó durante semanas las portadas de la prensa. Era la criminóloga que había resuelto la investigación acerca del homicida más temido de Madrid. No solo era famosa, sino la mejor profesional en su campo.

Llevaba un par de años totalmente obsesionada con su trabajo y sus triunfos. Si hubiese tenido una carpeta que forrar, al igual que los adolescentes llenan las suyas de imágenes de actores de Hollywood, habría pegado en la mía una y otra vez su cara. Y no, no era una cuestión platónica ni erotomaniaca, era admiración pura y dura. Yo quería ser como ella.

¿Cómo la vida podía ser tan inesperada como para que la mejor criminóloga del país y yo terminásemos en el mismo lugar, el mismo día y a la misma hora? Estaba en tercero de Criminología y Periodismo y, sin lugar a dudas, lo que más me atraía era la mente humana. Como a ella. Lo que en aquel momento no sabía y, por supuesto, no esperaba, era que su camino y el mío se juntarían mucho más de lo que podría creer.

La FICLASI cambió por completo mi vida. Perdí a Cristina, Alonso sufrió secuelas, la chica de la barra y otros muchos no vivieron para contarlo. Sobreviví a aquella catástrofe, pero también conseguí lo que siempre había soñado: pude conocer a Paula Capdevila y a la Unidad de Intervenciones Especiales al completo.

2

Escuchar el volumen alto durante largos periodos de tiempo puede dañar tu audición. Pulsa ACEPTAR para que se pueda aumentar el volumen por encima de los niveles seguros».

«Maldita sea», pensé cuando me saltó en la pantalla ese molesto mensaje que siempre salía en el momento más inoportuno. Bastaba que necesitases escuchar algo con nitidez para que los dispositivos se preocuparan por tu salud auditiva.

—Paula, ¿tenemos algo nuevo? —me preguntó Gutiérrez al entrar por la puerta de mi despacho.

—¿Qué? —Me quité los cascos para escucharlo.

—¿Hay algo válido? —repitió de nuevo el comisario.

—El audio es tremendamente malo, señor. Desde el Departamento de Informática están intentando aclarar el ruido y suavizarlo, me han pedido un poco de tiempo. Mientras tanto voy a seguir por si saco algo en claro.

Trataba de dilucidar lo que se escuchaba en un audio grabado que habíamos logrado obtener para la investigación que teníamos en curso. El sonido era nefasto, la duración demasiado corta y había mucho ruido para poder sacar algo con sentido. Por más que subía el volumen era imposible, así que no nos quedó más remedio que esperar a que los expertos en este campo hiciesen su trabajo y nos ayudaran con la grabación. Me retiré del ordenador y llamé a Sandoval:

—¿Tienes algo? —pregunté.

—No sabría decirte lo que tengo entre manos, Paulita. Es… extraño.

—¿Cómo que extraño?

—Sí, extraño. Tras practicarle la autopsia a esta chica, no entiendo las lesiones que tiene. Es como, no sé, como si… —titubeaba.

Lo cierto es que sabiendo que Sandoval era la mejor forense que había conocido y tras verla trabajar en cada caso que habíamos resuelto, se me hacía extremadamente raro que no supiese darme una respuesta contundente.

—Déjalo, no sé ni cómo explicarlo. Cuando podáis, venid al instituto de anatomía y lo vemos juntos para que entendáis lo que os voy a explicar. —Colgamos la llamada.

Habían pasado ya un par de años desde que dejé Barcelona para comenzar en la UIE, la Unidad de Intervenciones Especiales en Madrid. Recuerdo con total claridad el momento en el que me bajé del AVE, en Atocha, para comenzar mi nueva andadura como criminóloga de la UIE. El simple hecho de que, finalmente, se aprobase una unidad especializada como la nuestra y tuviéramos un hueco en este país ya fue un logro enorme para todo el equipo. Gutiérrez había luchado mucho como comisario para que eso ocurriese. Y comenzar con el caso del asesino del aire en vena hizo que la UIE tuviese mucha más relevancia y credibilidad de lo que nadie habría podido imaginar. Aunque fuese un caso complicado, la formalización de esta unidad resultó clave para atrapar a ese asesino en serie que tuvo a Madrid en vilo tanto tiempo. Hicimos una gran familia dentro y fuera del trabajo; lo que vivimos al inicio de la creación de la UIE y al localizar a ese terrible criminal nos unió por completo. Además de toda la repercusión mediática que tuvo la investigación.

En muchas ocasiones, por nuestras posiciones de garante, nos olvidamos de lo duro que es lidiar con el fracaso y con las víctimas a las que no podemos salvar. Nadie nace de piedra. A mí me afectó mucho más de lo que pensaba y si algo tenía claro es que debía cuidar mi mente y mi alma para poder seguir rindiendo en mi trabajo y en mi vida.

Después de dar por cerrado el caso del asesino del aire en vena y de que se aprobase la UIE, todos nos tomamos unas vacaciones muy ansiadas. Gutiérrez, como comisario, necesitaba despejarse, pese a que siguiese al pie del cañón con otros muchos asuntos. Sandoval, como forense, decidió parar un poco su labor y coger fuerzas, y Tony y yo afianzamos aún más nuestra relación. Además, empecé a acudir a una terapeuta para poder gestionar todas mis emociones y sentimientos. Aunque pudiera parecer mentira que una criminóloga especializada en análisis de conducta necesitase la ayuda de un profesional, esta realidad es mucho más habitual de lo que la gente pueda pensar. De hecho, gestioné todo bastante bien o, al menos, eso decía mi terapeuta. Al fin y al cabo, no solo resolví el caso más importante de mi carrera hasta ese momento, sino que también fue fundamental para conocerme mejor. La tensión, la incertidumbre y la ansiedad que sufrí con aquella investigación habían dejado en mí una huella bastante profunda. Descubrir esos secretos sobre mi vida personal, que tanto tiempo habían estado ocultos, y desgranar tantas piezas para conseguir todas las respuestas agotaron mi mente y mi alma. Aunque luego tuviera la satisfacción de haber atrapado al homicida.

Procuraba trabajar mucho con mi terapeuta el sentimiento de culpa

que sentía desde que el asesino del aire en vena entró en mi día a día. El dolor y el enfado que corrían por mis venas, la ansiedad que me había provocado todo aquello y el pequeño síndrome de *burnout* tras esas minivacaciones invernales. Todos libramos una batalla alguna vez que manejamos en silencio. Cuando comencé esa aventura al poner un pie en Atocha, nunca llegué a imaginar que mi vida daría un giro tan radical ni que me enfrentaría a un asesino en serie unido a mi pasado, y mucho menos que tiempo después volvería a estar cara a cara con otro asesino en serie que me provocaría también mucho sufrimiento.

La cuestión es que Gutiérrez nos avisó de que teníamos dos cuerpos sin identificar durante nuestras más que merecidas vacaciones, por lo que tuvimos que volver antes de tiempo. Se resumió en un ajuste de cuentas muy duro. Nos costó bastante averiguar quiénes eran los asesinos de aquellas dos víctimas. Se trataba de una mafia rusa completamente desconocida, que había emergido en las últimas décadas y pasado desapercibida por completo. Se dedicaban a la importación y exportación de armas a través de una red de floristerías. Su negocio estaba tan bien montado que nunca habían tenido un solo desliz; sin embargo, solo fue necesario uno para que los cazásemos.

El caso creó un pequeño conflicto con Rusia por ciertos integrantes de la mafia con demasiado poder, pero al final todo se solucionó; eso sí, nos llevó medio año resolver la investigación y otro medio solucionar el desastre diplomático. Durante ese tiempo alterné el trabajo, las sesiones terapéuticas y mi relación con Tony de la mejor manera posible. He de reconocer que fue un año bastante tranquilo y necesario, pese al caso de la mafia.

Tony se vino a vivir a mi apartamento, cosa a la que me costó acostumbrarme. Por un lado, estaba pletórica al tenerlo tan cerca, pero por otro siempre había sido una persona muy estricta con mis rutinas como para compartirlas con alguien, y más con mi compañero de unidad. Sin embargo, él también se esforzó y adaptó para convivir con alguien como yo. Además, formalicé la adopción de Henry, mi perro fiel, y, por supuesto, continuó viviendo con nosotros. Pero toda esa tranquilidad de trabajar en un caso relativamente sencillo, aunque tedioso, se vio interrumpida por la segunda investigación de mi vida contra un asesino en serie:

—Señor, Sandoval necesita que vayamos cuando podamos. Si le parece bien, Tony se queda con el audio y yo voy a una de mis sesiones con mi terapeuta, que tiene un hueco ahora.

—Sin problema, Paula. ¿Qué tal te está yendo? —preguntó con interés.

—Bien, bastante bien. —Sonreí.

—Tal vez me apunte yo también a sus sesiones —dijo en un tono afable.

—Pues… quizá no le vendría mal —contesté con humor.

La consulta de mi terapeuta se encontraba muy cerca de la central, podía ir hasta allí a pie, eso me facilitaba mucho las cosas, pues me pasaba más tiempo en la central que en mi casa; además, tenía bastante flexibilidad horaria. La mayor parte de las veces las citas eran concertadas, pero otras muchas las improvisábamos. La llamaba y, si ella podía, me acercaba. Con este trabajo a veces no sabía lo que me depararía el día, así que su transigencia con mis horarios era un punto a favor.

En una cafetería que quedaba a medio camino entre la central y el despacho de mi terapeuta cogí un par de tés para llevar. En las sesiones de tarde nos gustaba tomarnos un té. Solía llevárselo yo, pero en alguna ocasión lo preparaba ella en la consulta, en una pequeña cocina que tenía disponible. Llegué al portal del edificio donde Marta, mi terapeuta, pasaba consulta.

—Buenas tardes —le dije al portero.

—Buenas tardes, señorita Capdevila, qué gusto verla. Le sienta bien esa chaqueta.

—Gracias, Ernesto. —Él siempre tan complaciente y amable, cada día que veía a Marta me hacía un cumplido nuevo.

Llamé a la puerta del despacho.

—¡Pasa! Está abierto —escuché a Marta desde el interior.

La consulta era maravillosa. Muy luminosa, decorada con un estilo minimalista y con un olor magnífico a lilas. Tal y como a mí me gustaba. Me sentía muy cómoda. Era la mínima expresión, eso sí. Una mesa de despacho, una pequeña cocina abierta, una estantería llena de libros y un par de sofás donde nos sentábamos para hablar y hacer terapia.

Me quité el abrigo, lo colgué en el perchero de la entrada junto con mi maletín y me senté en uno de los sofás. Marta estaba hablando por teléfono y me hizo un gesto con la mano para indicarme que le diera un segundo.

—Mierda —solté en alto—, he derramado el té.

Me levanté para pedirle a Marta una servilleta, pero cuando me giré ya la tenía colocada en el respaldo del sofá. Así era ella, observadora como la que más. A veces hasta me sentía inútil a su lado.

—Discúlpame, Paula. Soy incapaz de cortarle. Empieza a hablar y se enrolla como las persianas —me dijo mientras se sentaba.

—¿Tu tío? —pregunté sonriendo.

—El mismo. —Resopló con los ojos en blanco.

Después de un año habíamos entablado una relación muy bonita y recíproca. No sé si podíamos decir que éramos amigas, porque le contaba mis problemas como terapeuta que era, pero con el paso de los meses ella también me hablaba a veces de su vida.

—Qué raro que vengas hoy, ¿no? No te esperaba para nada. Me ha sorprendido tu llamada. —Se cruzó de piernas.

—Ya, yo tampoco tenía pensado venir. Tenía un par de horas muertas en el trabajo y necesitaba despejarme un poco…, ya sabes, hablar.

—Cuéntame, te noto preocupada.

—No sé, Marta…, lo de siempre supongo. Estoy muy a gusto en el trabajo, pero me falta algo. Siento que me falta algo, no sé qué es, pero algo.

—Adrenalina —afirmó.

—Sí, exacto. Ya sé que me has dicho muchas veces que no podría aguantar, ni yo ni nadie, un ritmo tan frenético y constante como el de aquel caso, pero… me falta algo.

—¿Recuerdas lo que me contabas cuando empezaste a venir? El nerviosismo, el temblor de manos, el estrés crónico… Todo esto son síntomas de un exceso de adrenalina, Paula. Síntomas que no podrías soportar de forma constante y mucho menos por motivos laborales.

—Lo sé —la interrumpí—, soy consciente, pero… me siento vacía, desde entonces no hemos tenido ningún caso que realmente me apasione.

—¿Qué debe tener un caso para que te apasione?

—Pues… emoción, intriga, cambios drásticos. —Negaba yo sola con la cabeza cuando me escuchaba en voz alta.

—Eso… parece más un *thriller* —me dijo divertida.

—Ay…, no sé, Marta —resoplé.

—Mira, Paula, tu trabajo de por sí ya es complicado. Has vivido muchos cambios en poco tiempo, has descubierto cosas muy dolorosas de tu vida, has estado en el punto de mira de un país entero…, pero todo eso no puede durar para siempre. ¿Estás haciendo los ejercicios que te comenté? —preguntó.

Mi móvil empezó a sonar, era Tony. Le hice el mismo gesto con la mano que ella me había hecho minutos antes a mí.

—Dime, Tony.

—Paula, tenemos algo. ¿Te queda mucho?

—No te preocupes, ya voy.

Colgué el teléfono y me dirigí al perchero a por mis cosas.

—El deber me llama…

—No te preocupes, recuerda que el martes que viene tenemos cita, ¿vale? —Asentí con la cabeza.

No sé qué tenía Marta, pero, con el simple hecho de hablar un rato, me tranquilizaba bastante. Es la relación con las energías que todos conocemos. Hay gente con la que conectas y gente con la que no. Con Marta todo era perfecto.

Al llegar a la central, Tony, me mostró de nuevo aquella grabación que, de momento, era lo único que teníamos de las víctimas, algunas de las cuales seguían en manos de Sandoval. El caso había comenzado cuarenta y ocho horas antes cuando nos avisó la Policía Nacional del fallecimiento de una joven de veintidós años en una fiesta ilegal. No habría sido nuestra competencia si, de los doscientos treinta jóvenes que había en aquella fiesta, noventa y siete no hubiesen desarrollado un comportamiento y unos síntomas muy extraños. Además, varios de ellos también fallecieron, aunque en un momento de confusión solo nos reportaran la muerte de la muchacha.

El escenario fue el siguiente: una nave industrial abandonada en la que se hacían fiestas clandestinas silenciosas o FICLASI, como las llamaban. De hecho, pensaban que era una modalidad de reunión superoriginal, y no era así. Tal vez sí el término FICLASI, pero no ese tipo de fiestas. Estos eventos comenzaron durante los años sesenta, aunque no fue hasta la década de los ochenta cuando se disparó su popularidad entre los más jóvenes.

El caso es que las FICLASI se organizaban en un lugar cualquiera, generalmente naves abandonadas a las afueras, en las que la gente, en completo silencio para el exterior, escuchaba música a través de unos cascos que les entregaban en la entrada. Un organizador abastecía la fiesta de todo lo que reclamaban: auriculares, alcohol y drogas. Cobraba una entrada por un valor muy superior a cualquier discoteca normal
y les daba a los jóvenes la oportunidad de irse de farra de una manera diferente. Se solían aglutinar más de un centenar, pues
era una oferta tentadora. Se unía la curiosidad que provocaba una fiesta silenciosa con que además era clandestina. Al parecer les informaban de la ubicación de la fiesta muy poco antes de que empezase para evitar posibles redadas. Desde luego, estaba todo más que planeado.

No obstante, esta última había dejado un reguero de fallecidos y a un buen número de participantes con ciertas lesiones que todavía no entendíamos. De momento, lo único que habíamos conseguido era un

montón de testimonios sin sentido, varias víctimas y una grabación de audio que uno de los chicos hizo con su móvil.

—¿Qué tenemos? —le pregunté a Tony y al chico que nos ayudaba con el sonido.

—Muy poco, pero algo. Explícaselo —le pidió Tony a su compañero.

—Con una grabación de móvil es difícil modular los sonidos; no obstante, lo único que he podido rescatar es un hercio muy alto. Me explico, la frecuencia de una onda sonora determina su tono y se suele medir en hercios. Una unidad equivale a una onda sonora por segundo. En esta grabación, aunque hay demasiado ruido de fondo, existe un fragmento que opera a más de treinta mil hercios.

—Y eso… ¿qué quiere decir? —pregunté.

—Quiere decir que justo esa parte no pudieron escucharla.

—¿Para qué existiría una parte que no se puede oír si la cuestión es que puedan escuchar la música desde los auriculares? —Tony no lo entendía y estuvo certero con su duda.

—Pues no lo sé con exactitud. Pero se trata de lo único relevante que he podido sacar, el resto es ruido y sonido normal de música.

—Entiendo que el chico grabó el audio desde el auricular, ¿no? —quise aclarar.

—Eso es, debió de grabar con su teléfono móvil acercándolo al auricular, por eso la calidad es muy mala —me contestó el compañero de informática encargado del sonido.

La familia de la joven fallecida que se encontraba en la sala de autopsias, Irene Herrera González, nos comentó en la primera conversación que tuvimos con ellos que, pese a ser muy fiestera por su edad, era una chica responsable y deportista. Incluso se molestaron cuando insinuamos la posibilidad de que su muerte estuviese relacionada con el consumo de algún tipo de drogas, como explicación más sencilla a lo ocurrido. Sobre todo, viendo también los síntomas que el resto de jóvenes habían desarrollado. Estábamos a la espera de que Sandoval nos confirmase el resultado de la autopsia que, sin saber en aquel momento por qué, se estaba retrasando más de lo habitual.

Los análisis toxicológicos de los demás participantes de la fiesta eran bastante dispares. Había positivos en cocaína, anfetaminas y marihuana, y algunos habían consumido todas esas sustancias juntas. Sin embargo, varios jóvenes solo habían tomado alcohol e incluso alguno sorprendentemente no había consumido nada.

El día se presentaba bastante largo hablando con los testigos. A Tony y a mí nos interesaban en particular el chico y la chica que no habían consumido alcohol ni drogas, y que además trataron de

reanimar a Irene. Los citamos a última hora de la tarde para poder centrarnos en su declaración. Y para encontrarlos cansados y así poder presionarlos un poco si veíamos algo extraño en sus respuestas. El comisario principal Gutiérrez decidió hacer trabajo de campo interrogando a los organizadores de la fiesta. Por el cargo que ostentaba, no era muy normal esta manera de proceder, pero nuestro comisario era así; no se atenía mucho al protocolo. Por otro lado, Sandoval seguía sin aparecer con los resultados de la autopsia de la joven, así que para no estresarla decidimos acudir al instituto de anatomía a la mañana siguiente.

—Buenas tardes. Soy el inspector Herrero, y ella, la criminóloga Capdevila. Susana Pacheco y Juan Fernando Salas, ¿verdad? —dijo Tony revisando el expediente.

—Así es, agente, aunque prefiero que me llamen Juanfer —contestó el chico.

—Inspector —le corrigió Tony.

El muchacho se quedó bastante cortado, incluso un poco asustado.

—Lamentamos mucho la pérdida de vuestra amiga Cristina y la situación de Alonso. Sabemos que esto no va a ser fácil, pero necesitamos esclarecer los hechos para entender qué ha ocurrido —prosiguió Tony. Los dos jóvenes estaban afectados—. Bien. Empezad por el principio —concluyó mientras se sentaba a mi lado.

Ambos jóvenes se miraron entre sí para ver cuál de los dos hablaba primero. Susana comenzó su relato.

—Bueno, pues nosotros llegamos a la fiesta con dos amigos y…

La interrumpí.

—Empieza antes, por favor, ¿cómo os enteráis de la fiesta?

—Ah, sí, pues un amigo de un amigo le dijo a nuestro amigo Alonso que había una FICLASI este fin de semana y que iba a ser brutal. Quedamos entonces en ir Juanfer, Alonso, Cristina y yo. Alonso se ocupó de comprar las entradas con el amigo que se lo había dicho y quedamos los cuatro el sábado por la tarde para ir todos juntos antes de que empezase la FICLASI. Era una nave a las afueras de Madrid, en Mejorada del Campo, ¿se llama así, no?, yo es que no soy de aquí. Y allí pues ya se veía movimiento, aunque la gente entraba rápido por eso de ser clandestina. Y nada, al entrar, nos dieron los auriculares y el mp3 para escoger la misma música.

—¿Cómo que para escoger la misma música? —pregunté.

—Pues te pones los auriculares, y en una pantalla en la pared localizas el número que tienes que poner. No sé, como un walkie-

talkie, ¿sabe?, que sintonizas una frecuencia u otra.

—O la radio —añadió su amigo.

—O la radio, eso es —coincidió ella—. Y todo iba bien, nos lo estábamos pasando genial. Pero de pronto una chica que estaba a mi lado mientras pedía unos refrescos en la barra se quitó el auricular de la oreja bruscamente, como si le estuviera quemando.

—Sí, cuando Susana me avisó de todo lo que estaba ocurriendo, pude ver a varios desplomarse muertos.

—¿Y la joven a la que viste fallecer? —preguntó Tony.

—Lo que les he contado, estaba conmigo en la barra pidiendo algo para beber y de repente empezó a hacer movimientos extraños, le sangraron los oídos y se desvaneció, sin pulso —contestó Susana.

—Los análisis toxicológicos determinan que vosotros dos no consumisteis drogas ni alcohol.

—Así es. No lo hacemos nunca, aunque pueda parecer extraño —respondió Juanfer.

—Hacéis bien —dije—. ¿Vosotros notasteis algo fuera de lo común? ¿Desarrollasteis algún síntoma como el resto de participantes de la fiesta?

Se quedaron pensando.

—A mí desde entonces me duele mucho la cabeza, supongo que después de todo lo que ha ocurrido es normal —contestó el joven universitario.

—Yo no noté nada en particular. Cada uno iba a lo suyo, nada parecía raro hasta que muchos empezaron a caerse al suelo mientras se quitaban los cascos como si les quemaran.

—La sesión musical de la que habéis hablado, el código que teníais que poner para escuchar la música a la vez e ir en sintonía, ¿había varios números? —preguntó Tony muy acertadamente.

—Sí, había dos. Uno con techno y otro con pop comercial —dijo el chico.

—¿Qué número elegisteis vosotros? —Los miró frunciendo el ceño.

—El dos, el de pop comercial y demás —contestó Susana.

Después de recabar toda la información que pudieron darnos los únicos chicos que no habían consumido ningún tipo de sustancia, la contrastamos con el resto de interrogatorios que ya teníamos y que habían realizado nuestros compañeros de la Policía Nacional para echarnos una mano con tanto joven. Todos explicaban prácticamente lo mismo. Respecto al consumo de drogas, ninguno se esforzó por negarlo, además contábamos con un análisis previo. Alguno sí comentó el tema de los números para escoger un tipo de música u otro, pero no todos. Por lo que tuvimos que volver a llamar a unos

cuántos supervivientes de la FICLASI para convocarlos a la mañana siguiente.

—¿Sabes algo de Sandoval? —me preguntó Tony mientras entrábamos en el coche para ir a casa.

—No, no ha vuelto a decirme nada. Que era extraño lo que estaba viendo y que nos pasásemos cuando terminásemos, pero he querido darle más tiempo y ella tampoco ha insistido… Voy a llamarla. —Marqué su teléfono.

Esperé varios tonos, pero no me cogía la llamada. Enseguida me llegó un mensaje: «Sigo en ello, Paulita, perdona. Pasaos mañana mejor».

Madrid me seguía pareciendo espectacular. Cada vez conocía mejor la ciudad. Sin prisa, sin tener que acudir a parques como escenas del crimen por motivos de trabajo, sin recorrerla a una velocidad vertiginosa a causa de un asesino en serie… Durante un año pude vivir en Madrid relativamente tranquila.

Tony y yo cada vez que podíamos cenábamos por ahí. Lo convertimos en una costumbre que nos hizo recorrer decenas de restaurantes de diferentes estilos gastronómicos. Nos encanta comer y nos gusta hacerlo juntos. Esa era otra de las muchas cosas que nos unía cada día más. Disfrutábamos el mismo estilo de películas, *thrillers* psicológicos. Nos gustaba hacer deporte, tirarnos en el sofá y ver documentales absurdos… La música tal vez nos separaba un poco, pero respetábamos el gusto del otro, además de llevarnos más de una sorpresa.

Esa noche no fuimos a cenar fuera, necesitábamos descansar y estar con Henry. Después de un par de años, se había convertido en algo parecido a un hijo. Y, nos guste o no, ellos necesitan tiempo y amor. No concebíamos la vida sin él. Yo lo tenía claro, y sé que Tony también terminó enganchado a nuestro perro.

Llegamos a casa y mientras Tony daba una vuelta con Henry por la manzana yo hice una tortilla francesa para cada uno con queso y beicon, porque, naturalmente, algo teníamos que poner a las tortillas. Después de cenar, enseguida nos quedamos dormidos en el sofá.

El despertador comenzó a sonar. Me giré para apagarlo. Marcaba las 6.00 a. m. Hora de correr. Desperté a Tony entre besos y abrazos, Henry se lanzó encima de nosotros como hacía siempre, como si fuera una pantera. Tony tenía por costumbre quedarse retozando en la cama

mientras yo dejaba el café preparado para cuando volviésemos de nuestra carrera. Con el paso del tiempo me di cuenta de que, en realidad, se levantaba a correr conmigo como un acto de amor, porque le fastidiaban profundamente mis horarios y mis rutinas. De hecho, la única vez que discutimos fue precisamente por eso. Él sabía que yo era una persona muy estricta en mis hábitos, pero a veces me pedía que aflojase un poco. Cuando regresábamos a casa después de una horita de carrera los tres juntos, me llamó Sandoval:

—Buenos días, familia, supongo que estaréis juntos en vuestra rutina matutina y espantosa. Sigo sin entender por qué hacéis eso. En fin. Venid por aquí cuando podáis.

—Claro, danos una hora y estamos allí. —Aceleramos el paso.

Una de las cosas que había cambiado a raíz de convivir con Tony fue el ritual del desayuno. Por norma general el menú consistía en unos huevos revueltos o una tostada con aguacate y salmón e incluso a veces un sándwich mixto casero. Se le daba bien cocinar. Otro punto a su favor. Y después de haberme pasado la vida con un simple café por las mañanas, cada desayuno era un manjar para mí.

De vez en cuando, todavía la gente nos paraba por la calle para darnos la enhorabuena por el caso del asesino del aire en vena. Como había sido tan mediático, aún no había caído en el olvido a pesar del tiempo que había pasado, y eso hacía que la gente se parara a hablar con nosotros. Al principio nos avergonzaba, no creo que ninguna persona que trabaje para las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado tenga por costumbre ser un personaje público, pero al final lo asumimos y nos acostumbramos, incluso nos hacía ilusión y más cuando íbamos los dos juntos. Eso fue lo que nos pasó durante el trayecto hasta el instituto de anatomía e hizo que disfrutáramos del camino, pues sentíamos que nuestro trabajo merecía la pena.

—Buenos días, Sandoval, traigo el desayuno —saludó Tony mientras cerraba la puerta.

—Uf, me viene genial, no he dormido nada. —Lo cogió con ganas.

—¿Has estado aquí toda la noche? —le pregunté sorprendida.

—Paula, que no lo entiendo. No lo entiendo y me frustro. Porque cuando no entiendo algo, Paula, no duermo.

—Tú siempre entiendes todo —dijo Tony.

—Precisamente por eso estoy frustrada.

Destapó el cuerpo y nos explicó de una manera demasiado explícita lo que había logrado sacar en claro y lo que no. Se la notaba contrariada y confusa.

—Venga, os cuento rápido, todo lo encontraréis especificado en el informe. Irene Herrera González, veintidós años de edad, estudiante,

en la fiesta había consumido éxtasis y alcohol. La causa de la muerte ocurre tras un colapso pulmonar. Pero… —dijo abriendo aún más los ojos mientras nos miraba—, y aquí viene lo que no entiendo, no era fumadora, no existe fibrosis previa ni asma ni lesiones compatibles externas como una rotura de costilla, etcétera.

—¿Qué ves de extraño en un neumotórax con consumo de drogas previo? —le dije.

—Podría tener un neumomediastino, aire en el espacio retrofaríngeo.

—Uf, no me hables de aire, por favor —le pedí.

—Pero nada de eso es así. Si os fijáis —abrió el cráneo de la víctima—, en esta zona del cerebro ha habido un pequeño colapso también, además del de los pulmones y otras partes del cuerpo; pero no tiene ningún sentido lo que os estoy contando porque lo único que podría explicar algo con estas características que os presento sería una onda expansiva —concluyó cerrando la carpeta de golpe.

—¿Cómo? —dijo Tony riéndose.

—Sí, Tony, sí. Una onda expansiva es el único argumento lógico que explica estas lesiones.

—Eso es imposible, Sandoval —apuntó con un tono ya serio.

—Pues por eso no entiendo nada, querido —respondió con un gesto de soberbia.

—¿Estás segura de que las drogas no tienen nada que ver? —pregunté.

—Segurísima, Paula, absolutamente nada que ver.

Estuvimos debatiendo varias hipótesis e intentando encontrar una explicación a lo que Sandoval nos contaba; sin embargo, ni ella ni nosotros lográbamos encontrarle un porqué. Si la chica hubiera recibido una paliza o algún golpe que le hubiese podido producir las lesiones que Sandoval nos había mostrado, se habría visto en el análisis preliminar físico y, por supuesto, en la autopsia, pero no era así. Además, nada de lo que nos habían contado los testigos sostenía la sospecha de una paliza.

Por supuesto una onda expansiva era algo del todo imposible. Si la onda de presión, al viajar más rápido que la velocidad del sonido y al propagarse por el mismo medio, hubiese originado las lesiones de la víctima, habría tenido también lesiones exteriores y, aunque los daños interiores tuvieran un cierto parecido, tampoco era la respuesta. Simplemente allí no se produjo ninguna explosión.

¿Qué mató a esta chica? No podía parar de preguntármelo. Algo en mí sentía que la explicación era compleja. Más de medio centenar de chavales con extraños síntomas: dolores de cabeza, temblores, estados

de confusión, etcétera. Y, de momento, teníamos a una víctima que había fallecido por un neumotórax sin causa aparente y con complicaciones cerebrales debidas a una alta presión. A simple vista, ninguna coherencia. A Sandoval le quedaba mucho trabajo por hacer, aunque habíamos pedido apoyo de más forenses para poder obtener resultados a la mayor brevedad posible. Había que diseccionar los cuerpos de más víctimas y ver si los resultados eran similares.

Gutiérrez nos pidió que fuésemos a la central para contarnos el interrogatorio con los organizadores de la FICLASI. Sandoval se fue a descansar a casa.

—¿Algo nuevo sobre la autopsia de Irene Herrera González? —nos preguntó mientras entrábamos por la puerta de su despacho.

—Nada nuevo, señor. Fallecimiento a causa de un neumotórax sin causa explicable —le dijo Tony.

—¿Cómo que sin causa explicable? —se extrañó Gutiérrez.

—Así es. Sandoval no le encuentra una explicación lógica al motivo por el que desarrolló o se le provocó un neumotórax. Seguirá con las autopsias del resto de víctimas para intentar encontrar un patrón.

Levantó las cejas e hizo un gesto con la boca sin entender por qué Sandoval, siendo quien era, no era capaz de encontrarle una respuesta razonable a la autopsia de la víctima. Sin embargo, comenzó a contarnos su interrogatorio con los organizadores de la fiesta que desencadenó este fatal desastre.

—Los organizadores son dos hombres de mediana edad que llevan tiempo dedicándose a la producción de celebraciones, eventos, etcétera. Paula, les he dado tu contacto por si recordasen algo más y te dejo apuntado el suyo. La empresa que regentan se llama FESTAEVENT S. L. Nada relevante que podamos destacar. Según ellos, organizan este tipo de fiestas como «concepto nuevo», aun sabiendo la ilegalidad de ciertas cosas, como el consumo y venta de drogas y estupefacientes. Resumiendo, no hay motivos para considerarlos sospechosos de haber obrado con dolo.

—Pero… ¿no vieron nada raro? ¿Nada destacable? —preguntó Tony.

Gutiérrez levantó la mirada de sus papeles y le dijo:

—Si me dejas continuar, Herrero… —Sonreí.

Me hacía gracia cómo era de tirante a veces.

—Lo único reseñable es que tuvieron un problema técnico con el sonido pero que, lamentablemente, no saben explicarnos con claridad, porque el técnico de sonido también falleció. Me han explicado que

cada joven puede elegir una música u otra y que antes de comenzar la fi… —Miró al papel dudando sobre el nombre.

—FICLASI —dije en alto.

—Eso. Pues antes de comenzar la FICLASI, en los preparativos, tuvieron un problema con el sonido que no lograron entender, puesto que sus técnicos siempre hacen pruebas previas con los reproductores de música y los auriculares debido a la complejidad del asunto. Finalmente lo resolvieron y no le dieron más importancia. Además, las sesiones musicales esas se borraron cuando suspendieron la fiesta y no han podido recuperarlas. De momento no tenemos nada más ni lo vamos a tener, así que iros a casa o donde queráis, pero no andéis por aquí molestando. —Gutiérrez siempre tan directo.

Le hicimos caso. La científica había vuelto a la nave para repasar de nuevo cada palmo del edificio, pese a que no habían encontrado nada relevante. Debíamos tener un poco de paciencia. Durante el camino de vuelta, ambos estábamos callados. Cada uno en su cabeza recreaba la escena y hacía un croquis de todo lo ocurrido aquella noche para poder entender qué les había sucedido a las víctimas y al resto de chavales que desarrollaron síntomas extraños.

Qué bueno era llegar a casa y que Henry saliera a mi encuentro. Bendito Henry. Solo un lametón suyo me arreglaba el día. Una de las cosas que más me gustaba de Henry es que me comprendía perfectamente. Podía estar contándole cualquier cosa: trabajo, familia, Tony…, lo que fuese, que él me entendía a la perfección. Siempre he sido consciente de que la mayor parte del mundo tiene la estúpida creencia de que los perros no comprenden a los humanos, pero Henry sabía siempre de qué le estaba hablando.

A veces giraba la cabeza de lado a lado, como hacían todos los perros para escucharnos mejor. Otras veces se tumbaba a mi lado mirándome o se quedaba frente a mí sentado mientras me atendía. Henry era mi confidente, mi mejor amigo. Él era lo único bueno que había recibido de aquel terrible año que para mí siempre sería el del asesino del aire en vena. Y aunque el dueño real de Henry fuese una de las víctimas de ese asesino, desde que lo acogí siempre había sentido que estábamos hechos el uno para el otro.

Tony hacía lo mismo que yo con Henry, también le contaba sus cosas, pero le costaba reconocerlo. En aquel momento ya no lo veía como un chucho, ni siquiera como una mascota. Lo veía como otro integrante más de nuestro hogar y nuestra familia, y me gustaba que así fuese.

Horas después recibimos una llamada de Gutiérrez, exactamente a las cuatro y media de la madrugada…

3

Las luces azules, rojas o amarillas de los servicios de protección y de emergencia son la cosa más escalofriante del mundo, porque sabes que algo malo ha ocurrido. Ni la policía ni los servicios de emergencia ni protección civil ni nadie que se dedique a salvaguardar la integridad de las personas acuden a un lugar si no es porque ha ocurrido una desgracia. Lamentablemente, en Madrid era muy habitual ver esas luces a cualquier hora del día y en cualquier distrito. En Barcelona pasaba lo mismo. Es normal con las ciudades grandes que albergan tanta gente, pura cuestión de probabilidad.

Cuando llegamos a la dirección indicada, la calle de Antonio Toledano esquina con la calle de los Fundadores, un halo de inquietud se apoderó de mí. Recordaba esa zona perfectamente, pues cerca se ubicaba el parque de la Quinta de la Fuente del Berro, una de las escenas del crimen del primer asesino en serie al que me tuve que enfrentar.

Dos coches de la Policía Nacional estaban cortando las calles aledañas para no permitirle el paso a nadie. Protección Civil había puesto un biombo en la acera para tapar la escena tan terrible que ocultaba detrás, y los servicios de emergencia y el SAMUR, lejos de estar al otro lado del biombo intentando reanimar el cuerpo que yacía ya sin vida en aquella acera, trataban de atender a dos padres destrozados, con un ataque de ansiedad, por la reciente pérdida de su joven hijo.

No creo que nadie esté preparado para perder a un hijo, nadie. Ni el ser humano más fuerte y valiente del mundo. Ni el padre o madre más descuidado, nadie. Perder a un hijo tiene que ser igual a que te arranquen esa parte tan profunda de ti que se va con su marcha. Una parte tan profunda y fundamental que nunca vuelves a ser la misma persona. Jamás. En mi carrera he visto a madres totalmente destrozadas por la pérdida de un hijo y, aunque yo no sea madre, empatizo con ellas.

—¿Qué tenemos? —le preguntó Tony a un agente alzando el cordón policial para que pudiéramos pasar.

—Varón, veintitrés años. Se ha precipitado por el balcón de su vivienda a las cuatro menos diez de la madrugada —le contestó

mientras nos acercábamos al lugar.

—¿Un suicidio? —Tony continuó indagando en el suceso.

—Eso parece, inspector. La puerta del chico estaba cerrada con pestillo por dentro. Los padres escucharon los gritos de unos transeúntes en la calle y, cuando se asomaron por la ventana del salón, reconocieron el pijama. Quisieron entrar en la habitación, pero no pudieron. La madre se quedó en shock en el portal y el padre fue a comprobar que se trataba de su hijo. Llamaron a emergencias, pero no se ha podido hacer nada por el chaval.

—¿Y por qué nos llamáis a nosotros? —pregunté contrariada.

—Nos consta que este chico ha estado en un interrogatorio con ustedes. —Revisó el nombre de la documentación y le nombró—: Juan Fernando Salas.

Tony y yo nos miramos, temiéndonos lo peor. Suspiré y nos acercamos al cuerpo. Echamos un vistazo hacia arriba y, efectivamente, las cortinas de la ventana que daba al balcón ondeaban por la brisa que había aquella noche.

Escuché los gritos de desconsuelo de su madre, que apenas había salido del shock. El SAMUR intentaba por todos los medios tranquilizarla, junto con una psicóloga especializada en hechos traumáticos de Protección Civil. Tony se quedó con los compañeros de la Policía Nacional y yo me dirigí hacia ella.

—¡Mi hijo! —gritaba y lloraba con la mirada perdida.

No era capaz de pronunciar ninguna otra palabra.

—Señora…, lamento profundamente su pérdida. —Hice un gesto a los compañeros de emergencias para que me dejaran a solas.

No sabía cómo abordarla.

—Soy Paula Capdevila, criminóloga de la Unidad de Intervenciones Especiales. Quiero que me mire, por favor. —Lo hizo, pero su mirada seguía quebrada.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Lucía —contestó mientras lloraba sin consuelo.

—Lucía, estoy aquí. Estamos aquí para ayudarla a usted y a su marido en todo lo que necesiten. Por eso, le voy a pedir que me indique dónde está su esposo y los voy a llevar a un lugar para que descansen todo lo que puedan. —La mujer levantó la mano y señaló a un hombre apoyado en un escaparate fumando un cigarro.

Su mirada también estaba perdida, me acerqué hasta él.

—Señor, soy… —No me dejó terminar.

—La he escuchado, descuide. Soy Mateo. —Me miró directamente a los ojos—. Usted es la persona que interrogó a mi hijo, ¿verdad?

—Así es.

—¿Qué coño ha pasado, señorita Capdevila? ¿Qué cojones le ha sucedido a mi hijo? —Tiró el cigarro con rabia al suelo.

Yo suspiré.

—Eso quiero descubrir. ¿Su hijo tenía algún problema? Y ya no me refiero a nada relacionado con la FICLASI a la que acudió…

—No, señorita…, mi hijo es…, era… —Se rompió.

Le agarré la mano.

—Mi hijo era un chaval excelente. Y no lo digo por ser su padre. Era deportista, buen estudiante, buen hijo. Un chico alegre, guapo, sociable. Mi hijo no tenía ningún problema oculto ni nada que nosotros no supiésemos. Se lo puedo jurar.

—Le creo.

Le pedí a un agente que los llevase al hotel más cercano. No es algo habitual, pero no quería que pasasen la noche en su casa. Cogieron lo más básico y se fueron. Con la muerte certificada de Juan Fernando Salas, se procedió al levantamiento del cadáver.

Llamé varias veces a Sandoval para que viniese en calidad de forense de la Unidad de Intervenciones Especiales, pero fue imposible localizarla. Le mandé un mensaje para que me contactase lo antes posible. Supusimos que estaba dormida después de tantas horas despierta con la autopsia de la primera víctima. Gutiérrez ordenó que se llevasen el cuerpo sin vida de Juan Fernando Salas a la morgue hasta que pudiésemos hablar con Sandoval.

Qué duro. No podía ni imaginarme lo que aquellos dos padres sentían en aquel momento. Además, cuando la muerte de un hijo viene causada por él mismo, pienso que es inevitable sentir culpabilidad como padres, aunque no tengan responsabilidad alguna.

Los suicidios siempre se tratan como un tema tabú. Tanto a nivel interno como externo. Los medios de comunicación tienen la falsa creencia de que hablar de ellos abiertamente puede causar el llamado efecto de imitación. En criminología y psicología se le denomina el efecto Werther. Este concepto toma forma a raíz de la novela *Las penas del joven Werther* de Johann Wolfgang von Goethe, en la que el protagonista de la historia sufre tanto por amor que decide quitarse la vida. Se dice que las autoridades alemanas incluso prohibieron la novela, dado el alto índice de suicidios que sucedieron tras la publicación de la obra. Ocurrió lo mismo con las muertes de grandes personalidades como Marilyn Monroe, Kurt Cobain o Yukiko Okada. Se trata de un efecto imitativo de la conducta suicida. Durante mucho tiempo, se ha recomendado la plena omisión de cualquier concepto que pueda inspirar a una persona a pensar que el suicidio es la mejor solución para los problemas.

Y sí, estoy de acuerdo con parte de esta manera de verlo. Ninguna circunstancia, obra o noticia debe insinuar que quitarse la vida es la solución a los problemas. Porque no lo es. Sin embargo, hay un término muy poco conocido, el efecto Papageno, que también recibe su nombre por otra obra, *La flauta mágica* de Mozart, en la que el personaje principal no se suicida gracias a tres niños que le muestran las cosas bonitas que la vida puede ofrecer. Es lo contrario al efecto Werther. Explica cómo alguien que tiene ideas suicidas, al hablarlo, al expresarlo, incluso al ver que más personas tienen su misma visión, puede afrontar la situación de manera positiva. En este caso, la información se usa como un efecto protector de la persona en cuestión. Por desgracia no siempre se trata este tema de la mejor forma, pues supone un estigma para la persona y para su familia y el sistema tampoco invierte en herramientas para solucionarlo.

Tony y yo estábamos convencidos de que el testimonio de su padre era totalmente cierto. Juan Fernando Salas no tenía ideas suicidas previas y, a juzgar por el interrogatorio que tuvimos horas antes, yo también lo creía. Su perfil no encajaba con esas características. También teníamos algo muy claro y es que las casualidades en este trabajo no existen. El suicidio del joven Salas estaba relacionado con la FICLASI. Pero… ¿por qué? ¿En qué? ¿Cuál era el nexo común?

Llegamos a casa con la hora justa para darnos una ducha e irnos a la central.

—Voy a dar un paseo rápido con Henry en lo que te duchas y arreglas. Traeré el desayuno —dijo Tony mientras le ponía la correa.

Estaba afectado, aunque a veces pudiese parecer un hombre insensible. Su mecanismo de protección ante el dolor hacía que, de cara al público, no mostrase sus sentimientos. Siempre me decía que dejar al descubierto nuestras vulnerabilidades era como sangrar delante de un león. Claro que le afectaban los casos y, mucho más, los que tenían que ver con jóvenes o niños.

Aproveché para enviarle un mensaje a mi madre: «Buenos días, mamá. Te escribo para desearte un buen día y decirte que te quiero». En aquel momento recordé lo preocupada que había estado mi madre durante el caso del asesino del aire en vena. Y eso que procuró no expresarlo demasiado, pero yo sabía lo intranquila que le hacía estar el saber que un asesino en serie me pisaba los talones.

Abrí el grifo para que se fuese calentando el agua. Aquella mañana hacía frío. Preparé mientras tanto la ropa que llevaría una vez saliese de la ducha y puse música clásica de fondo. Necesitaba relajarme.

Las duchas relajan, pero si las acompañas con música clásica aún más. Esa era una de las dinámicas que Marta me había puesto de tarea para gestionar mis sentimientos y emociones. Escuchar por las mañanas, en la ducha, a Mozart. Me habló del efecto Mozart y sus beneficios en la mente de las personas. No sé si servía de algo o no, pero sí me calmaba. El teléfono comenzó a sonar. Lo tenía en el lavabo, así que apagué el agua, abrí la mampara y estiré el brazo para descolgarlo en manos libres.

—Paula Capdevila, dígame —contesté sin mirar.

—Paulita, soy yo.

—Sandoval, ¿dónde te habías metido?

—Acabo de ver las llamadas y el mensaje, ¿qué ha pasado?

—Tenemos un cuerpo más. Está relacionado con el caso de la FICLASI, se trata de uno de los jóvenes asistentes que interrogamos. Está en la morgue, llama al encargado para que trasladen el cuerpo a tu instituto, por favor. Nosotros en media hora estaremos en la central. ¿Nos vemos ahí o prefieres ir directa a la autopsia?

—Nos vemos en la central y me contáis primero. —La notaba cansada.

—De acuerdo. Ahora nos vemos. —Colgamos.

Escuché los ladridos de Henry al entrar por la puerta, reclamando su chuchería del buen paseo, así es como la llamábamos.

—Tony. —Volví a encender el agua para terminar de aclararme. No me oía—. ¡Tony! —le di un grito.

De pronto la mampara de la ducha, opaca por el vaho, se abrió de golpe.

—¿Puedo pasar? —Me guiñó un ojo.

—Llegas tarde… —Le sonreí y me besó.

Cuando entramos a la central, Sandoval ya estaba con Gutiérrez, poniéndose al día de la última víctima que teníamos relacionada con el caso de la FICLASI. Aproveché para coger otro café de la máquina, esta vez Henry se vino con nosotros a la oficina.

—¡Ey, chico! —exclamó Sandoval al verlo.

Henry movía su rabo contento.

—¿Dónde te habías metido? ¿Tan cansada estabas? —pregunté extrañada.

No era habitual que Sandoval no respondiese a las llamadas por muy agotada que estuviera.

—Sí, eh…, bueno, luego te cuento. —Me extrañó que vacilase en su contestación.

—Me cuentas ahora. —La agarré del brazo con los ojos abiertos como platos.

—Pasé la noche con alguien. Luego te cuento, cotilla —susurró y sonrió.

Gutiérrez nos avisó de que los padres de Juan Fernando Salas y su amiga, Susana, estaban a punto de llegar. Citamos a todos para intentar esclarecer los hechos. Esa conversación no iba a ser sencilla, pero era necesario hacerlo. Tony se ocupó de la amiga y yo de los padres.

—Buenos días, ¿han podido descansar? —les pregunté mientras cerraba la puerta de mi despacho.

—Buenos días, señorita Capdevila —dijo el padre. La madre seguía en una especie de limbo—. No. No hemos dormido nada.

—Bueno, sé que esto va a ser complicado. No obstante, nuestro único objetivo es encontrarle una explicación a lo que ha ocurrido. Juan Fernando estuvo en una fiesta clandestina silenciosa, como ustedes ya saben, en la que hubo varias víctimas con unas lesiones peculiares que aún estamos investigando. Creemos que lo sucedido con su hijo puede estar relacionado con esa fiesta.

—¿Qué relación puede tener? He estado toda la noche dando vueltas. ¿Acaso consumió algún tipo de droga que nosotros no supiésemos? ¿Algo que le hiciese perder la cabeza para hacer lo que hizo? —preguntó el padre.

La madre se echó a llorar y le ofrecí unos pañuelos.

—Según el informe toxicológico, Juan Fernando no había consumido nada, señor. ¿Creen que pudo tener algo que ver con lo que ocurrió en la fiesta y que eso lo llevase a un estado de culpabilidad?

—En absoluto, señorita. Nos contó todo lo sucedido. Él ni siquiera vio lo que estaba ocurriendo hasta que Susana le pidió ayuda —aseguró su padre.

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó su madre enfadada—. Mi hijo sería incapaz de hacer daño a nadie —sentenció.

—Mi hijo siempre nos contaba todo. No teníamos una relación de secretos —dijo el padre.

—Entiendo y no lo pongo en duda. Son preguntas que debo hacerles para intentar averiguar qué ha ocurrido y qué está ocurriendo. Por favor, les pido paciencia con el proceso. —Le cogí la mano a Lucía—. Si no les importa, nos gustaría ver la habitación de Juan Fernando, el teléfono y el ordenador. Necesito su consentimiento.

—Por supuesto —respondieron ambos.

Mientras Tony terminaba el interrogatorio con la amiga de Juan Fernando y Sandoval realizaba la autopsia, los padres y unos agentes de la Policía Nacional fuimos a su casa. Era un lugar de bien, cuidado. Un amplio recibidor a la entrada conducía hasta un salón perfectamente decorado, lleno de libros y obras de arte. Se notaba un ambiente confortable, un hogar. La puerta de la habitación de Juanfer había sido forzada por los compañeros que, la noche anterior, tuvieron que entrar para confirmar que se encontraba solo en el momento en el que se precipitó por la ventana.

—¿Por qué tenía un cerrojo en su habitación? —le pregunté a los padres.

—Se lo puso él mismo. Hubo un incidente hace unos años y, bueno, quería intimidad —contestó Mateo.

—¿Qué incidente?

—Lo encontramos con una chica. Nada más. —Entendí y asentí.

La habitación estaba decorada como la de cualquier chico de su edad. Pósteres de sus grupos de música favoritos, un corcho con fotografías, el horario de sus clases, etcétera. La cama, situada a la derecha, era grande y estaba perfectamente hecha. Juan Fernando era un chico ordenado. Al lado del balcón, que aún seguía abierto y con las cortinas ondeando, un escritorio. Encima del mismo, su ordenador portátil con el salvapantallas activado, unos cuantos apuntes, un flexo, bolígrafos, subrayadores, una pelota de béisbol enmarcada en un cubo de metacrilato y el teléfono móvil.

—¿Le gustaba el béisbol? —pregunté mientras cogía la bola.

—Sí. Le gustaba mucho y lo practicaba.

Los agentes indicaron a los padres que salieran de la habitación para poder hacer la primera inspección ocular a solas. Pedimos a la científica que viniera por si encontrábamos algo de especial relevancia, pues habíamos cerrado la casa la noche anterior.

Lo primero que busqué fue una nota de suicidio. Cuando se produce una muerte en este tipo de circunstancias, unas últimas palabras de la víctima pueden servir de ayuda para esclarecer los aspectos relacionados con el suceso. Para realizar la autopsia psicológica resulta fundamental. Es un modo de distinguir la muerte suicida de una muerte violenta, como el homicidio o el intento de simulación de un suicidio para encubrir un asesinato. El objetivo es reconstruir a la persona antes de su muerte. Eso junto a las conversaciones previas familiares de la víctima nos ayuda a intentar resolver tres preguntas fundamentales: ¿por qué lo hizo?, ¿cuándo y cómo sucedió? y ¿de qué modo se produjo el fallecimiento? Por eso hay que examinar factores que delaten un posible riesgo suicida: el

estilo de vida, la personalidad, el estado mental, las costumbres, el entorno, los intentos previos autolíticos, etcétera.

Posé mi dedo índice en el ratón del ordenador portátil para saber si dejó aquella última nota escrita ahí, porque no encontré ninguna en papel. No creía que tuviese intenciones autolíticas, pero tampoco podía descartarlo. En el ordenador no había ninguna confesión. Sin embargo, al desbloquear el salvapantallas, salió lo último que Juan Fernando vio antes de precipitarse por el balcón. Tenía abierto un reproductor de música con una canción sin título, una pista que no estaba dentro de ninguna lista de reproducción. Me puse los cascos que tenía conectados y di al *play*.

No sonaba nada más que una especie de ruido molesto. Subí el volumen y lo bajé varias veces, pero no escuchaba nada relevante. Pensé que sería una pista musical dañada. Aunque lo cierto es que me extrañó que Henry, que llevaba todo el día conmigo, ladeara la cabeza de ese modo tan suyo como cuando quería escuchar mejor. Salí del reproductor y me metí en el correo electrónico de la víctima para ver los últimos mensajes que había recibido. Casi todos eran de la universidad, alguno contenía fotografías de partidos de béisbol, publicidad… Nada relevante.

Al llegar la científica para analizar todo lo que pudiera ser relevante, me fijé en el calendario que se encontraba cerca del corcho. Dos semanas antes había tenido un partido de béisbol, una visita al dentista, una tutoría, alguna anotación sobre los estudios y una cita con su psicólogo. «¿Psicólogo?», me pregunté a mí misma mientras recordaba que sus padres me garantizaron que su hijo no tenía ningún problema reseñable. Salí de la habitación y me dirigí al salón donde estaban Mateo y Lucía.

—¿Su hijo iba a un psicólogo? —pregunté.

—Sí, empezó a ir hace unos meses. Se sentía estresado y con ansiedad por los estudios, el deporte… Ya sabes, cosas de jóvenes. Pero nada más. —Mateo se expresó con naturalidad.

—¿Tienen ustedes el contacto de su psicólogo? —pregunté mientras sacaba de mi maletín la libreta para poder apuntarlo.

—Mmm…, la verdad es que no. Lo cogió él solo. ¿Tú lo tienes? —Se giró a su mujer.

—No, no lo tengo. Juanfer era ya mayor para esas cosas.

—¿Qué días iba?

—Generalmente los lunes y los jueves a las cuatro, pero a veces cambiaban la cita. —Lucía no tuvo problema en continuar aportando la información necesaria.

Les pedí a los de la científica que analizasen el ordenador portátil y

el teléfono móvil en busca de algún mensaje de su psicólogo para contactar con él. Además, les pedí que fueran muy minuciosos en cibernética para esclarecer lo máximo posible acerca de este suicidio, porque no me terminaba de cuadrar. Era primordial tener los informes de su psicólogo para poder encontrar más sentido a lo que teníamos delante.

Antes de regresar a la central, no pude evitar ir al parque de la Quinta de la Fuente del Berro. No había vuelto a pisarlo desde el caso del asesino del aire en vena. En realidad, no volví a pisar ni ese parque ni ningún otro que estuviese relacionado. Desde entonces sentía que debía evitarlos lo máximo posible, supongo que esa era también parte de mi terapia con Marta.

El fallecimiento de Juan Fernando Salas me dejó un nudo en la garganta y el estómago y… necesitaba volver allí. Era paradójico, pero sentía la necesidad de regresar a ese parque para encontrar una explicación a su muerte mucho menos terrible de lo que aquel lugar significaba para mí y para el país entero. Me hubiese encantado decir que todo seguía igual allí, pero no fue posible. Porque, aunque estéticamente nada había cambiado, el parque tenía un color mucho más oscuro para mí. Mi mente no pudo evitar rememorar aquel día, en ese mismo parque, en el que encontramos otra víctima más. Los periodistas, los agentes, nosotros, el cadáver… Cuando quise darme cuenta estaba de pie enfrente de la escena del crimen. Suspiré, cerré los ojos y, mientras un escalofrío recorría todo mi cuerpo, los abrí de golpe, observé de nuevo lo que había a mi alrededor y me fui.

—¿Algo relevante? —le pregunté a Tony mientras me sentaba frente a él en su despacho.

—Nada en absoluto. Susana, su amiga, no entiende qué ha podido pasar. Chico alegre, deportista, estudiante, un joven feliz. Está totalmente contrariada. Asegura que es imposible que se suicidase.

—No he encontrado ninguna nota de suicidio, pero tampoco hay signos de que fuese asesinado. He ido a la casa y es inverosímil que hubiese alguien más con él en esa habitación. Se precipitó, no hay otra explicación.

—No entiendo nada, Paula. Nada.

—Yo tampoco, Tony. Es que nada tiene sentido. De momento contamos con la autopsia de una de las víctimas de la fiesta y esta presenta lesiones compatibles con una onda expansiva, algo difícil de creer. Y justo al día siguiente un joven que asistió al mismo evento se suicida, pero tampoco hay una explicación lógica para este acto.

—En fin, vamos al instituto con Sandoval. No creo que le quede mucho para terminar —me dijo Tony.

De camino al instituto me pareció importante poder teorizar sobre las cosas. A veces empezábamos a establecer hipótesis acerca de un caso que, junto con las pruebas, nos otorgase luz a una explicación sensata. Pero en esta ocasión no podíamos ni siquiera crear una teoría alrededor de lo que estaba sucediendo. Como había dicho antes, solo teníamos el resultado de la autopsia de una víctima con lesiones sin una causa lógica en una fiesta y otra víctima por suicidio sin encontrarle tampoco una explicación. Aun así necesitábamos saber lo que revelaba la segunda autopsia para atestiguar que fue un fallecimiento de etiología suicida. Tony creía, al igual que yo, que ambas muertes tenían una relación entre sí.

Llegamos a la sala donde Sandoval practicaba las autopsias y, como de costumbre en ella, tenía los cascos puestos para realizar las necropsias a un ritmo que le pudiera permitir concentrarse. Tardó unos segundos en notar el aire que entraba por la puerta que abrimos y se giró.

—Justo a tiempo, estaba a punto de coser el cuerpo de la víctima.

—¿Tenemos algo?

—Sí. Acercaos, os explico. —Nos señaló con la mano.

—En alrededor del ochenta por ciento de los casos con etiología suicida por salto al vacío, las personas presentan una lesión común: fractura coxofemoral de tipo telescópico. ¿Qué quiere decir esto? Que cuando una persona se tira desde una altura considerable, como es el caso de Juan Fernando Salas, instintivamente intentan caer de pie, es como un acto reflejo, lo que provoca que el fémur se incruste en la pelvis por la caída y se fracture.

—Por lo tanto, sí que saltó —afirmé.

—Eso es.

—¿Hay algún indicio que nos pueda hacer pensar que lo empujaron? —Mi compañero trataba de sacar también alguna conclusión que sirviera para avanzar en la investigación.

—Ninguno, Tony. El chico se precipitó por la ventana.

—¿Qué dice toxicología?

—No tenía ninguna sustancia en su organismo. Y tampoco había signos de forcejeo.

—¿Por qué un chico que, aparentemente, estaba bien se suicida? —pregunté en alto.

—Pues eso es lo que tú debes responder, querida amiga, es tu

campo. Yo entiendo el cerebro y tú la mente —me contestó Sandoval.

—Pero tiene que haber algún patrón en todo esto —le dije.

—Paula, la primera víctima, Irene, presenta unas lesiones que no puedo explicarte y a medida que realizo más autopsias sigo viendo cosas que no soy capaz de comprender, sin embargo, sí existe un patrón en las lesiones, y sí puedo asegurarte que Juan Fernando Salas se precipitó por la ventana.

Llamaron a Tony por teléfono y se ausentó de la sala unos minutos. Lo justo para que pudiera hablar tranquilamente con Sandoval respecto a la noche anterior.

—Bueno, cuéntame —le dije mientras cosía el cadáver.

—Ay, Paulita…, me he enamorado. —Sonreía.

—Pero ¿quién es? Cuéntame más, por favor. —Me senté expectante.

—Se llama Ana, es un poco más joven que yo, neurocientífica, guapa, inteligente, amable, considerada…, todo, Paula, lo tiene todo —me decía mientras sonreía como una adolescente.

—Pues sí que te has enamorado… —Esbocé una sonrisa.

—Tengo muchas ganas de que la conozcas y me cuentes tu opinión. —Daba saltitos de alegría.

—Pero ¿cuándo la has conocido?

—Pues, mira, la conocí hace unos cinco meses y…

—¿¡Cinco meses!? —la interrumpí alzando la voz—. ¿Y no me habías contado nada hasta hoy? —le dije entre susurros al hacerme ella un gesto para que bajase la voz.

—Ay, Paulita, ya sabes cómo soy, hasta que el cuerpo no está suturado, no digo nada. —Se reía.

—Vale, bueno, ya me contarás mucho más extenso este cuento. ¿Tony puede saberlo? —le pregunté.

—Prefiero que lo sepa Henry antes, pero…, claro, puedes contárselo. Ah, que no me dé luego la tabarra, por favor.

Cuando Tony finalizó la llamada, esperamos a que Sandoval terminase y nos fuimos a casa, dejándola a ella de camino en la suya. Hoy tocaba pedir cena, sushi para ser exactos. Nos encanta. Así que, mientras llegaba el repartidor, decidí meterme en la ducha bajo el agua caliente y así intentar relajar el cuello antes de saborear un *california roll*. Tenía el cuello contracturado, creo que del frío que pasé en la calle frente a la casa del chico y también por la tensión de ver a sus padres totalmente rotos. Todos estos acontecimientos me habían dejado las cervicales hechas polvo. Encendí el altavoz y conecté la música de

Mozart para mis dinámicas terapéuticas.

Cuando quise darme cuenta estaba abriendo los ojos, tendida en el suelo, mojada con Henry lamiéndome la cara y Tony dándome palmaditas en el moflete.

—Paula, ¿me oyes? —decía mi chico mientras yo recuperaba poco a poco la consciencia.

—¿Qué ha pasado? —Estaba mareada.

—Te has desvanecido en la ducha. Qué susto me has dado, menos mal que no te has hecho daño. ¿Te duele algo? Voy a llamar a una ambulancia.

—No, no. Estoy bien. Me duele la espalda de la caída, supongo. Pero ¿qué ha pasado?

—Estaba preparando los platos para la cena y he escuchado un golpe. Cuando he llegado, estabas tirada en el suelo de la ducha. Paula, ¿estás bien? —volvió a preguntarme preocupado.

—Sí, de verdad. Es que no recuerdo nada, ni haberme mareado ni nada. Me he metido en la ducha, he puesto la música y lo siguiente has sido tú reanimándome.

Me levanté, me sequé y me puse el pijama junto con una bolsa de calor para el golpe que me había dado en la espalda. Me sentía extraña. Confundida. Como si un halo invisible estuviera presionando cada palmo de mi cabeza. Me senté en el sofá dispuesta a coger los informes y revisarlos, pero no me sentía capaz. Encendí la tele y, en lo que Henry se posaba en mis rodillas, sonó el timbre. Pensé, agradecida, que esa era nuestra cena, seguro.

—Voy yo, estate quieta, anda —me dijo Tony mientras se ponía la camiseta de su pijama, sabiendo que me estaba levantando para abrir.

Qué sensación más extraña tuve en aquel momento, era una mezcla entre tener una gripe fortísima, de esas que te dejan como un trapo, y estar con una resaca de infarto. Tenía la cabeza como si un reloj de arena no parase de dar vueltas dentro. No me preocupé mucho, alguna vez en la vida cualquiera podía sufrir un desmayo por mil razones distintas, pero lo cierto es que nunca me había pasado nada igual.

Pude cenar y comerme ese *california roll* que con tanto antojo deseaba, pero debo reconocer que en otras circunstancias lo hubiese saboreado mucho mejor. Le mandé a mi madre un mensaje de buenas noches y otro a Sandoval para decirle que me alegraba mucho de lo que me había contado sobre su nueva ilusión. Ella se lo merecía todo y más, era una mujer excepcional y estaba segura de que Ana, su nueva pareja, también lo era.

4

Mire a la luz, por favor —me dijo el doctor mientras me apuntaba con esas linternas boli típicas de médico—. Bueno, aparentemente está todo bien. Puede haber sufrido un desvanecimiento por el cambio de temperatura al entrar en contacto con el agua de la ducha. Aun así, le haré unos análisis de sangre para descartar cualquier tipo de patología y otro de orina por si hay un posible embarazo.

—¿Qué? No, no, doctor. Descuide, que eso no es posible —le dije rápido.

—Bueno, solo es por descartar, Paula. No se asuste, un bebé siempre es motivo de alegría. —Sonrió.

Salí de la consulta y llamé a Tony para decirle que todo estaba bien. Naturalmente, omití esa pequeña conversación que tuve con el médico, me parecía fuera de lugar. No es que no quisiera ser madre, pero desde luego no ahora y además tomaba las precauciones necesarias para que eso no ocurriese. Me encontraba algo aturdida, desde el desmayo en la ducha no estaba al cien por cien de mis capacidades, pero tampoco le di mayor importancia.

Me fui a la central para llamar al psicólogo de Juan Fernando Salas. Habían conseguido el número de teléfono a través del móvil del joven. Llamé desde la centralita del despacho y lo único que escuché fue: «El teléfono al que llama no existe». ¿Cómo que no existe? Aquello me pareció imposible. Fui al compañero que había conseguido el teléfono móvil, por si se hubiera confundido en algún número o algo, pero me aseguró que ese era el teléfono que Juan Fernando Salas tenía registrado como Sánchez Psicólogo. Era imprescindible hablar con dicho profesional para poder avanzar en el suicidio de la víctima. Mientras trataba de localizarlo, hice venir de nuevo a Susana Pacheco, la amiga de Juanfer, como nos indicó que le gustaba que le llamasen, y con la que ya habíamos hablado dos veces.

—Hola, Susana…, ¿cómo estás? —Tenía la cara desencajada.

—Hola…, pues mal, la verdad. No entiendo nada. —Se le saltaban las lágrimas.

—Ya supongo…, Susana. —Me senté frente a ella—. Te he hecho

venir únicamente para que me cuentes tu percepción sobre lo que ha ocurrido con tu amigo Juan Fernando Salas.

—¿Qué puedo decirle? No entiendo por qué Juanfer se ha… —Lloraba.

—¿Sabías que tu amigo acudía a un psicólogo?

—Sí. Llevaba yendo unos meses, pero Juanfer estaba bien, solo quería gestionar mejor la ansiedad por los estudios y todo eso. Pero nada raro. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Estás segura de que Juan Fernando no tenía más problemas que ansiedad o estrés?

—Segurísima.

—¿Sabes dónde acudía al psicólogo? O ¿quién era?

—No…, la verdad es que no… Creo que estaba por la zona de Chamartín, pero no estoy segura tampoco.

—Vale, gracias, Susana, puedes irte.

—Señorita Capdevila… —Se giró antes de salir del despacho—. Juanfer no pudo quitarse la vida, lo conozco, sé que no se ha suicidado —aseguró y se fue.

Es cierto que el shock por suicidio que padecen los familiares y amigos cercanos de cualquier víctima es bastante complicado. Pero también es verdad que en la mayoría de los casos no se sorprenden. Es decir, normalmente la persona que comete un acto contra sí mismo va dando señales o tiene ciertas emociones que hacen que el entorno cercano no se extrañe ante el hecho en sí. Me resultaba contradictorio que, en este caso, ni los padres ni su mejor amiga pudieran creerse que Juan Fernando saltase por la ventana. Aunque la autopsia revelase una clara muerte por suicidio, me importaban y mucho los testimonios de su alrededor. Teniendo en cuenta que la primera víctima, Irene, había fallecido en extrañas circunstancias, como había dicho y explicado Sandoval, no me sorprendía en absoluto que la muerte de Juan Fernando escondiese algo singular.

—¿Pudiste mirar lo del teléfono del psicólogo de la víctima? —le pregunté al compañero que se encargaba de ello.

—Sí, señorita Capdevila. Es el teléfono, lo he examinado, pero es un número de prepago, por tanto… no puedo contarle más.

—¿De prepago? —pegunté sorprendida.

—Sí, es de prepago.

¿Sería posible que todavía hubiese alguien con un teléfono de prepago y más aún siendo psicólogo? Me parecía totalmente imposible que eso fuera así. Todo se complicaba cada vez más y más.

Fui al despacho del comisario principal Gutiérrez para preguntarle si quería venir a tomar algo con Sandoval, Tony y conmigo. Nunca

venía, pero siempre se lo proponíamos.

—Vamos a tomar algo y despejarnos, comisario, ¿viene? —le dije asomando medio cuerpo por la puerta sin llegar a entrar.

—No, Paula. Gracias por la proposición, tengo papeleo que terminar.

—Está bien, nos vemos mañana entonces… —Me fui.

Tony y yo estábamos en el bar donde habíamos quedado con Sandoval, esperando a que llegara, así que aproveché para cotillear un poco con él y contarle que nuestra forense favorita se había echado novia. Tony odiaba chismorrear, o más bien eso decía él, porque luego siempre le encantaba enterarse de todo para comentarlo con detalle como un niño pequeño.

—Hola, chicos, perdonad la tardanza. Un vino, por favor. —Aprovechó que el camarero estaba al lado para pedir su consumición.

—Ya lo sabes, ¿no? —le dijo Sandoval a Tony entrecerrando los ojos.

—Joder, Sandoval, si no he dicho nada —contestó Tony.

—Lo huelo y te conozco. ¿Y qué te parece? —quiso saber emocionada.

—¿A mí? A mí qué me va a parecer, me da igual —dijo mientras daba un sorbo.

—Tony…, qué amable eres cuando quieres —le reproché.

—Me parece bien, yo qué sé. ¿Cuándo vamos a conocerla? —le preguntó haciéndose el interesado.

—Pues en quince minutos, porque viene hacia aquí.

—¿Que quéééé? —Me ilusioné.

—Sí, de hecho, espera. —Le sonaba el móvil—. Es ella.

—Amor, ¿estás de camino? Están aquí Paulita y Tony. Sí…, se me había pasado decírtelo, tienen muchas ganas de conocerte. —Nos miraba sonriendo mientras seguía hablando—. Vale, sí, tranquila, aquí te esperamos. Te quiero.

—Uh…, ya os decís «te quiero» —le dije vacilándola.

—¿Le llamas «amor»? —preguntó Tony.

—Idos a la mierda…. —Volvió a sonar su teléfono.

—Dime…, amorcito. —Miró a Tony sonriendo—. ¿Qué me dices? Vaya…, no, no te preocupes, lo importante es lo importante, ya coincidiréis en otro momento. Llámame luego, ¿vale? Y yo a ti. —Colgó.

—¿No viene? —le pregunté.

—Le ha surgido un imprevisto en el trabajo y tiene que ir… Jo, me

hacía ilusión, pero ya habrá otro momento.

Apenas pudimos terminar la consumición que habíamos pedido cuando le sonó el teléfono a Tony; nos dijo todo con su cara, había pasado algo y grave, muy grave. Nos montamos en su coche y fuimos los tres a la dirección que le habían facilitado.

—Tony, pero… esta es la casa de Juan Fernando Salas —afirmé.

—Lo sé… —No quiso decir nada más.

Se bajó del coche, se colgó la placa y entró en el portal que ya estaba acordonado. Al subir al domicilio, nos topamos con una escena absoluta y plenamente desoladora. Si me hubiese contado Tony lo que le habían comunicado por teléfono, no le hubiese creído, y por eso creo que no dijo ni una sola palabra hasta que llegamos allí.

La puerta del piso estaba abierta y llena de agentes de la Policía Nacional junto con la policía científica. Los vecinos estaban asomados en sus puertas intentando saber qué ocurría. Hacía unas horas que había estado en esa misma casa, pero al entrar por segunda vez se me erizó el vello de todo el cuerpo ante lo que contemplé. El salón estaba entero cubierto de sangre, las paredes, el sofá, los muebles… Las salpicaduras llegaban hasta el techo. Sandoval fue hacia los compañeros de la científica para saber si podía ayudar en algo y ver los cadáveres. A Tony le estaban informando y yo me quedé atónita delante de ese escenario.

En el suelo del pasillo, Lucía, la madre de Juan Fernando Salas, yacía muerta, bocabajo, con varias puñaladas asestadas por la espalda. Tenía el cuerpo cubierto de sangre y un gran charco alrededor. Rodeé el cadáver y en la habitación conyugal se encontraba Mateo, el padre, en la cama y degollado. Era una escena catastrófica, horrible.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —me preguntó Tony en voz baja mientras observaba la dirección del corte que él tenía en el cuello.

—A expensas de lo que digan las autopsias, creo que Mateo ha asesinado a Lucía y después se ha quitado la vida cortándose el cuello —respondí.

—Dios santo.

—Chicos, en cuanto llegue el juez para el levantamiento de los cadáveres me pongo con ello. Esto es… una sangría. No me acostumbro a esto —dijo Sandoval.

Gutiérrez apareció y nada más llegar se dirigió a mí.

—Paula, ¿esto es lo que parece?

—Creo que sí, señor.

—Bueno, vamos a esperar a las autopsias y al examen de las pruebas que tenemos presentes. Puede que el suicidio de Juan Fernando Salas fuese solo la punta del iceberg de lo que ocurría en

esta casa. Si era un caso de violencia de género, ya sabemos cómo afecta a los hijos.

—Sí, está claro, señor. —No podía parar de mirar fijamente el cuerpo de Mateo, sentado en la cama, con el cuello cortado y los ojos abiertos.

En cuanto procedieron al levantamiento de los cadáveres, me bajé con Tony ante la expectante mirada de los vecinos, que no daban crédito a lo que acababa de ocurrir en aquel lugar. Hablamos con varios de ellos y todos coincidían en lo mismo: una familia perfectamente normal, educada, honrada… Jamás escucharon una pelea subida de tono y aseguraban que eran un matrimonio feliz.

—¿Crees que el desencadenante puede haber sido el suicidio del chico o que el suicidio del chico viene a causa de esto? —me preguntó Tony.

—Nada tiene sentido, ninguno de los integrantes de esa familia ofrece un perfil para que esto haya podido ocurrir.

—¡Paula! —escuché un grito detrás de mí que cada vez se acercaba más—. ¡Paula! —Vi a lo lejos llegar corriendo a Susana Pacheco. Me acerqué y la frené en seco.

—Susana, ¿qué haces aquí? Tienes que irte —le dije.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué hay tanta policía y ambulancias? ¿Qué hacéis aquí?

—Susana, tienes que irte.

—¿Qué ha pasado? ¿Es en la casa de Lucía y Mateo? Vengo a entregarles una cosa de Juanfer para que la tengan ellos. ¿Qué ha pasado?

—Susana, ven aquí. —La aparté de todo el mogollón de gente que había antes de que bajaran los cuerpos sin vida de los padres de su amigo—. Susana…, Lucía y Mateo han fallecido. —Lo solté sin rodeos.

—Qué estás diciendo. —Se apartó de mí con cara de extrañeza—. Eso no puede ser, he hablado esta misma tarde con Lucía, había quedado con ellos ahora para traerles algunas cosas de Juanfer.

—Lo siento, Susana…

—Que no puede ser, ¿es que no te das cuenta? ¿Qué ha pasado?

—No puedo hablar de ello, Susana. Vete a casa y si quieres, mañana, vienes a la central y charlamos tranquilamente. Por favor, vete a casa.

Conseguí que se fuera. Entendía perfectamente su frustración, pero no podía dejar que se quedara allí. Ni por ella ni por la investigación. Qué difícil es cuando por más que intentas entender algo te resulta imposible. A edades como la de Susana, el concepto de la vida es muy diferente al que podemos tener personas más maduras. Al final es el

paso del tiempo el que te va regalando herramientas para saber gestionar las circunstancias que la vida nos va poniendo por delante. Y, sobre todo, los métodos para curar el dolor.

Una vez se fue, procedieron al levantamiento de los cadáveres y se los llevaron directamente al instituto de Sandoval. Le esperaba otra noche complicada y sin dormir. Insistimos en que realizase las autopsias a la mañana siguiente, pero Sandoval no era capaz de dejar para mañana lo que podía hacer hoy, procrastinar no iba con ella.

Sonó mi teléfono, me llamaban desde un número oculto. ¿Quién sería a esas horas? Descolgué el teléfono por si era algo importante.

—Dígame. —Es lo único que alcancé a decir.

Lo siguiente que recuerdo es a una enfermera del SAMUR y a Tony dándome golpecitos en la cara. Había vuelto a desmayarme y esta vez en pleno servicio. Me tomaron la tensión y me pusieron otra vez la luz en los ojos para confirmar que todo estaba correcto. Tanto los efectivos de emergencias como Tony y Gutiérrez se preocuparon, como era normal.

—Estoy bien, estoy bien —les dije mientras intentaba incorporarme.

—Paula, es la segunda vez ya. —Tony estaba realmente preocupado mientras me ayudaba a levantarme con cuidado.

—¿Ha ido usted al médico por los desvanecimientos? —me preguntó la enfermera.

—Sí, estoy esperando los resultados, pero estoy bien, de verdad. —Fue decir eso y un terrible dolor en la tripa y en la cabeza me doblaron por completo.

—Paula. —Gutiérrez me cogió por los hombros.

—Está bien, nos vamos al hospital a que le hagan un chequeo y a descartar todo lo que sea necesario. —La enfermera tomó la iniciativa inmediatamente.

Me trasladaron en ambulancia hasta el Gregorio Marañón, que era el hospital más cercano. No era necesario en absoluto, pero sabía que Tony y Gutiérrez no dejarían que me fuese a casa sin más, y la verdad es que, después de la muerte de los padres de Juan Fernando Salas, no tenía ninguna gana de discutir con ellos.

Me atendieron bastante rápido para llegar por urgencias a esas horas, pues nuestra maravillosa sanidad pública a la que tanto le debemos estaba siendo realmente maltratada por el sistema, lo que provocaba largas colas en ese servicio, listas de espera interminables y una coordinación sin mecanismos para que nuestros sanitarios pudiesen desempeñar bien su trabajo.

Me hicieron de nuevo un análisis de sangre y de orina; los

anteriores habían sido por la privada y no podían cruzar los datos. Además, como cualquier médico, prefería tener sus propios resultados y no depender de los de otro compañero.

Pasaron alrededor de un par de horas cuando me dieron el informe definitivo y pude irme a casa con Tony. Todo estaba bien, ningún valor alterado en el análisis de sangre y, por supuesto, no estaba embarazada. Lo único que me ponía el médico de urgencias era que acudiese a mi médico de cabecera para acordar un tac y una resonancia. Nada más.

La enfermera del SAMUR que me atendió en el momento del desvanecimiento se quedó esperándome en la ambulancia, sin moverse de la puerta del hospital, para ver cómo me encontraba. Un amor de chica, se agradece gente dedicada. Nos estuvo contando a Tony y a mí que, en su día, siguió mucho el caso del asesino del aire en vena a través de los medios de comunicación y nos dio la enhorabuena por su resolución.

Después del susto, nos fuimos a casa. La verdad es que necesitaba descansar, me sentía mucho más agotada de lo normal.

—Tony, puedo pasar sola por la puerta. —Intentaba ayudarme.

—Ya lo sé, pero no quiero que vuelvas a caerte redonda. ¿Se puede saber qué te pasa? Me preocupas, Paula.

—Pues me encantaría saberlo, Tony, pero no tengo ni idea. Ya has visto los resultados. En principio, está todo correcto.

—Ya, pero… hay que vigilarlo, ¿vale?

—Tony, está todo bien. Me encuentro cansada, pero es normal, mira qué días llevamos. No quiero que te preocupes por mí —le dije mientras me quitaba los zapatos.

—Nunca podrás pedirme que no me preocupe por ti. Eres lo más importante de mi vida y si a ti te pasase algo… —Resopló.

Tony tenía muy arraigado dentro de sí el sentimiento de alerta constante. Este trabajo nos exponía directamente al peligro; a mí también me pasaba lo mismo con él. Supongo que es parte del proceso de querer a alguien. No quieres imaginar que algo malo pudiese ocurrirle. Le entendía perfectamente. Cuando mi padre murió, sentí esa brecha enorme que se abre cuando pierdes un eslabón de tu vida.

—Sigo en shock por lo que ha ocurrido —le comenté a Tony ya recostada en el sofá.

—Es que es terrible, Paula. No me esperaba nada parecido.

—¿Crees que esos padres han podido llegar a semejante desesperación por la muerte del chico?

—No, Paula, eso no es desesperación, eso es locura. Ha sido totalmente pasional, piensa en la escena del crimen.

—Ya, ya lo sé…, es desconcertante. No quiero ni imaginar lo que se siente al perder a un hijo, no sé…

—Yo tampoco. Por un instante, he pensado que podías estar embarazada, pero luego he leído el informe y he visto que no.

—Bueno, no creo que sea el momento de tener hijos —concluí.

No me había planteado tener un hijo con Tony, no estaba entre mis planes de futuro cercano convertirme en madre. Me encontraba en un momento muy bonito de mi carrera como para emprender esa aventura. Cenamos algo mientras barajamos las posibles causas del desastre que había ocurrido en casa de Lucía y Mateo. Tratamos de encontrar la razón que podía haberle llevado a él a hacer semejante atrocidad, si había antecedentes de malos tratos y violencia doméstica y eso pudo provocar que Juan Fernando Salas se suicidara o si, por el contrario, el suicidio de su hijo había hecho que Mateo perdiera la cabeza y terminase asesinando a su mujer y quitándose la vida. Todo eran incógnitas por resolver.

5

No podía ser verdad, no podía creerme que Juanfer se hubiese suicidado. Era imposible. Me daba exactamente igual lo que me dijeran o lo que las pruebas indicasen; yo lo conocía lo suficiente como para saber que no era una opción.

Últimamente se escuchaban muchos casos de suicidio en España, algo a lo que no estábamos acostumbrados porque siempre se había tapado mucho todo eso. En mi pueblo, un hombre mayor se quitó la vida ahorcándose en el desván de su casa. Estaba lleno de deudas, su mujer lo había abandonado, sus hijos no le hablaban y estaba sumido en una profunda adicción al alcohol. Cuando nos enteramos, nadie se extrañó. Fue una terrible noticia, porque era un buen hombre, aunque cometiese tantos errores, pero nadie se sorprendió de lo ocurrido. Y sí, vale, nunca sabemos lo que alguien guarda dentro, pero es que Juanfer tenía demasiados planes y sueños que cumplir. Yo era su mejor amiga y podía asegurar con los ojos cerrados que él no tenía ningún motivo para suicidarse.

No encontraba otra explicación lógica más que hubiese sido un homicidio. No encontraba otra. Y sabía que era una teoría superdescabellada y que ninguna prueba me ayudaba a sostenerla, pero no podía ser de otro modo. Tenía que hacer ver a Paula por todos los medios que esto no era lo que parecía. ¿Ella pensaría lo mismo que yo? Era probable, tampoco lo conocía y muchas veces no había más remedio que ajustarse a lo que uno veía, aunque, francamente, estaba segura de que ella no era de ese tipo de personas.

Cuando me enteré de lo sucedido y me citaron en la central de la UIE con los padres de Juanfer, pensé en ingeniármelas para quedarme a solas con Paula y poder hablar con ella sobre este tema. El día que nos interrogaron y la tuve tan cerca, me quedé anonadada. Algo así como cuando ves a tu artista favorito, pues exactamente igual. A mi padre en su momento le conté cada paso de Paula Capdevila con el caso del asesino del aire en vena, porque, como él seguía viviendo en el pueblo, apenas se enteraba de nada. Siempre me decía que nunca me había visto admirar tanto a alguien como a ella.

Cuando llegamos a la central, se me partió el alma al ver a Mateo y Lucía en ese estado tan jodido; estaban totalmente destrozados, como

almas en pena. Me contaron que se habían alojado por la noche en un hotel que la UIE les había proporcionado para no pasar el mal trago de quedarse en casa. Me fundí con ellos en un cálido y doloroso abrazo. Juanfer y yo nos habíamos convertido en cómplices para todo en la universidad, teníamos esa clase de amistad tan sana y tan buena que no la encuentras dos veces en la vida. Éramos como hermanos, él era hijo único y yo también. No podría explicarlo de otra manera mejor, y sus padres me trataban como a una hija.

Qué putada tan grande, joder, primero mi madre y después Juanfer…, además de todos los fallecidos en esa condenada fiesta. Mi gran grupo de amigos se había desvanecido en cuestión de días. A veces pensaba que tenía una maldición encima. ¿Por qué se iban las personas más importantes para mí? Cómo me cabreaba la vida. Era injusta y no tenía ningún tipo de piedad. Daba igual qué edad tuvieses o lo que hubieses hecho a lo largo de los años, si eras buena o mala persona, si tenías que irte, te ibas y punto. Mi madre se fue por un cáncer y Juanfer porque alguien lo quiso así. Estaba segura de esto último e iba a invertir todas mis malditas fuerzas en demostrarlo. Me daba igual todo. Pero necesitaba a Paula y lo tenía muy claro.

En aquel momento, en la central, me di cuenta de que aquella sería mi oportunidad para hablar a solas con ella. Por mucho que la admirase, sería tajante y directa. A Juanfer lo asesinaron y tenía que ayudarme a demostrarlo. Sin embargo, fue el inspector Herrero el que me entrevistó. Que vale, era parte de la UIE y el novio de Paula, España entera lo sabía, pero no era ella. Me volvió a hacer preguntas y preguntas, insinuando todo el rato que Juanfer se había quitado voluntariamente la vida, y, por más que le explicaba que era imposible, me daba la sensación de que me veía como una niña pequeña dolida por perder a su mejor amigo.

Debía hablar con Paula, fuese como fuese, como si me tenía que plantar en la puerta de la central y acampar durante días. Así que una vez salí de la comisaría tras la conversación con Tony, fui a ver a los padres de Juanfer a casa. La inspección policial ya estaba hecha, por lo que me dejaron entrar sin problema para coger alguna foto de él donde salíamos los dos. Después no sabía muy bien cómo actuar con ellos; no tenía muy claro si lo mejor era dejarles espacio o quedarme a su lado. Todavía no podíamos enterrar el cuerpo porque la investigación seguía abierta y el cadáver de mi amigo estaba siendo analizado por Sandoval, la forense.

Nos sentamos un rato en el salón de su casa, recordando los buenos momentos que su hijo nos había dado a todos. Ellos estaban profundamente orgullosos de él, y no era para menos. Incluso

hablamos de mi madre. Fue una situación muy dura, pero creo que los tres lo necesitábamos.

Me fui a casa totalmente devastada. En aquel momento creía que no iba a ser capaz de superar otro duelo. Qué jodida era la vida. Entré y lo primero que hice fue servirme un gran vaso de agua, me había quedado seca de tanto llorar y de respirar por la boca, porque, cuando lloraba, respiraba así. Mi madre siempre me regañaba por eso. Apenas terminé de beber cuando mi padre me llamó.

—Hola, cariño…, ¿cómo estás?

—Pues cómo voy a estar, papá. No entiendo nada… —Me eché a llorar.

—Cariño…, ¿quieres que vaya unos días contigo?

—No, papá, tienes que trabajar y yo estoy bien.

—¿Cómo están los padres de Juanfer? —me preguntó aun sabiendo la respuesta.

—Fatal, están destrozados… —Seguí llorando.

—Normal, cariño, normal… Mira, amor mío, a veces la vida da estos golpes, ya lo sabes. Y también ocurre que muchas veces no sabemos lo que una persona lleva a sus espaldas…

—Que no, papá, que no. Que Juanfer no se ha suicidado, joder. ¿Por qué nadie me escucha? —Me enfadé.

—Bueno, cariño…, sea como sea. Date tiempo, ¿vale? Y, por favor, cualquier cosa, llámame.

—Gracias, papá. Te quiero.

—Y yo a ti, hija mía.

Ojalá hubiese estado conmigo en aquel momento, estrujándome entre sus brazos como siempre hacía. Pero no podía pedírselo, él necesitaba trabajar y las cosas no eran tan sencillas desde que mi madre se fue. Si pude con eso, podría con esto, pero me costaría.

Mientras estaba sentaba en el salón, mirando la televisión sin prestarle ningún tipo de atención, vi en la estantería una pequeña pelota de béisbol que Juanfer me había regalado de uno de sus partidos. Él era el bateador aquella vez en la que se debían jugar las regionales. Nunca he entendido muy bien ese deporte, pero ese partido era importante para él, así que fuimos a verlo Alonso, Cristina, sus padres y yo. Fue impresionante, bateó tan fuerte que la pelota se salió de la pista. La gente lo vitoreó como si fuese un héroe; nos emocionamos todos. Cuando salimos del partido, me tropecé con la pelota.

—¡No me jodas! —exclamé.

—¿Qué pasa? —me preguntaron a la vez Juanfer y su madre.

—Tío, la pelota. —Y me agaché a cogerla.

—Joder…, esto sí que es bueno —me dijo Juanfer mirando la pelota con orgullo.

—Toma, amigo. Es tuya.

—No, quédatela. La has encontrado tú, así que es tuya. —Y me la regaló.

Muchas veces nos decían que parecía que estábamos enamorados, pero puedo jurar que no era así. Suele costar que se entienda la amistad entre un hombre y una mujer, pero él me trataba como a una hermana y yo a él como a un hermano. No había vuelta de hoja y con el tiempo nos empezaron a dar igual los comentarios de la gente. Total, nosotros sabíamos lo que había. Me levanté del sofá para coger la pelota y tenerla en mis manos una vez más.

—Eres un gilipollas, joder. ¿Por qué te has ido? —dije en alto llorando.

Lancé la pelota con todas mis fuerzas hacia la cocina, lo que terminó siendo un desastre porque se rompió la botella de agua que acababa de sacar de la nevera para servirme ese vaso que tanto necesitaba.

Al día siguiente llamé a Lucía para preguntarle cuándo le venía bien que volviese a su casa, pues tenía una cosa de Juanfer que quería que tuviesen ellos. Me dijo que me pasase cuando quisiera, que ellos no iban a salir en toda la tarde. Les respondí que iría a última hora, casi por la noche. Luego tuve que volver otra vez por comisaría. Paula me había llamado y creí que tendría oportunidad de hablar con ella largo y tendido. Pero me despachó rápido, solo le interesaba saber algo sobre el psicólogo de Juanfer. No pude decirle todo lo que quería, no era el momento, pero le dejé claro que mi amigo no se había suicidado.

Una vez regresé a casa, yo también necesitaba estar a solas un rato con mi dolor, y seguir quejándome de la vida tantas veces como fuesen necesarias. Me sentía un poco culpable por no pensar tanto en Cristina y en Alonso, pero es que Juanfer era diferente. No sé. Lo de Alonso y Cristina casi ya lo había asumido, fueron víctimas de la FICLASI y ya está. Los quería mucho, pero no tanto como a él. Me di cuenta de que debía una visita a Alonso, pues no sabía cómo se encontraba de las secuelas que había sufrido.

Encima cada vez que ponía la televisión volvía a salir en las noticias y en todos los programas: «Tragedia en Mejorada del Campo», «Una fiesta ilegal termina con múltiples muertos», «La nueva modalidad de fiesta que ha dejado varios muertos en una nave de Madrid». Todo el rato con la puñetera noticia a cuestas, como si yo ya no tuviese bastante. Lo mejor de todo era ver cómo aquellos que se

hacían llamar expertos se sentaban en un plató de televisión a decir con contundencia unas cuantas sandeces que no tenían lógica alguna. Menudos payasos. Que si el criminólogo, que si el victimólogo, que si el no-sé-qué-ólogo… Aquí todo el mundo se apuntaba un título a sus espaldas para soltar teorías descabelladas.

Uno decía que él sabía con total certeza que habían envenenado las copas de los asistentes, otro que nos habían gaseado y que muchos no lo aguantaron…, pero el mejor fue el que dijo que todo había sido parte de una secta y que era algo consentido por los asistentes. Mira, estaba hasta las narices de ver cómo la prensa contaba lo que le daba la gana. Igual que con el caso del asesino del aire en vena. Lo que tenían que aguantar Paula y sus compañeros cada vez que llevaban a cabo una investigación era la leche.

No podía quedarme quieta en el sofá, sufriendo mi dolor, por lo que me levanté a un pequeño escritorio que tenía en casa, saqué un folio del cajón y me puse a escribir todas las razones por las cuales Juanfer no podía haberse suicidado y también por qué creía que la FICLASI tenía mucho que ver con su muerte. Era de cajón. Todo lo que me venía a la cabeza lo redactaba en el papel: «Vamos a la fiesta, mueren varios asistentes, otros tienen síntomas raros… Esto ocurre mientras estamos escuchando música. Unas horas más tarde Juanfer se tira por una ventana». Venga ya. Aquí había gato encerrado.

Mientras estaba escribiendo todas esas cosas para enseñárselas a Paula en cuanto tuviese ocasión, me percaté de algo interesante para la investigación. Cuando Irene, la chica guapa y bien vestida, se acercó a la barra mientras yo estaba pidiendo y en ese burdo intento por ser simpática conmigo me preguntó cuál era la sesión musical que había elegido, no escuchábamos la misma frecuencia. Alonso y Cristina también eligieron el techno, igual que la chica de la barra. Estaba claro que no todos los asistentes sufrimos la muerte o cosas raras aquella noche, así que… ¿Y si era la música?

¡Joder!¡Pues claro! Era la puñetera música, ¿qué si no? Y Juanfer y yo elegimos la sesión pop comercial y por eso sobrevivimos a aquella noche sin ningún rasguño. «¡La madre que me parió! ¡Nunca mejor dicho, mamá!», pensé.

Acababa de encontrar una duda más que razonable para proponerle a Paula. Mi primera investigación empezaba a dar sus frutos. Por eso estaba estudiando Criminología y Periodismo, porque valía para ello y porque me gustaban ambas profesiones.

Recuerdo que cuando le dije a mi padre lo que iba a estudiar me preguntó hasta tres veces seguidas si estaba segura de ello porque teníamos que solicitar la beca y no podía arrepentirme después. Y yo

le contesté que por supuesto. Él siempre pensó que me prepararía para el cuerpo de policía, pero yo quería algo más, como Paula, que sin ser una agente terminó en la UIE.

Madre mía, lo que acababa de descubrir era una pasada. O tal vez no, me entraron dudas y por un momento pensé que me estaba volviendo loca. Lo dejé todo apuntado en ese folio que se había convertido en una declaración de intenciones y comprobé que todavía era una hora prudente para ir a casa de Lucía y Mateo y llevarles la pelota. Además, les escribí también unas palabras de agradecimiento por todo lo que habían hecho por mí en esos últimos años. Me pareció conveniente.

Entré en la boca de metro lo más rápido que pude, aún me quedaban varias paradas hasta llegar a Manuel Becerra, que era la estación más cercana. Por el camino pensé en llamar a mi padre y contarle todo lo que había pensado, pero supuse que no le haría mucha gracia que estuviese dándole vueltas a esas cosas ni que me metiese en camisas de once varas, así que no lo hice.

Me gustaba mucho ir por esa zona, era tranquila y no se pasaba miedo cuando caía la noche. La plaza de Manuel Becerra siempre estaba petada de gente tomando algo en las terrazas, hiciese frío o calor. En una calle, cerca de la casa de los padres de Juanfer, había una pequeña floristería regentada por una mujer de lo más amable. A veces iba allí y le compraba a Lucía una plantita; lo prefería a regalar flores. Pero aquel día no me dio tiempo por la hora que era, por lo que fui directa a su casa.

Estaba un poco nerviosa, no sabía cómo iban a recibir la pelota y mis palabras. No estaba muy segura de cómo actuar ni de qué decir, y lo que menos quería era incordiar en un momento como ese. Si yo estaba destrozada, no podía ni imaginarme cómo estarían ellos.

Pero supongo que la vida es aún más jodida de lo que creemos, porque cuando llegué a la calle donde estaba su casa, unas cuantas luces de esos colores que te avisan de algo malo se veían a lo lejos.

Según me iba acercando, sentía más angustia. Aquellas luces horribles de la policía y las ambulancias estaban frente al edificio de Mateo y Lucía. Seguí avanzando cada vez más rápido. ¿Qué cojones estaba pasando aquí?

A lo lejos vi a Paula y a Tony. Eché a correr y me salió solo gritar el nombre de Paula. Ella me retuvo y, como no lograba calmarme ni que me fuese, me apartó a una esquina y me lo contó todo, sin adornos. Me dolió en el alma, no podía creerla. Aquello no podía estar sucediendo. No pude explicarle nada, tampoco ella podía escucharme. Tan solo me dijo que me fuese y que ya hablaríamos tranquilamente al

día siguiente

Me aparté de ella como si fuese culpa suya. Me di media vuelta y volví sobre mis pasos. Pero qué cojones estaba pasando, era una completa pesadilla. Me quedé en un portal cercano apoyada contra la puerta, muerta de miedo. Quise regresar y contarle a Paula lo que pensaba: el fallecimiento de los padres de Juanfer tenía que estar relacionado con todo esto. Respiré hondo y me armé de valor para volver, pese a que me hubiese echado literalmente de allí, pero, cuando estaba cerca del mogollón, vi cómo Paula se desvanecía sin previo aviso. Me quedé quieta. ¿Estaba viva? Ya no sabía qué pensar, me asusté y me fui por donde había venido. Ni siquiera pude coger el metro de vuelta a mi casa ni llamar a mi padre para contarle lo que me acababa de ocurrir.

Corría mientras lloraba, con tanta rabia por dentro que la gente se me quedaba mirando por la calle. Corrí y corrí hasta que llegué a mi casa en un tiempo demasiado breve para una distancia tan larga. Me quedé sentada en el portal, llorando desconsoladamente, con la pelota en la mano y reviviendo el momento en el que, días atrás, Juanfer sacó la cabeza por la ventanilla del coche para reírse de mi vestuario justo antes de ir a la maldita FICLASI que tanto había cambiado mi vida.

Si ya sospechaba en aquel momento que lo de Juanfer y la FICLASI estaban relacionados, ahora no tenía ninguna duda. ¿Paula estaría bien? ¿Por qué se había desmayado? ¿Qué narices estaba pasando? Solo tenía preguntas, ninguna respuesta. Entonces tomé una decisión. Dejé que pasase un tiempo para que todos abandonaran la casa de la familia Salas y regresé para investigar qué había ocurrido con Lucía y Mateo.

6

Pensaba en Susana y en lo mal que tendría que estar; demasiadas emociones para una chica tan joven. Mi instinto me decía que algo raro estaba ocurriendo desde el suceso de la FICLASI y que todo lo que tenía delante de mis ojos carecía de sentido. A la mañana siguiente, nada más llegar a la central, vi que Susana me esperaba en la puerta; era muy temprano y llevaba la misma ropa que el día anterior, así que supuse que se había pasado toda la noche divagando sin parar. En cuanto me vio se acercó, yo le hice un gesto para que me siguiera y, sin mediar ninguna palabra por el camino, llegamos a mi despacho.

—Es imposible lo que ocurrió ayer —me dijo con total seguridad y contundencia.

—¿Y qué pasó ayer? Porque yo no te he contado nada y la información no es pública.

—Mateo asesinó a Lucía y se quitó la vida, ¿me equivoco? —Se sentó sin preguntar.

—¿Cómo tienes esa información? —Me preocupé.

—Pues por los vecinos, Paula.

—Bueno, todavía tenemos que determinarlo con seguridad —le contesté mientras sacaba mis documentos—, y para ti soy señorita Capdevila. —Marqué las distancias.

—Todo esto es imposible. Tanto el suicidio de Juanfer como que Mateo hiciera eso. Conozco a esa familia perfectamente y es imposible, se lo aseguro. —Respetó las distancias.

—Susana, no siempre conocemos lo que ocurre dentro de la casa de nuestros amigos. Te sorprenderías lo mucho que cambian las personas cuando entran en su hogar. Créeme.

—Mire, aquí hay algo que no cuadra, es obvio. Primero Juanfer se tira por la ventana, cosa que jamás hubiera hecho, ni aunque se hubiera querido suicidar, porque tenía pánico a las alturas, y luego ¿su padre se vuelve loco, asesina a su madre y se corta el cuello? Que no, que es imposible. Hay una relación clara en todo esto.

—Susana… —Respiré profundamente y la miré a los ojos—. Deja que hagamos nuestro trabajo para esclarecer lo que está ocurriendo, nadie quiere averiguar la verdad tanto como nosotros. Te dije que vinieras aquí por si necesitabas hablar con alguien, no para que

conjetures cosas que no sabemos.

—Vale, pero supongo que vais a necesitar a alguien cercano a la familia, ¿no? Y ni Lucía ni Mateo tenían hermanos ni padres y Juan Fernando era hijo único, así que lo más cercano a una hermana era yo. Además, he descubierto algo muy importante que decirte. —Ya me dio igual que volviera a saltarse el tratamiento.

—Te agradezco enormemente tu ayuda, pero de momento no va a ser nece… —Interrumpieron nuestra conversación abriendo la puerta sin llamar.

—Señorita Capdevila, he encontrado algo —me dijo el compañero de informática.

Dejé a Susana en el despacho y me fui a la salita donde tenían todos esos aparatos tan complicados de entender para mí. Me explicaron que lo último que Lucía y Mateo hicieron pocos momentos antes de morir, información que habían contrastado con Sandoval y su determinación de la hora aproximada de la muerte, fue escuchar una pista de música exactamente igual a la de su hijo.

El compañero de informática me estuvo explicando que, a raíz de la grabación móvil de la que apenas pudo sacar nada más que una frecuencia demasiado alta para el oído humano, también comprobó la pista musical que estaba abierta en el ordenador portátil de Juan Fernando y encontró otros hercios que no eran usuales en la música actual y que, además, a su vez estaban en la pista que escucharon Lucía y Mateo en el teléfono móvil de este último. La noche que Juan Fernando Salas se precipitó por la ventana de su habitación, envió un correo a su padre con la misma pista musical para preguntarle si él escuchaba algo porque su ordenador debía de estar defectuoso y solo oía trozos.

—Dame los cascos y ponme la pista —le pedí.

Escuché varias veces el mismo fragmento que no superaba los cuarenta segundos y había algo en esa música que no era habitual. Gracias al análisis de los compañeros, determinamos que la pista musical del ordenador del joven Salas no era igual que la de la FICLASI ni que la del móvil de su padre. Además, un virus informático había destrozado el archivo. ¿Sería casualidad?

No obstante, sí pudimos detectar con claridad los acordes que tanto Mateo como Juan Fernando Salas habían escuchado. Algo que yo había estudiado antes y que en su día investigué para el trabajo de fin de carrera: los sonidos binaurales.

La investigación que tuve que hacer en su día no versó exactamente sobre ellos. De hecho, esos sonidos tienen ciertos beneficios para el cerebro humano, pues crean una sensación de

tridimensionalidad que puede conseguir calmar la ansiedad, el estrés, el insomnio… y provocan una estimulación sensorial a través de ciertas ondas. Pero, como decía, esa fue una pequeña parte de toda la investigación que llevé a cabo, porque esta se centró en el muzak, el proyecto MK Ultra y un largo etcétera sobre el funcionamiento del cerebro humano a través de las ondas y los campos electromagnéticos. La conclusión a la que llegué es que nos encontramos inmersos en ondas electromagnéticas, no solo por la exposición a la tecnología, y nuestro cerebro también funciona con campos electromagnéticos. Si entendiéramos cómo se dan estos procesos, podríamos comprender muchas cosas y ser absolutamente diferentes.

La física electromagnética comenzó a investigarse en el siglo XIX. En un principio generaba energía, luego se enviaba información a través de las ondas electromagnéticas y más tarde se usó como avance médico: resonancias magnéticas, rayos X, etcétera. Y esto no había parado de evolucionar y crecer a lo largo del tiempo. Así que estábamos totalmente expuestos a los campos electromagnéticos externos de la vida diaria: ondas de radio y televisión, radiación infrarroja…, y dependiendo de su frecuencia tenían un efecto u otro porque, como ya sabíamos, el cerebro humano también actuaba a base de ondas electromagnéticas. Además, el propio sistema legal tenía límites en cuanto a la cantidad de radiación a la que estábamos expuestos constantemente, como con el wifi, por ejemplo.

Supongo que, si yo misma usaba la terapia binaural para calmar mi ansiedad con las dinámicas de Marta, ellos también podrían hacerlo. Sin embargo, me parecía demasiada casualidad que una pista de música apareciese una y otra vez en todas las escenas que estábamos investigando. Volví al despacho para acompañar a Susana a la salida antes de irme al instituto con Sandoval, pero ya se había ido según un compañero que la vio salir.

—¿Cómo lo llevas? Ya me han contado por encima tu informe respecto a los padres de Juan Fernando Salas —le dije a Sandoval mientras me sentaba en la silla de la sala de autopsias.

—Ya está, sí. Empiezo: Lucía Pereira, cuarenta y siete años, fallece a causa de una hemorragia interna derivada de una herida cortopunzante en la zona torácica del cuerpo. El objeto que produjo las heridas es una tijera de ciertas dimensiones. Este tipo de cortes tiene una característica especial y me permite individualizar su reconocimiento. Hay dos tipos de lesiones en el caso de las heridas por tijera según se produzca la penetración. O bien con las dos hojas

cerradas, que provocan una lesión de forma ojal y es única, o bien abiertas, que entonces producen dos lesiones diferentes con una separación concreta, dependiendo de cómo estuvieran de abiertas, y formando lo que se llama cola de ratón en los bordes cortantes.

—¿Cuál de los dos tipos tenía? —pregunté.

—Ambos, si te fijas aquí, esta es la herida que le provocó la muerte con las hojas cerradas, pero, si miras aquí… —me señaló a la altura del abdomen—, en esta las hojas estaban abiertas. No hay duda de que el arma del crimen es una tijera.

—Sí, estaba tirada a su lado cuando encontramos el cuerpo —le confirmé.

—Así es. Y Mateo murió a causa de una herida en el cuello. Empiezo: Mateo Salas, cincuenta años, falleció pocos minutos después que Lucía por una herida incisa autoinfligida. —Levantó la sábana que lo cubría—. Como bien puedes observar, el inicio del corte lo tiene en el lateral izquierdo superior del cuello con un trayecto a través del mismo que termina en el lateral derecho, que es más profundo en su origen y que disminuye al final. Un corte limpio y lineal con dirección horizontal en la parte anterior del cuello. Hay heridas de vacilación, por lo que no me cabe duda de que lo hizo él mismo. Si te fijas —señaló con el dedo—, hay varias heridas paralelas entre sí, no lo consiguió a la primera. Y el arma fue un cuchillo de cocina, también estaba a su lado cuando se levantó el cuerpo.

—¿Coinciden todas las heridas con que Mateo fuera diestro, verdad? —le pregunté pensando que, tal vez, podía haber algo más.

—Sí, Paulita. Sin ninguna duda él apuñaló a su mujer y luego se suicidó. Ahora te doy una copia del informe para que te lo estudies bien.

—Es extraño, Sandoval… No solo asesinó a su mujer, sino que se ensañó con el cuerpo y ¿seccionarse la yugular? No es un método de suicidio muy usual, y mucho menos con el perfil de Mateo Salas.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, creo que no es muy normal lo que ha ocurrido aquí. ¿Has hablado con sus familiares? —me preguntó.

—No tienen. La única persona cercana es Susana Pacheco, amiga del chico y de la familia.

—Pues si es de la única persona que puedes tirar…

—Ella está empeñada en que es imposible todo lo que ha ocurrido y que hay algo más.

—Pues escúchala, Paulita…

Sonó mi móvil, era Marta. Se me había olvidado por completo la consulta que tenía con ella. Colgué el teléfono y me fui corriendo hasta allí. No tardaría más de diez minutos, así que le envié un mensaje disculpándome y le conté una pequeña mentira, que estaba parada en un atasco. No es que me gustase mucho mentir, pero no quería que pensara que no me había acordado de la cita, porque no dejaba de ser una falta de respeto. Bastante que iba a llegar tarde, cosa que odiaba profundamente. Me volvió a sonar el teléfono, era Tony:

—Estoy volando hacia la consulta de Marta —le dije nada más descolgar.

—Pensaba que ya estabas allí y no me habías avisado. No te molesto, cuando termines llámame.

—¿Pasa algo?

—Nada grave.

Pasé corriendo por el portal donde Marta tenía la consulta ante la atenta mirada de su portero, quien, conociendo un poco mis hábitos, se dio cuenta de que llegaba tarde y angustiada.

—Perdona, tendría que haber salido antes y no pillar atasco —le dije sofocada.

—No te preocupes, el tráfico de Madrid, ya sabes… —Me quedé extrañada por su reacción.

Se lo noté en las microexpresiones, esas que no puedes obviar ni disimular y que jamás antes había percibido en Marta. Tenía la sensación de que sabía que le estaba mintiendo, pero era totalmente imposible. Marta no tenía ni pajolera idea de análisis de conducta y mucho menos de perfilar a alguien de manera casi instintiva. No le di mucha importancia.

—Bueno, ¿cómo te encuentras? —me preguntó.

—Mucho mejor, sin duda. Tenemos un caso entre manos bastante interesante, aunque me traen de cabeza varias cosas.

—No me digas que es un asesino en serie. —Sonrió.

—No, no. Para nada, esto está muy lejos de ser un asesino en serie. —Me reí yo también—. Ya sabes que no puedo contarte nada, pero ¿qué opinas de una familia perfectamente normal que de la noche a la mañana el hijo se suicida, el padre mata a la madre y se quita la vida también?

—Guau, menuda carta de presentación. Bueno, lo cierto es que, por lo que me cuentas, parece un claro caso de violencia de género encubierta, ¿no?

—No, no en esta ocasión. Aunque no existan denuncias previas, que ya sabes que no es relevante, no tienen ese perfil.

—¿Y qué sospechas? —me preguntó mientras daba un sorbo a su té y yo me daba cuenta en ese preciso instante de que hoy no me lo había hecho a mí.

—Creo que es pronto para teorizar. —Algo no funcionaba como debería. Sentía una energía terrible que nos separaba a las dos.

—¿Y tú estás bien? —le pregunté.

—Claro, perfectamente, ¿por qué lo preguntas?

—No sé, te noto distinta —le dije.

—Ah, bueno. Hoy ha sido un día complicado. Por cierto, ¿estás haciendo las tareas que te mandé? —Destapó su bolígrafo para empezar a apuntar.

—Sí, es una maravilla, entro en un estado de relajación absoluto. —Sonreímos a la vez—. Por cierto, una duda que tal vez tú puedas resolverme. Los sonidos binaurales y demás que usamos en la terapia, ¿pueden ser nocivos para la salud? —le pregunté, porque nadie mejor que ella podía responderme.

—Lo dudo mucho. —Soltó una carcajada—. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, últimamente me mareo mucho y he pensado que tal vez eso tenga algo que ver —respondí.

—Pues no lo creo, Paula.

Terminamos la consulta de una manera mucho más afable a como la empezamos. A medida que pasaron los minutos volví a sentirme cómoda con ella. En aquel momento pensé que la adrenalina de la que siempre hablábamos en terapia fue la causante de que yo estuviese más acelerada y mucho más alerta de lo normal. De nuevo teníamos entre manos un caso muy interesante y desconcertante, y he de reconocer que, pese a que los rompecabezas tendían a estresarme bastante…, me encantaban los puzles y sus piezas.

7

Tony, si eso lo sabe todo el mundo, por favor… —le dije mientras le daba un sorbo a una cerveza bien fría.

—No, cariño. Esto son cosas que solo sabes tú y porque eres tú. ¿Quién sabe lo que es «muzak»? Te respondo yo: tú, la CIA y el tarado que lo creó. —Me tiró una palomita.

Era sábado y nos quedamos en casa para seguir avanzando con el caso que teníamos entre manos. A colación de eso, le expliqué en qué consistía el estudio de investigación que hice sobre las ondas y frecuencias electromagnéticas, el control de mentes…, esas cosas. Tony era una persona totalmente empírica, si no lo veía, no lo creía.

—Tirar palomitas delante de Henry creo que es un acto cruel. Dale una —le dije mientras pinchaba en mi mapa de investigación una chincheta roja.

—Bueno, entonces, muzak, continúa… —Se reía—. Te prometo que me interesa, no me mires así.

—Vale, cuando entras en una tienda y no hay música, ¿qué te suscita? —pregunté.

—Pues… no sé, seguramente que no me dé buen rollo, que me aburra.

—Eso es, porque la sensación de silencio es negativa y ahí nace muzak, que viene a ser algo así como música sencilla.

Lo cierto es que este tema le interesó mucho más de lo que él pensaba, así que se lo expliqué. Muzak fue el origen de la música ambiental de cualquier establecimiento, que buscaba atenuar los silencios, pero sin ser invasiva y molesta. En la actualidad no tenía nada que ver y, de hecho, el concepto había evolucionado hasta convertirse en una señal de identidad dependiendo del establecimiento. Cuando entrábamos en cualquier instalación, solía haber una música particular: una para las tiendas de ropa, otra para las consultas, etcétera.

En los años treinta fue cuando se fundó Muzak Corporation, una compañía estadounidense que se dedicó a proporcionar música ambiental como producto para que las tiendas lo emitieran a través de sus altavoces, en los ascensores de cualquier edificio, en la espera de las llamadas de teleoperadoras. ¿Para qué? Para conseguir más ventas.

Había una delgada línea de conexión entre la música y determinados hábitos de consumo, la música podía llegar a ejercer una influencia mucho mayor de lo que pensábamos en el cerebro humano y en la toma de decisiones. ¿Quién conocía el sonido que emitía un tiburón? Poca gente. Sin embargo, John Williams consiguió con ciertos acordes que el noventa y nueve por ciento del mundo imaginase un escualo cuando sonaban sus notas. O ¿quién, incluso sin haber visto *Psicosis*, no conocía la música del momento clave? La música tenía el poder de hacernos recordar, imaginar e incluso experimentar según qué sensaciones.

En los años cincuenta se liberó la idea de que el muzak era una técnica de manipulación mental, lo que provocó bastante descontento en la sociedad cuando Eisenhower la utilizó en su campaña electoral. Y no era de extrañar, los expertos determinaron que el uso de música muzak en cualquier comercio aumentaba las ventas hasta en un treinta y cinco por ciento. Control y sugestión.

—El caso es que —seguí explicándole a Tony mientras este comía palomitas como si estuviese viendo una película en el cine— mi investigación trataba sobre la influencia del sonido en la mente humana y, por consiguiente, de las frecuencias usadas en la música.

—Ya, pero…, a ver, suena a experimento nazi —determinó bastante perplejo.

—No vas mal encaminado, amor.

—Ya sé, como el proyecto MK Ultra. Eso sí lo conozco. —Me guiñó un ojo.

—El proyecto MK Ultra centraba sus experimentos en el consumo de ciertas sustancias como el LSD, la privación del sueño, la hipnosis…, pero es cierto que también ponían sonidos repetitivos.

—¿Te imaginas que controlasen nuestras mentes a través de la música? —me preguntó Tony.

—No me lo imagino, es que en cierta medida es así. Joseph Goebbels creó un decreto universal en el año 1939 por el cual se debía cambiar la música a cuatrocientos cuarenta hercios en lugar de a cuatrocientos treinta y dos que es como estaba entonces.

—¿Los nazis cambiaron la afinación musical? —Tony, atento, seguía comiendo palomitas sin parar.

—Sí. De hecho, lo consiguió a nivel mundial. Y fíjate que, aunque el cambio tan solo sean ocho hercios, fue suficiente para que supusiera una alteración emocional bastante trascendente. Básicamente, cambió el modo de pensar y de sentir del pueblo alemán que, más tarde, se adaptaría en todo el mundo.

—Y una pregunta… ¿por qué te ha dado por pensar en esto ahora?

—me interpeló extrañado.

—Porque…, Tony, ¿y si el sonido tiene algo que ver con la muerte de Irene Herrera, Juan Fernando Salas, sus padres y el resto de las víctimas?

—A ver, mi amor…, estamos ante varias muertes extrañas, dos suicidios y un homicidio con ensañamiento, lo veo bastante improbable. —Se incorporó un poco del asiento para ensalzar su opinión.

Yo era consciente de lo descabellado de mi hipótesis; sin embargo, ese runrún de mi cabeza no me dejaba pensar en nada más. Al final todas esas cosas relacionadas con el sonido, las frecuencias, los hercios, los experimentos de control mental y demás eran historias de las que hacía décadas que no se hablaba y que tampoco tenían una trascendencia real en nuestras vidas.

Y Tony tenía razón, la realidad es que estábamos ante unas muertes raras pero sin signos de violencia, dos suicidios y un homicidio, y, aunque las víctimas tenían una relación entre sí, no había ningún indicio de que sus muertes tuvieran algo extraño y oculto, excepto el hecho de que un padre perdió la cabeza por completo al fallecer su hijo. Tal vez exageraba un poco.

Decidí salir con Henry a dar un paseo y despejarme. Desde que empezó el caso tenía la cabeza embotada y con los mareos y los desmayos estaba rara. Sabía que pronto Tony me obligaría a ir al médico a hacerme las pruebas que me aconsejaron en urgencias porque los resultados de la sanidad privada tampoco dieron ningún resultado alarmante pese a seguir con los desmayos. Detesto los hospitales con todo mi ser. No los soporto y mucho menos después de aquel accidente de coche que tuve con Sandoval en su día.

Puede que suene absurdo, pero cuando creces y te conviertes en un adulto consciente del tiempo, te das cuenta de que cada día importa, de que cada pequeño detalle tiene su misión en nuestra vida. También eres consciente de lo valiosa que es la salud porque sin ella, naturalmente, no tienes nada.

Desde que empecé con los desvanecimientos, los mareos, el aturdimiento y demás síntomas que jamás había tenido me daba más cuenta aún. ¿Y si en las pruebas salía que tenía un tumor cerebral o algún tipo de enfermedad degenerativa? No es que me diese un miedo atroz, pero sí pensaba en lo mucho que cambiaría mi vida a la fuerza. Ya no tenía veinte años y, aunque no quisiera pensarlo, lo hacía.

Siempre había creído que las personas que padecían enfermedades

que con el tiempo les incapacitaban eran superhéroes. Y no me refería a esa clase de superhéroes que iban salvando la vida de alguien, sino a sí mismos constantemente, porque ser feliz era una decisión. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Y justo estas personas, que por una razón u otra debían enfrentarse al miedo real por la muerte, decidían ser felices.

Mientras seguía paseando a Henry recordaba a una amiga de mi madre que murió muy joven a causa de un cáncer de mama que no cogieron a tiempo. Ella siempre decía: «Paulita, no te preocupes por mí, yo estoy bien. Lo estoy de verdad y lo estoy porque este cáncer me salvó la vida». Nunca se me olvidarían esas palabras que en un principio no comprendí. «Paula, no somos conscientes del tiempo, no nos preocupa en absoluto mirar el reloj, ver una hora, volver a mirarlo al rato y que hayan pasado dos horas más. No nos preocupa, y no nos preocupa porque pensamos que el tiempo nos pertenece por defecto, pero eso es mentira. El tiempo es un regalo, un regalo que necesitamos medir con un reloj, un regalo que necesitamos para crear orden porque, de no existir, solo tendríamos caos. El tiempo sirve para ordenar nuestras vidas cronológicamente. Desde que tengo cáncer ya no miro las manecillas del reloj de la misma manera, ahora sí sé la importancia que tiene el tiempo y, Paula, no dejes que a ti te ocurra lo mismo. No esperes a tener una enfermedad terminal para apreciar eso porque en cualquier momento, por cualquier circunstancia, puedes irte de aquí sin previo aviso. Aprecia el tiempo. Aprécialo antes de que se termine y, sobre todo, decide ser feliz».

Era maravillosa y todo eso lo entendí el día que la enterramos. Entonces me di cuenta de que los pájaros seguían piando, el viento soplaba y yo ya estaba pensando en qué tenía que hacer cuando saliéramos del funeral…, porque las manecillas del reloj no pararon para nadie más que para ella.

Mi teléfono móvil sonó, un número oculto. «No sé qué le ha dado ahora a la gente con llamarme en número oculto», pensé. Descolgué el teléfono y lo siguiente que recuerdo es un montón de gente a mi alrededor y Henry lamiéndome la cara sin parar.

—¿Se encuentra bien? —me dijo un amable señor cuando se percató de que abría los ojos.

Me ofreció un poco de agua. No podía ni contestar de lo mucho que me dolía la cabeza, Henry no paraba de lamerme y, cuando me incorporé un poco para tomar el agua que me estaban ofreciendo, llegó Tony.

—Paula, ¿estás bien? —Me abrazó—. ¿Otra vez te has desmayado? —Asentí con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tony a las personas que estaban a su alrededor.

—Iba andando con el perro, hablando por teléfono, y se ha caído redonda al suelo —explicó una señora.

Me levanté con cierta dificultad por el aturdimiento y me fui a casa con Tony. Me dijo que, como estaba tardando demasiado en el paseo con Henry, salió a buscarme por si me había pasado algo. Yo no estaba muy lejos de nuestra casa.

—¿Con quién hablabas cuando te desvaneciste? —me preguntó.

—¿Qué? —No sabía de lo que me hablaba.

—La señora me ha dicho que estabas hablando por teléfono cuando te caíste, ¿no sería tu madre? Porque para qué queremos más… —Abrió la puerta de casa mientras me sujetaba aún.

—No recuerdo estar hablando con nadie. No sé.

—Llámala por si acaso —me dijo mientras me ayudaba a sentarme en el sofá.

Cogí el teléfono y me dirigí directamente a las últimas llamadas para ver con quién estaba hablando porque no me acordaba absolutamente de nada. «Número oculto», salía en la pantalla de mi móvil. ¿Otra vez? Ya había recibido otra llamada con un número oculto y pocos segundos después me había desmayado. ¿Qué narices estaba pasando? Llamé a mi madre de todas maneras.

—Hola, hija, ¿cómo estás? Qué alegría que me llames. —Ella siempre tan contenta de escuchar mi voz.

—Bien, mamá, ¿y tú? —contesté.

—Uy…, ¿y esa voz, hija? Pues mira, yo me acabo de cortar con la tapa de uno de los botes de pintura, ¿te puedes creer? Cada día soy más torpe. ¿Qué te ocurre, hija?

—Nada, mamá, últimamente estoy cansada y mareada. —No pensaba contarle que me iba cayendo por las esquinas y que me habían aconsejado un tac.

—¿Te estás alimentando bien? —me preguntó con tono de enfadada.

—Claro, mamá, ya sabes que… —me interrumpió.

—Ponme en manos libres, que me oiga Tony. —Eso fue una orden.

—Tony, ¿está comiendo bien la niña? Dime la verdad. —Tony me miró y sonrió, le tenía mucho cariño.

—Por supuesto que sí, suegra, no se preocupe que su hija lo que tiene es mucho estrés.

—Más te vale, Tony, más te vale. —Esa última frase la recalcó más.

Tony y mi madre tenían una muy buena relación. Ella sabía que nos queríamos y él sabía que mi madre lo era todo para mí y más aún

después de la muerte de mi padre.

El lunes me fui a la central sin ningún problema. Pese a no parar de trabajar en mi mapa de investigación que, aún estaba un poco vacío, pude descansar. Nada más llegar me fui directa al despacho de Gutiérrez. Necesitaba teorizar con él sobre las posibles causas que envolvían este caso. Él era una persona muy sencilla y pragmática, para el comisario este caso no tenía ningún halo de misterio. Una de las cosas que más apreciaba y odiaba de Gutiérrez era precisamente esa, él podía explicarte todo de la manera más funcional del mundo sin pestañear ni un solo segundo.

Por eso, lo único que tenía claro es que todo se estaba convirtiendo en un cúmulo de catastróficas desdichas, pero que, al contrario de lo que yo pensaba, no había ningún vínculo real con la causa de las muertes que teníamos ante nuestras narices. La única idea que tenían es que el fallecimiento de Irene Herrera provocó el suicidio de Juan Fernando Salas al sentirse culpable por no haberla salvado y, a su vez, Mateo Salas asesinó a su esposa tras perder la cordura al no soportar la vida sin su hijo, motivo por el que también se degolló.

Y por mucho que le hiciese preguntas tales como: «¿Por qué Juan Fernando Salas se sentía culpable por la muerte de una joven a la que no conocía de nada?». Él seguía en sus trece de que en este caso no había ni trampa ni cartón.

No me quedaba mucho tiempo para que archivaran esto; el único que me escuchaba, aunque le costase verlo, era Tony, y eso no era suficiente para mantener una investigación abierta. Fui a la máquina de café y le envié un mensaje a Sandoval por si quería que nos tomáramos algo los cuatro por la tarde y, por fin, así conocer a Ana. Cuando me di la vuelta para ir a mi despacho, me encontré a Susana frente a mí.

—Paula —me dijo intentando continuar una frase que no la dejé acabar.

—Susana, lo primero de todo, ¿cómo has entrado aquí sin que nadie te vea? Lo segundo, no te tomes tantas confianzas tuteándome, y lo tercero, ¿qué quieres? Entiendo perfectamente tu situación, pero estás extralimitándote. —Seguí mi camino hacia mi despacho intentando no quemarme con el café.

—Vale, veo que te has levantado de mal humor.

—¿Perdona? —Frené en seco y la miré. Luego continué mi camino y entré en el despacho. Ella entró conmigo.

—Está en coma —aseguró mientras se sentaba en la silla ubicada

frente a mi mesa.

—¿Quién está en coma? —pregunté sin saber de qué me hablaba.

—Alonso. Alonso está en coma desde el sábado.

—Alonso es uno de los amigos que estuvieron con vosotros en la FICLASI, ¿cierto? —Empecé a prestarle atención.

—Eso es. Resulta que estaba en el gimnasio, entrenando después de encontrarse mejor y, de pronto, empezó a sentir un dolor terrible en el pecho, se desplomó y ahora está en coma.

—¿Y qué han dicho los médicos?

—Nada, que seguramente haya sido de un sobresfuerzo por el entrenamiento, que estas cosas a veces ocurren. Pero te das cuenta, ¿no? Eso es lo que llevo tiempo queriéndote decir. Todo está relacionado. Todo. Creo que la música tiene algo que ver en esto.

—Esa teoría es un poco descabellada… —Bebí café para que no se me notara que, en el fondo, yo también pensaba lo mismo. Es verdad que no hacía mucho me había dejado con la palabra en la boca.

—¡Venga ya, Paula! O sea, señorita Capdevila. —Agarró los reposabrazos de la silla con fuerza y se acercó aún más a la mesa—. Te vi en televisión, tú atrapaste al asesino del aire en vena, no me creo que no pienses que hay algo más en todo esto. Pero si te ponen de ejemplo en mis clases.

—¿En tus clases? —pregunté extrañada y con cierto halo de orgullo.

—Claro, en Criminología.

—¿Eres estudiante de Criminología? —Volví a beber para que no se me notase la sonrisilla.

—Sí, y como estudiante de Criminología y fiel seguidora de los asesinos en serie, te digo que estamos ante uno de ellos.

—Vale, para. Susana, para. No hay ni un solo indicio que demuestre que la muerte de las víctimas tenga alguna relación y mucho menos de que se trate de un asesino en serie, así que te aconsejo que no hables de esto con nadie y tampoco muy alto.

—No voy a ir a la prensa, si es lo que te preocupa. Piénsalo, en la FICLASI hubo varios muertos y, de los que sufrieron síntomas extraños, uno está ahora en coma, ¿cómo te lo explicas?

—¿Y los padres de Juan Fernando? —le pregunté para quitarle esa idea de la cabeza.

—Daños colaterales —contestó sin dudar.

—¿Daños colaterales? Está bien, entonces tu teoría es que hay otra vez un asesino en serie suelto por Madrid y que se dedica a asesinar jóvenes que acuden a fiestas clandestinas. Ahora bien, no sabemos ni su *modus operandi* ni tampoco hay una firma ni tenemos la más remota

idea de cuál podría ser su móvil.

Se quedó pensando y se levantó de la silla con la mano en la barbilla, estaba reflexionando qué decir. Yo también hacía eso a veces; de hecho, al saber que estudiaba Criminología me recordó bastante a mí cuando tenía su edad.

—Está bien, visto así no tiene ningún sentido.

Asentí con la cabeza para que reaccionara.

—Pero lo presiento, Paula, me lo dice mi instinto. Aquí hay algo más.

Qué difícil es explicarle a una persona que, a pesar de no tener pruebas de nada, puedes tener la sensación de que algo está ocurriendo. Te lo dice tu instinto, tu energía, tu código. Porque al final es un código con el que vives: estás alerta de todo lo que te rodea. Es difícil porque en el fondo lo sencillo es que te puedan tomar por una conspiranoica. A mí me ha pasado cientos de veces en multitud de ocasiones, así que, por eso, llega un momento en que dejas de verbalizar todas las intuiciones y todos los presentimientos que tienes. Sabía que a Susana, probablemente, le estaba pasando lo mismo y que con la única persona que podía hablar de ello era conmigo.

Qué curioso me pareció que me pusieran de ejemplo en el ámbito académico. Fue todo un honor escucharlo y, no me voy a engañar, sentí también un poco de orgullo. El problema es que Susana no dejaba de ser una joven inexperta en todo esto y me daba cierto reparo que pudiera implicarse en exceso o incluso que hiciera comentarios desafortunados con sus amigos o sus compañeros de clase. Pero, sí, tenía toda la razón del mundo, aquí había algo más que varias víctimas cuya causa de la muerte no estaba relacionada.

Esto era algo que tenía que contarle a Tony, aunque me regañase por hablar con una universitaria que sí tenía relación directa con tres de las víctimas. Sin embargo, sabía perfectamente que me preguntaría si también decían algo de él en las aulas, cómo no, porque su ego era tan fuerte y potente como su Ford Mustang.

¿Podría iniciar una investigación extraoficial para dar con la verdad? Esa pregunta que me asaltó la mente sabía que me traería bastantes problemas. Así que me decanté por seguir investigando esas pistas musicales con los medios y las herramientas que teníamos en la central. No fue algo fácil, las tecnologías nunca se me dieron bien, pero puse mis cinco sentidos en ello.

Además, le pedí a un compañero de cibernética que intentase rastrear las llamadas que llevaba recibiendo desde hacía días con número oculto. ¿Cuántas probabilidades existían de que las llamadas y

mis desmayos estuviesen relacionados? Para mí, bastantes. Primero, porque nunca me había pasado nada semejante, y segundo, porque esas llamadas empezaron justo cuando el caso de la FICLASI se abrió y la investigación dio su pistoletazo de salida.

Cabía una posibilidad de que exagerase las cosas y estuviese encontrando puntos de unión sin pruebas contundentes. Pero tenía muy claro que nada era lo que parecía y que, desde luego, todo estaba unido tal y como decía Susana. Necesitaba contarle todo esto a Sandoval y encontrar un punto de apoyo fuerte en ella.

8

Te prometo que pronto la conocerás —me dijo Sandoval con una sonrisa inequívoca.
No tenía ninguna duda, mi amiga estaba enamorada.

—Eso espero… Tony tampoco ha podido venir. Cuéntame, ¿cómo van las cosas con ella? —le pregunté mientras limpiaba los restos que se quedaron en la jarra de cerveza.

—Ay, Paulita…, pues muy bien. Es tan encantadora, tan atenta, tan todo… Hacía mucho tiempo que no me sentía así con alguien. Es verdad que las dos estamos muy ocupadas con el trabajo, más ella que yo, pero cuando estamos juntas se crea una sinergia maravillosa… —Bebió de su copa de vino.

—No sabes lo mucho que me alegra que seas así de feliz con alguien. Estoy deseando conocerla. Es neurocientífica, ¿no? —No sé por qué había retenido bastante bien este dato de cuando me habló por primera vez de ella.

—Sí, lo tiene todo. —Sonreía.

Sandoval era una mujer de armas tomar. Su físico y su personalidad eran absolutamente arrolladores. Entraba en una habitación cualquiera y, sin duda, todo el mundo la miraba. Era de esa clase de personas que liberaban una energía atrayente y no podían hacer nada por evitarlo. Se había convertido en mi mejor amiga, en parte de mi familia elegida y cualquier cosa que supusiese su felicidad también era la mía.

Hacía mucho tiempo que quería verme a solas con ella para poder charlar y contarnos nuestras cosas. Necesitábamos esos ratitos de intimidad en los que sentíamos que nada ni nadie nos podía juzgar, porque ambas siempre habíamos sido muy autoexigentes, y con el paso del tiempo eso era algo que terminaba desgastando. Intenté centrarme en su vida amorosa y dejar el caso a un lado, pero ella no me lo permitió.

—Bueno, y qué, ¿qué opinas sobre este caso? —me preguntó.

—Pfff —resoplé—. No sé qué opinar, Sandoval. —Me miró con cara de incredulidad.

—¿Tú? —Soltó una carcajada—. Tú tienes una teoría en la mente y lo sabes de sobra, otra cosa es que sea tan descabellada que no quieras

decirla en alto. —Maldita amiga, cómo me conocía.

—Todavía no tengo nada claro, pero es cierto que… —me interrumpió.

—Piensas que es un asesino en serie —afirmó con total contundencia.

—Te detesto, amiga, que lo sepas. —Se reía.

—A ver, si bien es cierto que es todo muy extraño, misterioso e inexplicable… —volvió a beber de su vino—, en realidad no tenemos nada que pruebe que las muertes tienen una relación directa.

—Así es, pero sabes que no creo en las casualidades y tiene que existir una conexión entre todas las víctimas más allá de la FICLASI.

—Al principio pensé que podía ser algún tipo de sustancia que hiciese que su voluntad y comportamiento cambiase e incluso que, en según qué circunstancias, esta pudiese acelerar la muerte. Sin embargo, los análisis toxicológicos se hicieron dentro del margen plausible para que saliese positivo. —Mi amiga también había reflexionado sobre el caso.

—Es lo que más me desconcierta, Sandoval. ¿Qué ha ocurrido en su cerebro? Porque hay testimonios de que las primeras víctimas tuvieron un comportamiento extraño antes de fallecer. Y un ejemplo de lo que ocurrió claro y contundente es lo que le pasó a Irene. Si nos fijamos en ella, Juan Fernando y sus padres, los cuatro han tenido un comportamiento extraño, bueno, al menos tres. No sabemos si Lucía Pereira desarrolló una actitud inusual antes de morir o solo fue su marido Mateo.

—Es desconcertante, la verdad, pero lo del asesino en serie…, ya sabes, Paula. Después del asesino del aire en vena, habría que probarlo y con creces.

—Lo sé.

En aquel momento me sonó el móvil con un número que no tenía guardado en mi agenda. No me gustaba coger el teléfono si no tenía el contacto registrado, pero en este trabajo nunca se sabía y era necesario hacerlo. Seguiría la conversación con ella sobre mi teoría del sonido en cuanto colgara, pero no pudo ser.

—Dígame —respondí con contundencia.

—¡Paula! Tienes que venir cuanto antes, hay otra víctima.

—¿Quién eres?

—Soy Susana, vamos ven, estoy en la Universidad Complutense, ¡corre!

«Será posible que esta niña haya conseguido mi teléfono», pensé para mis adentros. Sandoval había escuchado la breve conversación y decidió acompañarme hasta allí.

Llegamos lo antes que pudimos. Nos encontramos un corro de jóvenes con sus móviles haciendo fotos y vídeos al cuerpo tendido de una chica, de unos veinticinco años, mientras Susana le estaba practicando una RCP.

—Susana, ¿qué ha pasado? —le pregunté al agacharme para reemplazarla en la reanimación.

—No lo sé, empezó a encontrarse mal, se tapó los oídos y se desplomó. —Estaba alterada por la situación.

—¿Dónde está la ambulancia? —le preguntó Sandoval.

—No he llamado, lo primero que he hecho es avisar a Paula.

Sandoval llamó primero, con urgencia, a una ambulancia y después a Tony para que viniera a la universidad. No podíamos desplegar un operativo entero sin tener ni un solo signo de violencia en el cuerpo que yacía sin vida en la Universidad Complutense de Madrid. Le practiqué la RCP sin parar hasta que llegó la ambulancia, aunque por desgracia no se pudo hacer nada por la chica.

Esperamos a Tony y entonces preguntamos a los jóvenes que había por allí qué había ocurrido, pero ninguno nos dio una respuesta exacta. Algunos decían que se desmayó sin más, otros nos contaban que la chica bebía mucho los fines de semana y otros que se estresaba bastante por los estudios. Susana fue la única que nos contó que, aparte de encontrarse mal, se tapó los oídos como si algo la estuviese haciendo daño. Ella recordaba que Irene también hizo lo mismo y, según los testimonios que teníamos, las demás víctimas también.

—A ver, Susana, no puedo desplegar nada. De momento, solo tenemos una joven que ha fallecido por, probablemente, causas naturales —le dijo Tony mientras intentaba tranquilizarla.

No paraba de decir que era otra víctima más de un asesino en serie.

—Voy a llamar a Gutiérrez para que me derive el cuerpo a mí. Quiero hacerle la autopsia —dijo Sandoval.

—Susana, escúchame. No es tan sencillo, estamos sujetos a unos protocolos. Sandoval, mi compañera, hará las investigaciones oportunas y nosotros también, pero, por favor, cálmate. —No sabía muy bien cómo tranquilizarla.

Cuando transportaron el cuerpo y conseguimos que la gente se fuera de ahí, nos llevamos a Susana a la central para que se calmara y, pasado un tiempo, nos contara cómo habían sucedido los hechos y dónde estaba ella para ver todo eso. De camino, Gutiérrez me llamó por teléfono para ver qué estaba sucediendo y, sobre todo, para saber por qué me habían llamado a mí antes de avisar a la Policía Nacional

y a los servicios de emergencia. Y más aún, por qué estaba mi cara en todas las redes sociales y los medios de comunicación, de nuevo. Era prácticamente imposible investigar un caso sin que se hiciese público. Cada día que pasaba odiaba más las redes sociales, los móviles y todo lo relacionado con no tener ninguna intimidad.

—Señor, no puedo remediar que los chavales saquen el mó… —me cortó.

—A mi despacho, ya. —Colgó el teléfono y le hice un gesto a Tony para que fuese más rápido.

No dije nada en el coche para no perturbar más la situación y violentar a Susana que en ese momento tenía la mirada perdida, observando Madrid tal y como había hecho yo cuando llegué a la capital. Estaba en shock. Al llegar a la central, la dejamos en una sala custodiada y fuimos directamente al despacho de Gutiérrez. Sandoval ya se había llevado el cadáver.

—Me puedes explicar, Paula, ¿por qué cojones vuelves a ser el centro de atención del país? —Todavía estaba asumiendo que hubiera dicho una palabrota.

—En su defensa diré… —Intentó calmarle Tony.

—Tú te callas. —Unas palabras contundentes con una mirada asesina—. Miren, Capdevila y Herrero, y les trato así porque parece que las confianzas en este trabajo es mejor no tenerlas, ya hemos vivido un caso mediático y ya han estado los de arriba soplando en nuestra nuca, lo que menos necesitamos es que vuelva a ocurrir.

—Señor, estaba pendiente de la RCP de la chica, no de los móviles que grababan.

—Me da exactamente igual, aléjense de las puñeteras cámaras. Y ahora fuera del despacho.

Salimos en completo y absoluto silencio, nos sentíamos como si nos hubiese regañado un profesor del colegio. Le pedí a Tony que se reuniese con Susana y me fui a la máquina de café para ver si encontraba de nuevo la concentración. Nunca me había echado la bronca Gutiérrez así y me dejó un tanto contrariada porque, aunque tuviese razón en cuanto a que no nos compensaba a ninguno que esto saltase a la prensa de nuevo, ni Tony ni Sandoval ni yo tuvimos la culpa. Me apoyé unos segundos en la pared mientras bebía sorbo a sorbo el café, estaba demasiado caliente. ¿Qué tenían en común las víctimas que aparecieron a raíz de la FICLASI? Haber escuchado algo particular. ¿A qué último punto llegaba siempre con este caso? A que el sonido desempeñaba un papel fundamental. ¿Realmente eran asesinatos o por el contrario una pura casualidad de muertes entrelazadas? Me centré en la primera pregunta y la más importante:

¿qué tenían en común las víctimas? O mejor dicho ¿quién? ¿Quién había estado presente en todas y cada una de esas muertes?

—Joder —dije en alto dejando el café encima de la máquina—. Susana —me respondí.

Las casualidades no existen, esto es así. Aunque mucha gente se empeñe en decir que sí, la respuesta contundente es no. Las casualidades no existen; de hecho…, todo es cuestión de matemáticas. Todo es mera probabilidad. Solo hay que fijarse en la paradoja del cumpleaños. Esta paradoja determina que, si se reúne un grupo de veintitrés personas, existe una probabilidad del 50,7 por ciento de que al menos dos de ellas hayan nacido el mismo día. Y si aumenta el número de personas a cincuenta y siete la probabilidad es mayor, del 99,66 por ciento. Todo esto tiene una explicación real y científica. Por todo ello, la respuesta de qué o quién había estado presente siempre era Susana.

Pero este pensamiento me hizo entrar en una controversia conmigo misma. Tenía dos verdades absolutas: Susana había estado vinculada a todas las muertes, pero en ningún momento intuí que ella pudiese tener una relación trascendental con el hecho en sí. Por lo que, si dejaba paso a la evidencia…, debía sospechar de ella, pero si dejaba paso a mi intuición, pues no.

Entré calmada y me senté al lado de Tony para poder tenerla enfrente. Era mi turno y pondría mis cinco sentidos en hacerle un buen análisis de conducta. Pese a que no solía dudar de mi intuición, bien es cierto que la evidencia era la evidencia y tampoco podía pasarla por alto. Al sentarme, Tony sabía que estaba tramando algo; sin embargo, me dejó actuar antes de preguntarme nada.

—¿Más tranquila? Bien, Susana, necesitamos que nos cuentes otra vez qué ha ocurrido.

—Pues de pronto esta chica se empezó a tapar los oídos y a agacharse como si estuviese escuchando algo molesto y se desplomó por completo. Exactamente igual que la chica de la barra de la FICLASI.

—Antes de eso, cuéntanos los cinco minutos previos a ese momento.

—Pues salí de clase para irme a casa y cuando crucé la puerta me encontré la situación… —Se frotaba mucho las manos.

—Espera, ¿saliste de clase para irte a casa y cuando cruzaste la puerta te encontraste la situación? —le repetí.

—Sí, así es.

—¿De qué clase? Porque estabas en la Facultad de Ciencias de la Información. —Saltaron todas mis alertas.

—Puedo explicártelo —me dijo muy asustada.

—Levántate y date la vuelta. Tienes derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a la asistencia de un abogado durante tu interrogatorio. Si no puedes pagarlo, se te asignará uno de oficio. —Tony entendió perfectamente la situación y procedió a detenerla.

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Qué cojones me estás contando, Paula! Yo no he hecho nada. ¿Qué significa todo esto? —se alteró.

—Quedas detenida por obstrucción a la justicia, desacato a la autoridad y por ser sospechosa de… —No me dejó terminar.

—¿Me estás puto vacilando? ¿Sospechosa? ¿Obstrucción? ¿Desacato? Conozco mis derechos y solo intento ayudaros.

—¿Y por eso me mientes y casualmente estás rondando en todos los escenarios del crimen? Llévatela, Tony. —Le hice un gesto, no quería verla.

—Te estás confundiendo, Paula. Déjame que te explique —me pedía mientras Tony aplicaba contrafuerza para poder llevársela a los calabozos de la central lo antes posible.

Me dirigí hacia nuestros compañeros y les di los datos de Susana para que la buscasen en la base de datos e hiciesen una investigación exhaustiva sobre ella. Después de saber que me había mentido, la evidencia ganaba a la intuición sin ninguna duda. Estudiaba Periodismo, no Criminología. Me molestaba que me mintieran, muchísimo, y me molestaba mucho más cuando encima tenía fe en esa persona. ¿Cómo había sido posible que una niñata me hubiese colado su buen hacer y fuese una asesina en serie? Francamente no lo creía, pero, visto lo visto y según cómo estaba el mundo, me esperaba cualquier cosa.

—¿Por qué acabo de detener a esta chica exactamente? —me preguntó Tony, que ya había llevado a Susana al calabozo.

—Porque me ha mentido y es sospechosa.

—¿Sospechosa de…? —Entrecerró los ojos.

—Asesinato.

—Joder, Paula… Pues te aconsejo que bajes a hablar con ella ya porque se ha acogido al *habeas corpus* y no puedo ignorar eso. Así que o hablas con ella y solucionas esto ya, o tengo que pasarla a disposición judicial de inmediato. Y procura hacerlo antes de que Gutiérrez se entere, nos despida a todos y cierre esta unidad. —Asentí con la cabeza, pero yo también entrecerré los ojos.

Aproveché los cinco minutos de suspense que quise darle al asunto

para llamar a Sandoval y ver cómo iba la cosa por la mesa de autopsias. No pudo contarme mucho, porque justo en el momento en el que la llamé estaba terminando de abrir el cuerpo, pero lo que sí me dijo es que las señales que tenía a primera vista eran las mismas que las de Irene Herrera González y que, desde luego, no podía ser una casualidad.

—Aquí está ocurriendo algo extraño, Paula, no son lesiones normales, creo que deberías hablar con Gutiérrez lo antes posible para que no den carpetazo a esto.

Esa fue la frase exacta que me dijo antes de colgar. Así que así obré. Pese a la bronca de Gutiérrez y con el recelo normal tras una gorda, le expuse los motivos y toda la información que por el momento teníamos, más las autopsias de Sandoval, la relación de las víctimas y todos los datos que arrojaban luz al caso. No voy a mentir, le costó bastante escucharme de una manera objetiva, porque, nos gustase o no, teníamos mucha confianza y eso, a veces, daba asco. Al final me dio luz verde, aunque solo después de decirme que soltase inmediatamente a la chica que tenía retenida de forma ilegal en los calabozos de la central. A veces me daba hasta miedo, se enteraba de demasiadas cosas, era como un *big brother*.

Antes de bajar a los calabozos, le pedí a Tony que recuperase el móvil de la última víctima, la estudiante de la Universidad Complutense de Madrid, y que investigase todo lo relacionado con ella. Su familia, sus amigos, sus costumbres… y, en especial, si había alguna pista musical en su teléfono. Ahora sí me encontraba ante una investigación real y contundente sobre un caso tremendamente extraño, pero que, sin ninguna duda, no tenía nada que ver con muertes naturales.

—Sácame de aquí o te denunciaré a ti y a toda la unidad por detención ilegal. —No me dio tiempo ni a cerrar la puerta cuando se agarró de las rejas para echar pestes sobre mí.

—¿Por qué me has mentido? —Cogí un taburete y me senté frente a su celda.

—No te he mentido, solo te he ocultado algo. —Le hice un gesto para que empezase a hablar.

—Estudio Criminología a distancia y, presencialmente, en la Complu, Periodismo.

—Qué valor tienes, Susana. Qué valor. —Me crucé de brazos.

—Que no es lo que estás pensando, tía. —La corté en seco.

—Primero, no soy tu tía y, segundo, me has mentido para sacarme

información como buena futura periodista que serás. De hecho, no sé ni por qué estudias también Criminología.

—Que no, joder, que no. Sabía que si te decía que estudiaba Periodismo no querrías hablar conmigo. Joder, Paula, todos saben que odias a los periodistas desde el caso del asesino del aire en vena. Y, sí, también estudio Criminología porque me gusta tanto o más que a ti, y soy buena en ello, y precisamente quiero unir ambas carreras para que no vuelva a suceder lo que te pasó a ti, ¿vale? Y me parece muy injusto que me encierres en un calabozo, que huele mal, sin ser capaz de escucharme. Además, me muero de frío. Y me habéis esposado, Paula, como a una delincuente. Y, mira, puedes investigar sobre mí todo lo que te dé la gana porque no tengo nada que ocultar. Y, sí, estoy lógicamente relacionada con todos porque las muertes empezaron en la FICLASI y, si eres tan idiota como para no ver que hay un maldito asesino en serie, bastante inteligente, por cierto, mientras yo estoy aquí detenida y tú estás perdiendo el tiempo, pues que te den. —Creo que solo respiró en dos ocasiones durante ese monólogo.

Descrucé las piernas y, apoyando el peso en mis codos, me froté la frente y le pedí al agente que custodiaba los calabozos que abriese su puerta.

—Nunca has pensado que fuera yo, ¿verdad? —me preguntó mientras salía con cara de enfadada.

—Un poco sí, pero solo un poco. Vete a casa y quédate quietecita, ¿de acuerdo? Quie-te-ci-ta.

Teniendo luz verde del comisario, la cosa era bastante diferente. Me fui a casa con Tony, me apetecía estar tranquila con Henry. Aproveché mientras conducía para mandarle un mensaje a mi madre, estaba segura de que había visto mi cara en las noticias y no me escribió para no agobiarme. Le dije que todo estaba controlado y que no se preocupase, aunque creo que eso era misión imposible para ella.

También escribí a Marta para pedirle una cita a finales de semana, me contestó al segundo sin ningún tipo de pegas, menos mal que la tenía a ella. No sé qué hubiera hecho de no haber ido a su consulta en estos últimos meses. Después, le deseé suerte a Sandoval con la autopsia y le pedí que descansase nada más terminar. Francamente, esperaba que descubriera algo que arrojase luz a todo esto.

Desde que había empezado la investigación, no me encontraba bien del todo, como si mis capacidades físicas y mentales se hubieran visto mermadas con el tiempo. No sé, a veces pensaba que era por el hecho

de ya no ser tan joven; otras, que había algo en mi cuerpo que no funcionaba como debería, y en alguna ocasión, que la mente era lo suficientemente poderosa como para avisarme de que algo malo estaba a punto de suceder.

Quisimos aprovechar ese momento a solas con Henry para recorrer juntos alguna de sus calles favoritas de Madrid. Desde que Hen, como yo lo llamaba, llegó a mi vida, nunca más volví a sentir esa extraña sensación de soledad que caía, a veces, sobre mí, aunque estuviese rodeada de mil personas. Tenía a mis compañeros, a mi madre, a Tony, pero Henry constituía otra energía para mí. Por eso verlo y tenerlo cerca me hacía la persona más feliz del mundo.

9

Cómo te encuentras, Alonso? —le pregunté preocupada.

—Pues, bueno, tía, estoy bien, tengo bajadas de tensión, pero yo creo que es por todo lo que ha ocurrido, ¿sabes? Aún no me lo creo —me respondió.

—Normal…, es increíble todo lo que ha pasado, a mí también me cuesta mucho asumirlo. Ha ocurrido todo tan rápido… Todo ha cambiado, ¿verdad?

—Todo, tía, nunca debí invitaros a esa fiesta —me dijo muy afectado.

—Tú no tienes la culpa, Alonso. Nadie la tiene.

—¿Y Juanfer? No entiendo nada —me contestó con la voz quebrada.

—Yo tampoco, Alonso, todo esto es surrealista —me emocioné.

Estuve un rato charlando con él por teléfono para saber cómo se encontraba y cómo estaba llevando todo esto. No era muy expresivo y como la procesión se lleva por dentro tampoco quise presionarlo más; francamente, no necesitaba más comentarios negativos en mi cabeza.

Le pregunté también por aquella noche, quería saber cómo la había vivido y como era de esperar fue de una manera totalmente diferente. Por lo que me contó, él también eligió la sesión musical techno, pero, como no le gustó nada, se cambió a la de pop comercial. Ahí estaba la respuesta sobre por qué él no murió. Estaba claro que esa música tenía algo y que el simple hecho de haberla escuchado un poco fue suficiente para terminar en el suelo bastante jodido. Me alegré al oír eso porque quizá esa fuera la razón por la que seguía vivo.

El día siguiente lo dediqué a investigar por mi cuenta a FESTAEVENT S. L. en internet, encontré una dirección y el nombre completo de uno de los organizadores de la FICLASI al que seguí por Facebook, un tal Rafa. Parecía un tipo normal. De mediana edad, muchos amigos y dedicado en cuerpo y alma a las fiestas. Me planté en las oficinas de FESTAEVENT. No estaban en una zona buena de Madrid. Desconocía qué me encontraría, y decidí dejar mi móvil grabando en el bolsillo del abrigo por protección, pero justo cuando quise activar la grabadora, me llegó un mensaje de un colega que teníamos en común Alonso y yo: «Alonso está en coma tras un

entrenamiento en el gimnasio». Se me encogió el corazón cuando lo leí, pero necesitaba seguir con esto.

Llegué a un edificio bastante bajo para ser Madrid. Vamos, que eso era una casa que habían convertido en oficina y se habían quedado tan anchos. En el portal no ponía nada; ni un cartel ni un distintivo…, cero. Así que entré en el bar de al lado a preguntar. Los camareros son los equivalentes a los psicólogos y a los policías de cualquier barrio, se enteran de todo.

La higiene del lugar era bastante dudosa, de estos bares en los que no apetecía mucho pedir una consumición. Pero no tenía más de donde tirar. El camarero, un señor que debería estar jubilado ya, iba vestido con un uniforme negro y el nombre del bar en el pecho: BAR LA CHIMENEA. Si no tenía veinte lamparones en la chaqueta, no tenía ninguno. No había mucha gente, solo un par de obreros tomándose una cerveza y un bocata de calamares y tres jubilados jugando su partida de cartas.

—¿Qué le pongo, señorita? —quiso saber.

—Ponme… un café solo, por favor —respondí por pedir algo, porque no tenía ganas de nada.

Mientras me preparaba el café, estaba pendiente de la puerta del bar por si veía al tipo que había encontrado por Facebook.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —me preguntó el camarero mientras me servía la taza de café.

—No, no. De hecho, estoy esperando a alguien, me han dado esta dirección, pero no sé si me he equivocado. Lo mismo usted puede ayudarme. —Fui al grano.

—Claro, guapa, dime.

—Mire, es que quiero echar mi currículo en FESTAEVENT para trabajar con ellos, pero en el portal no veo el nombre ni nada… Tengo entendido que allí trabaja un tal Rafa.

—¡Luismi! —gritó el camarero a uno de los jubilados de la mesa—. El Rafa es el que organiza las fiestas esas, ¿no? —le preguntó a voces.

—Sí —contestó el jubilado sin retirar la mirada de las cartas.

—Es aquí al lado, guapa, vive en el 2D y tiene allí la oficina —me respondió.

—Muchas gracias. —Dejé el dinero encima de la barra y me fui.

Naturalmente, después de lo que había pasado y de que la prensa filtrase el nombre de la empresa que organizó la FICLASI, no iba a ser nada creíble que una joven fuese a echar su currículo. Estaban en la quiebra tras aquello, y no era para menos. Llamé al telefonillo.

—¿Sí? —respondió la voz de un chico.

—Hola, mire, soy la cartera, le traigo una notificación. —Qué

mejor excusa que esa.

—Pase. —Me abrió.

Imaginé con quién me enfrentaría, podía ser un loco. No era para dármelas de lista, pero, si cualquier persona escuchaba: «Soy el cartero, te traigo una notificación», pues abría la puerta seguro. Bueno, el caso es que me abrió y subí. La movida era qué narices le iba a decir a ese tipo cuando lo viera, pero improvisé.

—Hola, buenas, mira es que no te traigo ninguna notificación —le solté de golpe.

—Entonces ¿quién coño eres? —No estaba muy receptivo.

—Pues soy…

—Si eres periodista, ya te estás yendo. —Se adelantó a mis palabras, y cambié de estrategia.

—No, no, por Dios, no. Soy la ayudante de Paula Capdevila, la criminóloga de la UIE dirigida por el comisario principal Gutiérrez, vengo por una información que dio respecto a la fiesta…

—Ah, vale. ¿Qué información? Ya le dije todo lo que sabía al comisario y no he llamado a Paula Capdevila porque no tengo nada más que añadir —me espetó.

—Bueno, verá, es que ha habido un problema informático con los expedientes y se ha borrado todo, así que necesito que me vuelva a contar con pelos y señales lo que ocurrió aquella noche.

—Manda cojones…, pasa. —Me abrió más la puerta para que entrase.

Menos mal que no me pidió ninguna identificación, porque como mucho le podía sacar mi DNI y la tarjeta del metro. Cuando nos sentamos en el salón, estaba más tranquilo. Supongo que todos los medios de comunicación del país le habían puesto la cabeza como un bombo después de que el caso de la FICLASI saltase a la prensa. Me estuvo contando todo bastante bien, que ellos lo hacían como una nueva forma de diversión, que todavía no se explicaban lo que ocurrió, que allí nadie pudo alterar las botellas de alcohol ni los refrescos y que hubo un pequeño problema con el sonido antes de comenzar. Ahí lo tenía.

—¿Qué problema exactamente? —pregunté.

—Nosotros ajustamos y sincronizamos los reproductores de música con los números que les ponemos en pantalla para que los asistentes al evento elijan qué sesión escuchar. Y un par de horas antes, cuando hicimos las pruebas técnicas, nos dimos cuenta de que no funcionaba bien.

—¿Cómo que no funcionaba bien?

—Te explico hasta donde sé porque de eso se encargan nuestros

profesionales de sonido. El técnico encargado aquel día del evento no encontraba las sesiones musicales hasta que dio con otras que tenían más o menos las mismas canciones. Y luego lo que os comenté, que cuando quisimos recuperarlas para dárselas a la UIE no estaban.

—¿Cómo que no estaban?

—No estaban, se habían borrado.

—Pero… ¿las borró alguien de la organización por el susto de lo que había ocurrido?

—Qué va, qué va. Si con todo el follón que se montó fue en lo que menos pensamos. De hecho, no sé por qué os interesa tanto eso. Está claro que metieron algo en la copa de los chavales. —Se le notaba afectado.

—Bueno, no se preocupe, haremos lo posible por saber qué ha ocurrido —intenté consolarlo.

—Ya, pero hay muchos jóvenes muertos y mi empresa está en la ruina.

—¿Podría usted darme el contacto de su técnico de sonido para hablar con él?

—Murió esa misma noche junto con los chicos. —Eso sí le dolía.

Claro, qué pregunta más tonta, si él también escuchó la mierda de música asesina, pues lo más lógico es que se muriera. Le agradecí la conversación y me fui. Madre mía, como se enterase Paula de esto me metería presa por el resto de mi vida. Tampoco suplanté la identidad de un policía, simplemente dije que era su ayudante…

Me pasé el fin de semana buscando en internet un montón de artículos de científicos y de neurólogos que aseguraban que, dependiendo de la intensidad de la música, podía tener efectos superperjudiciales para la salud. Blanco y en botella, guardé toda esa información para poder enseñársela a Paula más tarde. Naturalmente, no le diría que había hablado con uno de los organizadores de la fiesta, pero si quería lucirme con ella y aportar algo a la investigación, también tenía que ir por mi cuenta y riesgo.

El lunes por la mañana estuve un rato dudando de cómo entrar en la central, porque allí si no pasabas por el arco, te cacheaban y además tenías que explicar el motivo de la visita, sin este ritual no accedía nadie. Así que improvisé, como siempre.

—¿Adónde se dirige? —me dijo el policía de la puerta.

—Vengo a hablar con Paula Capdevila por el tema de unas prácticas de Criminología —solté lo primero que se me ocurrió.

—Espere un momento que lo compruebo.

Cuando se giró a hablar por teléfono, y con el tiempo pegado al culo porque enseguida sabrían que era mentira, me colé y subí corriendo. A ver, lo de correr en una comisaría no es lo mejor que se puede hacer y mucho menos en la central de la UIE, pero es que tenía que contarle lo de Alonso sí o sí. Al llegar por fin a la planta donde tenían la central, me encontré a Paula en la máquina de café.

—Paula —le dije para que se volviese.

—Susana, lo primero de todo, ¿cómo has entrado aquí sin que nadie te vea? Lo segundo, no te tomes tantas confianzas tuteándome, y lo tercero, ¿qué quieres? Entiendo perfectamente tu situación, pero estás extralimitándote. —Madre mía vaya carácter tenía.

—Vale, veo que te has levantado de mal humor. —No pensé mucho esa frase.

—¿Perdona? —Menuda mirada me echó.

—Está en coma. —No tenía tiempo que perder.

—¿Quién está en coma? —me preguntó.

—Alonso. Alonso está en coma desde el sábado.

—Alonso es uno de los amigos que estuvieron con vosotros en la FICLASI, ¿cierto?

—Eso es. Resulta que estaba en el gimnasio, entrenando después de encontrarse mejor, y de pronto empezó a sentir un dolor terrible en el pecho, se desplomó y ahora está en coma.

—¿Y qué han dicho los médicos?

—Nada, que seguramente haya sido de un sobresfuerzo por el entrenamiento, que estas cosas a veces ocurren. Pero te das cuenta, ¿no? Eso es lo que llevo tiempo queriéndote decir. Todo está relacionado. Todo. Creo que la música tiene algo que ver en esto.

—Esa teoría es un poco descabellada…

—¡Venga ya, Paula! O sea, señorita Capdevila. —Me acerqué con la silla a la mesa de su despacho, pues ya habíamos entrado dentro para que nadie se percatase de mi presencia—. Te vi en televisión, tú atrapaste al asesino del aire en vena, no me creo que no pienses que hay algo más en todo esto. Pero si te ponen de ejemplo en mis clases. —Algo bueno tenía que decirle para convencerla.

—¿En tus clases? —Cayó en la trampa.

—Claro, en Criminología.

—¿Eres estudiante de Criminología? —me preguntó con cierta ilusión. Lo de que era estudiante de Periodismo también lo omití.

—Sí, y como estudiante de Criminología y fiel seguidora de los asesinos en serie, te digo yo que estamos ante uno de ellos.

—Vale, para. Susana, para. No hay ni un solo indicio que demuestre que la muerte de las víctimas tenga alguna relación y

mucho menos de que se trate de un asesino en serie, así que te aconsejo que no hables de esto con nadie y tampoco muy alto.

—No voy a ir a la prensa si es lo que te preocupa. Piénsalo, en la misma FICLASI hubo varios muertos y, de los que sufrieron síntomas extraños, uno está ahora en coma, ¿cómo te lo explicas?

—¿Y los padres de Juan Fernando?

—Daños colaterales. —Era obvio.

—¿Daños colaterales? Está bien, entonces tu teoría es que hay otra vez un asesino en serie suelto por Madrid y que se dedica a asesinar jóvenes que acuden a fiestas clandestinas. Ahora bien, no sabemos ni su *modus operandi* ni tampoco hay una firma ni tenemos la más remota idea de cuál podría ser su móvil.

Vale, me había pillado. Si nos ceñíamos a lo puramente visible, las respuestas eran mucho más sencillas de lo que parecían en mi cabeza; sin embargo, estaba segura de que ella pensaba lo mismo que yo o, al menos, que sospechaba que había gato encerrado. Me quedé pensando y esperando a que ella dijese algo ante mis teorías.

—Está bien, visto así no tiene ningún sentido —terminó por decirme.

—Pero lo presiento, Paula, me lo dice mi instinto. Aquí hay algo más.

No me dio tiempo a continuar porque enseguida el policía de la puerta apareció por su despacho para echarme de malas maneras. Ella tampoco dijo nada para evitarlo, así que no opuse resistencia, total, me había colado de malas formas y le había dado esquinazo a ese pobre señor que solo se limitaba a hacer su trabajo.

Me fui a la universidad para poder seguir investigando el tema del sonido y el cuerpo humano desde la biblioteca. Tampoco era algo tan loco de pensar. Si la música nos creaba sentimientos de alegría y de tristeza, ¿por qué no podía jodernos el cerebro o físicamente? Esto era como si ponían un vaso con agua al lado de un altavoz superpotente, pues el líquido terminaba vibrando de la propia potencia del sonido; vamos, yo lo veía todo muy claro.

Tampoco iba a contar con mucho tiempo porque enseguida tenía clase de Derecho de la información y de la comunicación. Estaba de esa asignatura hasta las narices, se me daba fatal el derecho y me parecía lo más aburrido del mundo. Así que seguí en clase con el móvil buscando lo mío con disimulo mientras tomaba apuntes de ello para no levantar sospechas en el profesor. Me hice un croquis con la cronología de los hechos desde que sucedió lo de la FICLASI y anoté

ciertas cosas que había averiguado gracias a esos artículos tan interesantes.

Sin embargo, no podía parar de pensar en que Paula tenía que estar de acuerdo conmigo, aunque no me lo dijese. Menos mal que conseguí su número de teléfono a través de Rafa, el dueño de FESTAEVENT. Le dije que tenía que comprobar su teléfono para ver si funcionaba correctamente por cualquier cosa que pudiese ocurrir. Ahora me sentía más segura, sabía que más tarde o más temprano tendría que usarlo. Me estaba convirtiendo en una ninja de las investigaciones paralelas. Mi madre se hubiese sentido muy orgullosa de mí, aunque creo que me habría dado unos cuantos gritos si hubiese sabido que estaba en medio de una investigación policial de ese calibre.

Salí de la facultad con ganas de irme a casa de una vez por todas y para poder seguir recopilando información a mis anchas sin nadie alrededor que me molestase. Pero cómo iba a ser posible algo así si estaba en medio de un asunto sumamente extraño. El caso es que, en la explanada de la facultad, una chica de último curso, bastante conocida por ser la hija de no sé qué periodista famoso, empezó a gritar y a tocarse las orejas exactamente igual que la muchacha de la barra y el resto de asistentes de la FICLASI.

«Joder», pensé. Eché a correr para ayudarla y quitarle lo que fuera que estuviese escuchando, pero llegué tarde. Se desplomó delante de mí y de todos los presentes. Tardé unos segundos en reaccionar, pero enseguida llamé a Paula para que viniese lo antes posible; lo que acababa de ocurrir ante mis narices estaba relacionado con nuestro caso, o su caso, lo que sea. Utilicé su número de teléfono antes de lo que pensaba. Creo que no le hizo mucha gracia que la llamase, aunque me dio igual. Mientras esperaba a que viniese, le practiqué la RCP a la chica. Vale, tal vez tendría que haber llamado al 112, pero me puse tan nerviosa que solo pensaba en que Paula llegase cuanto antes y me ayudase a salvarle la vida, aunque, por desgracia, nada se pudo hacer.

La situación se fue de las manos, todo el mundo sacó el móvil para grabar y hacer fotos. Como si con eso fuesen a ganar más seguidores o hacerse notar más. Pensé que muchos de ellos eran ratas insensibles que ni siquiera se molestaron en ayudarnos o en ponernos las cosas más fáciles. Finalmente trasladaron el cuerpo de la chica ante la atenta mirada de todos los testigos.

Paula me llevó a la central para que le contase todo lo que había ocurrido. Empezaba a ser desolador para mí encontrarme siempre donde actuaba ese terrible asesino en serie que estaba segura de que

existía. No sé cómo lo hacía, pero siempre terminaba siendo testigo de todo y, aunque trataba de explicar lo que estaba pasando, nadie me creía o al menos nadie parecía hacerlo.

Tony me acomodó en una de las salas de la central y me dejó una tila en la mesa, estaba tan caliente que casi me abrasé la lengua. Los gritos que el comisario le estaba dando a Paula se oyeron en toda la central. Me sentí culpable por haberla llamado a ella y no a emergencias, además, tampoco tenía la culpa de que la gente fuese una cotilla y una morbosa y hubiesen vuelto a liarla mediáticamente. Menudo agobio debía de tener con ese tema.

No dio tiempo a que se enfriase la tila cuando Tony volvió a entrar. Trató de tranquilizarme de nuevo. Después, un poco más tarde, vino Paula, aparentemente tranquila, con un café casi terminado. Y, bueno, lo que sucedió después me dejó perpleja, lo pasé tan mal que me dieron hasta ganas de llorar, pero no quise hacerlo delante de Paula, así que me enfadé y mucho.

Debía de venir rebotada de la bronca de su jefe y lo pagó conmigo. A ver, en una cosa tenía razón y es que le había omitido el pequeño detalle de que, además de Criminología, estudiaba Periodismo. Pero sabía que si se lo decía no querría hablar conmigo. El caso es que se enteró y se cogió tal cabreo que hizo que Tony me arrestase como una delincuente. Tal y como lo cuento, me leyó mis derechos, me esposó y me llevó a los calabozos. Menos mal que su novio tuvo la decencia de no apretar fuerte las esposas porque con lo frías que estaban y lo que pesaban ya era suficiente. Cuando cerró la puerta de la celda, hablé un poco con él:

—Os estáis equivocando y mucho —le dije muy cabreada.

—Tranquila…, Paula no tardará en bajar a hablar contigo. Es que estás metida en todo, Susana… —me explicó preocupado, como si fuera mi padre.

—Ya, pues peor para mí, ¿no crees? Como si me hiciese mucha gracia ver a gente morir, no te jode. —Me enfadaba aún más por momentos.

—Razón de más para que dejes de estar siempre en medio.

—¡Que no lo busco! Mira que me acojo al *habeas corpus*, ¿eh?

Entonces soltó una carcajada como si lo que acababa de decir no valiese para nada, que tal vez fuese así porque a efectos prácticos era cierto que estaba metida en todos los saraos, pero no tenían ni una sola prueba contra mí. Me dejó allí sola esperando en una celda mugrienta, húmeda y fría. No era como las que salían en las películas, pero era desagradable, además olía mal. Me tuvieron un buen rato esperando, sin embargo mereció la pena porque todo fue tan absurdo

que ni me quitaron el móvil y cuando estaba sola recibí una llamada del de FESTAEVENT.

—Hola, pregunto por Paula Capdevila, eres Susana, ¿no? —dijo nada más descolgar.

—Sí, Rafa, soy yo. Mira es que Paula ahora está muy ocupada —contesté.

—Ya lo he supuesto porque la he llamado, pero no me coge el teléfono.

—No te preocupes, la tengo en el despacho de al lado, dime qué necesitas. —Anda que si hubiese sabido que estaba entre rejas…

—Mira, pues es que después de que vinieras a verme, me puse a rebuscar en los archivos que teníamos de la FICLASI y resulta que el técnico de sonido subió a la nube las sesiones que se pusieron aquel día para no perderlas. Por seguridad, como nos había pasado eso… —Los ojos me hicieron chiribitas.

—Fantástico, Rafa. Me paso mañana a por ellas, ¿te parece bien?

—Puedo enviártelas, quiero ayudar —me respondió.

—No, no. No te preocupes. Prefiero no manipular los archivos. Yo me paso mañana tranquilamente o Paula y las cogemos, ¿de acuerdo? —Naturalmente Paula no iría, pero tenía que sostener mi mentira.

Colgué el teléfono poco antes de que Paula se dignase a bajar a verme y soltarme. Le dije de todo, con educación, pero de todo y muy cabreada. Menudas formas de tratar a una pobre estudiante universitaria que lo único que quería era ayudar. Al menos conseguimos entendernos, yo le expliqué por qué no le había dicho que también estudiaba Periodismo y ella me dejó más o menos claro que no pensaba que yo fuera sospechosa de nada. A ver, tal vez yo hubiese hecho lo mismo en su situación, voy a ser honesta. De hecho, creo que teníamos un poco el mismo carácter, solo que ella ya era criminóloga y yo estaba en ciernes.

Finalmente me sacó de la celda y me repitió varias veces que estuviese «quie-te-ci-ta». Cómo me molestaba que me hablase despacio para hacerme entender algo. Ni que fuera analfabeta funcional. «Quie-te-ci-ta…», en fin, no se lo tuve en cuenta porque bastante tenía ya ella encima. Lo que estaba claro es que, aunque Paula no era consciente de ello, formábamos un gran equipo y yo estaba avanzando muy rápido sobre lo del sonido.

Recordé a un amigo que era músico y técnico de sonido, y además había estudiado algo de ingeniería; bueno, un rollo que tuve el año anterior. Muy majo, un poco raro pero majo. Pensé que lo mismo, si le llevaba las sesiones musicales, podría ayudarme a averiguar más cosas, aunque, claro, si escuchaba la de techno…, lo mismo lo

mataba… Así que a la mañana siguiente recogí las sesiones musicales que me dio Rafa y decidí que solo le llevaría la de pop comercial por si podíamos sacar algo de ahí.

10

Analizaron el teléfono de la última víctima, la chica de la universidad, y en cuanto lo tuvieron me enviaron un informe con todo lo que contenía dentro. Nada relevante al principio, como era de esperar. El clásico móvil de una joven universitaria encantada de subir su vida entera a las redes sociales y de dedicarle poco tiempo al estudio. Parecía buena chica, era la mayor de cuatro hermanos, de una familia bien asentada y sin problemas relevantes. Sin embargo, los compañeros de seguridad cibernética pudieron determinar que un virus borró algo. ¿Qué sería? Una pista musical, no me cabía duda. Leí todo en alto para que Tony estuviera al tanto de lo que habían averiguado y, en ese momento, Sandoval nos llamó:

—Pfff —empezó resoplando—, tenemos casi lo mismo que con Irene, la chica de la FICLASI; sin embargo, he ampliado el rango de pruebas. No es fácil realizar bioquímica *post mortem*, pero, al haber sido casi *ipso facto* en este caso, he podido llevar a cabo ciertas pruebas que me han dado como resultado unos biomarcadores plasmáticos que nunca había visto antes.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Tony.

—Quiere decir que, aunque las lesiones que tiene también sean compatibles con una onda expansiva y que ya sabemos que es algo imposible, este biomarcador nos cuenta que hay ciertas moléculas que se crean como una respuesta inflamatoria en el caso de sufrir un edema en el cerebro.

—Como un ictus —determiné.

—Eso es, como un ictus isquémico.

Después de la explicación que nos dio, le pedí que se centrase sobre todo en el cerebro de la chica y lo analizase tantas veces como fuese necesario. Si la causa de la muerte finalmente tuviese algo que ver con este órgano, acotaríamos y mucho las preguntas y por tanto las respuestas.

Revisé de nuevo el historial y el informe de la última víctima en busca de algún detalle que se nos hubiese podido pasar y, bingo, había algo que ya me resultaba demasiado familiar: el teléfono de un supuesto psicólogo. «Sánchez psicólogo», igual que Juan Fernando Salas. Naturalmente, tras investigarlo, el teléfono era de prepago e

ilocalizable. Además, los compañeros perdían el rastro de la dirección IP del virus que borraba las pistas musicales. Estaba claro que alguien las enviaba y luego hacía que se borrasen para no dejar rastro. Enseguida lo pusimos en conocimiento de Gutiérrez y el caso se afianzó con una conexión entre ambas víctimas. La única diferencia es que la chica de la universidad no había acudido a la FICLASI.

Estaba pensado en proponer al equipo un plan de prácticas universitarias; me parecía muy interesante poder impartirlas en la central y en la UIE. Podía ser algo muy positivo para el futuro de muchos jóvenes que se quisieran dedicar a esta rama de la seguridad. Psicólogos, médicos, criminólogos… Susana era una buena candidata para empezar con ello y además parecía una chica bastante lista y avispada, podría ser de ayuda. Como dice un dicho: cuatro ojos ven más que dos. Y, al estar tan cerca del entorno de las víctimas, podría aportar mucha información. Además, me daba la sensación de que no iba a parar de estar por medio, así que no se me ocurría mejor manera de tenerla controlada. Les pasé una propuesta a todos para ver qué opinaban y, a la espera de lo que dijera Gutiérrez, seguí con las investigaciones oportunas.

Estaba claro que la música y el sonido tenían algo que ver con la muerte de los jóvenes y el desastre de la FICLASI, además, había una conexión directa con Juan Fernando Salas y la chica de la universidad a través de un psicólogo. Ambos de la misma universidad, por lo que ese tal «Sánchez psicólogo» tenía que haber salido de ahí a la fuerza. Llamé a Susana por si en aquel momento se encontraba en la universidad y podía echar un ojo a los tablones de los pasillos y demás. Era un modo de probarla para las prácticas.

—¿Paula? —Me cogió el teléfono extrañada.

—Sí, Susana, soy yo.

—Vaya, ¿a qué se debe tu llamada? —me dijo en un tono jocoso.

—Baja la voz. ¿Estás en la universidad? —Fui directa.

—Sí, voy a entrar en clase ahora, ¿por?

—Necesito que revises los tablones de los pasillos, donde suelen poner los anuncios.

—¿Qué voy a buscar? —me preguntó.

—Localiza algún cartel de psicología o de psicólogos que se anuncien para ofrecer sus servicios. Me da igual cuántos haya, trae todos.

—Vale, voy a ello, compañera. —Me colgó.

Me ponían de mal humor sus formas y la confianza que se tomaba. Sin embargo, había una parte que me recordaba a mí en ella que me hacía gracia. Tenía una personalidad muy carismática y fresca. Sobre

todo eso, aportaba bastante frescura a las cosas. Mientras Susana llevaba a cabo el encargo que le había pedido, Gutiérrez valoraba mi propuesta y los compañeros de cibernética e informática se rompían la cabeza para encontrar algún tipo de pista a la que seguir el rastro sobre los virus que enviaba ese alguien que, sospechábamos, era el psicólogo; yo me fui a casa con Tony. Tan solo queríamos recoger a Henry y dirigirnos al instituto de Sandoval para ver si había podido averiguar algo más del cerebro de la última víctima.

De camino, Gutiérrez me envió un mensaje para aprobar mi solicitud de crear un programa de prácticas dentro de la UIE para universitarios. Aunque con muchas condiciones, naturalmente, como no poner en riesgo la vida del practicante, cosa que me dijo con conocimiento de causa al saber que pensaba en Susana. Todos lo sabían en realidad. Para mí ya era la estudiante en prácticas. No tardé en gestionar los pasos necesarios y realizar las llamadas pertinentes.

—¿Por qué un programa de prácticas? —me preguntó Tony capciosamente.

—Pues para darles la oportunidad a los jóvenes. Entrenarlos. No sé. ¿No te parece bien?

—Sí, sí. Solo que me ha sorprendido, nada más. Supongo que la primera será Susana, ¿no?

—Bueno, o no. Quién sabe. Es lo más sencillo para comenzar el programa, pero puede ser cualquiera —contesté sabiendo que Tony me había pillado.

—Entiendo… —Se empezó a reír.

—¿De qué te ríes? —le pregunté molesta.

—De que, aunque no te haya conocido en tu época adolescente y universitaria, me apuesto mi coche a que eras como Susana. —Seguía riéndose.

—Bueno, era bastante más prudente que ella, pero puede ser —dije.

—Vamos, que te recuerda a ti y quieres formarla a tu antojo —aseguró Tony.

—¿Por qué no sigues conduciendo y dejas de hablar? —le recriminé divertida para que me dejase en paz.

Era cierto que Susana me recordaba a mí, pero lo de las prácticas me parecía una buena manera de que jóvenes estudiantes de diferentes disciplinas pudiesen aprender mucho más gracias a nosotros. Al final la teoría es muy bonita, pero sin la práctica no se interioriza nada de verdad. A mí me hubiera encantado poder encontrar algo así en vez de perder tiempo de formación en un despacho de abogados resolviendo casos en materia penal.

—¡Pequeñín! —gritó Sandoval al ver entrar a Henry por la puerta.

Se adoraban.

—Podrías haberle cerrado el cráneo al cuerpo… —le dijo Tony.

—Podría, pero si lo hubiese hecho sería imposible mostraros lo que quiero.

Henry se quedó sentado observando todo lo que hacíamos, como de costumbre, y nosotros nos pusimos alrededor de la mesa de autopsias para que Sandoval pudiera explicarnos todo. No me hacía falta nada más que ver su cara para saber que estaba contenta porque había descubierto algo nuevo. Sacó su puntero láser y empezó su *speech*:

—Al abrir la cavidad craneal se ve perfectamente el encéfalo edematoso y con hemisferios asimétricos. Una vez fijado el formol, he realizado cortes coronales en los que se aprecia sin duda un área del cerebro totalmente alterada. De haber sido un ictus, lo que observaríamos sería esta zona con un color rojizo, petequias, necrosis, una consistencia gelatinosa…, en fin. Se vería perfectamente una zona infartada del cerebro.

—Pero está… negro —observé confusa.

—Fijaos mejor. —Nos pidió que nos acercásemos.

—Está como quemado —dijo Tony con extrañeza.

—Efectivamente, amigo. —La miré con desconcierto—. Nuestro cerebro funciona con energía —asentimos los dos—, con una energía llamada bioquímico-eléctrica… —No pude evitar cortarla.

—Claro, pero la potencia de electricidad que manejan nuestras neuronas es muy baja, son milivoltios, ¿cómo es posible ese nivel de chamuscamiento?

—Pues piensa que si el electroshock se administra entre ochenta y cinco y ciento diez voltios…

—Ha tenido que ser una potencia muchísimo mayor para causar esto. Literalmente lo que sea le ha frito el cerebro —dijo Tony.

—No hay marcas que puedan evidenciar una electrocución, electroshock o algo por el estilo, ¿verdad? —pregunté.

—En absoluto, es como si algo se hubiese metido en su cerebro y lo hubiese frito desde dentro —contestó Sandoval.

—Y así es —afirmé rotunda.

Ambos me miraron esperando a que mis siguientes palabras fuesen la explicación de lo que estaba ocurriendo. A Tony ya se lo había dicho, pero con Sandoval apenas había hablado de esto. Era el momento de dar un paso al frente y apostar por mi teoría, aunque pudiese parecer una película de ciencia ficción.

—Ha sido el sonido.

—¿Cómo?

—Sí, el sonido, Sandoval. Tal y como lo oyes. Es el denominador común en todas las víctimas. No sé de qué manera ni cómo ni por qué, pero estas muertes están causadas por un sonido o música particular.

—En realidad, no es ninguna estupidez, Paula. Unos decibelios muy altos pueden ser muy perjudiciales para la salud —apuntó Sandoval.

—Creo que hay algo más que unos decibelios altos aquí. Ya lo descubriremos. Sandoval, eres la mejor forense del mundo, ¿te lo había dicho alguna vez?

—Anda, anda. Idos de aquí ya —nos dijo entre risas.

Cuando íbamos a salir por la puerta de su gélido y siniestro lugar de trabajo, o, como ella decía, su zona de confort, mi teléfono móvil comenzó a sonar. Yo esperaba que fuese Susana o Gutiérrez, pero era un número oculto.

Tony me dijo que ni se me ocurriese coger el teléfono ante la sospecha de que esas llamadas pudiesen ser las causantes de mis desmayos. Sin embargo, Sandoval me animó a que lo hiciese en un entorno controlado.

—Tony, grábalo. Quiero ver qué me ocurre.

Lo único que recuerdo es que descolgué el teléfono para saber quién estaba al otro lado y controlar qué iba a ocurrir. Lo siguiente fue abrir los ojos y tener a todos encima de mí para que despertase lo más rápido posible. Me levanté aturdida e incómoda, como las últimas veces. Me senté en una silla y, mientras Sandoval me hacía un examen neurológico rápido, le hice un gesto a Tony para que me diese el móvil y ver lo que había sucedido.

—Tía, te has caído redonda. ¿Qué coño ha pasado? —seguía observándome—. Tienes las pupilas mióticas, Paula. Vas a quedarte quieta y, si en unos minutos sigues igual, nos vamos al hospital. —Estaba alarmada.

Tony me miraba enfadado y preocupado, no entendía por qué ponía mi vida en riesgo cuando era una de las cosas que nos prometimos en su día, que procuraríamos pasar toda la vida juntos. Me mostró el vídeo que había grabado con su móvil desde lejos para poder observar bien toda la escena que se produciría cuando descolgase el teléfono. Se me veía coger la llamada y que me desplomaba. Entonces Sandoval corría para sujetarme y la grabación empezaba a vibrar, pues Tony se acercaba rápido con el móvil grabando para socorrerme también. Sin embargo, había algo más.

—¿Vosotros habéis escuchado algo? —pregunté.

—No —contestaron los dos a la vez.

—Fijaos en esto. Henry sí lo ha escuchado.

En el vídeo se podía apreciar perfectamente cómo Henry ladeaba su cabeza e intentaba encontrar una posición mejor para dilucidar lo que estaba escuchando. Ahí lo teníamos, ni ellos ni yo seríamos capaces de oír lo que se escondía al otro lado del teléfono, pero Henry sí, claro que sí. Porque el umbral auditivo de los perros es muchísimo mayor que el de los humanos.

Recordé en aquel momento un juego al que yo jugaba cuando era pequeña, el baile de las estatuas. Nos colocábamos varios niños en una habitación amplia y sin trastos de por medio y la profesora nos decía que adoptásemos la postura de una estatua. Después encendía un casete antiguo y empezaba a sonar una música, una canción; en ese momento todos nos poníamos a bailar de una forma divertida y sin límites. Saltábamos, nos movíamos…, lo pasábamos realmente bien. Tras unos segundos, la profesora apagaba la música, entonces teníamos que quedarnos quietos y con la posición inicial que hubiésemos elegido. El último que se detuviese en la misma posición pasaría a formar parte del museo de las estatuas. Al recordar eso no pude evitar pensar en la FICLASI, cientos de jóvenes bailando como si no hubiese un mañana hasta que la música se paró para ellos, como el baile de las estatuas.

¿Qué tendría aquel sonido que podía provocar un desmayo? Pero aún más, ¿qué tendría el sonido que mató a los chavales? Cada vez creía más a Susana cuando decía que el suicidio de su amigo y el homicidio-suicidio de sus padres no era posible, que había que ir más allá. Si a mí ese sonido me provocaba una cosa totalmente diferente que a los chicos de la FICLASI, ¿por qué no pudo estimular una especie de locura transitoria en Juan Fernando Salas, que lo incitó a arrojarse por la ventana? Y tal vez también causó que su padre asesinara a su mujer y, cuando este recobró la conciencia y vio lo que había hecho con sus propias manos, se quitó la vida. ¿Había varias músicas? ¿Era cuestión de los decibelios como decía Sandoval? ¿O más bien de las frecuencias usadas en cada música, sonido y llamada? ¿Quién estaba detrás de todo esto?

Aquí había una persona que estaba moviendo unos hilos muy peligrosos para todos. No era algo tangible, porque, si el sonido estaba causando todo esto a través de ciertas músicas, no podíamos verlo. No era como un cuchillo o un arma de fuego, se trataba de un asesino silencioso o, mejor dicho, un *modus operandi* demasiado complicado de entender y de demostrar. Sobre todo, de demostrar.

Al cabo de un rato mis pupilas volvieron a su ser y, afortunadamente, a Henry no le pasó nada. Menos mal que tenía cerca

de mí a ese pequeño compañero de vida. Gracias a él pudimos determinar que sí se escuchó algo al otro lado del teléfono, aunque nuestros oídos no pudieran percibirlo. Necesitaba hablar con Marta y contarle lo que estaba ocurriendo para que me diera alguna información válida respecto a las musicoterapias que hacíamos con frecuencia para lograr un estado de relajación absoluta.

11

Ya no es una cuestión de decibelios, comisario Gutiérrez, tenga en cuenta que una potencia de unos ciento cincuenta podría reventarte el tímpano, eso es algo que ya sabemos. Incluso una potencia mayor podría colapsarte un pulmón. Sin embargo, no solo estamos ante un volumen excesivamente alto, sino ante sonidos imperceptibles, no audibles para el oído humano. —Estábamos explicando y argumentando a nuestro comisario todo lo que teníamos delante.

—Sandoval, ¿usted cree que las lesiones que ha venido apreciando en todas las víctimas pueden haber sido provocadas por el sonido? —preguntó Gutiérrez.

—Desde luego, señor, es la única explicación plausible que puedo encontrar. Como le comenté, la única conclusión a la que llegué ante las lesiones es que eran compatibles con una onda expansiva que, por lógica humana, era algo del todo imposible. Sin embargo, como le dice Paula, un nivel de decibelios excesivamente alto puede llegar a colapsar un pulmón.

—Entiendo, ¿y qué pueden decirme sobre Mateo y Lucía, los padres de Juan Fernando Salas? En ellos no había ese tipo de lesiones.

—Exacto, porque no a todo el mundo le afecta igual el sonido y, sobre todo, depende de lo que se escuche —le respondí.

Me levanté de la silla y me acerqué a la pantalla para exponerle la presentación que había preparado.

—Los decibelios pueden provocar una rotura timpánica, un colapso pulmonar, dolor de cabeza, etcétera. El sonido no es otra cosa que pequeñas vibraciones de moléculas de aire, ¿correcto? —Todo el equipo asintió—. ¿Y si no solo entran en juego los decibelios del sonido, sino los hercios? Como podéis observar aquí —señalé a la pantalla—, el rango auditivo humano es capaz de percibir entre veinte y veinte mil hercios. Lo que significa que la potencia de la onda del sonido tiene que estar comprendida en esos niveles. Si están por debajo o por encima, el oído humano no es capaz de detectarlos, pero en cambio el cerebro sí. Por ello no solo estamos hablando de un componente físico como la rotura de un órgano, sino de uno fuertemente psicológico.

—Por eso, la pista musical que escuchó la familia Salas tenía un

factor diferente, los hercios, que pudieron provocarles una alteración psicológica —continuó Tony.

—Hasta el punto de suicidarse y de asesinar —aseveró Gutiérrez.

Se levantó de su silla, con la mano en la boca en un estado pensativo y se puso a dar pequeños paseos de un lado a otro del despacho. Sandoval seguía explicándole ejemplos como el muzak, las formas de disuasión de jóvenes en manifestaciones mediante sonidos estridentes, las torturas de los experimentos nazis o el mismo proyecto MK Ultra… Gutiérrez no paraba de dar vueltas y reflexionar sobre todo lo que estaba escuchando. Desde luego era algo tremendamente complicado de digerir.

—¿Y por qué? —nos preguntó.

—Eso es lo que tenemos que averiguar, señor. Por qué —le respondí.

—Voy a contactar con un antiguo compañero, el coronel Manrique. Hasta no hace mucho estaba desarrollando un programa militar para crear un arma sónica. Quizá él pueda darnos información al respecto. Tony, intentad dar de nuevo con la dirección IP que manda virus para borrar las pruebas. Paula, comienza con tu perfil y, Sandoval, quiero todos los informes con las nuevas averiguaciones lo antes posible encima de mi mesa. Si todo esto es cierto, que no lo dudo, se puede convertir en algo mucho más grave y mayor de lo que ahora mismo es. Esto se queda dentro de la UIE, no quiero que absolutamente nadie que no tenga que ver con nuestra unidad sepa lo que está ocurriendo. Solo gente de nuestra total confianza para poder seguir avanzando en la investigación. Puede ser catastrófico si algo así se filtra.

Asentimos con la cabeza y nos dispusimos a realizar las tareas que nos había encomendado. Me fui a mi despacho para seguir investigando y estudiando cualquier cosa relacionada con el sonido. Me cité online con varios ingenieros en telecomunicaciones para que me ayudasen a entender mejor las ondas electromagnéticas; también contacté con psiquiatras y otorrinos para poder establecer ciertos parámetros. Lo que teníamos entre manos se escapaba de cualquier investigación normal. Fui apuntando en un papel todo lo que iba sacando en claro:

– Ondas deltas, de uno a tres hercios, tienen mayor amplitud de onda y están directamente relacionadas con el sueño. A medida que nos hacemos mayores este tipo de ondas se producen menos, por lo que es más común en bebés. Pero en adultos también crean niveles favorables para nuestro descanso y nuestro sistema.
– Ondas theta, de tres hercios y medio a ocho, relacionadas con la reflexión y las

emociones. Si tuviésemos un nivel equilibrado de estas ondas, nuestra conexión emocional sería mejor.

– Ondas alfa, de ocho a trece hercios, estas se relacionan con la meditación y el descanso, no con el sueño. Como cuando estamos relajados en la playa o en el campo.
– Ondas beta, de doce a treinta y tres hercios. En este caso ya se ve una sobreactivación neuronal. En un término medio es beneficioso, pero en niveles altos podría provocarnos estrés o ansiedad, y en niveles muy bajos, causarnos un estado depresivo.
– Ondas gamma, de veinticinco a cien hercios. Esto es una frecuencia más rápida, no son las ondas más estudiadas, pues son difíciles de captar. Son ondas originadas en el tálamo del cerebro que se activan cuando existe un alto procesamiento cognitivo. El aprendizaje, la información, la percepción.

Básicamente todas estas oscilaciones eléctricas eran las responsables de lo que sucedía en la actividad cerebral humana. La cuestión era averiguar qué ocurriría si esas oscilaciones eléctricas se veían alteradas o se usaban de una manera nociva para la salud. Desde luego, no cabía duda de que estábamos totalmente expuestos a las alteraciones continuadas de estas ondas. Investigué cómo a lo largo de la historia se pudo determinar que las neuronas se comunicaban entre sí a través de esos pequeños impulsos eléctricos y cómo en la actualidad se podían medir. De manera sencilla, a través de un electroencefalograma para determinar la función del sistema nervioso central.

Saqué varios artículos de científicos que habían dedicado sus carreras a este tema y, junto con los testimonios de las personas que, muy amablemente, habían colaborado en esta investigación que estaba llevando a cabo, pude entender mucho mejor el funcionamiento del cerebro desde la ciencia y las consecuencias que el sonido podía causar en él.

—Es acojonante, no logramos acceder al servidor principal que envió y luego borró las pistas musicales —me dijo Tony entrando por la puerta.

—¿Habéis comprobado todo? —pregunté.

—Absolutamente todo. Quien haya hecho esto también tiene conocimientos informáticos. Ha rebotado la información a decenas de puntos del mundo.

Mi teléfono comenzó a sonar, era Susana. La verdad es que me cautivaba que una chica joven como ella se involucrase tanto en algo. Últimamente la juventud estaba más preocupada por las cosas banales de la vida que por las que de verdad importan; tal vez por eso me

recordaba tanto a mí. Quería darle la noticia de sus prácticas en persona.

—¿Lo tienes?

—He encontrado diecisiete anuncios. La mayoría son de empresas o clínicas, pero alguno es particular. Tengo que pasar por casa de un amigo antes y en cuanto pueda voy.

—Genial, te espero aquí. Estaremos hasta tarde, avísame de todos modos por si tengo que salir. —Colgamos la llamada.

Seguí concentrada por completo en el caso. Fue del todo imposible rastrear la huella informática tanto de las pistas musicales como del virus posterior que las borraba. ¿Por qué alguien mandaría eso para después borrarlo? Si realmente lo que quería era causar un daño grave en la persona que lo escuchase, ¿por qué eliminarlo? Porque dudo mucho que tuviese remordimientos de conciencia, fuera quien fuese. Por una parte, mucho mejor, ya que si se hubiera colado en los móviles u ordenadores de la gente, hubiese provocado una catástrofe. ¿Quién sospecharía que un sonido pudiese matar? Probablemente nadie. De hecho, eso es justo lo que ocurrió con los padres de Juan Fernando Salas, que, antes de ser borrado el archivo, el chico se lo envió a ellos.

Gutiérrez se acercó a mi despacho para decirme que ya había contactado con su viejo amigo, el coronel Manrique, y que se iba a la base de Torrejón de Ardoz, pues actualmente estaba allí. Podría servirnos de mucha ayuda una persona que conociese el campo del sonido.

Llamé a Marta para saber si tenía un hueco en ese momento y acercarme. Necesitaba contarle por encima lo que estaba ocurriendo, sin dar muchos detalles, puesto que nos encontrábamos en medio de una investigación importante. Sin embargo, sabía que ella podía arrojar luz a todo y ayudarme con pequeñas aportaciones. Marta era la primera que usaba el sonido como terapia sanadora y aunque ya me había comentado que no veía posible un efecto nocivo, estaba segura de que, si lo razonábamos juntas, llegaríamos a alguna conclusión.

—Si vienes ya, sí —me dijo por teléfono.

Así que me puse el abrigo, me colgué el maletín y me fui a la consulta de Marta mientras Gutiérrez, Tony y Sandoval seguían con cada parte de nuestra investigación. En aquel momento no me dio tiempo a llevar un té verde para tomarnos tranquilamente, pero tampoco pasaba nada, no era ni la hora ni el momento. Las dos andábamos con prisas. Llegué a su consulta y como de costumbre

Ernesto me saludó muy amablemente, apenas contaba con media hora para hablar con ella y teníamos que ser rápidas y concisas.

—¿Qué te ocurre? Pasa —me dijo al abrir la puerta.

—Vale, Marta, lo que voy a contarte aquí no puede salir de la consulta.

—No te preocupes, ya sabes que soy como un cura. —Se reía.

Y así es como le conté lo suficiente de la investigación que estaba llevando a cabo con el sonido para que pudiese ayudarme. Al principio le costó bastante entenderlo, pero, gracias a unos libros que tenía en la consulta respecto a este tema, comprendió que lo que le acababa de decir era totalmente posible.

—Es fuerte lo que me cuentas, pero lo cierto es que puede ser posible —afirmó mientras leía un libro sobre musicoterapia.

—Entonces ¿crees que habría algún modo de dar con esas frecuencias alteradas para demostrar lo que digo? —le pregunté.

—Puede que sí, pero déjame que estudie más sobre el tema. Llámame en un par de días y lo vemos todo.

Volví a la central esperando que Susana no tardase mucho en aparecer. Ya era tarde y me parecía raro que precisamente ella no hubiera puesto pies en polvorosa para venir corriendo a la central. La llamé por teléfono.

—¿Dónde estás? —Justo entró Tony a mi despacho.

—Estoy en mi casa, pero… no me encuentro muy bien. —Su voz se quebraba.

—¿Qué te ocurre? ¿Te pasa algo? —pregunté de nuevo mientras ponía el altavoz del móvil para que Tony escuchase.

—No, es que me he confundido y he puesto la sesión musical que no era y… —Abrimos los ojos, alarmados.

—Susana, dame tu dirección. —Necesitaba saber dónde ir.

—Vivo en Cruz Verde, número 6… —Colgó.

Nos levantamos con prisa para ir directos a su casa. Algo estaba ocurriendo y con lo que teníamos encima no podíamos ignorar absolutamente nada, y menos de ella. Lo dijo claramente: «Me he confundido y he puesto la sesión musical que no era». No entendíamos nada, pero sí sabíamos lo que podía provocar esa música con frecuencias alteradas en las personas. Fuimos en el coche de Tony y activamos las sirenas para poder llegar lo más rápido posible al domicilio de Susana, también pedimos asistencia a los servicios de emergencia.

Ya era de noche y la zona de Malasaña estaba abarrotada de gente

por la calle. Nos costó mucho atravesar las calles pese a las sirenas de policía; las claras señales de emergencia no eran suficiente para que la gente se apartase. Nosotros llegamos mucho antes que la ambulancia. Calle de la Cruz Verde, número 6, pero no le dio tiempo a decirnos en qué piso vivía. Así que llamamos a todos hasta que un vecino nos informó del lugar exacto.

Tony se identificó como policía y enseguida pudimos entrar. Subimos corriendo las escaleras, ya que no había ascensor, y cuando llegamos al piso de Susana con la esperanza de que ella misma nos abriese, nos encontramos ante una puerta cerrada y tampoco se escuchaba nada en el interior.

—Échate atrás —me dijo Tony dispuesto a reventar la puerta.

Consiguió abrirla en dos patadas.

—¡Susana! —exclamé al entrar.

En un piso tan pequeño como ese solo tuvimos que recorrer un pequeño pasillo que daba a un salón iluminado por las luces de la calle y de los carteles de los bares, y ahí la encontramos, tirada en el suelo e inconsciente. Enseguida le busqué el pulso para asegurarme de que seguía con vida. En aquel momento tenía el corazón a mil por hora pensando que Susana podía ser otra víctima más de este asesino al que todavía no terminaba de entender. Tony esperó en la puerta a los servicios de emergencia que habíamos llamado de camino. Por suerte le encontré el pulso.

En cuanto llegaron, le tomaron las constantes, la pusieron en la camilla y se la llevaron al hospital. Cogí su bolso y su móvil y fuimos detrás de la ambulancia para llegar a la vez a urgencias. Enseguida le realizaron todo tipo de pruebas, porque seguía inconsciente.

Nos quedamos en la sala de espera, Tony llamó a Sandoval para que viniese lo antes posible y yo intenté encontrar en su móvil el número de teléfono de algún familiar, pero al no tenerlos en los contactos de emergencia y no poder desbloquear el aparato no me quedó más remedio que esperar a que ella despertase para que me dijese a quién debía informar de su familia, al fin y al cabo era mayor de edad. Sin embargo, no fue tan infructuoso coger su teléfono, pues en la pantalla bloqueada todavía aparecía lo que ella estaba haciendo antes de desvanecerse. Escuchaba la sesión musical techno de la FICLASI.

—Maldita irresponsable —dije en alto cabreada.

—¿Qué pasa? —me preguntó Tony.

—No sé de qué manera ha conseguido la pista de audio que mató a los chavales en la FICLASI. Esta niña es tonta. —Resoplé.

—Bueno, ahora no es momento de pensar en eso. Lo importante es

que se recupere y, cuando lo haga, ya la echaremos la bronca, ¿vale? —intentó calmarme.

Sandoval llegó muy pronto, estaba muy cerca del hospital al que llevaron a Susana. Pasó a la sala de espera de urgencias, nos vio y nos hizo un gesto para decirnos que entraba. Quería hablar con los médicos en calidad de autorizada en una investigación en curso y comprobar ella misma los resultados del electroencefalograma. Si había estado escuchando la pista de sonido, los resultados tenían que estar alterados a la fuerza.

Y así era, pasadas unas horas, Sandoval salió para explicarnos que la actividad de su cerebro se había visto alterada por un agente extraño… Nosotros sabíamos muy bien qué estaba ocurriendo, pero de momento no podíamos decir nada. Habían sedado a Susana para mantenerla lo más calmada posible. Supusimos que la chica de la universidad también se vio sometida a ese mismo agente de una manera mucho más escandalosa y que su cerebro no aguantó, hasta el punto de quemarse.

Le pedí a Tony que averiguase quién era su familia para poder avisarles antes de que se despertase. Ya me daba igual que fuera mayor de edad. En ese momento me di cuenta de que no sabía nada de Susana; tampoco era necesario, pero es cierto que ella conocía muchas más cosas de mí que yo de ella. Y ahí volvieron a entrar en juego esas energías que tanto nos unían y nos separaban a la vez. Pese a no tener ni la más remota idea de quién era realmente, sí sentía un vínculo especial con ella, incluso tras haber pensado por unos segundos que podía ser la principal sospechosa.

Tan solo sabía lo que estudiaba y que no era de Madrid. Tony consiguió averiguar rápido toda la información que en ese momento me faltaba. Era natural de Candeleda, un pequeño pueblo de la provincia de Ávila. Su padre era carpintero y su madre había muerto tres años atrás a causa de un cáncer de mama. Estaba becada en la universidad por la falta de recursos económicos de su familia y, aunque tenía buena relación con su padre, a juzgar por la conversación que había mantenido con Tony, lo veía poco. Su padre se puso en marcha rumbo hacia Madrid en cuanto le comunicamos que su hija estaba en el hospital. No sabíamos qué le diríamos cuando llegase, estábamos atados de pies y manos sobre la información que ya teníamos y que íbamos descubriendo poco a poco.

Me asaltaban las dudas de si a Susana le quedaría algún daño cerebral. Me estaba poniendo en el peor de los escenarios. Siempre me pasaba, no lo podía evitar. Lo llaman realismo depresivo. Como cuando coges el coche para realizar un viaje largo y por inercia

piensas que tienes muchas probabilidades de sufrir un accidente; eso provoca que tengamos mucha más precaución con las normas de tráfico. Simple psicología, siempre y cuando el realismo depresivo se lleve con cautela, aunque es evidente que las personas positivas son mucho más felices. Así que me puse en el peor de los escenarios sobre la situación de Susana y me preparé instintivamente para la conversación con su padre que no sería agradable ni sincera del todo.

Sandoval se vino a la sala de espera para que no me quedase sola mientras Tony hacía los distintos trámites necesarios en la situación en la que estábamos.

—He estado estudiando, Sandoval, y creo que podríamos encontrar una forma de contrarrestar los efectos nocivos del sonido en humanos. No he querido decir nada todavía porque tengo la esperanza de que Susana se despierte pronto y todo se quede en un susto, pero de no ser así lo pondría en práctica con ella.

—¿De qué se trata, Paulita? —Me escuchaba atentamente.

—Es muy largo de contar, pero te hago un resumen. Si ciertas ondas, hercios y decibelios son capaces de alterar tanto la conciencia como el cuerpo, tiene que haber otras capaces de restablecerlo, ¿me sigues? —le pregunté.

—Sí, como si fuese el efecto contrario, ¿no?

—Sí, algo así. Pero todavía debo estudiarlo con cautela. Lo que está claro es que la persona o las personas que estén detrás de eso sabe o saben muy bien lo que hacen. Tenemos que ir con mucho cuidado, porque, de filtrarse esto al público, no solo cundiría el pánico, sino que nosotros mismos estaríamos expuestos a que nos hiciesen algo con los sonidos.

—Lo sé, lo he estado pensando antes. Ya no me atrevo ni a escuchar la música normal que me pongo mientras trabajo. Es como… ciencia ficción, ¿verdad?

—En cierto modo sí, Sandoval, son cosas que no piensas que vayan a ocurrir. Pero suceden, claro que suceden, y me temo que lo usan más de lo que pensamos. Necesitamos seguir estudiando y analizando todo lo que podamos.

Recordé que, cuando era pequeña, tenía la mala costumbre de hacer el bruto… o al menos eso me decían mis padres. En un curso me apunté a clases extraescolares de ajedrez y junto con mi mejor amiga, Julia, nos escapamos al baño. No es que nos escapásemos para hacer grandes cosas ni travesuras, simplemente nos gustaba la sensación de saber que nos habíamos ido de clase. Una percepción de poder, supongo. El caso es que en nuestro colegio había muchas escaleras y decidimos apostarnos algo o, bueno, mejor dicho, yo fui la que aposté,

la que tomé la iniciativa. Si lograba saltar los veinticinco escalones de arriba abajo, ella me daría una chuchería. Realmente la chuchería no me importaba, pero sí ganar el reto.

Cerramos el trato con un apretón de manos, nos reímos, suspiré, cogí carrerilla y, mientras Julia me daba ánimos, salté con todas mis fuerzas para sobrevolar los veinticinco escalones. Ay, Dios…, si hubiera hecho caso a mi madre en ese momento cada vez que me decía que no tenía poderes mágicos para volar… El resultado fue que salté veinticuatro escalones, no llegué al último, por lo que mi tobillo derecho sufrió una fuerte fractura. No sé quién se quedó más en shock si ella o yo, porque yo no podía moverme del dolor, pero es que ella no era capaz ni de pestañear del susto. Finalmente me rescató aquel profesor de gafas y barba oscura y me subió a lo que llamábamos la portería. Una vez allí el secretario del colegio telefoneó a mis padres para que me llevaran al hospital.

Cuando somos niños, no somos conscientes de la preocupación que podemos crear en nuestros padres por una simple fractura en el tobillo. Pero se la creamos, claro que se la creamos. Y mucho. Recuerdo a mi madre histérica, tal vez pensando que me quedaría coja o muerta de la vergüenza con el colegio porque su hija hubiese decidido hacer semejante estupidez.

Ella nunca me echaba la bronca de primeras. Antes se preocupaba, luego me regalaba una mirada fulminante y después me decía: «No te quejes, si te duele, ahora te aguantas». Y justamente eso es lo que haría con Susana cuando recobrase la conciencia. Si sospechaba de las pistas musicales, no sé cómo se le ocurrió reproducir una de ellas en soledad. ¿Por qué había sido tan temeraria como yo? Había puesto en peligro su salud y su vida y me aseguraría de que eso no volviese a ocurrir.

—¿Cómo ha conseguido la sesión musical techno de la FICLASI? Los organizadores dijeron que se había borrado al igual que el resto —me preguntó Tony.

—Buena pregunta, voy a marcar a los dueños, además me acabo de acordar de que le debo una llamada a uno de ellos que intentó localizarme justo con todo el jaleo de cuando detuvimos a Susana. —Y lo llamé.

Para mi sorpresa, el organizador de la FICLASI me estuvo informando muy amablemente de que mi ayudante, Susana Pacheco, había ido a su casa a recabar la información que habíamos perdido por un problema informático y que, además, en cuanto se dio cuenta de que las sesiones musicales de aquella noche, antes de que fuesen borradas, las había enviado a una nube el técnico de sonido que

perdió la vida en la FICLASI, me llamó varias veces, pero que, como no cogí el móvil, lo intentó con Susana y esta se encargó de recogerlas para facilitármelas cuanto antes.

No dije nada al respecto, escuché y asumí cada palabra que decía. Puedo asegurar que, cuando colgué el teléfono, la vena del cuello la tenía tan hinchada que lo único que quería era irme fuera a gritar. Tony me tranquilizó y me recordó que, aunque la situación se hubiese ido de las manos y Susana estuviese en un riesgo inminente por haber escuchado la sesión musical que tanto daño había causado, al menos la teníamos y podríamos analizarla. Y razón no le faltaba.

12

Madre mía, recé lo más grande para que Paula jamás se enterase de que tenía en mi poder las sesiones musicales que supuestamente se perdieron tras la FICLASI. Rafa no sospechó nada en absoluto y me las dio sin ningún problema. Me sentía como una espía rusa de la que nadie sabía su identidad real. Por una parte estaba muy emocionada y decidida a llegar al fondo de este asunto, pero por otro lado todo lo que rodeaba el caso me daba un poco de miedo. Al final tenía en mi poder ese algo que había causado la muerte de varios asistentes de la FICLASI, el suicidio de mi amigo, la locura de su padre y la muerte de la chica de la universidad. Sentía como si tuviese en mi poder la *kryptonita* y el resto del mundo fuese Superman, que podía perecer por dicho material. Yo poseía algo que podía asesinar.

Puede que suene absurdo, porque al final tener un cuchillo en la mano también es algo con lo que puedes matar, pero aquello era mucho más impactante. Lo guardaba como si estuviese custodiando el motivo del fin del mundo. Y lo hacía, por una parte, con miedo y, por otra, con admiración. ¿Qué mente perturbada a la par que inteligente podía haber creado esto?

Me fui directamente a casa de mi amigo para ver si entre los dos conseguíamos algo. Si alguien podía ayudarme a entender cómo funcionaban esas sesiones era él, todo un cerebrito. Llegué a su piso que era un local en una planta baja casi sin ventilación. Daba algo de grima entrar, pero la situación no requería menos. Hacía tiempo que no pasaba por allí y creo que lo único que había cambiado es que estaba todavía más sucio.

—¿Nunca te vas a dignar a limpiar esto, Eddie? —le dije retirando una bolsa de patatas de encima de un altavoz.

—Anda, Susana, con lo que te gustaba a ti estar aquí. Te veo fabulosa. —Me dio un abrazo—. Cuéntame qué necesitas —me dijo mientras se tiraba a un sofá cochambroso y se abría una cerveza fría.

—Vale, a ver, no sé explicártelo muy bien. La cuestión es que necesito saber cómo funcionan las frecuencias de esta sesión musical. Es pop comercial, ya sabes, de lo que no te gusta a ti —le expliqué intentando ser lo más clara posible.

—¿Las frecuencias? —Se reía.

—Sí, necesito saber si hay alguna parte de la sesión que tenga una frecuencia que apenas se oiga o algo así.

—Está bien, mete el pendrive aquí —me indicó encantado de poder ayudarme.

Retiró una cortina bastante grande de una de las esquinas de su minúsculo y sucio espacio y encontré varias pantallas de ordenador relativamente modernas y unos equipos de sonido extraños. Me explicó que unos eran ecualizadores, y otros, mezcladores. Cosas muy raras que no comprendí y que tampoco tenía ningún interés por comprender, solo necesitaba una respuesta clara y firme. Nada más.

Estuvo un buen rato con varias pantallas que dejaban ver varios tipos de onda, luego barras que parecían las del Tetris, de colorines, que subían y bajaban… En fin, un montón de cosas que solo él entendía. Le indiqué la sesión que teníamos que escuchar. El caso es que finalmente me dijo:

—Mira, ¿ves este gráfico que hay aquí? —Me señalaba con el dedo, sujetaba los cascos con la mano.

—Sí, lo veo. —Asentí.

—Vale, pues escucha y mira.

Me puso de nuevo una parte de la sesión musical que sí podíamos escuchar sin peligro y me estuvo explicando cómo, pese a sonar de una forma determinada, la frecuencia que proyectaba era mucho más alta y que además estaba como alterada. Es decir, subía y bajaba con un comportamiento extraño y siempre fuera del espectro audible humano, a veces con infrasonidos, otras con ultrasonidos.

Cuando me dio la información que quería, deseé llegar a casa para poder comprobar si era capaz de escuchar algo, aunque sabía que sería bastante complicado. No paraba de darle vueltas a una idea: si esta sesión musical también estaba alterada, pero no provocó ningún efecto nocivo en los que la escuchamos, ¿probaba que también era una especie de experimento no perjudicial?

Tenía superclaro que detrás de todo esto se encontraba alguien que entendía el comportamiento del cerebro y del cuerpo con los efectos de las ondas. Y eso solo podía significar que era un científico. Antes de ir a casa, me pasé por la universidad para ver si por algún casual en las salas destinadas a las clases de periodismo había algún aparato que pudiera servirme o unos cascos más potentes para percibir cada detalle de la sesión musical.

Estaba dejando un poco de lado mis estudios, la verdad, tanto en la Complutense con Periodismo como en la UNED con Criminología,

pero es que todo esto era tan emocionante que ni dos carreras juntas me ofrecerían lo mismo. Me hubiese encantado poder contarle todo esto a mi madre… Cuánto la echaba en falta, joder. Qué putada haberla perdido y aún más cuando estaba en esa etapa de la vida en que necesitaba compartir constantemente. Nunca imaginé que echar de menos a alguien se convertiría en un estado natural en mí. Y no solo echaba de menos su presencia, que por supuesto también, sino lo que éramos juntas, cómo era yo gracias a ella.

Al final cuando alguien con quien compartes tu vida a diario, sea una madre, un padre, un amor, un amigo, fallece, una parte de ti se va con ellos. Y lo peor de todo es que también te arrancan esa parte de ellos que está en ti. Que sí, que es muy poético decir que solo muere aquel que es olvidado o que siempre nuestros seres queridos estarán con nosotros, pero la realidad es que cuando esa persona se va, y se va para siempre, te quita esa parte que era esencial para ti y además te añade todos los recuerdos que ni sabías que guardabas en tu memoria. Es una putada, pero es así.

Me encontré con un par de profesores que me daban clase a los que tuve que esquivar como la buena espía rusa en la que me había convertido, necesitaba ingeniármelas para poder justificar tanta ausencia sin que me quitaran la beca.

—Susana, ¿qué tal? —me dijo una de mis profesoras a la que no pude dar esquinazo.

—Bien, bien, todo genial, Eva. Gracias por preguntar. —Intenté irme, pero no me dejó.

—Oye, enhorabuena por tus prácticas, ¿eh? Eres la comidilla de todo el profesorado. Mano a mano con la mismísima Paula Capdevila y la UIE en calidad de criminóloga y periodista especializada en sucesos —me dijo superilusionada mientras mi cara se convertía en un poema.

Por un momento temí que se hubiese corrido la voz de que me llevaba bien con ella y la gente estuviese inventándose la situación, cosa que si llegaba a oídos de Paula supondría una ruptura en toda regla. Pero la buena de Eva, que en el fondo era una cotilla de manual y además tenía toda la información habida y por haber, me enseñó el documento que certificaba que la UIE había creado un programa nuevo de prácticas universitarias y que yo era la primera alumna de ese convenio. Reconozco que quise llorar de la emoción y ponerme a gritar como una loca poseída, pero no podía hacer eso, así que, muy digna, decidí contestarla con mucha calma, como si controlase la situación.

—Ah, te refieres a eso, Eva, sí, sí. Estoy muy contenta. Es un honor.

—Y me fui de allí para intentar tomar prestado algún material que pudiese serme de utilidad.

Maldita Paula. Seguro que me había cogido cariño y me quería adiestrar a sus anchas como a un perro fiel. Le envié un mensaje a mi padre para darle la noticia de las prácticas en la UIE, estaba tan emocionada que necesitaba contárselo. Iba por el pasillo con una sonrisa de niña pequeña a la que acaban de dar un premio. Sin embargo, el tiempo apremiaba y necesitaba con urgencia irme a casa a seguir investigando y a escuchar la sesión musical hasta que diese con algo. En aquel momento recibí un email de Eddie dejándome por escrito y muy bien explicado todo lo que me había comentado anteriormente. Estaba a punto de irme de la facultad cuando mi teléfono sonó, era Paula. Respiré profundo para que no se me notase la emoción, supuse que me llamaba para informarme sobre las prácticas. Así que descolgué el teléfono como el que no quiere la cosa.

—¿Paula? —Me hice la extrañada.

—Sí, Susana, soy yo —contestó seca.

—Vaya, ¿a qué se debe tu llamada? —No pude evitar preguntarlo.

—Baja la voz. ¿Estás en la universidad?

—Sí, voy a entrar en clase ahora, ¿por? —Qué mala leche tenía cuando quería.

Me pidió que revisase los anuncios que se colgaban en los tablones de la universidad. Necesitaba todos los de psicólogos o clínicas psicológicas que estuviesen allí y se los llevase.

—Vale, voy a ello, compañera. —Qué ilusión me hizo llamarle compañera.

Dejé mi pequeño hurto para otro momento y me puse a cumplir la misión que me había encomendado. ¿Habría una relación entre el psicólogo de Juanfer y este caso? Porque recordé que ya me había preguntado por eso, ¿tal vez el asesino era un psicólogo? Madre mía, cómo se estaba poniendo de interesante la cosa. Me fui tablón de anuncios por tablón de anuncios y cogí todos y cada uno de los papeles que vi. Menuda cantidad de clínicas y psicólogos privados se anunciaban en la universidad. No tenía ni idea de que hubiese tanta oferta (y por tanto tanta demanda), aunque tampoco me extrañaba porque el mundo se estaba poniendo cada vez peor y la gente cada vez estaba más jodida de la cabeza.

Cuando mi madre murió, lo primero que me dijo mi padre es que, si quería, me pagaba un profesional privado para pasar el duelo. Pero ni nos sobraba el dinero para eso ni quería compartir mi duelo con nadie, ese dolor era algo mío y de nadie más. Aunque reconozco que tal vez sí me hubiese ayudado a llevarlo de otra manera, porque creo

que nunca llegaré a superarlo por completo. Tampoco sé si algo así se supera o solo se aprende a vivir con ese dolor y ese recuerdo.

Había muchos folletos impresos de clínicas, alguno un poco más profesional de psicólogos privados que de entrada te decían las técnicas que usaban, varios especializados en adicciones y fobias y alguno escrito a mano. Cogí los diecisiete anuncios que pude recabar en aquel momento y llamé a Paula para decírselo, la noté un poco ocupada, así que le dije que me pasaría antes a hacer una cosa y que luego iría a llevárselos.

Tenía la imperiosa necesidad de irme a casa a escuchar la sesión. Ya sabía que lo importante no lo escucharía, pero ¿y si tal vez encontraba algún defecto sonoro? Cogí un taxi para ir lo más rápido posible y no perder tiempo, aunque Paula me informó de que estaría hasta tarde en la central.

Adoraba mi barrio, me había costado mucho encontrar un piso que pudiera permitirme y que no se cayese a cachos, porque los alquileres en Madrid eran algo realmente abusivo para cualquier persona y mucho más para un estudiante becado. El lugar no era gran cosa, pero la verdad es que le di la forma exacta para convertirlo en un hogar, al menos en mi hogar.

Llegué, me quité el abrigo, lo tiré encima del sofá y me senté para abrir el portátil y conectar el pendrive que contenía las pruebas que necesitábamos. Una de mis grandes torpezas es la impulsividad, a veces está bien porque te saca de apuros bastante grandes, pero otras lo fastidia todo. Mi impulsividad me hizo no leer con atención las indicaciones y pinchar la primera cosa que pillé con el ratón y eso se convirtió en un terrible problema.

Porque sin querer inicié la sesión musical techno, y no hubiera sido un gran inconveniente de no ser porque, para más inri, no me di cuenta de lo que había hecho, pese a la mierda de música que estaba escuchando, porque estaba obcecada en oír algo que me proporcionase una pista, y creo que mi cerebro ya no sabía ni qué quería distinguir. Así que me parece que pasé demasiado tiempo escuchando ciertas partes de esa sesión, porque las iba rebobinando y avanzando cada vez más. Todo esto me dejó bastante jodida.

Al principio no sentía nada, no notaba nada raro en mí, pero a medida que pasaban los minutos empecé a encontrarme francamente mal. Era una sensación superextraña, entre borrachera, mareo, dolor de cabeza… Notaba también una presión muy fuerte, como cuando viajas en un avión y se produce un cambio de presión y los oídos te

quieren estallar… Y empecé a ver cosas.

Comenzaron a desfilar imágenes por mi cabeza, formas psicodélicas y círculos sin sentido. Pero lo peor no fue eso, no sabía qué me estaba pasando y las imágenes acudían a mi cerebro con más fuerza. Sombras oscuras, siluetas terroríficas y un dolor intenso en los oídos y en la cabeza. Lo que veía me daba miedo y mis pensamientos me provocaron un terror inexplicable que era incapaz de entender, con un dolor extremo.

Perdí por completo la noción del tiempo, estaba sumida en una vorágine extraña para mí. No me encontraba bien. Algo me estaba ocurriendo. Sonó mi móvil, un timbre salvador que me hizo quitarme los cascos de golpe y volver un poco en mí. Pero seguía mal. Cogí el teléfono y pude vislumbrar el nombre de Paula, aunque mi visión estaba totalmente borrosa.

—¿Dónde estás? —me preguntaba.

—Estoy en mi casa, pero… no me encuentro muy bien. —Apenas podía hablar.

—¿Qué te ocurre? ¿Te pasa algo? —Demasiadas preguntas para aquel momento.

—No, es que me he confundido y he puesto la sesión musical que no era y… —No podía ni explicarme.

—Susana, dame tu dirección —me exigió.

—Vivo en Cruz Verde, número 6…

Y a partir de ese momento no me acuerdo de nada más. La luz del exterior se tornó oscura, mis ojos se cerraron y me quedé totalmente inconsciente e indefensa ante lo que acababa de ocurrir. Nunca llegaré a recordar ni a saber cómo me sacaron de allí y me trasladaron a un hospital, pero lo que siempre se quedará en mi memoria con total claridad es lo que sentí en aquel momento. Porque vi a mamá entre tanta sombra intentando salvarme de algo realmente oscuro.

13

Su rostro era parecido al de mi madre cuando llegó el día que me rompí el tobillo; sin embargo, había dos diferencias evidentes, Susana ya no era una niña y en ese momento ella no podía responder.

—¿Dónde está mi hija? —Es lo primero que preguntó con la cara descompuesta.

—Señor Pacheco, siéntese aquí conmigo un momento —le dije.

—¿Está bien? ¿Qué ha pasado? —No paraba de preguntar.

—Aún no lo sabemos, los médicos están cuidando bien de Susana. Se desmayó y fuimos a por ella para trasladarla al hospital.

—Usted es Paula Capdevila, ¿verdad? La tutora de Susana en las prácticas.

—Sí, soy yo.

—¿Y cómo la encontraron? ¿Qué ha pasado? —seguía.

—Me llamó antes de perder el conocimiento diciendo que se encontraba mal y el inspector Herrero y yo fuimos a por ella. En principio está fuera de peligro, le van a realizar más pruebas y pronto despertará.

Se echó a llorar.

—Muchísimas gracias por atenderla. —Nos miraba a los dos cogiéndonos la mano—. Muchísimas gracias, de verdad.

—No tiene por qué darlas, señor Pacheco, le tenemos un gran cariño a su hija —le dijo Tony afectuoso.

—Llamadme Raúl, por favor. —Se limpió las lágrimas.

—Tiene una hija muy perspicaz y con mucho tesón, Raúl. —Le sonreí.

—Ufff. —Sonrió—. No lo sabe usted bien. Tengo una hija que vale su peso en oro. Como decía su madre, vale más que un potosí.

—¿Cuándo falleció su esposa? —pregunté.

—Hoy hace tres años, dos meses y cinco días. —Se humedeció los labios para terminar la frase.

—¿Cómo lo vivió Susana? Si no es indiscreción preguntar…

—En absoluto. Lo vivió con la entereza que pocas personas tienen. Susana tenía diecinueve años recién cumplidos cuando su madre murió, pero estuvo mucho tiempo antes cuidando de ella. Se matriculó en Criminología a distancia para poder compatibilizarlo con la

enfermedad de mi esposa. Se quedaba hasta las tantas de la mañana estudiando para poder tener horas libres y atenderla. Fue desolador. Su madre cada día estaba peor, con más dolores, más consumida…, y yo tenía que seguir trabajando para al menos traer algo de dinero a casa, ¿sabe? Hubiera deseado no hacerlo y poder ayudar a mi mujer y a Susana. A veces siento que no estuve a la altura. Lo único que me consuela es que, cuando murió, estaba en casa. —Dejé que expresase su dolor.

Tony y yo lo escuchábamos atentamente.

—Aquella noche… —Se le saltaban las lágrimas—. Aquella noche mi mujer se levantó al baño que teníamos en la habitación; hacía ya tiempo que tenía hemorragias internas debido a la metástasis, pero simplemente lo supe, supe que no pasaría de esa noche. Estaba tan débil, tan frágil, y yo estaba tan cansado que cuando la quise levantar del baño para ir al dormitorio me di cuenta de que no podía con ella. Así que fui a la habitación de Susana para que viniese a ayudarme. Entre los dos la llevamos a la cama y Susana se percató de la situación cuando le tocó las piernas y las tenía frías. Llamamos a una ambulancia, bueno, avisó ella. Llegaron y dos técnicos de emergencia, muy considerados, intentaron que la trasladásemos al hospital, pero el deseo de su madre era morir en casa y no quisimos que se la llevasen. Se lo explicamos y lo entendieron; de hecho, se quedaron con nosotros hasta su último suspiro. Mi mujer estaba francamente mal y no tardó mucho tiempo en morir. Susana se quedó con ella a su lado, esperando simplemente a que por fin descansase, y, cuando eso ocurrió, mi hija la cogió de la mano con fuerza, le dio un beso en la frente y le dijo: «Nos vemos en la siguiente vida, mamá». —No pudo evitar las lágrimas al contarnos cómo fue todo.

Me conmovió aquella historia. Por cómo la contaba, por cómo la sentía…, entendía perfectamente el sufrimiento de Susana, yo también perdí a mi padre. El duelo por la muerte de un ser querido era tremendamente complicado; yo no podía evitar pensar en él. Pero no era lo mismo la sensación de irrealidad que rodeaba la muerte repentina de un ser querido que lo que podías sentir cuando sabías que la pérdida ocurriría más tarde o más temprano. Porque cuando tenías a una persona enferma cerca, a veces, el dolor llegaba mucho antes del fallecimiento. A diferencia de lo que mucha gente creía, el duelo no era un estado breve ni un periodo corto de tristeza. Enfrentarse a una pérdida podía llevar mucho tiempo. Y más en el caso de Susana. Nadie vive su duelo de la misma manera, cada persona es un mundo, y su dolor también.

Sin embargo, creo que en el caso de Susana o de las personas que

perdían a alguien por una enfermedad larga se liberaban del sentimiento de culpa. Yo sentí culpa cuando mi padre murió de esa forma tan repentina, como si no pudiese parar de pensar en qué habría ocurrido si hubiese llegado cinco minutos antes. Me consolaba que Susana hubiese soltado ese lastre. Pero también ver cómo se consumía día a día la persona que te había dado la vida debía de ser un desgaste emocional sin precedentes. Perder a alguien duele.

—¿Familiares de Susana Pacheco? —preguntó el doctor en la sala de espera.

Nos levantamos enseguida y nos dirigió a su consulta.

—¿Le importa que entremos, Raúl? —pregunté.

—Por favor, no me dejen solo.

—Bien, Susana ha recuperado el conocimiento, le estamos administrando suero para hidratarla y analgésicos para el dolor de cabeza que ha expresado al despertar. Además, la hemos facilitado betabloqueadores para la tensión tan alta que traía que, con total seguridad, es la causa de ese desmayo tan repentino.

—¿Presión alta? Mi hija es joven. ¿Cómo puede ser, doctor? —preguntó su padre.

—Bueno, pueden ser decenas de factores, ¿tiene antecedentes familiares? —preguntó.

—No, para nada —respondió.

—En el caso de Susana, si nunca le había pasado y no existen antecedentes previos, no le daría más vueltas. Lo importante es que está estable. A partir de ahora tendrá que medirse la tensión con frecuencia y, ante cualquier signo, acudir a urgencias.

Salimos de la consulta con el alta en la mano, el médico nos explicó que no había motivos para ingresarla. Así que mientras nosotros esperábamos fuera, su padre entró para ayudarla a vestirse y a recoger sus cosas.

Sandoval se había ido fuera a hablar por teléfono antes de que el padre de Susana llegase y todavía no había regresado. Salí a buscarla para contarle que Susana ya había recuperado la conciencia y que su padre estaba aquí.

—No me parece, aunque no sea mi trabajo forma parte de la investigación en curso y tengo que estar con mis compañeros —escuchaba a Sandoval reprocharle eso a alguien, supuse que era a su chica, a Ana.

Colgó el teléfono.

—¿Está todo bien? —le interrogué.

—Sí, tranquila. —Estaba afectada—. ¿Ya se ha despertado? —me preguntó cambiando de tema.

—Sí, se ha despertado y le han dado el alta. Además, su padre ya está aquí.

—¿Qué han dicho los médicos? —continuó interesándose por el estado de Susana mientras volvíamos adentro.

—Presión arterial alta —respondí.

—Causada por… —Esperaba que le proporcionase más información.

—Por mil factores, según el doctor.

—Bueno, sí, realmente pueden ser mil factores, pero nosotros sabemos cuál es.

—Eso es.

A lo lejos vimos a Raúl empujando la silla de ruedas donde Susana estaba postrada y débil.

—Gracias por venir a mi rescate. —Nos regaló una breve sonrisa.

—Cómo no, ¿estás mejor? —preguntó Tony tocándola el hombro.

—Sí, muy cansada y aturdida, pero sí.

Me miraba todo el rato a mí, supongo que esperando alguna palabra de aliento, pero no me salía. No fui tan espontánea como Tony. Estaba francamente enfadada con ella. Cómo se le pudo ocurrir robar una prueba y encima usarla. Estaba muy decepcionada con su comportamiento. Así que, sin decir una sola palabra, salimos de las urgencias de aquel hospital y nos despedimos en el aparcamiento. Cada uno se fue por su lado.

—No seas tan dura, Paula —me dijo Sandoval desde el asiento trasero del coche de Tony.

Inflé los mofletes.

—Tiene razón, no deberías ser tan dura con Susana —coincidió Tony cogiéndome la mano para que dejase de resoplar.

—Es que no entiendo cómo se le ha podido ocurrir hacer semejante cosa y a mis espaldas. Es una irresponsabilidad. Una temeridad de hecho, y mira dónde hemos terminado. Confié en ella, ¿no podéis entenderlo?

—Claro que te entendemos, Paulita. Pero es que Susana tiene la edad que tiene y, cuando se actúa bajo impulsos, se cometen errores. Pero los hemos cometido todos.

—Bueno, pues si quiere continuar en esto no va a ser así —sentencié.

—Paula, cariño, Susana es como tú —dijo Tony.

—No, no es como yo. Yo era mucho más disciplinada a su edad —sentencié.

—Creo que la cuestión no es que sea disciplinada o no, sino que quiere averiguar todo lo que pueda para que la valores y reconozcas su trabajo, aunque eso le lleve a equivocarse. —Sandoval me acarició la cabeza.

Ante eso me quedé callada. Sabía que tenía razón. No conocía mucho a Susana, pero lo suficiente para saber que tenía madera para ese oficio. La verdad es que en ningún momento la había dejado respirar ni dicho unas palabras de aliento. Ni cuando vivió la experiencia horrible en la FICLASI ni cuando su mejor amigo y su familia murieron. Tal vez debía aflojar un poco con ella… Lo que me habían dicho Tony y Sandoval me había hecho sentir francamente mal.

—Bueno, yo me paró aquí. —Sandoval señaló su casa.

—Hasta mañana —dijimos ambos.

Me pasé todo el camino en silencio, mirando por la ventana. Vislumbrando las mismas luces que Madrid siempre tenía de noche, brillantes, alegres y carismáticas. Esa seguía siendo una de las cosas que más me gustaba de la capital. Nunca dormía y la vida con ella tampoco.

—Me voy a dar un paseo con Henry —le dije a Tony mientras dejaba mi maletín colgado en el perchero.

—Espera, me pongo las deportivas y voy contigo.

—Si no te importa, prefiero ir sola. —Asintió y sonrió.

Necesitaba un poco de tiempo conmigo misma y con Henry. Simplemente deseaba reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo y sobre Susana. Me daba mucha rabia cuando sabía que estaba haciendo algo mal y no era capaz de coger el toro por los cuernos; y no era orgullo. De verdad que no lo era. Saqué los cascos del móvil y me puse música. Música clásica, la de siempre, la que no estaba contaminada.

Henry se paraba a oler cada dos por tres, miraba todo como si realmente fuera la primera vez que lo veía, aunque hubiésemos pasado por ahí millones de veces. Me alucinaba la capacidad que tenían los perros de hacer fácil lo difícil. Llegamos a una zona habilitada para él y lo solté un poco. Me senté en un banco y abrí WhatsApp, dispuesta a escribir a Susana. «Susana, me alegro mucho de que estés bien. Nos hemos llevado un buen susto, ja, ja, ja». Me quedé mirando el mensaje. «“¿Un buen susto, ja, ja, ja?” —pensaba para mí— serás idiota, borra eso y comienza de nuevo». Lo hice. «Hola, Susana. No sabes lo mucho que me alegra que estés bien. Espero que descanses esta noche todo lo que puedas. Cuando tu padre

se vaya mañana, llámame si necesitas cualquier cosa. Por cierto, enhorabuena, has entrado en un nuevo programa de prácticas con la UIE». Lo releí una vez más y lo envié. Ya no había vuelta atrás, el mensaje estaba enviado.

Me sentí algo mejor conmigo misma y volví con Henry a casa. Empezaba a notar los estragos del estrés. El cansancio físico y mental. Creo que nunca había tenido tan en cuenta la estabilidad mental como en aquel momento o, mejor dicho, como después de atrapar al asesino del aire en vena. En realidad nunca me había percatado de lo mucho que podía llegar a afectarme el estrés; menos mal que tenía a Marta en mi vida y podía practicar con ella la gestión de mis emociones, el control de mis impulsos y me proporcionaba las herramientas necesarias para controlar mis picos de adrenalina.

Cuando era más joven pensaba que hablar con un psicólogo solo lo necesitaban las personas débiles, incapaces de pararse a pensar por sí mismas. Qué equivocada estaba. Es algo que recomendaría sin lugar a dudas cualquiera que simplemente necesite otro punto de vista para encauzar un camino que no sabe seguir.

Encontré a Tony tumbado en el salón, con la televisión puesta y dos tazas llenas de caldo. Se había quedado dormido mientras me esperaba. Me senté a su lado, puse sus piernas encima de las mías y cerré los ojos unos instantes para descansar. Henry se acopló en su cama, respiró profundo y cerró los ojos. Me hubiera encantado que aquel momento hubiese durado horas, pero por desgracia el móvil comenzó a sonar. Abrí los ojos, cogí aire y me saqué el teléfono del bolsillo, era Gutiérrez.

—Paula, te paso la dirección exacta, tenemos dos víctimas más. —Colgó el teléfono y enseguida recibí la dirección: «Plaza del Callao, 4. Cafetería Starbucks».

Según lo que me dijo habían encontrado dos cuerpos con lesiones similares a las anteriores víctimas y por eso Gutiérrez cogió el caso.

Tony ya se había despertado con la llamada y me miraba con atención, esperando a que le contase de quién se trataba. Y así hice, me levanté para asearme un poco, cambiarme de ropa e ir al lugar de los hechos. El reloj marcaba las siete y veintitrés de la mañana.

—No has dormido nada, Paula, necesitas descansar. Déjame que vaya solo y te mantengo informada —me pidió Tony.

—Te prometo que estoy bien, no te preocupes. ¿Estás listo? Vamos.

Y estaba bien, sin sueño. Supuse que era uno de los efectos de tener la adrenalina a tope. No era la primera vez que veía cómo Madrid amanecía. Los camiones de basura limpiaban las calles, los repartidores empezaban con su tarea, los negocios tempraneros se

iban abriendo y algunos volvían a casa después de estar toda la noche fuera.

No fue difícil encontrar Callao ni por su fama ni por el despliegue que habían hecho nuestros compañeros de la Policía Nacional. Cinco coches patrulla, dos ambulancias y un acordonamiento bastante amplio en la zona de la cafetería. Como de costumbre y aun siendo temprano, los curiosos merodeaban por la zona a la espera de encontrar algo morboso y suculento. Sobrepasamos el cordón policial y, al girarme para volver a observar una vez más a la gente, lo vi.

—Tony, el del abrigo azul con capucha.

—Lo veo, entra tú.

Dentro estaba ya Gutiérrez y la policía científica examinando la escena del crimen. Al parecer una empleada de la cafetería había llamado en torno a las seis y siete de la mañana a emergencias por la muerte de dos compañeros en la despensa de la cafetería. Según la llamada, la mujer, asustada por la situación que tenía delante, avisaba a los servicios del 112 de que había hallado los dos cuerpos en el suelo, con los ojos y la nariz sangrando y sin respiración. Los primeros que llegaron fueron los nacionales y las ambulancias, pensando que podía tratarse de un robo de la caja registradora. Aquellos dos jóvenes entraban muy temprano para preparar todas las cosas que necesitarían durante el día.

Me acerqué a los cuerpos y le pedí a un compañero de la científica que me dejase echar un vistazo. Me puse los guantes y procedí a ello. Los cuerpos no mostraban ningún signo de violencia aparente y, a juzgar por su temperatura, no llevaban mucho tiempo muertos. Las entradas no estaban forzadas y no había señales de un posible intento de robo ni de un ajuste de cuentas ni nada que tuviese que ver con un acto violento.

—El aviso lo ha dado la mujer que está sentada en la mesa. Se encuentra en estado de shock, se llama Elisa, habla con ella. ¿Dónde están Tony y Sandoval? —me preguntó Gutiérrez.

—Pensaba que usted habría avisado a Sandoval, señor. Ahora la llamo. Tony está fuera lidiando con un periodista.

—¿Un periodista? —se alertó.

—Sí, señor. Al entrar le hemos visto fuera olisqueando.

—Está bien, proceda con la señorita Elisa.

El estado de shock tras ver a una persona fallecida es totalmente normal y más cuando no estás acostumbrado. La pobre chica estaba sentada a una mesa, con los codos sobre la misma y las manos en su

barbilla mirando a la nada.

—Hola, Elisa. Soy Paula Capdevila, criminóloga de la Unidad de Intervenciones Especiales. ¿Cómo se encuentra? —le pregunté mientras me sentaba frente a ella.

Pero ni con esas conseguía fijar su mirada en mí. Le hice un gesto a un compañero para que nos trajese un poco de agua y le cogí las manos para intentar que saliese del shock y poder hablar con ella.

—Elisa, míreme. —Lo hizo—. Soy Paula Capdevila, criminóloga de la Unidad de Intervenciones Especiales. Beba, por favor, un poco de agua. Es normal que se encuentre así.

Cogió el vaso, se lo acercó a la boca y, sin apenas haberse mojado los labios, soltó:

—Están muertos.

—Lamento que haya tenido que ser testigo del fallecimiento de dos de sus compañeros. Por eso estamos aquí, para esclarecer lo sucedido. Necesito que me diga todo lo que ha ocurrido.

Se reclinó hacia el respaldo de la silla, se frotó la cara, suspiró y comenzó a contarme:

—Mi turno hoy empezaba a la misma hora que ellos, a las cinco y media de la mañana, pero me retrasé porque la cerradura de mi casa no abría y estuve un buen rato hasta que lo conseguí. Tengo media hora de camino andando hasta aquí. Nunca llego tarde, se lo prometo, jamás he llegado tarde a ningún puesto de trabajo; pero hoy… ha sucedido eso y… —Se puso a llorar.

—Está bien, llore todo lo que necesite, no pasa nada. —Le ofrecí un pañuelo.

—El caso es que, cuando llegué, todo era normal. Nosotros entramos por la parte de atrás y, al ser unas horas tan intempestivas, siempre cerramos la puerta con llave, aunque haya alguien dentro, y, a medida que vamos entrando al establecimiento, la abrimos y ya está. Y así ocurrió, llegué, abrí la puerta como todas las mañanas y las luces estaban encendidas, porque mis compañeros ya se encontraban dentro. Me cambié de ropa para empezar mi jornada, me lavé las manos, me puse la red del pelo y me fui a preparar todo con ellos. Y cuando entré, los llamé en voz alta porque me parecía raro no escucharlos. No me contestaban. Volví a llamarlos y pensaba que me estaban gastando una broma, porque siempre andábamos con coñas entre unos y otros, teníamos muy buena relación los compañeros. Pero nada, no contestaban, no oía nada… y, cuando me asomé por encima de una de las cámaras, vi sus cuerpos en el suelo.

—Está bien, y, cuando vio los cuerpos, ¿qué hizo? —pregunté atentamente.

—Me puse a gritar porque tenían la cara llena de sangre. Les salía por los ojos y por la nariz. No tuve valor ni de acercarme a tocarlos o comprobar si tenían pulso porque no se movían, sus ojos estaban abiertos. Fue espantoso, señorita, espantoso. Me fui corriendo hacia el bolso y saqué el móvil para llamar a emergencias y a mi marido que estaba en casa todavía. Y ya enseguida llegaron los policías, los sanitarios y luego ustedes.

—Aunque ya me haya dicho que no, ¿está segura de que no notó nada extraño? Cualquier nimio detalle puede ser muy importante, Elisa.

—Nada, no sé. Estaba todo exactamente igual. —Se limpiaba las lágrimas.

—Muchas gracias por su colaboración, Elisa. ¿Su marido está fuera? ¿Quiere que lo avisemos?

—Sí, por favor, se lo agradecería. Pero no se preocupe, lo llamo por teléfono, estará preocupado.

Salí del local en busca de Tony y del marido de la trabajadora. Quería que Elisa y su esposo se quedaran en un lugar más tranquilo, pero que la principal testigo de los hechos no se fuese todavía por si podía aportar algo más de especial relevancia.

La gente iba y venía, mirando y remirando. A esas horas y con el comienzo del día pocos se mantenían tras el cordón policial, excepto el periodista que, cuando salí, estaba discutiendo con Tony.

—Le estoy diciendo que no he grabado nada, inspector Herrero. Mi mujer está ahí dentro y exijo que se me informe de su estado —escuché decir al chico del abrigo azul con capucha.

—¿Es usted el marido de Elisa? —pregunté.

—Sí, soy yo. Por fin alguien competente… —le soltó a Tony con mala cara—. Señorita Capdevila, le ruego que me diga cómo está mi esposa, por favor. Me llamó aterrada —se dirigió a mí.

—¿Cómo sabe usted quién soy? —le pregunté sorprendida.

—Yo y el resto de este país, señorita —afirmó.

Sin lugar a dudas no me acostumbraba a que mi cara fuese reconocida y mucho menos en acto de servicio.

—Bien, les habilitaremos una zona para que se vean, pero antes tiene que explicarme por qué estaba grabando el cordón policial. —Mi tono fue abrupto.

—Como le he dicho al inspector Herrero, no he llegado a grabar nada y era simplemente por tenerlo.

—¿Por tenerlo? ¿Usted nos ha visto al inspector Herrero o a mí cara de ingenuos? Se lo digo porque, como vuelva a mentirnos, lo detendremos, ¿estamos? Como comprenderá, reconocemos a un

periodista a varios kilómetros. Os olemos. Os sentimos cerca, acechando. Saque el móvil y borre el vídeo y las fotos que haya hecho y se lo digo como una orden de autoridad, no como un consejo. Y mucho más si quiere pasar a ver a su mujer. —Me puse seria.

—Está bien. —Me miró con cara de pocos amigos, sacó su móvil y delante de nosotros borró las imágenes.

—Como vea un detalle de esto en prensa, se arrepentirá —le dijo Tony encarándose a él.

Abrí el cordón policial para que pudiese reunirse con Elisa y le pedí a un agente que los acompañase a un lugar tranquilo, pero que en ningún momento dejara que se fuesen sin mi aprobación. A lo lejos escuché que alguien me llamaba.

—Paula. —Corrió hasta llegar a mi lado—. ¿Por qué no me habéis avisado, tía? Me ha llamado Gutiérrez —dijo Sandoval colocándose en el brazo el bolso que tenía con sus utensilios.

—Sí, perdóname, pensaba que te habría informado a la vez que a nosotros —me disculpé—. Además, le he dicho a Gutiérrez que yo te llamaba, pero no ha esperado ni un segundo para descolgar el teléfono.

—Ya, bueno, voy para dentro. —Noté que estaba molesta.

Tony frunció el ceño extrañado por la contestación y la actitud de Sandoval y yo le respondí con un gesto de no saber muy bien por qué. Entramos dentro tras ella para saber su opinión al respecto.

—Guau —exclamó nada más ver la escena—. Chicos, ¿podéis dejarnos solos un momento? —dijo Sandoval a los compañeros de la científica—. Esto va empeorando, compañeros. A simple vista, un derrame ocular y nasal, más las petequias que se observan en el lado interno de la cara y el cuello. —Señalaba cada cosa que iba diciendo —. Les realizaré la autopsia lo más rápido que pueda, pero… tiene que haber una tensión muy fuerte para que eso ocurra.

Los cuatro nos miramos, pues Gutiérrez también estaba allí, y supusimos lo peor. Quien estuviese detrás de todo esto, cada vez era más sofisticado en su práctica. Se procedió al levantamiento de los cadáveres para trasladarlos al instituto de Sandoval y nosotros nos dispusimos a irnos a la central para seguir investigando todo lo que pudiésemos al respecto. Mientras tanto, los compañeros de la policía iban a acompañar a Elisa y su marido para tomarles declaración cuando de pronto Elisa quiso decirme algo:

—Señorita Capdevila, sí, hay algo que me extrañó. Discúlpeme, pero acabo de recordarlo.

—¿De qué se trata? —pregunté con curiosidad.

—Ve esa minicadena que hay ahí. —Me la señaló—. Normalmente

cuando llegamos, ponemos la radio para escuchar algún programa matutino, pero cuando entré había un CD que no se estaba reproduciendo correctamente y hacía un traqueteo extraño, así que apagué la minicadena antes de encontrar sus cadáveres.

Ahí estaba la prueba que necesitábamos para saber con seguridad que se trataba del mismo *modus operandi* que en el resto de víctimas. En este caso, Tony fue quien incautó la prueba. Desenchufó cuidadosamente el aparato, lo metió en una bolsa precintada con el disco que nos indicó Elisa que aún estaba dentro y nos llevamos las pruebas a la central. Todo esto estaba adquiriendo un halo demasiado siniestro.

14

Cómo te encuentras hoy?». Le mandé otro mensaje de texto a Susana, porque no me había contestado al anterior. «Mejor, mi padre ya se ha ido. Me quedaré en casa unos días hasta recuperarme y retomaré las clases desde aquí. ¿Vosotros qué tal?». No tardó ni veinte segundos en responderme. «Haces bien, debes descansar y recuperarte. Si necesitas algo, dímelo. Nosotros bien, al pie del cañón, si te apetece seguir echando una mano, será de agradecer». Quise darle una respuesta rápida, pero ya no recibí nada más.

Gutiérrez se reunió de nuevo con el coronel Manrique para pasarle nuestros informes y que se metiese de lleno con nosotros en esta investigación. Necesitábamos todas las manos posibles para poder dar con el responsable de los hechos. Además, dio parte a los altos mandos que colaboraban con nuestra unidad para ponerlos al corriente de lo que estaba ocurriendo. Lo cierto es que, aunque no tuviésemos elaborado un informe preciso de lo que había acontecido hasta el momento, se veía en la obligación de informar de inmediato para garantizarnos el apoyo pertinente en caso de que la cuestión se complicase, como tenía toda la pinta que sucedería.

Tony no se separó de la minicadena y la analizó cuidadosamente junto con el equipo encargado de ello. Pensábamos que tanto en el CD como en la minicadena podían existir huellas o vestigios que nos ofrecieran luz al respecto.

Mientras, yo seguía investigando e indagando respecto a las consecuencias que podían ocasionar los sonidos en las personas. Era impresionante la cantidad de estudios que había alrededor de este tema, pero lo más sorprendente de todo era cómo esta información se pasaba por alto en nuestro día a día. Nadie se planteaba este tipo de cosas. En realidad, había llegado un momento en que no nos planteábamos nada, ni como sociedad ni como humanos.

A nivel humano, pasábamos el tiempo sin pena ni gloria, nuestra vida seguía y seguía y nosotros lo único que pretendíamos era conseguir el mejor trabajo, el mejor sueldo y poder pagar nuestra hipoteca en el menor tiempo posible. Tener un lapso de vacaciones decente y poder disfrutar de las grandes banalidades de la existencia, como un móvil de última generación o un coche de alta gama. En la

Historia, con mayúscula, estábamos enmarañados en un ridículo sinsentido, sin apreciar lo que realmente importaba y expuestos a todas y cada una de las cosas nocivas que el mundo ofrecía o, mejor dicho, que nosotros ofrecíamos. De unos años a esta parte la tecnología estaba a la vanguardia de nuestra vida, la moda en el punto de mira de los jóvenes y la anestesia emocional a la orden del día.

Eso por no hablar de la situación social y política que llevaba décadas aposentándose en las almas de los ciudadanos. Una situación inestable, profundamente vergonzosa, y de la que nadie era capaz de quejarse a viva voz. Y tal vez estaba mal que yo lo dijese por mi posición de garante en esta sociedad, pero la corrupción, al menos en este país, estaba al alcance de la información cotidiana y, por mucho que nos revolviéramos en nuestros domicilios, la mayor parte de la sociedad se mantenía en silencio. Estábamos en manos de personas que no tenían ni un triste punto de vocación para dirigir un país de la manera en la que se debería hacer, que era desde el sentimiento más profundo de responsabilidad y respeto para con sus ciudadanos. Y, ojo, que como levantases un poco la voz a modo de queja o reivindicación, enseguida te tachaban o encasillaban en un extremo u otro. Como si la ideología fuese algo innato y no aprendido. Como si de verdad existiesen personas que darían su vida por defender un partido u otro. Afortunadamente esto último ya no ocurría, o eso quería pensar.

Me era imposible reflexionar sobre la cantidad de cosas que ocurrirían en el mundo y que jamás conoceríamos. Como bien dijo un sabio, si queríamos mantener una verdad oculta, no teníamos más que mostrársela al mundo. Tal vez todas esas noticias e historias supuestamente falsas y conspiranoicas no fueran más que la verdad enmascarada de locura para desacreditar su veracidad.

Al final me decanté por un informe, *Estudio sobre la relación de las frecuencias en el cuerpo humano,* aunque había muchas partes que se decían en él que ya sabía. Como otras veces, apunté en un papel un listado para aclararme mejor las ideas:

– 2,67 Hz, relacionado con los intestinos.
– 3,40 Hz, relacionado con el sueño.
– 3,90 Hz, sueños lúcidos, sensación de paz y meditación.
– 7,83 Hz, resonancia Schuman. Control mental y tolerancia al estrés psíquico.
– 9,60 Hz, relacionado con la presión arterial y las respuestas somáticas.
– 14,5 Hz, aumento de la inteligencia y la eficiencia mental.
– 22,0 Hz, relacionado con el equilibrio sodio/potasio en el cerebro.
– 44,0 Hz, efectos de recuperación en el organismo.

– 60,0 Hz, relacionado con efectos ansiolíticos. Liberación de beta-endorfinas.
– 110,0 Hz, estómago y ovarios.
– 329,0 Hz, relacionado con las fosas nasales.
– 528,0 Hz, reparación del ADN. Inmunidad y pared celular.
– 727,0 Hz, sinusitis y alergias.
– 965,0 Hz, relajación muscular.
– 1.600 Hz, alteraciones y problemas visuales.
– 8.000 Hz, relacionado con la expansión de la memoria y la comunicación subconsciente.

Era un estudio interesante sobre cómo podían dañar los hercios a cada parte del cuerpo humano. La verdad es que era tremendo. Incluso había hercios capaces de afectar a la fertilidad, a los ojos, a los dedos de las manos…, impresionante. Esto tampoco quería decir que cada vez que te encontrases con un aparato u objeto que operase en esa frecuencia te fuesen a pasar cosas horribles a nivel físico. De hecho, el *router* que todos tenemos en casa para poder conectarnos a internet también opera en frecuencias, no en hercios sino en gigahercios, que es más potente. Y nadie se está muriendo por tener wifi en casa, al menos, no de golpe.

—El CD está totalmente chamuscado, por eso Elisa escuchaba ese traqueteo en la minicadena. Y el aparato no ha explotado de milagro, la parte interna de la carcasa está quemada. No sabemos si podremos rescatar algo —me informó Tony interrumpiendo mi estudio.

—¿Alguna huella relevante? —pregunté sin levantar la cabeza de mis papeles.

—Ninguna. Las hemos cotejado y coinciden con la identidad de todos los trabajadores de la cafetería —contestó.

—¿Y las…? —No me dejó terminar. Él ya sabía mi pregunta.

—Y las cámaras de seguridad no han registrado ninguna entrada extraña; de hecho, me gustaría que vieses el vídeo. Es tal y como Elisa lo relató, pero puede observarse perfectamente lo que ocurrió antes de que llegase.

—Sí, vamos a ello. Quiero verlo. —Nos dirigimos a la sala de visionado.

La imagen no era especialmente nítida. Siempre me ha resultado muy curioso que las cámaras de los móviles mejoren cada día más y las de seguridad se sigan viendo con una pésima calidad para lo que deberían ofrecer. Pese a todo, se distinguía.

A las cinco y media estaban los dos chicos en la parte trasera de la cafetería con su ropa de trabajo. La cámara no tenía sonido, así que prestamos atención a los labios de los empleados para poder encontrar

un hilo conductor en la conversación. Desde que entraban en el encuadre de la cámara, no paraban de hablar y de reír. A juzgar por su lenguaje corporal, tenían muy buena relación. Ambos jóvenes realizaban las tareas de forma animada, todo parecía perfectamente normal hasta que uno de los chicos se iba a la zona de los vestuarios, pasábamos entonces a la segunda cámara donde se veía a la perfección cómo sacaba de su mochila un CD. Ahí lo teníamos.

—Amplía la imagen —le pedí a nuestro compañero—. Amplía un poco más… —Me acerqué y entorné los ojos.

Nada, solo se veía la carcasa transparente de un disco y un CD dentro, ambos sin identificar.

—Continúa —le dije.

El chico sacaba de su mochila el CD y regresaba a la trastienda de la cafetería con su compañero, se lo enseñaba a lo lejos y se dirigía a la minicadena. La encendía y la luz del aparato se iluminaba, abría el compartimento destinado a los discos y lo introducía. El chico le hacía una seña a su compañero para que lo escuchara y el otro devolvía un gesto de aprobación, como si le estuviese gustando la música que suponemos sonaba en el CD. Pasaban unos veinte segundos aproximadamente.

—Están… ¿bailando? —preguntó Tony en alto, extrañado.

—Pues…, sí, están bailando. —Estaba desconcertada.

Por cómo movían sus cuerpos interpretamos que era algún género musical electrónico, sobre todo por el particular movimiento de piernas y pies que se ejecutaba en este tipo de baile. Bailaban entre risas y pasándose artículos de la cafetería al ritmo de la música. De pronto se paraban, supusimos que cansados de bailar y proseguían con sus tareas laborales. Todo parecía aparentemente normal; sin embargo, Tony y yo sabíamos que en cualquier momento las imágenes se volverían más desagradables e inexplicables.

Pasaron unos pocos minutos más y… ahí estaba. Ambos jóvenes se taparon los oídos a la vez, como si el sonido que salía de ese CD fuese tan doloroso y tan cercano como si les gritaran al oído.

—Para —le dije al técnico—. Ahí, amplía la imagen para un primer plano de la cara de este chico —le indiqué.

Cejas levantadas y juntas, párpados superiores elevados, párpados inferiores tensos, labios levemente estirados horizontalmente en dirección a las orejas. Tony me miraba con la seguridad de que estaba analizando su cara.

—¿Dolor? —me preguntó.

—Miedo —respondí.

Los chicos se tapaban los oídos con tanta fuerza que se agarraban

con toda la mano la oreja. Gritaban de dolor. El chico que había puesto el CD en la minicadena no paraba de vociferar y su cabeza se tambaleaba, como si quisiera quitarse una decena de canicas del cerebro. Sacudía la cabeza de un lado a otro y parecía que se estaba desgarrando la garganta con sus gritos. Los ojos comenzaron a expulsar sangre, se los tocaba, miraba la sangre, que manchaba sus manos y se asustaba aún más. Señalaba con ellas la minicadena, que estaba más cerca de su compañero.

—Para la imagen. Retrocede tres segundos. Ahí. Detente. —Me volví a acercar y entorné los ojos de nuevo.

—«Apaga la música» —dije en alto.

—¿Está diciendo eso? —preguntó el compañero de visuales.

—Sí.

Continuamos con el vídeo. El chico se volvía a tapar las orejas y le brotaba la sangre entre las manos, pero sabíamos que procedía de los oídos. Se agarraba la cabeza con fuerza y comenzaba a darse golpes. Dos segundos después se desplomaba. Mientras tanto, su compañero durante toda la grabación no separaba las manos de los oídos hasta que también se desvanecía. Las imágenes empezaron a hacer interferencias.

—Espera. Para ahí —dijo Tony—. Amplía la imagen a la minicadena. —El compañero lo hizo inmediatamente—. ¿Lo veis? —nos preguntó señalando la imagen.

—Sí —le contesté atenta.

—Es humo —señaló el compañero.

—Es humo —corroboramos Tony y yo.

Visionamos las imágenes un par de veces más. Era escalofriante ver sus muertes grabadas. Nuestro compañero de visuales se quedó totalmente atónito con lo que había en el vídeo. Y nos dijo algo muy valioso: en el momento de morir los dos empleados, antes de que la minicadena soltase humo, empezaban las interferencias. ¿Podía el propio sonido que salía de ahí crear interferencias en las imágenes de las cámaras de seguridad? ¿Qué tipo de sonido era?

Después de eso nos fuimos directamente al despacho de Gutiérrez para mostrarle las imágenes. Se quedó perplejo cuando las vio, ninguno antes habíamos visto nada semejante. Sin embargo, Gutiérrez estaba mucho más preocupado por lo que ocurría fuera mientras nosotros estábamos en la sala de visionado.

—Sentaos.

Encendió la televisión de su despacho. Una reportera en el lugar de los hechos daba una noticia: «Esta mañana, en torno a las siete y media, en la cafetería Starbucks de la plaza del Callao de Madrid,

justo en este mismo lugar que tengo a mi espalda, dos personas han sido brutalmente asesinadas. Ha sido aquí donde la famosa criminóloga, Paula Capdevila, y su equipo han sido los encargados de inspeccionar la escena del crimen de este terrible doble asesinato. Aunque todavía es muy pronto para asegurarlo…, ¿estaremos ante otro asesino en serie en Madrid? Seguiremos informando, muy atentos».

Tony y yo no intercambiamos palabra alguna ante lo que acabábamos de ver.

—¿Me podéis explicar por qué hay una reportera en nuestra escena del crimen? —Estaba enfadado.

—Verá, señor… —quiso empezar Tony.

—Mejor explícamelo tú, Paula. —Me miró y se cruzó de brazos.

—Señor, cuando llegamos, tras el cordón policial se encontraba un periodista que, a su vez, era el marido de la testigo, Elisa. Naturalmente, le pedimos que borrase cualquier imagen o vídeo que hubiese grabado, aunque solo pudo obtener imágenes del exterior del edificio. Ya le informamos de nuestras sospechas, ¿recuerda?

—Entiendo… —Descruzó los brazos y posó sus manos sobre los reposabrazos de mi silla, mirándome muy cerca—. O sea que «le pedisteis que borrase las imágenes» y lo hizo, claro. —Empleó un tono bastante sarcástico.

—Así es… —respondí mirando hacia otro lado.

—¿Por qué no le requisó el móvil, inspector? —Giró la cara hacia Tony.

—Bueno, no lo vi necesario, comisario… —respondió.

—No lo vio necesario. Déjenme que les enseñe otra cosa. —Se fue a su silla y tecleó algo en el ordenador. Empezó a leer en voz alta—: Mirad qué titular más interesante tenemos aquí: «¿Un nuevo asesino en serie en Madrid?». Y la noticia que hay a continuación no tiene desperdicio: «En la mañana de hoy, dos trabajadores del Starbucks de la plaza del Callao de Madrid han sido brutalmente asesinados a manos de un despiadado delincuente que, como dice la única testigo del suceso, Elisa Paredes, no solo los asesinó, sino que les arrancó los ojos. En el lugar del suceso se han personado la criminóloga Paula Capdevila y el inspector Antonio Herrero, ya conocidos ambos por la prensa, que, tras resolver el caso del asesino del aire en vena, vuelven a las andadas».

Tony y yo tragamos saliva cuando vimos que los medios de comunicación ya se habían hecho eco de todas las maneras posibles sobre el doble asesinato de aquel día y poco a poco nos fue invadiendo la furia al saber que también la propia Elisa había concedido una

minientrevista a su marido para el periódico en el que trabajaba. Gutiérrez era consciente de que tampoco era nuestra culpa; sin embargo, no podía evitar enfadarse porque no hubiésemos conseguido frenar esta situación y que nada en torno a este caso saltase a la prensa.

Estuvimos pensando entre los tres si era necesario que hiciésemos declaraciones al respecto o si, por el contrario, era mejor mantenernos callados para ver si la noticia iba perdiendo fuerza. No nos convenía que este caso saltase a la prensa, ni por su complejidad ni por el trato que podrían dar a nuestras investigaciones. Sabíamos que en multitud de ocasiones habían buscado un titular morboso sin comprobar la veracidad de los hechos, tergiversando la realidad o confundiendo al ciudadano.

Salimos del despacho de Gutiérrez para poner rumbo hacia el instituto donde Sandoval estaba realizando la autopsia de los dos jóvenes. Me paré en la misma máquina de café de siempre ante el olor que salía de ella tras el último café que había servido. Necesitaba algo caliente y excitante para todo lo que nos quedaba por delante. Estaba esperando a que se llenase el vaso cuando me llamaron. El café pasó a un segundo plano en cuanto reconocí esa voz. Me giré enfadada.

—No sois conscientes de lo que habéis hecho. —Tajante y rotunda, no me anduve con rodeos.

—Señorita, lo siento mu… —quiso decirme Elisa cuando su marido la cortó…

—Usted hace su trabajo y yo hago el mío —contestó seco.

—No, usted no hace su trabajo. Si hiciese su trabajo, se habría esperado a contar la verdad y a no asustar a la sociedad. Parece mentira que no tengan precauciones, después de lo que ocurrió con el asesino del aire en vena. Lárguense de aquí. —Me giré y me fui a por el café.

Bebí un sorbo y recibí un mensaje de texto de Sandoval para que fuésemos al instituto. Y eso hicimos.

—Bueno, esto es lo más extraño que me he encontrado en mis muchísimos años de carrera, que no quiero ni decir cuántos son —comenzó en cuanto entramos por la puerta—. Literalmente, el riego sanguíneo de su cerebro ha estallado. Fijaos aquí. —Descubrió uno de los cadáveres—. Jamás pensé que vería una imagen como esa en una autopsia. El tejido cerebral se ha deshecho en esta parte del hemisferio izquierdo, el conducto auditivo se ha visto seriamente afectado, el nervio coclear también. Es que no hace falta ni que os lo explique, lo

estáis viendo con vuestros propios ojos. A estos dos chicos les explotó el cerebro —concluyó.

—Dios mío…, es horrible —dijo Tony sin poder evitar poner una expresión de asco y angustia.

—¿Ambos presentan las mismas lesiones? —pregunté a Sandoval.

—Sí, iguales. La causa es la misma. Sin embargo, hay una diferencia con el resto de las víctimas —contestó Sandoval— y es que estas lesiones, tras lo que ya sabemos, han sido producidas por altos decibelios, no solo por una frecuencia en hercios dañina para el cerebro.

—O sea que no solo ha usado el tono, sino también la sonoridad. Sí, a partir de ciento sesenta decibelios, aproximadamente, el oído humano puede llegar a estallar —les informé a mis compañeros.

El valor del decibelio depende del contexto en el que se use, no es exacto como un metro, por ejemplo. Para ponerlos en situación les di varios valores. Enumeré una lista de decibelios aproximada: un susurro tiene unos treinta decibelios, el tráfico provoca un ruido considerable de unos setenta y cinco decibelios, otros sonidos aceptables para el oído humano son el del aspirador o la televisión con un volumen alto, pero si subimos a ciento diez decibelios el ruido ya puede resultar molesto, por ejemplo, el de un taladro o un concierto de rock. El oído entra en el umbral del dolor si se superan los ciento veinte decibelios, como los que producen un avión al despegar o un petardazo. Les aclaré que no era lo mismo escuchar esos sonidos durante un breve periodo de tiempo que verse sometido a ellos de forma prolongada. Los otorrinos siempre avisan del mal uso que le damos a los auriculares y de lo mucho que afecta a nuestra salud auditiva a largo plazo. El oído necesita una media de quince horas de reposo para compensar dos o tres horas de exposición a unos cien decibelios.

Si estos chicos habían escuchado durante al menos cuatro minutos ininterrumpidos un sonido estridente de más de ciento veinte decibelios, su oído y su cerebro pudieron estallar perfectamente. Para entrar en el umbral del dolor era suficiente con someter a alguien durante menos de cinco minutos a sonidos entre ciento ochenta y doscientos decibelios. Y, de hecho, lo más probable es que los muchachos se quedaran sordos antes de morir. De ahí que ni el aparato que reproducía el sonido aguantase semejantes valores.

—¿Cómo puede ser posible? —preguntó Tony—. Son cifras anormales que no están al alcance de cualquiera, ni en decibelios ni en hercios. Quiero decir ¿de dónde saca esos sonidos?

—Los altera.

—¿Cómo? —preguntó Sandoval ante mi respuesta.

—Los está modificando. Pensadlo. Tony tiene razón, estos valores no están al alcance de cualquiera, no podemos encontrarlos de cualquier modo. Por lo tanto, quien esté detrás de esto está cambiando los valores.

—¿Para qué? —preguntó Sandoval.

—Para realizar experimentos. Se lleva haciendo desde hace siglos y nunca nos hemos parado a pensar en ello. Pero ¿y si están volviendo a experimentar? Las armas sónicas existen de verdad a través de pulsos de radiofrecuencia dirigidos. En el año 1953 la embajada estadounidense de Moscú detectó un ataque silencioso de estas características. Son armas silentes diseñadas para matar o herir al enemigo.

—Paula, pero eso es tecnología militar —aseguró Tony.

—Exacto. Esto es tecnología militar y de aquí es de donde debemos tirar. Hay que informar de esto al coronel Manrique.

Les seguí contando información que había consultado. El sonido más potente que se había escuchado y que estaba registrado sucedió el 27 de agosto de 1883 a las diez de la mañana, hora local de la isla de Krakatoa. Una explosión de doscientos megatones, o sea, diez mil veces más potente que la bomba de Hiroshima, que fue producida por el volcán de la isla y causó la muerte de más de treinta y seis mil personas. Se aseguró que el estallido pudo oírse en la India, Nueva Guinea y Australia, a más de dos mil kilómetros y tres mil doscientos kilómetros respectivamente. Incluso en islas del Índico a más de cinco mil kilómetros. El sonido fue tan atroz que la tripulación del Norham Castle, un navío que se hallaba cerca del volcán en aquel momento, sufrió daños irreversibles en los tímpanos.

Y no solo provocó esto. La onda dio cuatro veces la vuelta a la tierra, recorriendo miles y miles de kilómetros. Sin embargo, la onda de presión se atenuó tanto que ya no fue perceptible para el oído humano, tan solo fueron capaces de detectarlo las estaciones que registraban los cambios de la presión atmosférica producidos por dicha onda. Se notó en Sídney, San Petersburgo, Viena, Roma, París, Nueva York y Toronto. Y absolutamente nadie pudo escucharla, pero sí se sintió. Se sintió tanto que se avistaron los atardeceres más bonitos de los últimos años en la tierra. Por eso, el sonido era capaz de matar, de destruir y de combatir.

Por fin habíamos encontrado una respuesta lógica a muchas de las cuestiones que se nos habían puesto sobre la mesa. Sabíamos que el *modus operandi* era el sonido, que la victimología se centraba en un rango de edad joven, menores de treinta años, excepto los padres de

Juan Fernando Salas que fueron daños colaterales. Y ahora entendíamos cómo era posible que sucediese esto. No podía ser de otra manera, como bien dijo Tony, esto era tecnología militar. Así que no estábamos ante un asesino en serie burdo cualquiera con una motivación por poder, venganza o éxtasis. ¿Y si era el propio gobierno quien estaba detrás de esto?

La situación se estaba complicando con creces, porque, si la tecnología militar estaba detrás de esto, sabíamos que tenía que ser alguien que la conociese y esa información no se encontraba al alcance de cualquier civil. Debíamos corroborar con el coronel Manrique lo que estaba sucediendo e investigar exhaustivamente si alguien relacionado con él o con cualquiera de los proyectos militares de alto secreto estaba implicado en estos sucesos.

Las víctimas no paraban de aumentar y nosotros volvíamos a trabajar a contrarreloj para poder salvar al mayor número de personas posible. Estaba claro que los escrúpulos del responsable que estaba detrás de todo aquello eran nulos. Y nosotros no podíamos permitir que esto siguiese sucediendo.

15

Golpeé la puerta de Susana porque el timbre estaba estropeado. Acudí a su casa con Henry para que le alegrase un poco la visita. Los perros son mucho más terapéuticos de lo que creemos y su presencia es muy positiva para los enfermos. Abrió la puerta.

—Oh, hola. —No me esperaba.

—¿Llego en mal momento? —le dije mientras alzaba una bolsa con un helado de chocolate dentro.

—No, tranquila, pasa. —Esbozó una tímida sonrisa.

El apartamento estaba totalmente patas arriba; tampoco era de extrañar, pues, a juzgar por el aspecto y el ánimo de Susana, limpiar sería lo último que le apetecería hacer. Se sentó en el sofá de dos plazas que había frente a la televisión. Los cojines se encontraban descolocados y había una pequeña manta de cuadros medio caída. Se notaba que había estado tumbada allí bastante tiempo. Sobre la mesa que separaba el sofá de la televisión había unos cuantos envoltorios de chocolatinas, una botella de agua y la medicación que le habían recetado. La televisión, con la imagen que ella había pausado para poder abrirme la puerta, revelaba la película que estaba viendo. Era inconfundible esa escena en la que Matt Damon y Robin Williams estaban sentados en un banco. Williams, que hacía de psicólogo, le ofrecía una maravillosa lección de vida al protagonista, un chico superdotado. Aquel monólogo era inolvidable. Me lo sabía de memoria. La cantidad de veces que vi esa película con mi padre. Ahora, al observar esa imagen congelada, recordaba todas las palabras, porque nunca me cansaba de ellas. Significaban mucho para mí. «Si te pregunto algo sobre arte, me responderás con datos de todos los libros que se han escrito. Miguel Ángel, lo sabes todo, vida y obra, aspiraciones políticas, su amistad con el papa, su orientación sexual, lo que haga falta, ¿no? Pero tú no puedes decirme cómo huele la Capilla Sixtina, nunca has estado allí y has contemplado ese hermoso techo. No lo has visto.

»Si te pregunto por las mujeres, supongo que me darás una lista de tus favoritas. Puede que hayas echado unos cuantos polvos, pero no puedes decirme qué se siente cuando te despiertas junto a una mujer y te invade la felicidad. Eres duro.

»Si te pregunto por la guerra, probablemente citarás algo de Shakespeare: "De nuevo en la brecha, amigos míos…". Pero no has estado en ninguna, nunca has sostenido a tu mejor amigo entre tus brazos esperando tu ayuda mientras exhala su último suspiro.

»Si te pregunto por el amor, me citarás un soneto, pero nunca has mirado a una mujer y te has sentido vulnerable. Ni te has visto reflejado en sus ojos. No has pensado que Dios ha puesto un ángel en la tierra para ti, para que te rescate de los pozos del infierno. Ni qué se siente al ser su ángel, al darle tu amor, darlo para siempre y pasar por todo.

»Por el cáncer. No sabes lo que es dormir en un hospital durante dos meses cogiendo su mano, porque los médicos vieron en tus ojos que el término "horario de visitas" no iba contigo.

»No sabes lo que significa perder a alguien, porque solo lo sabrás cuando ames a alguien más que a ti mismo. Dudo que te hayas atrevido a amar de ese modo.

»Te miro y no veo a un hombre inteligente y confiado. Veo a un chaval creído y cagado de miedo. Eres un genio, Will; eso nadie lo niega. Nadie puede comprender lo que pasa en tu interior. En cambio presumes de saberlo todo de mí porque viste un cuadro que pinté y rajaste mi puta vida de arriba abajo.

»Eres huérfano, ¿verdad? ¿Crees que sé lo dura y penosa que ha sido tu vida, cómo te sientes, quién eres, porque he leído *Oliver Twist?*

»¿Un libro basta para definirte? Personalmente, eso me importa una mierda, porque, ¿sabes qué?, no puedo aprender nada de ti ni leer nada de ti en un maldito libro. Pero si quieres hablar de ti, de quién eres, estaré fascinado, a eso me apunto. Pero no quieres hacerlo, tienes miedo.

»Te aterroriza decir lo que sientes…».

Sin duda es la mejor escena de la película. Me senté en una pequeña butaca de diseño, a la derecha de la televisión y justo delante de un bonito ventanal. Se podía respirar el aire fresco, y no solo por la pequeña ventana de la cocina que estaba abierta, sino por la cantidad de plantas que decoraban y salvaguardaban el oxígeno de la casa. Unas cuantas cintas colocadas estratégicamente para que la luz les diera vida, una sansevieria y un pequeño *Ficus ginseng* encima de la mesilla que tenía a mi lado. Me fijé y al ficus le faltaba un poco de agua. Me levanté, fui a la cocina, llené un vaso y regué aquella pequeña planta.

—No hace falta, Paula. Luego lo hago yo, no he estado de ánimo… —me dijo sin mirarme, tan solo pendiente de acariciar a Henry.

—No es molestia para nada, me gustan las plantas. ¿Cómo te

encuentras? —pregunté.

—Bueno, no sé, a ratos. No me duele nada, solo estoy desanimada. —Seguía acariciándolo sin apartar la vista.

—¿Has comido bien? ¿Necesitas algo? Voy a abrir el helado. —Me levanté.

Había un halo de tristeza profunda alrededor de Susana, como si algo le hubiese quitado la alegría y el desparpajo que tenía por norma. Sentía como si fuese otra persona totalmente diferente e irreconocible para mí.

—Tiene trozos de galleta, está buenísimo —le dije ofreciéndole un platito.

—Gracias. —Volvió a esbozar esa sonrisa.

Nos lo comimos en completo silencio ante la atenta mirada de Henry, que esperaba que algún trozo llegase hasta él. La imagen de Will Hunting seguía presidiendo el salón y la ventana de la cocina dejaba pasar un inconfundible olor a tortilla de patatas. Me sentía incómoda con la situación; no sabía qué decir ni qué hacer para entablar conversación con ella. Sin embargo, parecía que Susana no tuviese la misma sensación que yo; estaba totalmente absorta, como si le hubiesen dado al botón de *standby*.

—Susana —me atreví a decir en alto.

—¿Sí? —respondió mientras dejaba la cuchara en el platito con los ojos aún fijos en la nada.

—Mírame, por favor. —Me acerqué.

Aquella mirada fue como un puñal en pleno corazón, porque la expresión «los ojos son el espejo del alma» es totalmente cierta. Nuestros ojos transmiten de forma inmediata nuestro estado de ánimo y nuestras emociones; es imposible fingir una mirada. Y no solo eso, sino que las pupilas nos indican la cantidad de energía que tiene nuestro cerebro. No, no es ninguna locura, los ojos nunca mienten y las miradas menos.

Susana no tenía apenas energía ni alegría ni ganas. Mantuve la vista fija en la suya para poder descifrar lo que estaba ocurriendo, pero apenas pasaron unos segundos y sus ojos comenzaron a humedecerse. Las lágrimas resbalaron por su rostro y la expresión de su cara se volvió de un gris oscuro. La abracé con todas mis fuerzas y ya no pudo parar de llorar.

—Tranquila —susurré en su oído, parecía que se le iba a salir el alma en cada lágrima.

—No sé qué me pasa —acertó a decir en un impulso por coger aire.

—Son muchas emociones, Susana, es normal. —Acariciaba su pelo como una madre.

—No, no es eso. No sé qué me pasa, de verdad. No soy capaz de levantarme del sofá, no tengo hambre, no tengo ganas de hablar con nadie…

—Es cansancio mental, Susana, no pasa nada.

—¡Que no! —Se apartó de golpe—. No me estás escuchando, no es eso. No sé qué me pasa, pero no estoy bien, algo me ocurre, joder. —Estaba muy inquieta.

Me sorprendió su respuesta, pero la creí. Confié en ella. Como cuando le estás contando una locura a alguien y lo más probable es que no te crea, pero aun así lo haces porque esperas que simplemente lo haga; así se sentía ella. Y yo tan solo la creí.

—Te creo. —Agarré su mano—. Si sientes que algo no funciona bien dentro de ti, te creo. —Lloró aún más, pero esta vez de alivio.

—Vamos a hacer una cosa, te voy a llevar a ver a una amiga, ¿vale? Y hablaremos con ella, porque nos puede ayudar a saber qué ocurre.

—Vale. —Se quitó las lágrimas de los ojos y me abrazó—. Gracias.

—No tienes por qué dármelas. Para de llorar ya porque estás preocupando a Henry. —Conseguí que se riera.

Le hice darse una ducha y ponerse ropa limpia para sacarla de casa. Realmente no estaba bien y era algo que había notado desde el primer minuto. Una cosa era estar triste y otra que te roben la alegría hasta el punto de no ser la misma persona. Susana todavía no era consciente del poder que tenía el sonido, pero sus males eran consecuencia de haber escuchado esa pista musical que, por la razón que fuese, le había afectado de otro modo. Al fin y al cabo, cada cerebro es un mundo.

Aproveché para llamar a Marta y preguntarle si podía ir con Susana a verla. Necesitaba alguien de confianza con sus conocimientos para que me ayudase con ella y me alegré un montón cuando me dijo que sí. Teníamos el tiempo justo para que Susana terminase de arreglarse. Envié un mensaje a Tony para que siguiese en la central sin mí y me fui con ella a la consulta de Marta.

—¿Adónde vamos? —me preguntó mientras bajaba la ventanilla del coche.

—Voy a presentarte a Marta, mi terapeuta, pero casi es una amiga. Ella nos ayudará.

—Pero yo no quiero que me recete antidepresivos ni nada de eso.

—No lo hará, tranquila.

Como de costumbre, el portero del edificio de Marta se encontraba fuera fregando el portal. Nos saludamos, aunque esta vez me recriminó de una manera afable mi ausencia durante los últimos días.

Lo cierto era que, con todo lo que teníamos encima en la UIE, no había vuelto a ir.

—Hoy traes compañía al menos, ¿eh? —comentó mientras subíamos las escaleras.

—Hoy vengo muy bien acompañada, eso es. —Sonreí y giré en la esquina para seguir subiendo.

La puerta de Marta estaba entreabierta y supuse que nos había visto por la ventana. Pasé sin llamar, con la plena confianza que ya tenía. Le indiqué a Susana dónde podía sentarse y a Henry que se tumbara en el suelo para que su presencia no molestase a nadie. Marta salió del baño frotándose las manos para quitarse los restos de agua.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo mientras se agachaba a acariciar a Henry—. El famoso Henry, qué bonito eres. Tu dueña me ha hablado mucho de ti. Hola, Susana, soy Marta, encantada de conocerte. —Le extendió la mano para saludarla.

—Hola —dijo Susana tímidamente.

—Contadme, qué ocurre. —Se sentó con su libreta para anotar.

Por un momento dudé sobre qué contarle a Marta y qué no. La investigación seguía abierta y era un tema muy complicado; sin embargo, opté por apelar a su secreto profesional para que pudiese ayudar a Susana en todo lo posible. Le conté muy por encima lo que había ocurrido, no entré en detalles. Sin embargo, necesitaba que comprendiese la situación. Además, ya le había preguntado con anterioridad sobre cosas relacionadas con el caso, así que tampoco le pillaba tan de sorpresa. A medida que la ponía en contexto, tanto ella como Susana abrían los ojos como platos. La verdad es que Susana se estaba enterando de algunas cosas de la investigación en ese mismo momento.

—Bien, entonces, por lo que puedo leer entre líneas, el estado emocional y psicológico actual de Susana viene a raíz de escuchar una serie de frecuencias sonoras, ¿es correcto? —preguntó mientras anotaba y disimulaba como si no le hubiese contado nada antes.

—Es correcto, Marta. Reconozco que es complicado y que probablemente no puedas hacer mucho al respecto, pero ya sabes que mi confianza en ti es plena.

—Por favor, Paula, me siento agradecida por que hayas venido aquí y, por supuesto, esto entra dentro del secreto profesional. ¿Qué has notado desde que te desmayaste hasta ahora? —le preguntó directamente a Susana.

—Bueno, antes de desmayarme fue como si me estuvieran estrujando el cerebro y, cuando me desperté, me sentía como paralizada, ¿sabes? O sea, estoy despierta, pero como ida, como en un

estado de…

—¿Depresión? —dijo Marta.

—Sí, eso es —afirmó Susana

—Susana… —Le agarré la mano frunciendo el ceño.

Me dolía pensarlo.

—Bien. Sin duda alguna, Paula, lo que pensáis dentro de tu unidad es totalmente cierto. Verás, hay muchos estudios que avalan la conexión entre determinados tipos de frecuencias e intensidades y las alteraciones cerebrales. No es ninguna tontería. De hecho, ya sabes que una de las dinámicas que sigo con mis pacientes es la relajación a través de la música, como en tu caso. —Parecía que había investigado después de que hablase con ella de las frecuencias.

—¿Haces sonoterapia? —me preguntó Susana extrañada.

—No es exactamente eso, la sonoterapia aboga más por sonidos tales como cuarzos, cuencos tibetanos, diapasones… Lo que yo aconsejo a mis pacientes es escuchar una música particular para conseguir un estado de relajación y meditación superior. Musicoterapia.

—¿Crees que Susana podría empezar con ello? —pregunté.

—Eso es lo que iba a decir. Vamos a darle a tu cerebro el antídoto al veneno que te han metido dentro, ¿de acuerdo? Si ese sonido que escuchaste tenía unas frecuencias o unos decibelios nocivos para él, tenemos que regalarle justo lo contrario: frecuencias saludables para que se cure. Ojo, no sé si funcionará, porque es algo que jamás me había ocurrido, pero no te va a hacer daño e intentarlo no cuesta absolutamente nada. —Sonrió y le dio uno de sus CD.

—Muchas gracias, Marta —le dijo Susana.

Qué aliviada me fui de su consulta. Era algo difícil de explicar y nada sencillo de creer, pero estaba segura de que Marta nos ayudaría, precisamente por las terapias que hacía conmigo para relajarme y controlar tanto el estrés como la ansiedad. Susana había sido una víctima colateral de este psicópata, asesino en serie o conspiración, todavía no tenía muy claro cómo definirlo con exactitud. La frecuencia que había invadido su cerebro, escuchada tal y como ella lo había hecho, poco tiempo y bajito, le había provocado una depresión aguda. Tanto que ni ella misma sabía qué le ocurría.

Llevé a Susana de vuelta a su casa y le rogué que hiciese lo que Marta le había pautado, al fin y al cabo, solo era escuchar música y relajarse. Llamé a Tony para saber si teníamos algo nuevo. Lo único que habían podido determinar era la inmensa potencia del CD del

Starbucks. Además, los altavoces de la minicadena eran muy potentes y eso no ayudó a los jóvenes. Mi chico ya estaba en casa, así que me fui con él. De camino llamé a Sandoval, pero colgó y me contestó con un mensaje: «He quedado con Ana, mañana hablamos. Descansa, por favor».

Qué gusto me daba entrar por la puerta de casa y ponerme el pijama. Llevaba demasiadas horas sin dormir y lo único que quería era una taza de caldo calentita y descansar. Menos mal que Tony me había preparado uno delicioso.

—¿Que has hecho qué? —me preguntó alterado mientras cenaba.

—A ver, Tony, tiene que guardar el secreto profesional, ¿vale? Y Susana necesitaba ayuda.

—Paula, es una jodida investigación. No sabemos si el mismo gobierno y los militares están involucrados. ¿Por ayudar a Susana tenías que contarle algo a tu terapeuta? Haberte inventado cualquier cosa, joder. —Se desesperó.

—Tony, hazme caso, no pasa nada, ¿vale? Tampoco le he contado tanto, solo lo de las frecuencias. Nada más.

—Suficiente, Paula, suficiente. —Henry nos miraba discutir.

—Necesito dormir… —Terminé así la conversación mientras me tumbaba en el sofá y dejaba la taza vacía en la mesa.

No tardé ni dos segundos en cerrar los ojos.

16

A todas las unidades, repito, a todas las unidades: 10-89 en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios. Repito 10-89 en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios. —Eso es lo que se escuchó por radio el día más complicado y estresante que tuvimos el equipo de la UIE desde que estábamos implicados al máximo con la investigación. Aviso de bomba en hora punta.

El despliegue policial que se extendió por todo el perímetro alrededor del edificio era inmenso. Desde Azca hasta el Ministerio de Transportes. A las cinco y siete minutos de la tarde entró una llamada al 112 de un señor que decía que iba a detonar un artefacto explosivo en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios. Según la conversación transcrita por parte de los servicios de emergencia, este alegaba que en la sexta planta había un ruido que no cesaba y que escuchaba desde su casa. A medida que avanzaba la conversación, expresó que el ruido llevaba semanas y que, después de haberse quejado en varias ocasiones, nadie le había hecho caso. Que creía que todo era cosa de una fuerza superior y que debía demoler el edificio entero por el bien de todos.

En el momento en el que Gutiérrez detectó esta llamada, nos alertó a todos de un nuevo posible ataque con sonidos que estuviese perturbando la mente de este señor o incluso que tuviese más razón de lo que parecía. Tony y yo nos activamos enseguida. La Policía Nacional había podido comprobar, tras la evacuación total del edificio, que el señor se encontraba al lado del mostrador de electrónica con lo que, efectivamente, parecía un artefacto explosivo.

Se realizó un protocolo de actuación para minimizar cualquier riesgo y desactivar la bomba en el menor tiempo posible. Se acordonó el perímetro, se evacuó lo más rápido que se pudo a los civiles y se cubrieron todas las entradas y salidas. El negociador principal subió a la sexta planta junto con dos técnicos especialistas en desactivación de artefactos explosivos (TEDAX) y un equipo del grupo de operativos especiales de seguridad (GOES) que habían sido activados. El hombre, que sostenía un detonador en la mano dispuesto a volar el edificio, tenía un rehén.

Gutiérrez nos impidió subir hasta no tener asegurada la zona y que

el negociador nos diera información sobre dicho señor. Tardaron más de dos horas en que el hombre les respondiese. Al parecer, no paraba de taparse los oídos haciendo muecas de dolor, como si algo estuviese taladrando su cerebro sin cesar; y gritaba constantemente:

—¿No lo oís? ¡Estáis todos metidos en esto! —No paraba de repetir.

—Paula, ya tengo información. Se llama Daniel Ortiz Moreno, tiene treinta y dos años, es arquitecto en una multinacional que se dedica a construir rascacielos por todo el territorio europeo y asiático. Soltero, no tiene hijos. Tampoco tiene antecedentes. Hace cinco meses cogió una baja por estrés laboral.

—¿Treinta y dos años? Han dicho que era un señor. —No me cuadraba.

—Lo sé, mira su foto. —Me la mostró.

—Dios mío, parece mucho mayor de lo que es. De acuerdo, Tony, si estaba de baja por estrés laboral tuvo que acudir a algún especialista, necesitamos su nombre y su contacto para saber a qué nos estamos enfrentando —le dije a mi compañero. Después me dirigí a Gutiérrez—. Comisario, le pido que me deje entrar, si es arquitecto, sabe cómo detonar el explosivo para volar el edificio entero. Déjeme entrar con el negociador —le rogué mientras me ponía el pinganillo para tener comunicación directa con ellos desde dentro.

Me escoltaron hasta la sexta planta. Todo el edificio estaba en completo silencio hasta que nos acercamos al lugar donde Daniel tenía retenida a una mujer que trabajaba allí. Estaba rodeado por los GOES y el negociador no había podido sacar nada en claro de momento. No era su culpa, de hecho, menos mal que existen los negociadores porque nos sorprendería la cantidad de cuestiones que resuelven sin que haya heridos; lamentablemente, y con razón, pensaba que estaba ante un enfermo mental que oía ruidos en su cabeza como parte de un delirio o alucinación.

—Señorita Capdevila, soy el agente Ruiz, negociador. Gracias por subir a ofrecernos su ayuda. —Su talante y autocontrol eran envidiables—. El caballero creo que está sufriendo algún tipo de brote psicótico. No atiende a razones, pero lo que busca es que cese el ruido. ¿Cómo cree que podríamos afrontar esta situación? Su nivel de psicosis es alto.

—¿Sabemos cuántos artefactos explosivos hay en el edificio? —pregunté.

—Sí, el que está viendo usted delante del sujeto y otro en el aparcamiento. Los TEDAX ya están con ello mientras le distraemos.

—De acuerdo, déjenme hablar con él —le pedí que se retirase.

Me acerqué lo suficiente para que viera mi rostro. Pude observar su desesperación de un vistazo y el miedo atroz que tenía la rehén. Me reconoció:

—¡Usted! Usted es la de la tele. ¿Lo oye? —Buscaba mi aceptación desesperado.

—Daniel, soy Paula Capdevila, criminóloga de la Unidad de Intervenciones Especiales. ¿Qué escucha exactamente? —le pregunté.

—Ese ruido, ¿no lo oye? ¡Ese maldito ruido que sale de aquí! —Aumentaba el volumen de su voz mientras tambaleaba a la rehén.

—Verá, Daniel, yo no puedo escuchar ese ruido, pero le creo. Necesito que me diga exactamente cómo lo escucha, con qué intensidad, a qué se le parece. Todo. —Su rostro denotaba alegría.

—Es un ruido intenso en mi cabeza… —lo interrumpí.

—Pero antes necesito que libere a la chica, ¿de acuerdo? —le dije.

—¡No! Si la libero, no me van a escuchar. —Se enfadó.

Estaba desquiciado.

—Sí lo vamos a hacer, Daniel, están subiendo compañeros con sonómetros para averiguar de dónde sale ese sonido —dijo el agente Ruiz muy acertado.

Titubeó durante unos instantes, pero al final soltó a la pobre chica que estaba paralizada por el pánico. Se la llevaron de allí lo más deprisa posible.

—El sonido lo tengo en el cerebro, no en el oído. Es como un constante vibrato en mi cabeza. Y sale de aquí, de todos estos aparatos electrónicos que tenemos a nuestro alrededor. ¡Hay que destruirlos! —Apretaba con fuerza el detonador.

—Daniel, escúcheme, esa sensación que me describe es real, sé que lo es. Pero no sale de estos aparatos, ¿de acuerdo? Mire, acaban de llegar con el sonómetro —le dije mientras me giraba para que el negociador se acercase conmigo a medir el sonido al lado de Daniel.

La tensión era palpable en el ambiente, Daniel estaba sudando muchísimo de los nervios y tenía tics visibles en el rostro y un temblor notable en las manos. El artefacto que había colocado en el aparcamiento del edificio todavía no estaba desactivado y por lo que informaban los TEDAX era un explosivo plástico muy potente. Nuestra misión principal era que el detonador que tenía en la mano no se activase bajo ninguna circunstancia.

El agente Ruiz y yo nos acercamos bastante a Daniel. El negociador le explicó que el aparato que tenía en la mano funcionaba casi igual que el oído humano y que respondía al sonido de la misma manera. Pudimos comprobar que los niveles sonoros que el sonómetro había captado estaban muy por debajo de la normalidad, por lo que el

sonido que estaba escuchando no provenía del lugar que él creía.

—¿Me toman por gilipollas? —dijo enfadado mientras se alejaba con el detonador—. Pensaba que usted no estaba en el ajo, pero también lo está —se dirigió a mí.

—No, Daniel. No hay ningún ajo. El sonido que escucha es real, pero no está aquí.

—¡Ese aparato está trucado! —gritó.

—No, no lo está. Pero este aparato no puede medir lo que está escuchando. —El negociador me miraba extrañado—. Le voy a hacer solo una pregunta, Daniel, ¿qué música escucha? —La cara del negociador era un poema.

—¿Qué? ¿Qué cojones me está contando? —Él tampoco entendía nada.

—Responda, Daniel. —En ese momento Tony entró por el pinganillo.

—Paula, estuvo yendo al psiquiatra por la seguridad social hasta que el médico de cabecera le dio la baja. No hay registros de psicólogos privados.

—Escucho todo tipo de música —contestó.

—Ya, pero ¿hay algo que hayas estado escuchando últimamente con más asiduidad?

—¡Que no! —gritó.

Sus nervios iban en aumento y se tocaba la cabeza como si el sonido que escuchaba dentro fuese cada vez más intenso. El agente Ruiz y yo nos alejamos al ver cómo su estado psicótico aumentaba por momentos. Los TEDAX seguían trabajando en la desactivación de la bomba del aparcamiento y los francotiradores estaban colocados en los edificios aledaños esperando la orden.

Se nos estaba terminando el tiempo. La luz del sol había desaparecido por completo sin apenas darnos cuenta de que había anochecido. Me asomé por la cristalera que daba a la calle. El operativo seguía desplegado junto con una aglomeración de periodistas que se estaban haciendo eco de la noticia en directo. Daniel estaba cada vez más cansado y angustiado; sin embargo, no quería detonar el explosivo. Me acerqué de nuevo.

—¿Puedo? —le dije mientras señalaba una estantería a su lado para sentarme.

Asintió con la cabeza.

—Necesito que pare, por favor… —Estaba desesperado.

—Lo sé, pero le prometo que no procede de aquí el ruido que oye. ¿Ha ido al psicólogo estos últimos meses? —pregunté.

—Sí, he estado de baja por estrés, pero no tiene nada que ver. El

sonido empezó más tarde.

—¿Qué ocurrió para que tuviese que coger una baja por estrés? —Iba consiguiendo un punto de conversación con él.

—La empresa en la que trabajo es muy exigente y este último año hicieron un convenio con el ejército y tuve demasiada presión, ¿sabe? Querían construir una base militar con unas características muy complicadas y lo querían para ya. Me ofrecieron a mí el proyecto y sin dudarlo dije que sí, era todo un reto y estaba muy muy bien pagado. Además, estaría en Madrid los próximos cinco años.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté.

El agente Ruiz también estaba escuchando, aunque de lejos. Mientras tanto, Tony seguía muy atento a todo por el pinganillo y, al igual que a mí, no le pasó desapercibido lo de la base militar.

—Querían una base militar muy específica: tres niveles subterráneos con una tecnología de última generación. Blindados, con protección nuclear. Grandes antenas de comunicación camufladas entre la vegetación. Protección de radiaciones electromagnéticas… En fin, un sinfín de cosas que eran posibles, pero no a la velocidad que demandaban. Fue muy estresante y no pude aguantar la presión, no sé por qué.

—¿Le había pasado antes? Me refiero a no aguantar la presión.

—Para nada, siempre he trabajado mejor bajo presión, pero esta vez no. Tuvimos que probar cientos de veces el nivel de protección. Eran pruebas interminables, aparatos que no había visto jamás. Querían insonorizarlo a un rango superior de lo normal, ¿entiende? Y había cosas que ni yo sabía cómo hacerlas.

—Daniel, ¿había pruebas con sonidos? —le pregunté.

—Claro, había que probar la protección de radiofrecuencias y frecuencias.

—¿Cuándo empezó a notar estrés? ¿Qué más sentía? —pregunté.

—A los dos o tres meses de empezar el proyecto. Tenía una ansiedad horrible, me dolía la cabeza, estaba con náuseas… y al final no rendía en mi trabajo. Así que me pedí una baja por estrés y me sustituyeron por otro arquitecto.

—Tempvs Corporation —me dijo Tony por el pinganillo.

Se lo repetí a Daniel.

—Sí, esa es o era la empresa —respondió.

—Me pongo con ello, Paula —dijo Tony.

—Vale, Daniel, ¿encuentra alguna relación entre esas pruebas y el comienzo de su malestar? —preguntó el agente Ruiz.

—No lo sé, no, creo que no. El ruido empezó más tarde —respondió con un tono mucho más confiado.

—¿Siguió trabajando en casa pese a estar de baja? —preguntó de nuevo.

—No exactamente. Hacía pruebas para la tolerancia de los cimientos, pero… —De pronto se dio cuenta de algo—. Pero, en una de esas pruebas, me desmayé y cuando me desperté el sonido ya estaba en mi cabeza.

—¿Lo entiende ahora? —le pregunté.

Cómo es la vida de caprichosa, cuando parece que todo está recuperando el orden, envía un impulso para que el desorden vuelva a invadir la tranquilidad. La mano que sostenía el detonador le comenzó a temblar de una forma considerable. Los músculos de su cara comenzaron a rilar y gritó de dolor como si estuviese recibiendo una descarga eléctrica en pleno cerebro. Entonces su visión lúcida de la situación se disipó y regresó el Daniel del principio.

—¡Hay que volar este lugar! ¡Cada vez es más intenso! ¡No lo soporto! —voceó.

—Esperando su orden, le tenemos a tiro. —Se escuchó decir a uno de los francotiradores.

—No, todavía no —dijo el agente Ruiz, se notaba su preocupación —. Paula. —Me miró en busca de una solución inminente.

—Negativo, esperen mi orden —dijo el alto cargo.

A veces creo que la información que necesitamos en cada situación nos viene dada en el momento oportuno por una única razón: encontrar soluciones correctas a problemas complicados. Y así fue.

—Tony, necesito que Susana traiga una cosa.

—Susana está aquí conmigo desde hace un rato, te la paso —respondió Tony.

No me extrañó para nada que ya estuviese con nosotros, al pie del cañón. Eso me demostró que se encontraba mucho mejor de la depresión.

—Susana, necesito… —Me interrumpió.

—La música sanadora de Marta —enfatizó.

Tony, sin pensárselo dos veces, cogió el teléfono de Susana y entró bajo la atenta mirada de Gutiérrez y todos los efectivos que había desplegados. No había tiempo para explicaciones ni para pedir permiso. Era una cuestión de vida o muerte. Varios agentes intentaron cortarle el paso ante la incertidumbre, pero Tony fue mucho más rápido que todos ellos. Echó a correr por las escaleras mecánicas lo más rápido que pudo, dejando atrás el silencio profundo que se había apoderado del edificio. No hizo falta que le dijese qué necesitaba en aquel momento porque él ya lo sabía.

Lo vi aparecer en la sexta planta mientras Daniel perdía cada vez

más la cordura por aquello que solo él podía escuchar en su cerebro. Se dirigió veloz al almacén de aquella planta en busca del sistema de hilo musical y, cuando Daniel estaba a punto de pulsar el detonador, el francotirador de disparar contra él y nosotros de saltar por los aires, la música comenzó a sonar…

El tiempo se detuvo por completo, ya no sabía si estaba debatiéndome entre el sueño y la vigilia. Aquella música consiguió paralizar cada segundo del reloj y cada palmo de nuestro cuerpo, como si Matrix hubiera irrumpido en ese preciso momento para salvarnos la vida a todos. En esa fracción de segundo se me vino a la cabeza aquella pequeña niña que entró en el hospital con el tobillo roto. Me sentí una heroína por haber sobrevivido a esa caída que, en aquel momento, parecía como si hubiese saltado entre dos rascacielos.

Quinientos veintiocho hercios, esa era la frecuencia que estábamos escuchando a través de una de las canciones más icónicas del mundo, compuesta en la tercera nota de la antigua escala musical denominada *solfeggio*.

You may say I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
nd the world will be as one.

Imagine no possessions
I wonder if you can
No need for greed or hunger
A brotherhood of man.

Imagine all the people
Sharing all the world You.

You may say I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope someday you'll join us
And the world will live as one.

Fue como observar de cerca una planta marchita que se recomponía tras el paso del agua por las raíces, viendo cómo se erguía la flor y extendía sus pétalos de esa forma en la que solo podían hacer ellas. ¿Por qué no iba el propio sonido a curar lo que una vez marchitó? Esa fue la clave que me dio Marta en la última consulta a la

que acudí con Susana.

Lo cierto es que tenía dudas de que fuese a funcionar, porque el papel lo aguantaba todo, pero, cuando ponías en práctica una teoría tan descabellada, la incertidumbre asomaba. Afortunadamente aquel golpe de fe fue lo único que consiguió que Daniel volviese en sí y que aquel tedioso día terminase de la mejor manera posible. Por desgracia lo detuvieron después de apaciguarle, y digo por desgracia porque no fue más que el títere de un experimento macabro. La consecuencia de una práctica terrible y peligrosa.

—¿Qué me ha pasado? —me preguntó con las esposas ya en sus muñecas.

—Ojalá tuviera una explicación, de momento solo podemos alegrarnos de cómo ha terminado todo —contesté.

—Gracias, no sé qué me ha pasado. —Estaba muy confundido, como perdido.

No era nada fácil explicarle qué había pasado, era tan complejo como cuando tratabas de contarle a un enfermo mental que estaba teniendo delirios.

—Señorita Capdevila, ha sido un placer trabajar con usted —me dijo Ruiz.

—El placer ha sido mío. Admiro su entereza en estas situaciones y la labor que desempeña. —Extendí mi mano para darle un apretón.

—Quiero que sepa —me dijo acercándose a mi oído—, que todo lo que ha ocurrido aquí es altamente confidencial, espero que dé con lo que está ocurriendo de verdad. A veces las cosas no son lo que parecen y usted me lo ha demostrado una vez más. Enhorabuena.

Me sentía aliviada al saber que el agente Ruiz mantendría su silencio profesional ante lo que acababa de ver. Todavía nos quedaba un largo camino por recorrer y cualquier situación que pudiese alterar el curso normal de las cosas era arriesgado.

Me tomé unos segundos antes de bajar donde se encontraba Susana y mi unidad. Necesitaba respirar hondo y gestionar las decenas de emociones que sacudían mi cuerpo. Habíamos logrado un triunfo, evitar una catástrofe. Sin embargo, muy dentro de mí sabía que esto tan solo era el principio. Por fin pude conocer en persona al coronel Manrique, el alto mando que estaba fuera dando órdenes. Gutiérrez asumió la codirección con él de este caso. Después de lo que había sucedido teníamos más claro que nunca que debía existir algún tipo de experimento militar detrás de esto. Probablemente a manos de alguien trastornado con demasiada información. El coronel Manrique nos prometió que llegaría al fondo de este asunto para pararle los pies al responsable de tanto desastre.

17

La verdad es que lo que más me fastidió de todo lo que había liado es que mi padre tuviese que venir con urgencia desde el pueblo. Bastante había pasado ya el pobre con lo de mi madre como para encima preocuparlo yo también, me sentía muy mal. Prácticamente lo eché de Madrid para que volviese al trabajo, por desgracia él no podía permitirse faltar y, aunque yo lo necesitase más que nunca, prefería que se fuese.

Me invadía una sensación horrible, porque ya no era que me encontrase mal, sino como si un *dementor* de Harry Potter hubiese venido a quitarme la alegría. Fue espantoso, por más que intentaba pensar en cosas bonitas, era totalmente incapaz de hacerlo. Seguí investigando en mi casa todo lo que pude, leyendo cientos de artículos de científicos y documentales que tenían ciertos puntos en común con lo que necesitaba saber; sin embargo, había muy poca información al respecto. Como si se tratase de un tema tabú.

Mientras intentaba recuperarme de mi percance con la sesión musical de la FICLASI, Paula vino a verme a casa. Me alegró mucho su visita, aunque me hubiera gustado que me avisase porque tenía la casa patas arriba y creo que hasta olía un poco mal, pero no me sentía capaz de ponerla en orden. Yo sabía que Paula estaba muy enfadada conmigo, lo percibía. Me mandó un mensaje que estaba segura de que había tardado en escribir porque se notaba que intentaba ser más agradable de lo que le salía, no la contesté. No por nada en especial, me sentía tan triste y desmotivada que no tenía ganas de absolutamente nada.

Pero agradecí mucho su visita, además vino con Henry y por fin pude conocer al famoso perro de Paula Capdevila. Y me trajo helado, fue un gesto bonito. Justo cuando llegó estaba viendo una película que tal y como me dijo era de sus favoritas. Intentaba entablar conmigo una conversación y distraerme de todo, pero yo no me sentía capacitada para nada. Lo intentó durante un rato hasta que tuve que decirle la verdad, que algo en mí había cambiado. Tampoco sabía muy bien cómo explicarme porque casi era decirle que me encontraba deprimida, pero es que yo nunca había padecido eso.

¿Sabes cuando vas a decirle algo a alguien que entiendes que es

muy complicado de comprender y simplemente lo hace? Pues eso me pasó aquel día con Paula, porque solo con explicarle cómo me sentía, ella lo asumió y me creyó. Ese momento fue superalentador para mí, porque ya pensaba que me estaba volviendo loca. Me recordó un poco a mi madre, ella tenía un alto nivel de empatía conmigo. No es que la viese como mi madre, tal vez como una hermana mayor, no obstante, la conexión que había entre ambas estoy segura de que la sentíamos las dos. Aunque también creo que ella se veía un poco reflejada en mí y por eso era tan dura conmigo.

Me vio tan mal que llamó a su terapeuta para saber si podía atenderme en ese mismo momento. No entendí muy bien por qué quería que acudiese allí, pero, como me fiaba de ella, fuimos.

—¿Por qué vas a un terapeuta? —le pregunté de camino.

—Bueno, el caso del asesino del aire en vena también me afectó a mí, no solo a las víctimas. Y, antes de perder el norte, pues vine aquí —me contestó.

—¿Cómo te afectó? —le pregunté.

—Pues, bueno, mucha ansiedad, estrés… Es una historia muy larga. —Se notaba que no quería hablar.

—Es genial que hayas dado con una persona que te ayuda.

—Sí, bueno, ella dio conmigo, la verdad es que fue como un ángel salvador.

—Claro, como eres famosa, todos quieren atenderte. —Me reí, pero sin ganas, la verdad. Seguía mal.

Me enamoré profundamente de Henry, no os hacéis una idea de cómo era. Nunca había visto un perro tan extremadamente inteligente y cariñoso, era como una persona encerrada en el cuerpo de un animal. Menos mal que le caí bien, porque dicen que los perros tienen un sexto sentido para esas cosas.

La consulta de Marta, su terapeuta, estaba en muy buena zona. Joder, cómo se notaba los que manejaban y los que no, con portero físico incluido en el edificio. Y yo viéndomelas venir cuando no puedo abrir bien la puerta del portal, porque cada dos por tres se engancha. No frecuentaba mucho esa zona, pero me gustaba. Cuando tuviese un trabajo estable, quería vivir allí, como ellos. En un buen barrio.

Estaba un poco nerviosa, tampoco sabía muy bien qué decirle ni cómo explicárselo sin desvelar nada de la investigación. Ya no me sentía tan espía rusa. Ahora me veía bastante indefensa. ¿Tendría una depresión por el sonido? Con este caso nunca podíamos dar nada por sentado. ¿El sonido podía causar ese tipo de dolencias? Porque de ser verdad muchas de las depresiones que había por el mundo tal vez podrían curarse mucho más rápido. Además, en los últimos años, la

depresión había subido significativamente a la par que iban aumentando las tecnologías. ¿Y si hubiese una relación entre ello? Si todo esto fuese cierto y yo pudiera demostrarlo, me convertiría en una premio nobel.

Llegamos a la puerta y entramos. Nunca había estado en la consulta de un terapeuta, pero no se parecía a lo que salía en las películas, menudo cliché. Enseguida nos presentamos. Era una chica bastante monilla y maja; intentaba acariciar a Henry como si fuera su amiga de toda la vida, pero la verdad es que él estaba siendo un perro educado, porque no le estaba haciendo ninguna gracia, las cosas como son. Se le notaba perfectamente.

Y yo estaba con Henry, había algo en ella que no me cuadraba, no sabría explicar qué era lo que me producía, pero no, no me gustaba mucho. Además, tenía una confianza con Paula que me parecía que se extralimitaba un poco de sus funciones como terapeuta. A ver, que no iba a ser yo quien juzgase a alguien que se extralimitaba, pero había un colegueo muy raro. De hecho, la propia Paula le contó algunos detalles del caso que, a mi parecer, deberían ser confidenciales. No me pareció oportuno. Que sí, que lo hacía por mí y para que yo me pusiese bien lo antes posible, pero no sé, me pareció todo como muy extraño.

De hecho, Marta parecía que entendía de lo que estaba hablando respecto al sonido y demás. En fin, no quise emparanoiarme más de lo estrictamente necesario, porque lo cierto es que la terapeuta fue muy agradable y Paula lo hizo con toda su buena intención.

Me dijo que escuchase una música «sanadora» porque creía que un tipo específico de frecuencias podían curar el efecto nocivo de las otras. Tenía bastante sentido, así que lo hice porque a mí me urgía y mucho estar bien. Sobre todo después de la oportunidad que me habían dado en la UIE para hacer prácticas con ellos.

Después de eso volví a mi casa y seguí escuchando la música bastante más relajada. Hubo una cosa que me llamó mucho la atención de todos los estudios que hice al respecto y es que a través del agua se podía manejar el efecto del sonido en los despegues de los cohetes espaciales. Podría ser algo que nos ayudase en futuras ocasiones, pensé en llamar a Paula para decírselo, pero tampoco quise ser pesada. Deseaba recuperarme.

Y me hubiese recuperado mucho mejor de no ser porque un día, al poco tiempo, encendí la televisión para ver qué ocurría en el mundo y me encontré que todos los titulares apuntaban a un supuesto intento de atentado en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios y que la famosa UIE estaba presente. Vamos, que aquí no descansaba ni Dios.

Imaginaos el caos mediático de aquel momento, con todas las televisiones, periódicos digitales y redes sociales haciéndose eco de un ataque allí.

A ver, esto es lo que la gente se pensaba por lo que decía la prensa, pero yo sabía que si Paula estaba allí con toda la tropa era porque seguro que estaba directamente relacionado con la FICLASI, el sonido y toda esta vaina que teníamos por delante. Por un momento pensé en quedarme quietecita en casa, pero me metí corriendo a la ducha para ir lo más despejada posible y quitarme el olor que tenía encima, y salí pitando hacia el lugar. Lo mismo podía servir de ayuda en algo.

Me seguía alucinando cómo la gente entraba en una psicosis colectiva cada vez que ocurría algo relativamente grave. A ver, no es que las personas estuviesen por la calle corriendo y gritando como locas, pero sí se notaba cierto halo de preocupación excesiva. Eso es lo que sentí nada más salir por la puerta de mi casa. Qué pereza me daba la gente de un tiempo a esta parte, de verdad. Bueno, el caso es que llegué allí y había montada una tremenda. No sé qué estaría pasando dentro, pero algo grave, eso era obvio. Claro, ahora tenía que saber cómo podía traspasar el cordón policial y llegar al menos hasta Tony, que era al único que conseguía ver de lejos.

—No puede pasar. ¿No ve la cinta? —me dijo un policía nacional muy majete.

—Sí, la estoy viendo. Gracias. —Y me alejé un poco.

No era momento de liarla y yo tampoco tenía muchos ánimos, por lo que esperé pacientemente con las decenas de periodistas que había allí más los morbosos de turno, que aguardaban a que el edificio saltase por los aires. Como si de pasar eso a ellos no les fuera a dar algún escombro.

—Tony —dije bastante alto, pero sin gritar.

Por supuesto ni caso, y el policía majete no me quitaba ojo de encima, así que tampoco me iba a poner a chillar como una condenada. Lo que hice fue esperar a que ese poli se fuese un poco más lejos y coger una pequeña piedrecita para lanzársela a Tony. ¿Cuántas probabilidades había de que tuviese puntería y no le cayera al comisario o a otro tipo vestido de militar? Pues pocas, pero tuve suerte y por fin conseguí captar la atención de Tony. Se giró extrañado y con cara de pocos amigos; al ver que Paula no estaba a su lado, supuse que ella debía de estar dentro en el meollo de este asunto, y que por eso estaba bastante nervioso.

—Agente —alzó la voz Tony al policía majete.

—Inspector, dígame —respondió enseguida como si le estuviese hablando el rey.

—Deje pasar a esa chica. —Me señaló a mí.

¿Sabéis ese refrán que dice que el que ríe el último ríe mejor? Pues eso. No tuvo más remedio que levantar el cordón policial y dejarme pasar. Cada vez que alguien traspasaba el cordón, los fotógrafos disparaban sus cámaras como ametralladoras en un combate. Era desalentador ver cómo podían fastidiar una investigación en curso sin importarles lo más mínimo. Esa era una de las cuestiones fundamentales por las que elegí Periodismo como una de las profesiones que desempeñar el día de mañana, para poder hacer un buen trabajo sin necesidad de fastidiar nada.

—¿Qué haces aquí, Susana? Deberías estar en casa —me dijo Tony algo agobiado.

—Pero qué está pasando, lo mismo puedo ayudaros. No sería la primera vez, os conseguí las sesiones musicales de la FICLASI. —Tenía que convencerlo.

Durante unos segundos dudó si contármelo o no, pero creo que Tony en el fondo podía ver el potencial que tenía y, ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Me lo terminó contando un poco retirados del lugar para que nadie se diese cuenta.

—Dentro hay un chico que dice escuchar sonidos salidos de los aparatos de la planta de electrónica y ha puesto dos bombas. Está desesperado y no consiguen calmarlo. —Me miraba como esperando a que dijese algo.

—¿Son nuestros sonidos? —pregunté, y él asintió.

—Vale, a ver, puede que una de las frecuencias que haya escuchado le haya provocado lo mismo que a la familia Salas, locura transitoria, entonces lo que debemos hacer es desactivar ese efecto.

—Ya, y ¿cómo? —me preguntó.

Lo que Marta nos había dicho en la consulta tenía una gran parte de lógica. Si había sonidos o frecuencias que podían causar efectos adversos y perjudiciales para la salud a una escala muy peligrosa, ¿por qué no iban a existir sonidos o frecuencias que causasen el efecto contrario? No sería la primera vez que habíamos escuchado que la música amansaba a las fieras o que gracias a ella los estados de ánimo podían cambiar. Por tanto, Marta no estaba tan desencaminada.

Desde que empecé a escuchar la música que me recetó, me encontraba muchísimo mejor. Y no era una cuestión de sugestión, sino que mi percepción ante la vida había cambiado mucho. Ya no sentía esa profunda tristeza que inundaba cada poro de mi piel; estaba mucho más animada y sobre todo mucho más centrada.

Mientras le contaba a Tony lo que Marta nos había dicho y que creía que conmigo estaba funcionando, Paula le habló por el

pinganillo para decirle que me llamase. A ella le costaba entender que en el fondo éramos iguales y pensábamos igual, pero la vida se lo enseñó poco a poco.

Tony me pasó el pinganillo.

—Susana, necesito… —la interrumpí.

—La música sanadora de Marta.

Tony cogió mi móvil y se fue a una velocidad tan grande que parecía Superman. Él no consentiría que nada malo le pasase a Paula, amaba a esa mujer y se le notaba demasiado. Estaban hechos el uno para el otro. Y mira que tampoco era una pareja acaramelada que no se soltase ni un segundo, no, pero era palpable ese amor incondicional y desinteresado que se tenían. El amor verdadero, vaya. Cuando Tony echó a correr, me quedé en el mismo lugar donde nos habíamos apartado de los demás. No quería irme de allí, pero tampoco deseaba acercarme mucho. Pronto dejé de estar sola, pues el comisario principal Gutiérrez se aproximó a mí.

—Usted es Susana, ¿correcto? —Extendió su mano.

—Correcto, señor. —Le estreché la suya.

—Me han comentado que es usted una joven muy aguda e inteligente.

—No se equivocan, señor.

Me dio buen rollo, ese tío me lo dio. Es de esas veces en las que te juntas con alguien y, aunque te hable de una forma seria e incluso no sea la persona más agradable del mundo, simplemente te da buen rollo. Había oído maravillas sobre él. Además, no solo como comisario, sino como persona. El tipo debía de tener una integridad brutal y eso era algo que en esta sociedad brillaba por su ausencia y cada vez más. Al principio pensaba que me echaría de allí, pero solo quería hablar conmigo y se fue guiñándome un ojo. Desde que llegué, me vio hablando con Tony. De alguna manera supo que podía aportar algo a ese terrible momento en el que o la situación se solucionaba, o todos volaríamos por los aires.

Quien no me hizo tanta gracia fue el coronel Manrique. No tenía ni idea de quién era hasta que lo vi allí en acción. Como alumna en prácticas, me habían presentado a todos los que estábamos implicados en la investigación. El coronel estaba demasiado pendiente de todo, pero no con una finalidad buena; parecía como si le interesara más espiar que aportar, ¿me explico? No me gustó nada y mucho menos cuando me di cuenta de algo. Por fin todo había acabado y Paula y el negociador salieron entre los aplausos de los compañeros y la gente. Pero también salió Daniel arrestado y con la cabeza agachada, estaba claro que él en realidad tampoco había querido hacer daño a nadie.

Sin embargo, el coronel Manrique lo miró de una manera muy despectiva.

De hecho, el militar tenía que conocer a Daniel, porque esa mirada solo se lanzaba a alguien con quien tenías contacto. Me pareció muy raro todo lo que vi en aquel momento. Así que, aun sabiendo que iba a cometer un error y probablemente causaría mayores estragos, decidí que tenía que ingeniármelas para llegar hasta él.

18

Cuando era pequeña, una de las cosas que más me gustaba hacer era salir de paseo con mis padres por el campo. Los domingos siempre nos íbamos a las afueras de Barcelona para poder disfrutar del día campestre; así lo denominábamos. Mis padres creían que, al menos una vez a la semana, debíamos reconectar nuestro ser con la esencia de la naturaleza. No eran los únicos que lo pensaban, pues en esa misma zona había bastantes familias que hacían exactamente lo mismo.

Recorríamos un largo sendero, situado en el centro de un bosque espectacular, que nos llevaba hasta ese pantano que tantas cosas buenas nos dio. Un día, ya entrada la primavera y con una temperatura agradable, eché a correr tras una libélula que se había parado justo enfrente de mis ojos. Me conocía tan bien el sendero que no tuve que desviar la mirada hacia el suelo para saber por dónde andaba. Me fascinaban estos insectos y, en particular, me apasionaban los de color azul.

Las libélulas para mí son un tótem. Representan el cambio, el éxito, la fuerza y la prosperidad. Su significado espiritual es casi tan tranquilizador como su liviano vuelo. El poder y el equilibro, eso es lo que traen con su llegada. Seguí a aquella libélula azul, parecía que me estaba indicando un camino a seguir y, aunque mis padres me pedían una y otra vez que caminase más despacio, me fui con ella. El sendero era el mismo de siempre, pero algo había cambiado. Porque la libélula me llevó hasta la orilla de aquel pantano para mostrarme un pequeño pez que se había quedado varado en una rama. Me había indicado el camino. Cuando mis padres llegaron y les conté lo ocurrido, muy lejos de pensar que estaba loca, se agacharon a la vez, me cogieron de las manos y mi padre me dijo:

«El camino siempre está indicado, solo tenemos que saber mirar».

Y tenía tanta razón… con el paso de los años esa frase ha tomado más sentido para mí. Siempre agradeceré a aquella libélula que me mostrase el camino exacto.

—Bien, sentaos, por favor —nos dijo Gutiérrez mientras nos daba una carpetilla a cada uno en la sala de reuniones.

—Gracias a la colaboración del señor Daniel Ortiz Moreno y de su

valioso testimonio al respecto, he podido atestiguar que todo lo que ha dicho es totalmente cierto. La existencia de esa base militar es real, pero en la actualidad no está en servicio porque su construcción no se finalizó como es debido. No obstante, gracias al coronel Manrique, hemos podido averiguar que allí dentro se llevaban a cabo determinados experimentos con el sonido y que presuntamente el ejército estaba al tanto de los mismos.

—¿Presuntamente? —dijo Sandoval con ironía.

—Sí, Sandoval, presuntamente. Todavía no tenemos pruebas concluyentes de ello y, como comprenderá, no puedo acusar de algo así a nuestro ejército cuando el coronel Manrique está colaborando con nosotros. —Sandoval terminó por asentir con la cabeza.

—¿Qué le ha dicho el coronel, señor? —preguntó Tony.

—Bueno, el coronel Manrique me ha comentado la complicada situación en la que nos encontramos y que lo mejor es que paremos de investigar esta parte de los experimentos militares y nos centremos en dar con la persona responsable de esto. Me ha explicado muy amablemente que él estuvo al mando de ciertas maniobras con el sonido, pero que no tenemos de qué preocuparnos. Ahora mismo se ha retirado de esas funciones y es formador en la base de Torrejón de Ardoz.

—¿No va ni a investigarlo? —le interpelé ofendida.

—Con el paso de los años, querida Paula, sabemos que cuando una persona no quiere investigar sobre algo es porque vamos por el camino correcto. Pero me temo que el coronel Manrique no nos ayudará y mucho menos nos pondrá fácil nuestra investigación.

—Hemos levantado la liebre —dije.

—Exacto, lo que pensaba que sería una unión fructuosa ha resultado un craso error para nuestro caso. Sin embargo, no me preocupa, por experiencia sé que el coronel Manrique suele subestimar a todo aquel que no sea de su rango militar, por lo que pensará que le haré caso —sentenció Gutiérrez haciéndonos un gesto para que abriésemos las carpetas que había dejado delante de nosotros.

—Caso Muzak. —Eso es lo que ponía en la primera hoja. Lo dije en alto.

—Eso es, Paula. Estamos ante el caso Muzak, como bien me explicó usted el otro día, usar sonidos para alterar el cerebro y el cuerpo humano no es algo novedoso ni mucho menos moderno. Como ve, la escucho cuando habla. —Asentí y sonreí.

Teníamos claras dos cosas; la primera, que todo esto formaba parte de algún tipo de experimento militar. La segunda, que estábamos solos

ante este caso y que esto ya no consistía en atrapar a un asesino en serie, sino que probablemente tendríamos que derribar a algunos altos mandos de este país.

Empezamos desde el principio a desgranar y recapitular el caso Muzak. Las personas muertas en la FICLASI, con Irene Herrera a la cabeza, como primera víctima, con lesiones inexplicables *a priori*; la segunda fallecida por suicidio; la tercera y cuarta, por homicidio y suicidio; la quinta muerte en la Universidad Complutense de Madrid, también con lesiones inexplicables; la sexta y séptima víctimas, descubiertas en un local de la plaza del Callao con lesiones asimismo difíciles de creer. Más Susana, Alonso y Daniel, que también eran víctimas indirectas de este caso.

El punto de conexión de todas estas personas era el sonido. Todas se habían visto envueltas en una audición particular que les había provocado o bien la muerte, o un estado de psicosis o una depresión aguda. Se había podido determinar que los hercios y los decibelios eran los principales factores que habían ocasionado las diferentes situaciones que habíamos investigado. Lo que no sabíamos todavía es cómo habían llegado esas pistas musicales o esos sonidos a las víctimas, sin contar la situación de Susana, que fue a raíz de una de las sesiones musicales de la FICLASI. Otra de las cosas que también habíamos podido determinar era que la música bien diseñada podía crear el efecto contrario, como un antídoto ante este peligroso experimento que, de momento, solo conocíamos que estaba relacionado con las fuerzas militares.

Habían pasado dos días desde lo de Daniel y no podía parar de pensar en aquella canción de John Lennon. Susana seguía sumida en el tratamiento que Marta le había propuesto, los resultados eran claramente prometedores. Menos mal que mi terapeuta pudo ayudarnos en esto porque en cuestión de unas horas Susana desarrolló una profunda depresión y de no haber recibido la terapia adecuada no quería ni imaginar qué hubiese sucedido.

Después de hacer un repaso cronológico de los sucesos acaecidos en el caso Muzak, llamé a Susana y le pedí que fuese a nuestro apartamento con Henry para que estuviera más tranquila; sin embargo, la realidad es que le pusimos protección sin que ella se diese cuenta. No podíamos fiarnos de absolutamente nada ni nadie y, aunque sabíamos lo que le había sucedido y cómo había sido, ignorábamos si su mejoría seguiría

aumentando o, en algún momento, podría entrarle algún brote psicótico.

—Voy al centro penitenciario donde han destinado a Daniel, le haré más preguntas a ver si entre los dos conseguimos dar con algún nombre o alguna pista más —me dijo Tony mientras me besaba en la cabeza.

Tony, Sandoval y yo nos habíamos quedado leyendo los informes del caso Muzak. Sandoval estaba demasiado callada para lo que suele ser ella, la notaba entre distraída y enfadada. Cuando nos quedamos a solas, le pregunté.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —me respondió sin quitar la mirada de los papeles.

—Sando… —Le tiré un boli—. Que soy yo, ¿qué te pasa? —Conseguí que levantase la mirada.

A veces era como una niña pequeña.

—Pues nada, tía, que con Ana estoy genial, pero nos vemos poco, ¿sabes? Y a veces tengo la sensación de que me da largas para vernos.

—¿Por qué piensas eso? Tiene un trabajo que le roba mucho tiempo, ya lo sabes.

—Ya, Paula, pero no sé. Últimamente está más distante…, es igual. ¿Qué opinas de esto? —me preguntó refiriéndose al caso y cortando la conversación.

—Pues que nos va a costar…

—Sí, eso me temo yo también. He visto a Gutiérrez cabreado con el tema del coronel —afirmó Sandoval.

—Mucho. Creo que él también es consciente de que nos estamos metiendo en arenas pantanosas.

Alguien llamó a la puerta. Le dijimos que pasase; era un agente de la Policía Nacional que traía un paquete para Paula Capdevila.

—Muchas gracias, compañero.

—Bueno, bueno…, qué será. Al menos Tony es detallista, no como Ana —dijo Sandoval.

Por un momento pensé que se me había olvidado alguna fecha especial entre los dos y me sentí bastante mal, pero, al abrir la caja, entendí que Tony no era el remitente. De hecho, el paquete se había enviado de forma anónima. El interior de la caja contenía lo que parecía un altavoz bastante extraño, casi como futurista. Pequeño pero con un aspecto totalmente innovador, algo que jamás habían visto mis ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó Sandoval extrañada y retirándose de la silla.

—No parece una bomba, tranquila —le dije.

—Ya, pero… —No le dio tiempo a terminar la frase ni a mí a razonar la situación.

De pronto se encendió un piloto en aquel aparato tan extraño, como cuando accionas cualquier artilugio electrónico. Lo dejé en la mesa y le pedí a Sandoval que se pusiese a mi lado, retirándola lo máximo posible del alcance de ese objeto. No creía en las casualidades y recibir un paquete anónimo con una especie de altavoz dentro… no podía significar nada bueno. Grité a los agentes que estaban fuera de la sala que avisasen con urgencia al comisario principal Gutiérrez. Cuando quise volver a fijar mi mirada en ese aparato, la luz verde comenzó a parpadear, pero no se oía absolutamente nada.

Qué atrevido por mi parte sentir cierto alivio al no percibir ningún sonido; Sandoval no tardó en toser y tocarse el estómago como si estuviese a punto de vomitar. Yo noté un profundo pinchazo en la cabeza, cerré los ojos de inmediato, los apreté con fuerza, abrí mi mandíbula con ansias de que ese dolor se parase. Me giré para ver si Gutiérrez venía y observé al resto de nuestros compañeros haciendo los mismos gestos que nosotras. Qué ilusa fui, cómo no íbamos a percibir aquello que no podíamos escuchar. El cerebro lo capta todo.

—Sandoval, sal de la sala y llama a Gutiérrez. Corre. —La eché.

—Sal tú también, Paula, qué coño es esto. —Se resistía a soltar mi brazo.

—Son infrasonidos. ¡Sal! —le grité.

Cogí de nuevo ese altavoz y, zafándome de ella, busqué por todos lados algún botón para desconectarlo. La cabeza me iba a estallar en cualquier momento, mi visión estaba cada vez más borrosa y apenas podía escuchar de fondo la voz de Sandoval pidiéndome que saliese de ahí. No había nada, no encontraba ningún botón. Volví a girarme y mis compañeros seguían igual. Tenía que hacer algo para que parase ese ataque que nos habían enviado con toda intención. Cogí de nuevo aquel altavoz claramente alterado y lo lancé con todas mis fuerzas, pesaba más de lo que parecía y tal vez por eso al impactar contra el suelo no conseguí lo que quería, destruirlo.

De pronto, el dolor de la cabeza desapareció y, cuando pude girarme para mirar a Sandoval y al resto de nuestros compañeros, también habían cesado sus síntomas. Sandoval volvió a traspasar el umbral de la puerta de aquella sala.

—Pfff…, no he vomitado de milagro, tía, qué coño era eso —me dijo con cara de angustia.

—Por favor, informa al comisario principal Gutiérrez de que hemos recibido un ataque por el caso Muzak —le dije a un compañero que se acercó a nosotras mientras me frotaba la frente, porque no paraba de

sudar.

Sandoval y yo respiramos con profundidad, aquello era una sensación tan indescriptible que costaba recuperarse. Ambas sabíamos que solo era el principio de algo mucho peor, porque si la persona o las personas que estaban detrás de esto conocían nuestra investigación, nos habíamos convertido en una diana.

—Sí que hemos levantado la liebre, sí —dijo Sandoval y yo simplemente asentí con la cabeza.

Hubiera sido fantástico que todo terminase ahí. Sin embargo, cuando parecía que ese aparato se había parado y quizá roto por dentro, pues por fuera no había sufrido ningún daño, el piloto verde se encendió de nuevo y empezó a parpadear con más velocidad. Pero esta vez sí se oía algo.

—¿Escuchas ese pitido? —me preguntó Sandoval.

—Sí, lo oigo. —Mis ojos se abrieron, sabía lo que significaba.

—¡Al suelo y tapaos los oídos! —grité y protegí los oídos de Sandoval llevándola fuera de la sala.

Las frecuencias por encima o por debajo del sonido audible tenían ciertas consecuencias nocivas para el ser humano y más cuando estaban alteradas como parte de un experimento. Pero cuando el sonido sí era audible, solo podía significar una cosa: llegaban los ultrasonidos o los decibelios.

El sonido fue *in crescendo* y cada vez era más insoportable. Solté a Sandoval tras asegurarme de que se había protegido bien con sus manos y tapé mis oídos con fuerza. Alguno de nuestros compañeros gritaba ante el ruido ensordecedor.

Quería coger ese aparato y volver a estamparlo contra el suelo, pero se me hacía imposible moverme, sentía cómo las venas de mi cuerpo se estaban inflando y cómo mis oídos vibraban con tanta intensidad que en cualquier momento iban a estallar.

Miraba a Sandoval y su rostro se estaba descomponiendo del dolor, tal y como había visto a los dos chicos de la cafetería en la grabación de seguridad. Tenía que parar la situación, pero me sentía incapaz de levantarme un palmo del suelo. Puedo jurar que mis tímpanos estaban a menos de dos segundos de estallar. Parecía como si una bomba hubiese explotado a nuestro lado, un pitido incesante cubría toda la central.

Afortunadamente, como una mano salvadora, Gutiérrez irrumpió corriendo en la planta de la central hasta que llegó a la sala donde ese terrorífico aparato estaba a punto de matarnos a todos y le disparó hasta que vació el cargador de su pistola. El sonido por fin cesó. Al enterarse de lo que estaba sucediendo se protegió con unos cascos.

Lo veía delante de mí agachado, yo me tambaleaba y hablaba, pero era incapaz de escuchar nada más que un sonido lejano y un pitido leve. Me sentía mareada. Se levantó corriendo y lo perdí de vista; giré la cabeza para ver cómo estaba Sandoval. Se encontraba igual que yo, hacía muecas de dolor mientras intentaba incorporarse como podía. Ella tampoco escuchaba nada.

Los servicios de emergencia vinieron lo más rápido que pudieron tras el aviso urgente del comisario Gutiérrez. Alguno de nuestros compañeros tuvo que ser atendido por otorragias, otros por estado de shock, desvanecimientos… Fue terrible el ataque que vivimos aquel día en la central. De haber durado unos segundos más dudo mucho que ninguno lo hubiésemos contado.

Qué difícil fue enfrentarnos a algo que no podíamos ver, algo que ni siquiera podíamos tocar ni oler; tan solo lo escuchábamos y lo sentíamos. De hecho, era algo a lo que nos resultaba imposible enfrentarnos como tal; no había margen para evitar las consecuencias reales y no podíamos ir con una pistola pegando tiros a todo lo que nos resultase sospechoso.

Me quedé sentada en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, necesitaba tomarme unos segundos mientras atendían a Sandoval, quien se quejaba de un fuerte dolor de ojos. Respiré profundo; inhalé y exhalé en varias ocasiones. Sentía muchísima presión en la cabeza y necesitaba bajar mi ritmo cardiaco lo antes posible.

—Paula. —Creí escuchar mi nombre a lo lejos.

Me seguía costando. Levanté la mirada y vi a Tony venir corriendo hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —Estaba muy preocupado.

Le señalé el aparato destrozado en el suelo y volví a respirar profundo. Él se sentó a mi lado, me abrazó y me acarició el cabello hasta que tuve fuerzas para hablar. No podía evitar ver el humo inexistente de esa bomba que nunca estalló; la sensación que tenía era exactamente igual. Bebí un poco del agua que me ofreció Tony y me levanté como pude.

—Alguien ha mandado a mi nombre ese aparato que a punto ha estado de matarnos a todos —le dije a Tony.

—¿A tu nombre? —Se asustó.

—Sí, pero quien sea que lo haya enviado sabía que estaba en la central, así que el ataque no estaba dirigido solo a mí —respondí.

—Estaba dirigido a todos. —Asentí con la cabeza.

Sandoval tuvo que ser trasladada al hospital con algunos de nuestros compañeros. Gutiérrez insistía incesantemente en que me

llevasen a mí también para que me realizasen todo tipo de pruebas y comprobar que no había sufrido ningún daño. Tony me imploraba que lo hiciese, pero mi enfado y mis ganas de averiguar qué estaba pasando eran tan grandes que lo único que necesitaba en aquel momento era salir del edificio, tomar aire, respirar hondo e ir detrás de los responsables que acababan de atacarnos de esa forma tan directa.

Aunque aquel escenario no tuviese ni un solo escombro por el efecto de una bomba, aunque no existiese ni un solo daño material más que el de aquel altavoz reventado e incluso sin tener nada visible a lo que agarrarnos para poder entender que casi toda la central necesitaba de servicios médicos, habíamos sido víctimas de un atentado.

¿Por qué? ¿Qué querían conseguir con eso? ¿Es que acaso querían matarnos para que dejásemos de investigar el caso Muzak? Todas mis sospechas se centraban única y exclusivamente en el coronel Manrique.

Conseguí salir del edificio de la mano de Tony para poder coger aire y restablecer mi mente, intentando sortear a mis compañeros y a los servicios de emergencia. Por desgracia, nada más salir por la puerta y dar dos pasos tratando de huir de todo aquello, me desvanecí. Hubiera preferido una llamadita por teléfono como las que había hecho la persona que estaba detrás de esto.

19

El año que nos enfrentamos al asesino del aire en vena, desgraciadamente Sandoval y yo tuvimos un accidente de tráfico que nos mandó directas al hospital. Por fortuna no nos ocurrió nada grave, pero yo sentí en aquel entonces un profundo miedo a perderla. Sandoval era mi mejor amiga en Madrid y, aunque me sacase suficientes años como para no haber establecido este tipo de amistad, la sentía casi como una hermana. Recuerdo la primera vez que nos tomamos unos vinos y unas cervezas en aquella tasca andaluza que tanto trasiego nos dio después o, desde que nos conocíamos, la cantidad de llamadas interminables que nos habíamos hecho.

Una persona por norma general tiene amigos, pero cuando llega alguien que te hace comprender la amistad a un nivel mucho más sincero, te das cuenta de lo valioso de ese tesoro. Porque no solo es una compañía para cuando necesitas tomar algo o ir de compras, sino una que tienes cuando ni siquiera está a tu lado. Porque cuando realmente cuentas con alguien que te brinda de forma incondicional su amistad, no importa lo lejos que se encuentre, simplemente está.

Verme de nuevo en un hospital, tumbada en una cama con una vía puesta, me catapultó al accidente de tráfico. Es paradójica la manera en la que la vida nos devuelve a la realidad, con ese golpe de efecto que hace que todo se pare y te centres en lo que de verdad importa. Notaba en la cabeza presión y todavía sentía que mis oídos no se habían recuperado del todo; sin embargo, abrir los ojos y ver que Sandoval estaba en la cama de al lado me animó. Me quedé un rato observándola, recordando nuestros momentos y dando gracias a la vida por que estuviera bien. Dormía.

—Mi amor, ya estás despierta. —Escuché la voz de Tony entrando por la puerta.

Sonreía.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras se sentaba a mi lado y me agarraba la mano.

—Te desvaneciste. —Volví a mirar a Sandoval.

—Está bien, tranquila, le han hecho un tac y está todo más o menos bien. Pequeñas secuelas del sonido, pero está bien. Y tú también. —Me besó.

—¿Yo también me desvanecí por el ataque? —le pregunté.

—Eso creemos, aunque ya saben lo de tus desmayos previos, no han visto nada relevante en tus pruebas. Cuéntame cómo ocurrió.

Respiré hondo y traté de incorporarme un poco con su ayuda.

—Llegó el paquete y lo abrí con Sandoval, pensando que era algo tuyo. Cuando vimos ese aparato, me costó reaccionar hasta que vi una luz verde, como si se hubiese puesto en funcionamiento. Al principio no escuchamos nada, solo sentimos los efectos de algún tipo de infrasonido. Lo tiré al suelo para tratar de romperlo, porque no había ningún botón para poder desactivarlo, y pareció que todo había terminado. Entonces la luz verde parpadeó con más fuerza y empezó ese pitido horrible. Ahí ya no pude hacer más, ninguno pudimos. No sé cuánto tiempo pasó hasta que Gutiérrez vino y vació su cargador en ese altavoz modificado, y por fin se paró el sonido.

—Supongo que unos cuantos balazos callan a cualquiera. —Él y su bonita manera de intentar quitar hierro al asunto—. El paquete llegó por mensajería privada a la central, estamos rastreando el remitente, aunque de primeras la empresa no tiene constancia ni del envío. La científica está analizando el altavoz, afortunadamente Gutiérrez no lo destrozó lo suficiente y podrán examinar la mayoría de piezas.

Me alegraron bastante las novedades que Tony me traía. Tenía todas mis esperanzas puestas en este último acontecimiento para seguir avanzando en el caso Muzak. En los hospitales, por norma general, no permiten el paso a animales, excepto los de acompañamiento. Pero una joven muy lista hizo pasar a mi perro por uno de la policía… Nadie le preguntó nada.

—Paula. —Susana entró por la puerta y soltó a Henry para que se abalanzase sobre mí.

Si Sandoval era mi mejor amiga, Henry sin duda era mi mejor amigo, qué alegría me llevé cuando lo vi.

—¿Eso es un globo? —pregunté a Susana.

—Sí, es para ti. Pone: «Recupérate pronto». —Iba girando el globo hasta dar con la frase—. Quería traerte flores, pero luego he pensado que lo mismo eras alérgica o algo así, por lo que he elegido un globo.

—¿Ni aunque esté convaleciente os podéis callar un poco?

«Maldita Sandoval», pensé. Qué carácter de mierda tenía cuando quería.

Con los ojos aún cerrados, se quejó del barullo de la habitación, pero le duró poco, porque cuando mi mejor amigo escuchó su voz, no tardó ni dos segundos en saltar sobre ella y lamerle toda la cara.

—Ay, mi chiquitín favorito, lo que lo quiero. Pero no me chupes. —Le daba besos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—¿Tú te acuerdas de aquella vez que salimos y terminamos bebiendo chupitos de tequila de fresa en ese antro de mala muerte? —preguntó con su sarcasmo sin esperar respuesta alguna—. Pues como si tuviese diez resacas como esa, pero a la vez.

—Bueno, no os quejéis, que podría haber sido mucho peor. Estáis las dos bien y eso es lo importante —dijo Tony.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Susana con esa cara pícara que ponía cuando ocurría algo así.

—Susana, cariño, échate un novio o una novia muda, ¿vale? Que no emita ningún sonido por su boca. Hazme caso, corazón, el sonido empieza a ser algo muy molesto para mí —respondió Sandoval señalando el agua para que alguien se la acercase.

Gutiérrez vino a vernos, estaba muy afectado por el ataque que habíamos recibido. Se sentía responsable por haber levantado la liebre con el caso Muzak y sabía que cualquier alto rango del ejército o del mismo gobierno tenía poder suficiente como para enviar este tipo de avisos sin ser rastreados. Pensaba que el coronel Manrique podía estar detrás de esto y, lo peor de todo, que no pararían hasta que nosotros abandonásemos la investigación. Pero, claramente, eso no iba a suceder. Ninguno de nosotros lo dejaríamos hasta llegar al fondo del asunto y asegurarnos de que ningún civil más estaría en peligro.

Ese mismo día nos dieron el alta y nos fuimos todos a casa a descansar al menos veinticuatro horas. Susana se vino con Tony, Henry y conmigo. Ahora, después del ataque, había más motivos todavía para continuar juntos los cuatro. Sandoval se fue a su casa y por lo que nos dijo estaría con Ana, así que nos quedamos más tranquilos sabiendo que al menos alguien la acompañaba.

Nada más llegar al apartamento me llamó mi madre preocupada, al parecer Tony le había informado de las últimas novedades. Menos mal que ella sabía que podía cuidarme sola, aunque no por ello se preocupaba menos.

Aquella noche pedimos sushi, mucho sushi. Pedimos tanto sushi que hasta Henry se empachó. Lo cierto es que yo estaba profundamente cansada y con malestar, así que decidimos poner una de las canciones sanadoras que Susana tenía y en pocos minutos caímos todos rendidos.

Aunque pueda resultar difícil de creer, los sueños desempeñan una función fundamental en nuestras vidas, pues constituyen casi el treinta por ciento del tiempo cotidiano. Hace décadas que los sueños se estudian y aun así hay muchas lagunas que resolver, es un campo

realmente complicado. Es algo comprensible, porque los sueños no se pueden analizar de otra manera que no sea a través del soñador, así que siempre será difícil realizar un análisis acertado sobre ellos. Y no solo eso, sino que cuando el consciente se despierta obliga al subconsciente a olvidar, y por eso la mayoría de los sueños o no los recordamos o somos incapaces de hacerlo con claridad. A medida que pasa el tiempo cuando nos despertamos, lo vamos olvidando más y más. Es un tema francamente difícil y a lo largo de la historia los sueños han sido desde mensajes proféticos de los dioses hasta pulsiones mundanas como decía Freud. Pero hay algo que es indudable: existen. Todos soñamos, nos acordemos o no, el cerebro jamás descansa. Nunca. Y hay algo que también se sabe que es verdad y es que los sueños tienen mucho que ver con tus deseos y miedos más ocultos. Toda esta reflexión es porque aquella noche soñé y no pude evitar pensar en lo soñado.

—Papá, ¿qué haces aquí? —le pregunté estupefacta al verlo acariciando a Henry.

—Siempre estoy aquí, hija. Solo que a veces no me ves —respondió.

Miré a mi alrededor y sentí la suave brisa de aquel pantano. Estaba en el sendero, el mismo que recorrí con la libélula tantos años atrás. Entonces mi padre comenzó a andar al lado de Henry. Los llamaba, pero me ignoraban o no me escuchaban, no lo tenía muy claro. Estaba segura de que no me podía pasar nada con ellos. Me gustaba mucho encontrarme con mi padre, aunque fuese en sueños. El sendero seguía y ellos no paraban de andar, aunque sucedió algo extraño durante ese paseo y es que, en la bifurcación que había casi al final, mi padre optaba por irse a la derecha, pero yo sabía que el pantano estaba a la izquierda. Nunca solíamos ir hacia esa parte porque empezaba un bosque frondoso.

—¡Papá! No es por ahí —grité—. Henry. —Le silbé. Ninguno se giraba.

Eché a correr tras ellos, pero cuanto más rápido quería ir más despacio avanzaba, como si una fuerza sobrenatural impidiese que mi velocidad aumentase. De pronto los árboles del fondo de ese camino comenzaron a caerse hacia los lados. Intentaba correr más rápido y con más energía, pero me era imposible. Mi padre y Henry continuaban su camino sin inmutarse ante lo que estaba sucediendo. Los árboles seguían cayendo a medida que ellos avanzaban, el sonido del impacto contra el suelo se tornaba ensordecedor, cada vez era más fuerte, cada vez caían más cerca de ellos, pero no se percataban. Parecía que estaba viendo una película y que era una simple

espectadora. De repente, unos altavoces gigantes salieron de la nada. Mi padre y Henry frenaron en seco y, cuando les grité que se dieran la vuelta, los altavoces comenzaron a vibrar de tal manera que todo el sendero temblaba con ellos.

—¡Dad la vuelta! ¡Corred! ¡Papá! ¡Henry! —Por fin se dio la vuelta mi padre—. ¿Me estáis escuchando? ¡Corred! —volví a gritar.

Cuanto más gritaba, más mudos eran mis gritos, ni siquiera yo me oía, mi voz no conseguía salir de mi garganta. Mi padre estaba frente a mí, estático, sin moverse, y Henry se había quedado congelado, no se movía. La vibración era cada vez más intensa, pero mi percepción en el sueño no era ni por asomo lo que hubiese sido en realidad. Qué manera tenía el cerebro y la mente de protegernos cuando realmente podía. Una grieta enorme se abrió ante nuestros pies, separándonos de lado a lado, como si la vida me estuviese avisando de algo. Cogí carrerilla para saltar, como aquella niña que quería el récord Guinness en salto de escalera, y, cuando por fin salté, me desperté.

—Paula, Paula —noté a Susana agitándome—. ¿Estás bien?

—Sí, estaba… soñando —respondí desubicada.

—Ya te digo si estabas soñando, menudos gritos —contestó ella.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las diez y media, Tony se ha ido hace horas a la central. Y yo he paseado a Henry mientras tanto. Me he tomado la libertad de pedir un desayuno riquísimo, con tu tarjeta de crédito, por cierto. Es que no me queda dinero y tampoco había nada en la nevera —me dijo con cierta vergüenza.

—No, no, tranquila, está perfecto. Tony ha hecho café, supongo —afirmé.

—Sí, antes de irse. Menudo novio tienes —concluyó.

La miré con cara de pocos amigos, aunque con cariño, y me fui a la ducha para despejarme mientras ella y Henry desayunaban. Tenía el día libre, pero ese sueño no me dejaba descansar. Lo recordaba de principio a fin. ¿Sería un sueño profético como los antiguos griegos creían o reflejaba mi miedo más profundo en aquel momento? Cuando salí de la ducha, Susana estaba frente a mi panel de investigación colgando unos folios que no eran míos.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Mira, he averiguado algo que puede servirnos. Te lo voy a explicar. —Tampoco me dio la opción de no hacerlo—. El otro día leí un artículo superinteresante acerca de los cohetes.

—¿De los cohetes? —pregunté instintivamente.

—Sí, sí. De los cohetes. Resulta que cuando despega un transbordador espacial, un cohete o un satélite, se inyectan chorros de

agua en la base de los mismos justo antes de la maniobra de salida.

—¿Para refrigerarlo? —pregunté.

Consiguió captar mi atención mientras le daba un mordisco a un cruasán de jamón y queso.

—No, eso es lo que pensé yo también cuando lo vi. Pero la razón es superdiferente. Los chorros de agua que inyectan justo antes de la salida sirven para reducir y amortiguar el intenso sonido que generan los motores desde la plataforma de despegue durante la fase de desbloqueo. Y ¿por qué? Pues muy sencillo si lo piensas, porque de esa manera se pueden proteger los elementos de los cohetes o lo que sea que podría quedar dañado por el propio sonido.

—Vale, interesante, y ¿adónde quieres llegar? —pregunté terminándome el desayuno.

—Pues que tal vez esta sea la solución a nuestros problemas.

—Bueno, pero no es lo mismo una maniobra de salida de un artefacto espacial que un altavoz adulterado que nos envían como mensaje. No podemos tener una manguera constante a nuestro lado y mucho menos con la potencia que precisaría para paliar las ondas sonoras.

—Mmm… —Se quedó pensativa—. Sí, eso es cierto. Pero tal vez en algún momento esta información sea útil. Te la dejaré aquí colgada para que no se nos olvide. —Asentí con la cabeza bajo la atenta mirada de Henry.

Susana se sentó y desayunó de nuevo mientras yo contestaba a una llamada de Tony.

—Paula, ¿cómo estás? —Ese tono de voz no podía traer nada bueno.

—¿Qué pasa? —contesté sin pensar.

—Hmmm —respiró profundo.

—¿Qué pasa, Tony? —insistí.

—Esta mañana han encontrado a Daniel Ortiz muerto en su celda.

—¿Cómo? —Me quedé estupefacta.

—Gutiérrez ya está en la prisión y estoy intentando localizar a Sandoval, paso a por ti en cinco minutos y vamos. Siento fastidiarte tu día libre.

—Vale. —Colgamos.

—Esa cara… no pinta nada bien. —Susana esperaba una respuesta.

—Susana, necesito que te quedes aquí, no abras la puerta a nadie que no sea un compañero de la policía, no cojas el teléfono y no escuches nada hasta que vuelva.

—Pero qué pasa, Paula, me estás asustando. ¿Un policía? No entiendo nada.

—Susana, hazme caso, luego te lo explico. —Me fui corriendo al portal a esperar a Tony.

Cómo se nos había podido pasar algo tan sencillo como la protección del único testigo que estaba al tanto de los experimentos militares que se habían llevado a cabo en los últimos meses. Cómo habíamos podido ser tan torpes, joder. No podía parar de decirme cosas terribles a mí misma casi con lágrimas en los ojos. Su muerte no era una casualidad, el ataque a la central no era una casualidad, el resto de fallecimientos no eran una casualidad. Joder, nada era una casualidad porque las puñeteras casualidades no existen.

Fui todo el camino con Tony callada, mirando por la ventana a aquel Madrid que tantas cosas buenas me había dado y que tanta tranquilidad me robaba en cada caso.

—Paula —intentó hablar conmigo, sabía lo que sentía.

—No, Tony, esto es culpa nuestra. Y vamos a llevar la muerte de Daniel en nuestras espaldas.

—Paula, escúchame, Daniel tenía vigilancia e iba a entrar en el programa de testigos protegidos. No sé qué ha pasado, pero no es nuestra culpa, ¿me oyes? No lo es. —Se puso muy serio, no supe ni qué contestar, seguía mareada y desubicada.

Cuando llegamos a la prisión, sentí un enorme desasosiego dentro de mí. Recordé mi labor con la justicia reparadora en Barcelona, creo que fue una de las partes más bonitas de mi trabajo. No es sencillo hablar con presos sobre las consecuencias de sus actos en las víctimas. En este tipo de dinámicas lo único que se busca es que el causante del problema reconozca su culpa e intente reparar el daño. No era sencillo, porque muchos de ellos eran incapaces de poder ver más allá de su castigo y su verdad, pero cuando uno de ellos se atrevía a arrepentirse se creaba un efecto dominó maravilloso.

No me gustaban las cárceles, porque allí lo único que había era dolor, rabia, resentimiento y maldad. Y no por ello todo tenía que estar junto. Siempre habrá presos que estén privados de libertad porque sus circunstancias los han llevado a delinquir, como el que roba continuadamente para comer, y presos que han decidido tomarse la vida de otra persona de una manera banal y cruel. En las cárceles nunca hay dos reclusos iguales.

Gutiérrez apareció antes que nosotros y se fue directamente al despacho del alcaide. Por lo que sabíamos, nadie había entrado ni salido de su celda, tampoco le había dado tiempo a entablar amistad o cercanía con ningún otro preso ni recibió ningún paquete del exterior.

Tony y yo fuimos directamente a la celda donde yacía el cadáver, Sandoval volvía a estar desaparecida en combate y yo esperaba a que me cogiese el teléfono. Cuando llegamos allí, había varios funcionarios de prisiones custodiando el lugar. Al parecer el resto de presos se habían puesto algo nerviosos al conocer la noticia y, cuando algo así sucedía, había que prevenir futuros altercados.

El cuerpo estaba tendido en la cama. El funcionario de turno lo había encontrado allí en posición fetal, sin signos de vida, y, cuando quiso tocarlo con la esperanza de que solo estuviese dormido, el propio cuerpo cayó quedándose bocarriba. Aparentemente, las indicaciones que nos habían dado parecían verdad. No mostraba signos de violencia ni de suicidio, parecía una muerte natural. Sin embargo, ninguno de los allí presentes sabía lo que nosotros conocíamos y tal vez por eso su suposición nos parecía tan trivial.

—¿Es usted quien encontró el cuerpo? —preguntó Tony al funcionario que estaba dentro de la celda con nosotros.

—Así es, inspector. En cuanto vi la situación di aviso a mis superiores —respondió.

—¿Puede detallarnos cómo encontró el cadáver, por favor? —le dije.

—Claro, señorita Capdevila. Por la mañana mi labor es revisar que ningún preso se queda en su celda a la hora del desayuno, así que hice mi turno normal, como a diario. Cuando llegué la celda del nuevo…

—Daniel Ortiz —le corregí.

—Sí, disculpe. Cuando llegué a la celda de Daniel Ortiz, seguía tumbado en la cama, de lado, mirando hacia la pared. Pensé que se había quedado dormido. Le llamé un par de veces desde la puerta, pero como no contestaba me acerqué para despertarlo. Le toque un poco el hombro y enseguida se quedó bocarriba. Le tomé el pulso, vi que no había constantes e inicié la RCP, estuve unos minutos, pero no pude hacer nada. Ya había fallecido.

—¿Daniel habló o entabló alguna relación con algún otro preso? —preguntó Tony.

—La verdad es que no. Era muy amable y correcto, no estamos muy acostumbrados a este comportamiento por aquí, pero no tenía actitud de hacer amigos. Tampoco se metió en ningún problema, simplemente se marginaba un poco del resto. Se apuntó a varios talleres, pero tampoco le dio tiempo a mucho…

—¿Y con los funcionarios? —volvió a preguntar Tony.

—Como le digo, era muy agradable y correcto con todos. —Noté su tono defensivo.

—Si es tan amable, necesitamos un registro detallado de la estancia

de Daniel en esta prisión, incluidos los talleres, las comidas, etcétera.

—Por supuesto, ahora mismo voy. —Y se marchó.

Tony y yo nos miramos cuando el joven funcionario salió de la celda, sabíamos que su última respuesta significaba algo más de lo que nos estaba contando. Llamé de nuevo a Sandoval, pero seguía sin responderme al teléfono; el secretario judicial estaba a punto de llegar, y decidimos que fuese otro forense el que viniese de urgencia a certificar su muerte, aunque la autopsia la realizase ella posteriormente.

Me quedé mirando el cadáver de Daniel unos segundos. Sentía un fuerte sentimiento de culpa por su muerte. No sé de qué modo habrían conseguido llegar hasta él y matarlo, pero estaba convencida de que su muerte no había sido natural ni mucho menos fruto de una terrible casualidad. ¿Tan preocupado estaba el responsable o los responsables de esto como para quitarse de en medio posibles cabos sueltos? Todavía se me hacía difícil creer que todo aquello fuese la consecuencia de un estudio militar o gubernamental.

Cuando el secretario y el forense llegaron, salimos de la celda para que pudiesen hacer su trabajo. Sandoval seguía sin coger el móvil, así que le dejé un mensaje de texto: «Sandoval, es urgente, llámame, tenemos otro cadáver». Estábamos a punto de salir del corredor del módulo en el que estaba Daniel cuando uno de los presos que volvía a su celda se chocó conmigo, tirándome así mi maletín al suelo.

—Disculpe, señorita. Discúlpeme —dijo mientras se agachaba a recogerlo. Entonces yo también me incliné y el preso me puso un papel en la palma de la mano, no pude reaccionar. Se acercó sutilmente y me susurró al oído—: Daniel me pidió que le diera esto cuando viniera. —Y me guiñó un ojo.

Tony no se había percatado de lo que acababa de ocurrir. Cogí la nota, la introduje en mi maletín y, tras darle las gracias a aquel hombre, salí de la prisión rumbo a la central para seguir investigando lo que teníamos delante. ¿Por qué Daniel me había dejado un mensaje? ¿Se había suicidado realmente? ¿Qué escondía ese funcionario? Demasiadas preguntas, necesitaba respuestas ya y esa carta me daría más de una.

Subimos al coche de Tony, ese Ford Mustang que cuidaba tanto como a Henry y a mí, por no decir más. Estaba deseando entrar en el coche para leer la nota que Daniel me había hecho llegar a través de aquel preso. Pero como ya no podíamos fiarnos de nada ni de nadie, hasta que no estuviese en un lugar seguro no abriría la boca ni sacaría el papel. Por mucho que en un momento dado pudiera pensar que se trataría de una despedida, algo en mí, ese instinto que nos caracteriza

a los que dedicamos nuestra vida a resolver casos complicados, concibió la idea de que Daniel me hubiese dejado una pista clave para poder llegar hasta los responsables o el responsable de este caso. Si yo hubiera sido él, habría hecho todo lo posible por llegar al final de este asunto, aunque eso me costase la vida. Teníamos demasiadas incógnitas por delante y cualquier señal o vestigio que pudiéramos tener sería de gran ayuda.

Cerré la puerta del copiloto, me puse el cinturón de seguridad y, cuando estaba esperando a que Tony arrancase el coche y saliese un poco del punto de mira de las cámaras de seguridad de la prisión para poder sacar la nota y leerla en alto, mi teléfono sonó:

—¿Es usted Paula Capdevila? —dijo una voz desconocida.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

Justo en ese momento desdoblé el papel y solo leí: «Chronos Pharmaceutics». Al principio no comprendí con exactitud qué quería decir lo que había escrito en ese papel, pero no tardamos mucho tiempo en averiguar la verdad, los motivos por los que todo esto comenzó y quiénes estaban detrás. Daniel hizo todo lo que pudo hasta el final de su vida. No me dio tiempo a indagar nada más y, con todo lo que pasó después, no pude dedicarle más atención, pero ahí estaba una pieza fundamental del puzle.

20

Paula, cariño…, ¿cuántas veces te he dicho que no se pueden tocar las pruebas con las manos? —me decía mi padre mientras me alejaba de aquella papelera medio caída en la calle.

Tenía unos diez años cuando pude asistir a un delito de verdad. Y es que para mí el acto vandálico de estropear una papelera era un delito. Estaba tan acostumbrada a nuestros juegos estilo Cluedo, a nuestros casos inventados y a nuestra gincanas que aquello me parecía algo realmente importante.

—Vale, papá, pero se va a caer y se romperá —le contesté señalándola y asintiendo con la cabeza, como si lo que acababa de decir fuese una verdad absoluta e incuestionable.

—Pues si se cae, se cae. Ya hemos llamado a quien debíamos. —Se agachó—. Imagínate que esta papelera no la han roto con el pie, sino con la mano. ¿Qué tendría entonces? —me preguntó.

—¡Huellas dactilares! —respondí abriendo los ojos como platos al darme cuenta yo solita.

—Huellas, eso es. Entonces, si tú la tocas ahora… —Me dejó que yo terminase la frase.

—¡También estarían mis huellas! —exclamé—. Y podrían meterme en la cárcel —afirmé pensando en aquel momento que lo peor que podía ocurrir en el mundo era que un vándalo destrozase el mobiliario público.

Mi padre estalló en una carcajada tierna y natural, aceptando y valorando la inocencia con la que solo un niño puede mirar la vida, y me llevó a casa con mi madre. Naturalmente, él no se encargaría de ese delito, un terrible crimen para una niña de diez años, pues en aquel momento debía irse a la comisaría a seguir investigando los casos que él solía sacar adelante. Por aquel entonces, todavía no tenía conciencia de que mi padre no se dedicaba a delitos menores, sino que su departamento pertenecía a homicidios y a actos más graves. Con el tiempo entendí esa carcajada tan bonita que me regaló. Si en el mundo solo existiesen personas que pateasen papeleras, todo sería mucho más sencillo y amable.

No podía parar de recordarlo, supongo que rememorar aquellos momentos que nos habían hecho tan felices era una de las mejores

maneras que teníamos los humanos de intentar obviar el presente. Había estudios que avalaban que sentirnos nostálgicos y acordarnos de momentos felices de nuestro pasado provocaba sentimientos positivos, que conseguían reforzar nuestras buenas sensaciones. Sobre todo cuando el presente te arrojaba una llamada que no querías recibir. Esa clase de conversaciones que no te esperabas.

—¿Es usted Paula Capdevila?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

Demasiadas emociones juntas. La muerte de Daniel y ese papel que había llegado a mis manos. Estaba aturdida y sabía que lo que me esperaba al otro lado de la línea no era bueno. Tardé unos segundos en responder, pero tuve tiempo de recordar. Mi mente iba a mil.

—Soy el doctor Atienza, le llamo del Hospital Universitario Infanta Leonor de Madrid, está usted como el contacto de emergencia de la paciente que ha entrado por urgencias hace unas seis horas aproximadamente. —Por una parte, me consoló que la llamada no proviniera del Hospital Clínic de Barcelona, porque eso significaría que mi madre era la paciente, pero esta llamada tampoco la quería en mi vida.

—¿Quién es? —Me temía lo peor.

—En su documento nacional de identidad consta como Míriam Sandoval.

—Enseguida voy. —Colgué el teléfono.

Volví a sentirme como las primeras veces en Madrid, desubicada, asustada, confusa… El coche de Tony con las sirenas activadas recorría sus calles a una velocidad vertiginosa. Yo miraba por la ventanilla del copiloto mientras me abrumaba una profunda preocupación. Esta vez no llovía, pero, si lo hubiese hecho, tampoco habría sido consciente de las gotas que resbalaban por los cristales de los coches porque mi mirada se encontraba perdida, y volví a rezarle a un Dios en el que no creía. Cogí con fuerza el corazón anatómico que me colgaba del cuello.

Justo antes de la llamada del doctor Atienza estaba pensando en enviarle otro mensaje a Sandoval con cierto tono recriminatorio por no dar señales de vida, porque, aunque entendía perfectamente que después del ataque que recibimos en comisaría cada uno tuviese sus tiempos, debíamos coger el teléfono y mucho más cuando teníamos un caso abierto. Incluso pensé que Ana podía ser el motivo de su ausencia, y claro que lo comprendía, pero también me molestaba que pudiera poner su vida personal antes que la profesional. Eso era un tema que debía analizar. Sin embargo, después de saber que estaba en el hospital, hubiese deseado todo menos eso.

Entré como si la persona que estaba siendo atendida en esas urgencias fuese de mi sangre, porque me daba igual cuánta genética nos correspondiese por defecto, Sandoval era como mi hermana y así lo sentía. Nos identificamos y aquel doctor apenas tardó en salir a explicarnos lo que había ocurrido.

—¿Está bien? —pregunté preocupada.

—Está estable, señorita Capdevila.

—¿Qué ha pasado?

—Verá, Míriam Sandoval ha sido trasladada hace unas horas en ambulancia hasta este hospital. Al parecer el aviso al 112 lo dio una vecina suya que la encontró tirada en el portal de su edificio con signos aparentes de un estado de shock. Cuando llegaron los técnicos de ambulancia, pensaron que podía deberse a algún tipo de consumo de drogas, así que la trasladaron hasta aquí.

—¿Qué? Sandoval no se mete nada —dijo Tony molesto y a la defensiva.

—Déjenme terminar, por favor. Les estoy contando todo tal y como lo tenemos registrado porque es un caso que en mis treinta y cinco años de carrera no he visto jamás. La paciente estaba en todo momento consciente en la ambulancia y sus constantes vitales no advertían mayor problema, al entrar a las urgencias de este hospital también llegó consciente, pero seguía en una especie de shock. Le hemos realizado todo tipo de pruebas y…

—Doctor, dígalo ya, por favor. ¿Qué le ocurre a Míriam Sandoval? —le exigí.

Cogió aire, como si lo que nos fuese a contar no tuviese ninguna solución. Porque a veces con una mirada no es necesario decir nada más para que los humanos nos entendamos. Los ojos nunca mienten. Así que el doctor, tras mirarnos de aquella manera que advertía que algo malo estaba sucediendo, lo soltó:

—Míriam Sandoval está en estado catatónico y no sabemos cuánto tiempo durará. —Una respuesta rápida y concisa.

El corazón no se me salió del pecho, sino que quería combustionar dentro de mí. Mis manos temblaban tanto que parecían estar en el epicentro de un terremoto. Podía sentir el cálido abrazo de Tony dispuesto a quitarme todo el sufrimiento del golpe. Pero por desgracia nadie puede salvarnos del dolor.

El amable doctor se fue por el pasillo para traernos personalmente los enseres de Sandoval. Yo no era capaz de entrar en aquel box que todavía resguardaba a mi casi hermana y ver la escena que me esperaba. Me negaba a pensar que, si Sandoval no salía de esta, esa sería la última imagen con la que me quedaría en mi cerebro. Y no, no

estaba dispuesta ni a asumir que podía ocurrir ni a quedarme con ese último recuerdo. Así que fue Tony el que entró y yo permanecí a la espera de que me dieran el bolso de Sandoval.

Si Sandoval se encontraba en ese estado, era por culpa de aquel o aquellos responsables de ese experimento militar. Estaba realmente cabreada, enfadada e iracunda. Lo pagué con las sillas de la sala de espera. ¿Quién fue la persona que inventó esos terribles asientos? ¿Acaso no deberían ser cómodos y confortables? Porque dudo mucho que nadie que esté en cualquier sala de espera de cualquier planta de cualquier hospital lo haga por gusto. ¿Cómo no se invierte más en los malditos asientos, unidos en fila y sin apenas espacio para quienes tenemos que esperar? No podía parar de moverme para encontrar una postura cómoda, pero era imposible. Al final llegué a la conclusión de que probablemente los hacían incómodos con toda la intención para que nadie se quedase mucho tiempo allí postrado. Los acompañantes de los pacientes teníamos la cualidad de volvernos grotescos. Tal vez podíamos ser más un estorbo o resultar inútiles en una sala de espera.

—Tenga, esto es lo que llevaba cuando la recogió la ambulancia. —Me dio su bolso.

—Muchas gracias por todo, doctor. —Me levanté extendiendo mi mano.

—¿Le puedo robar unos minutos? —me preguntó.

—Claro. —Se sentó a mi lado.

—Mire, como le he dicho antes, en más de tres décadas que llevo trabajando en las urgencias de este hospital y especializado en el campo de la neurología, nunca había visto nada igual. Entiendo que, con los antecedentes registrados de la señorita Sandoval, las pruebas que se le han realizado aquí no descubren la modificación cerebral a la que nos enfrentamos, pero lo que he visto hoy no tiene ningún sentido ni es normal. El caso es que en su expediente se refleja una entrada hospitalaria no hace mucho, pero consta como confidencial y ni siquiera yo puedo verlo. Pero mi instinto me dice que está relacionado con lo que hoy tenemos aquí. —Resoplé, se me notó todo en la cara—. Mire, señorita Capdevila, yo no me voy a meter en camisa de once varas si ustedes no me lo permiten, pero lo que esta señorita tiene en su cerebro es una alteración sin precedentes y no llego a obtener una respuesta lógica a la causa primaria de ello. Por eso yo la voy a tratar con lo que sí sé, y de ustedes depende el resto. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza, pero no pude contarle más de lo que ya le había dicho con la mirada. Esto no podía filtrarse bajo ningún concepto, por mucha confianza que me otorgarse el doctor Atienza; no

podíamos decir ni explicar absolutamente nada. Y no solo por nosotros, sino porque cualquier persona que tuviese más información de la debidamente oportuna estaría en un grave peligro. Lo sentí por Marta en aquel momento.

Saqué el teléfono de Sandoval y vi que tenía varias llamadas perdidas de Ana y de algún amigo. Sin pensármelo dos veces, desbloqueé el móvil y marqué el contacto de Ana para comentarle la triste situación. Los protocolos de la UIE nos obligaban a tener acceso a los móviles del resto de compañeros. Esperé hasta que los tonos de llamada cesaron, no cogió el teléfono, así que le dejé un mensaje de texto: «Hola, Ana. Soy Paula Capdevila, Sandoval está ingresada y grave en el Hospital Universitario Infanta Leonor, por favor, llámame a este teléfono cuando lo leas». A los pocos segundos recibí respuesta en el mismo móvil de Sandoval. «Hola, Paula, estoy fuera de España desde ayer por la noche por motivos laborales y no volveré hasta dentro de dos semanas. Por favor, cuida de ella y mantenme informada».

«¿Perdona? —pensé sin escribirlo—.Te estoy diciendo que tu novia está grave en el hospital y no solo ni me preguntas el porqué, sino que encima me dices que no vas a volver en dos semanas y que te informe». Lo mismo yo era muy exigente con mis relaciones amorosas, pero me pareció de lo más desafortunado del mundo.

—Paula, ¿nos vamos? He pensado que deberíamos ir a hablar con la vecina que llamó a emergencias por si puede darnos algún dato más. Gutiérrez viene en un rato a verla. —Tony me cogió de la cintura para abrazarme en cuanto me levanté.

—Mira. —Le puse el teléfono en la cara y leyó el mensaje de Ana.

—Guau…, lo mismo no están bien, no sé. ¿No estaban juntas después del atentado a la central? —No sabía qué decir para no aumentar mi cabreo.

—En fin. Pues no lo sé, Tony, eso creía, pero debe de tener cosas más importantes que hacer que estar con su novia en momentos así. Vámonos —concluí.

Nos despedimos del médico y le dimos las gracias por el trato y por todo lo que estaba haciendo por ella. En lo que Tony iba a por el coche al aparcamiento, aproveché para llamar a Susana y pedirle de nuevo las pistas musicales que Marta le había dado como terapia. Dentro de lo estable que estaba a nivel clínico gracias al doctor Atienza, quería ponerle la música sanadora para ver si podía ayudar en algo; no tenía ni la más remota idea de si funcionaría o no en el estado en el que estaba Sandoval, pero no me quedaría sin intentarlo. Eso no.

Susana no me cogía el maldito teléfono, y no era un buen momento para hacerme esto. Respiré profundo y dejé de preocuparme porque sabía que estaba con Henry y, además, bajo custodia policial. Finalmente decidí entrar y ver a Sandoval, en el fondo no podía irme sin hacerlo. Fue muy duro contemplar a mi gran amiga postrada en la cama. Me acerqué y le besé la frente. No me escuchaba, pero le conté que Daniel me había dejado un papel con el nombre de una farmacéutica y que, seguro, era importante para la investigación.

Nos dirigíamos a casa de Sandoval cuando el comisario Gutiérrez me mandó un mensaje: «Paula, daré con los responsables de esto, aunque tenga que desmantelar al gobierno entero». Agradecí sus palabras tanto como el gesto de escribirme. Sabía con total certeza que Sandoval también era muy importante para él. Todos lo éramos.

Gutiérrez se había portado conmigo como un padre desde que llegué a Madrid y, pese a todos los desencuentros que habíamos tenido, jamás le había fallado el pulso cuando había tenido que tenderme su mano. Pese a lo frío y distante que era la mayor parte del tiempo, Tony, Sandoval y yo nos habíamos convertido en su familia y tenía muy claro que cualquier ataque que pudiera ir dirigido contra nosotros lo contendría como si estuviese protegiendo a su propia familia. Si algo había aprendido en estos dos últimos años dentro de la Unidad de Intervenciones Especiales es que cuanto más difícil se ponían las situaciones más te dabas cuenta de quién realmente valía la pena tener al lado.

Tony no solo era mi pareja, era mi compañero, mi cómplice vital. Habíamos creado ese tipo de relación sana que todos buscábamos en nuestro viaje por la vida. Nos amábamos recíprocamente y a nosotros mismos, y por ese motivo no había ni una sola duda entre nosotros ni para nosotros.

Sandoval, mi hermana y mi mejor amiga, suplía en muchas ocasiones la ausencia de mi madre por tenerla en Barcelona. De hecho, mi madre estaba deseando conocerla porque lo único que tenía para Sandoval eran buenas palabras. Estaba empezando a comprender cómo se sentían ellos cuando el asesino del aire en vena se ponía en contacto conmigo de manera sistemática. Miedo, frustración, impotencia.

En muy poco tiempo nos habíamos convertido en una familia de almas, esas personas con las que sentías una conexión especial que iba mucho más allá del lazo familiar o del simple hecho de compartir sangre.

Cuando llegamos al portal del edificio donde Sandoval vivía, coronado por esa maravillosa zona verde y con los columpios para niños, pudimos ver a un grupo de vecinos que estaban en la puerta chismorreando y cuchicheando sobre lo sucedido ese mismo día.

—¿Quién de ustedes es doña Manuela Alberola? —pregunté de una forma elegante pero capciosa para disipar ese enjambre de cotillas.

—Yo, señorita, ¿viene por lo de Míriam? Yo le cuento todo. —Desde luego que me lo iba a contar, no tenía ninguna duda.

—Pues mire, yo bajo andando por las escaleras porque a mí los ascensores me dan pánico. —Nos cogió de la mano a Tony y a mí y nos hizo entrar en el portal—. En este recoveco está el hueco de la puerta del ascensor como pueden ver. Normalmente no me giro para fijarme en él, pero sentía que allí había alguien, ¿sabe? De esto que notas que hay un cuerpo cerca de ti, no sé cómo explicarlo. —«Escopaestesia», pensé—. Entonces me giré y vi a Míriam tirada en el suelo con los ojos abiertos. Total, que me acerqué y la llamé por su nombre, pero ni caso. También la toqué, pero no reaccionaba. Así que avisé a la ambulancia porque mire usted qué susto más grande me llevé. Con lo simpática y agradable que es mi Míriam.

—¿Vio usted a alguien con ella? —preguntó Tony.

—No, estaba ella sola. Un día antes estaba con esa amiga que viene a menudo ahora, vamos que siempre andan juntas, pero en aquel momento no, en aquel momento estaba sola.

—¿Ana? —pregunté.

—No sé cómo se llama, es su amiga, ya sabe.

—Su novia —dijo Tony.

—Sí, bueno, eso, su amiga especial. Que oigan yo no tengo ningún problema con eso, ¿saben?, a mí me parece fantástico que cada uno se acueste con quien quiera. —En el fondo era entrañable aquella señora cotilla.

—Muchas gracias, Manuela.

—¿Está bien mi Míriam? —preguntó.

—Sí, señora, recuperándose. —No había motivo para dar más explicaciones.

Cuando nos íbamos a meter ya en el coche, dejando a Manuela con su séquito de chismosos, vino corriendo hacia nosotros. Bajé la ventanilla del copiloto.

—Se me olvidaba daros esto, hijos.

En una bolsita, bien guardado por doña Manuela, nos dio algo que marcó un antes y un después para la recuperación de Sandoval y para nuestra investigación. Sentí que Manuela, aquella mujer entrañable de edad avanzada, con sus gruesas gafas y su mandil, se había convertido

en la libélula que me mostraba el camino hacia el pez, o al menos puedo asegurar que transmitía la misma energía. Bondadosa, perspicaz y determinada. Tenía muy claro que nunca volvería a ver a Manuela Alberola, pero sí intuía que su nombre y su cara se quedarían muy grabados en mi mente, porque gracias a lo que nos dio, un mp3, pudimos saber con seguridad que Sandoval también había sido víctima del sonido.

21

El caso se ha solucionado y era mucho más sencillo de lo que podía parecer. —Escuchaba a mi padre hablar por teléfono una tarde que se quedó en casa haciendo los deberes conmigo—. El chico y autor del robo estaba enamorado de la chica, un clásico, vaya. La reconstrucción de los hechos es la siguiente: el joven se puso un pasamontañas y, como sabía por dónde iba la muchacha todos los días, fingió que le robaba el bolso; bueno, fingió no, se lo robó. Pasadas unas calles, se quitó el pasamontañas y la chaqueta con la que realizó el delito y fue corriendo hasta ella como si él hubiese atrapado al ladrón y le hubiera quitado el bolso para devolvérselo. —Se reía mientras se lo contaba a un compañero.

Al parecer, esa semana hubo una oleada de robos con fuerza en Barcelona en la que los autores del delito tiraban de los bolsos de las mujeres y se los llevaban. Este chico en cuestión aprovechó la noticia para poder ser el héroe de la joven que le gustaba, pero le salió el tiro por la culata, porque por mucho que se quitase el pasamontañas y la chaqueta, su enamorada reconoció perfectamente los pantalones, los zapatos, el perfume… En resumidas cuentas, el pobre chaval pasó de querer ser un héroe y conquistar a la chica a ser un delincuente al que ella no quería ni ver.

Cuando terminé de hacer los deberes aquel día y mi padre colgó la llamada con su compañero, se acercó a mí, sabiendo que había estado muy pendiente de la conversación. Mi padre siempre fue así, directo y claro, y más aún cuando podía darme una lección de vida o enseñarme algo interesante. Por eso recordé las palabras que me dijo:

—Hija, muchas veces quien te ofrece la solución es quien ha creado el problema.

Esta fue una lección que no entendí hasta el momento en el que Gutiérrez nos pidió con urgencia que fuésemos a la central para poder mostrarnos algo inaudito. Nos metió en su despacho con una actitud que jamás había visto antes en él. Estaba nervioso, no paraba de mirar a todos los compañeros de la central y, aunque lo disimulaba perfectamente, a mí no podía engañarme. Se acomodó en su butaca veinte segundos después de habernos sentado nosotros frente a él y comenzó a hablar de las reformas que querían hacer en la central para

que fuese un edificio más confortable y práctico. Tony y yo nos mirábamos sin entender lo que estaba ocurriendo, hasta que nos dio dos carpetas serigrafiadas con un despacho de arquitectos.

—No hace falta que las abráis ahora, encontraréis reformas básicas pero maravillosas para nuestra comodidad. Os encantará. Os aconsejo que vayáis a casa, tenéis el día libre y así podéis revisar esto despacio. —Su mirada no se apartaba de la mía.

—Pero, señor… —Tony quiso interpelarlo, pero le di con el codo para que se callase.

—Perfecto, señor. Se lo agradecemos enormemente porque estamos agotados. —Sonreí y sobreactué ante aquellas palabras.

—Muy bien, Capdevila y Herrero. Ah, antes de que se me olvide, he decidido cerrar el caso Muzak, demasiado trabajo para un viejo como yo y demasiada carga para ustedes tan jóvenes.

—Menos mal, tenía la cabeza como un bombo ya. —Sonreí de nuevo, me levanté de la silla y me llevé a Tony conmigo que, aunque sabía que algo pasaba, no lo estaba entendiendo del todo.

Cogí un café de la máquina como cada día ante la atenta mirada de Tony, que no paraba de hacerme señales para que le explicase qué narices estaba sucediendo y, como si no fuese conmigo la cosa, seguí mi camino hasta que salimos de la central.

—Voy a por el coche, espera un segundo, Paula —me dijo Tony ya nervioso.

—No, vamos en metro mejor, me apetece andar —le contesté.

—¿Qué cojones me estás contando? —Se crispaba por momentos.

—Me apetece andar entre la gente, tengo demasiado ruido en la cabeza y prefiero el barullo de la multitud, así no escucharé mis pensamientos —le señalé con un gesto el abrigo y con la otra mano le indiqué que no siguiera hablando. Me entendió.

Me había dado cuenta de que ambos teníamos micrófonos secretos puestos en las chaquetas y todavía no sabía con exactitud si en alguna prenda más, así que necesitaba ir a un lugar con mucho jaleo para que nadie nos escuchase. Llegamos a la boca de metro más cercana y, sin entrar dentro del vagón, le quité la chaqueta. Le mostré el micrófono que habían adherido al cuello del abrigo. Me quité también el mío y, a continuación, tiré los dos a la basura más cercana. No podía entender cómo lo habían hecho. Tenía la sensación e intuición de que nos seguían, por lo que decidí empujar a Tony dentro del vagón.

—¿Paula, qué está pasando? —me preguntó.

—No lo sé, pero Gutiérrez no podía hablar. Creo que nos estaban viendo y escuchando. Nos han tenido que poner micrófonos por todos lados y tal vez ahora mismo nos estén siguiendo —le dije.

—Entendido, vamos a actuar con normalidad —me dijo Tony mientras me besaba.

Íbamos sin rumbo. Nos sentamos en el vagón para poder ver con claridad si alguien nos estaba vigilando o no. No fue muy complicado darnos cuenta de que así era.

—Mira, cariño, tiene muy buena pinta la reforma de la central —me dijo Tony señalando la carpeta que nos había dado Gutiérrez.

Aparentemente parecía un proyecto de arquitectura para una reforma real de la central, pero dentro de aquellos folios, entre los planos de varias plantas, informes de energía y un largo etcétera, había algo que el comisario quería que supiésemos. El despacho de arquitectos que firmaba cada uno de esos documentos se llamaba: Auctor Retros 301. Conocía lo suficiente a Gutiérrez como para que ese detalle no pasase desapercibido para mí. Le señalé a Tony el nombre y le pedí que lo buscará en Google con el móvil para ver qué sacábamos en claro.

En aquel momento, el caballero de gabardina oscura que nos seguía se levantó de su asiento y se quedó de pie, con la mano puesta en la barra de sujeción. Quería escucharnos mejor. Supongo que ya se habrían dado cuenta de que los micrófonos espías estaban en la basura junto con nuestros abrigos.

Tony no encontraba absolutamente nada en referencia a Auctor Retros y necesitábamos dar esquinazo a aquel tipo. Cuando el metro paró en Nuevos Ministerios, fue nuestra oportunidad de salir corriendo. Sin duda era la estación más complicada de todo Madrid, al menos para mí; sin embargo, en aquella ocasión nos sirvió para librarnos de nuestro espía.

Conseguimos coger un taxi nada más salir y le pedimos que nos llevase a dar una vuelta turística por Madrid, necesitábamos tiempo y privacidad para poder entender qué quería decirnos Gutiérrez con esa carpeta de una empresa de arquitectura. De momento no tenía ningún sentido para nosotros.

—Debe de tener algo que ver con Daniel o con lo que hacía —me dijo Tony.

—La empresa de Daniel era Tempvs Corporation, y ya sabemos que fue una simple subcontrata. Tiene que haber algo más, Tony —apunté.

—No es latín ni griego ni ningún idioma…, Auctor Retros… —repetía el nombre en alto.

Entonces me fijé que en el asiento del copiloto de aquel taxista había un cuaderno de sopas de letra y crucigramas. Supuse que los resolvía durante su tiempo libre. Pero gracias a eso caí en la cuenta de que Gutiérrez también hacía muchos de esos pasatiempos cuando

quería despejar su mente. Otra vez volví a sentirlo, ¿estaría la libélula conmigo?

—Disculpe, ¿cómo se llama? —le pregunté al taxista.

—Joaquín, señorita. —Y esbozó una sonrisa.

—Joaquín, ¿le gustan los juegos de palabras? —Asintió con la cabeza.

—Pare donde pueda.

Paró en un aparcamiento de fácil entrada y le mostré las dos palabras: Auctor Retros. El ya casi jubilado Joaquín se puso las gafas para poder ver de cerca lo que le estábamos mostrando y, durante unos largos y tediosos dos minutos, observó las palabras mientras se frotaba la barbilla y fruncía el ceño.

—Pues, señorita, no sé cuál es la respuesta, pero creo que… —Se quedó pensando.

—¿Qué, Joaquín, qué? —le preguntó Tony impaciente.

—Creo que puede ser un anagrama —respondió mirando mal a Tony.

—¿Un anagrama?

—Es lo único que se me ocurre, pero yo soy muy malo para eso. Para lo que soy muy bueno es para las sopas de letras y los sudokus, eso se me da de maravilla.

Me quedé pensando en el anagrama y miré esas palabras de otra manera. Tony fijó la vista en ellas y empezó a escribir todas las combinaciones posibles: «Auctor retros, trauco terros, curato, trauco…».

—Lo tengo —dijo Tony, orgulloso—. «Cuatro torres», quiere decirnos que vayamos a las Cuatro Torres de Madrid. —Mi chico, tan listo.

—Ah, pues muy bien hecho, joven —le dijo el taxista—. ¿Vamos para allá entonces? —preguntó.

—Lo más rápido que pueda —respondí—. Tony, quiere que vayamos al hotel de las Cuatro Torres a la habitación 301. Eso es lo que significa el mensaje de Gutiérrez.

La situación se estaba descontrolando por momentos. Sandoval, en el hospital en estado catatónico; la UIE, intervenida tal vez por el propio gobierno y los altos mandos militares, y un rastro de víctimas lo bastante extenso como para tener que solucionar esta misión lo antes posible.

Tony se fijaba en todos los coches que recorrían con nosotros el trayecto hasta el hotel situado en una de las cuatro torres. Si algo habíamos aprendido desde que comenzó este caso es que nada era lo que parecía y que cualquiera, absolutamente cualquiera, podía estar

implicado.

Le pedimos a Joaquín que se metiese por el aparcamiento subterráneo que tenía el hotel. El pobre hombre no tenía ni idea de quiénes éramos nosotros y mucho menos de lo que significaba su ayuda en aquel momento. Se despidió deseándonos suerte en nuestro juego de relevos, así fue como lo llamó.

Conseguimos acceder al hotel sin cruzarnos con nadie. El amplio vestíbulo, sofisticado y elegante, nos ofreció la ventaja de poder acceder a los ascensores de las habitaciones sin tener que pasar por recepción. Habitación 301. Teníamos muy claro que Gutiérrez se encontraría ya allí. Las vistas eran espectaculares, tanto como su altura, más de doscientos metros. Cuando llegamos a la planta donde se ubicaba la habitación, nos agarramos de la mano y nos pusimos en actitud cariñosa por si alguno de los huéspedes era algo más que eso. Nos cruzamos con otra pareja de enamorados que iban en dirección contraria a la nuestra y los cuatro nos miramos con complicidad para desearnos una noche de ferviente amor. Llegamos. Habitación 301. Tony tocó sutilmente la puerta.

—Han llegado —dijo un hombre desconocido al abrir la puerta.

Tony echó su mano de forma instintiva al arma.

—No tenía ninguna duda, sabía que descifraríais el mensaje. Pasad, apresuraos —dijo Gutiérrez a lo lejos.

Al cerrar la puerta, el hombre desconocido nos pasó un detector de dispositivos electrónicos para comprobar que no teníamos más micrófonos en la ropa. Afortunadamente estábamos limpios, porque si no hubiesen sabido que nos reuníamos de nuevo.

—Comisario, ¿qué está pasando? —preguntó Tony.

Cuando llegamos al fondo de aquella gran habitación, pudimos observar el dispositivo que Gutiérrez había montado ajeno a la central. Varias pantallas con multitud de imágenes de seguridad de la central, aparatos que jamás habíamos visto, documentos en las paredes como en mi panel de investigación… Había de todo. Pero hubo algo que nada más entrar ya supe que estaba, y no porque emitiese ningún sonido ni porque lo viera. Simplemente sabía que estaba allí. Lo vi al lado de Gutiérrez: Henry.

—¿Henry? —Lo abracé corriendo—. ¿Qué hace aquí? —le pregunté anonadada a Gutiérrez.

—Herrero, Capdevila, él es el teniente De los Ríos. —Al presentarnos a aquel hombre ya no tan desconocido, este nos extendió su mano—. Tomad asiento, hay muchas cosas que tengo que explicaros.

—Les voy a pedir los teléfonos móviles, por favor —dijo el teniente

De los Ríos.

—Henry está aquí porque Susana ha sido secuestrada. —Levantó su mano extendida para que le dejase terminar—. El agente que custodiaba vuestra casa fue hallado por su compañero en la misma puerta con varias puñaladas. Cuando entró, no había rastro de Susana, el apartamento estaba revuelto, y Henry, encerrado en el baño con una nota colgada de su collar. —Nos mostró el papel que decía: «Dejad de remover arenas movedizas. Susana será la garantía de que lo hacéis».

—¡Joder! —exclamé nerviosa.

—Paula, deja que termine. El teniente De los Ríos es amigo desde hace muchos años y ha trabajado con el coronel Manrique. —Le hizo un gesto para que continuase él la historia.

—Hace unos diez años implantamos un nuevo modelo de arma militar basado en el sonido y su potencia. Esta técnica no era novedosa; de hecho, la base de todo la cogimos de otros gobiernos, pero la mejoramos. En principio las pruebas se hacían en una base militar marítima que teníamos en medio del océano Pacífico, pero con el tiempo y los resultados positivos que obtuvimos, quisimos traerla a suelo español para seguir con los experimentos.

—La base militar de la que hablaba Daniel —concluí.

—Correcto. Daniel Ortiz Moreno fue el encargado de crear la base con las condiciones que se le pedían, él no tenía ni idea de lo que sucedía dentro, pero, como ya sabéis, terminó por afectarle. Además, el lugar no se terminó de construir y solo teníamos acceso a una parte muy pequeña de la misma. Antes de que la base se empezase a construir en España, los altos mandos que orquestaban este proyecto se dieron cuenta de que el sonido no solo podía usarse como un arma militar potencialmente mortal, sino que también podía emplearse para…

—El control mental —lo interrumpió Tony.

—Eso es. Así que se empezaron a hacer pruebas con simios para ver hasta dónde se podía llegar según la frecuencia que se utilizara. Pero por desgracia la codicia de este proyecto hizo que las pruebas se trasladasen a humanos. Contratamos a los mejores científicos del mundo para este proyecto y, donde muchos de nosotros creíamos que se respetaban los derechos humanos, la realidad fue muy distinta.

—¿Cómo se dieron cuenta? —pregunté.

—Uno de los días en los que las pruebas ya estaban testándose con personas, el coronel Manrique redujo el equipo a solo cuatro hombres. Él, su mano derecha y dos científicos. Ahí es cuando mis compañeros más cercanos y yo empezamos a sospechar que ocultaban algo. Al

terminar, nos dijeron que un voluntario que se había prestado a ello había fallecido por causas naturales, un infarto de miocardio.

—Pero no los creyeron —aseguré.

—Correcto. Por lo que, desde ese momento, unos cuantos, un grupo también reducido, empezamos una investigación paralela sin que se enterasen. Conseguimos que una de esas cuatro personas, un científico japonés, nos contase lo que estaba ocurriendo y nos dijo que se habían producido muertes por causas no naturales; enseguida denunciamos la situación a los altos mandos que estaban por encima de nosotros. El proyecto se clausuró de inmediato. El coronel Manrique siguió con sus labores habituales y los científicos que colaboraban en el proyecto desaparecieron sin dejar rastro. Sin embargo, unos meses más tarde averiguamos que al menos uno de ellos había sido asesinado en su casa de Bruselas.

—El coronel Manrique ha estado al tanto de todas las víctimas desde el principio, y el hecho de que intentase hacerme creer que todo esto no tenía nada que ver con él es por lo siguiente… —dijo Gutiérrez mientras De los Ríos sacaba unos papeles.

—El coronel Manrique y el gobierno, que lógicamente está al tanto de todo, creen que uno de ustedes tenía conocimiento del experimento y que sabe que se ha reanudado —nos confesó el teniente.

—¿Uno de nosotros? ¿Qué sentido tiene? ¡Si no teníamos ni idea de esta historia! ¡Si nos ha venido de golpe! —preguntó Tony.

—Ninguno, pero he podido entrar en la base del coronel y creen que es su compañera Sandoval la que está involucrada en esto. Por eso les han puesto escuchas.

—Y por eso Sandoval está donde está, ¿no? —sentencié.

—No, ellos no han sido. Lo que me temo es que alguien cercano a Manrique o alguna de las personas que participaron en el proyecto está continuando sin permiso gubernamental y sin ningún tipo de escrúpulo —concluyó el teniente De los Ríos.

—¿Y quién ha secuestrado a Susana? ¿Y por qué? —pregunté enfadada.

—Creemos que la misma o las mismas personas que han retomado el experimento. —Gutiérrez mantenía la calma.

—¿Y por qué no hablan con Manrique para explicarle la situación? —preguntó Tony muy acertadamente.

—Porque, aunque creemos que el coronel no tiene nada que ver con esto y él piense que somos nosotros, todavía no podemos adelantarnos a los hechos.

La habitación de hotel comenzó a dar demasiadas vueltas para mí. Me estaba mareando a un nivel que no era capaz de expresar. Sentía

como si mi cabeza perdiese toda la fuerza del mundo y cómo mis ojos, instintivamente, se cerraban sin darme opción a mantenerme despierta. Mis pensamientos pasaban por mi mente como las imágenes de una película a cámara rápida sin ser capaz de atinar con ninguna en particular.

Veía a Sandoval postrada en la cama monitorizada cada segundo esperando a recobrar la conciencia. Notaba el pánico de Susana, presa de un degenerado que creía que la ciencia estaba por encima de la ética. Podía sentir a Henry que me lamía la cara en un intento desesperado por despertarme. A Gutiérrez colocando mis piernas encima de la cama; a Tony agarrándome la mano y pidiéndome que, por favor, me despertase y al teniente De los Ríos dándome aire con los mismos papeles que tantas respuestas nos habían regalado en tan poco tiempo. ¿En qué momento dejé de controlar mi mente y cuándo empezó a controlarme ella a mí? ¿Habría sido tan ilusa como para pensar que yo no estaba siendo un experimento más de aquella mente perturbada?

Lo único que pude divisar en aquel instante, en ese sueño profundo y con un dolor de cabeza horrible, fue lo que tantas veces había visto antes mostrándome el camino a la salvación: una libélula.

22

Paula me informó sobre la muerte de Daniel en su celda, así que vi el momento oportuno para investigar al coronel Manrique mientras ellos estaban ocupados en eso. Llegué hasta la base de Torrejón de Ardoz y me colé. A ver, entendía perfectamente los riesgos de meterme en un lugar así y de seguir a un coronel, pero, si soy honesta, me sentía mucho más tranquila sabiendo que la UIE me ofrecería alguna garantía si me pillaban de lleno. Al fin y al cabo, yo estaba haciendo prácticas allí. No es un pensamiento muy solidario con ellos, pero el tiempo corría y todavía desconocíamos quién estaba detrás de todo esto.

Me colé de la manera más elegante y absurda del mundo. He visto cientos de películas en las que para poder entrar a un sitio hacen de todo, pero lo más sencillo es fingir ser un trabajador de una empresa de limpieza. Porque por muy base militar o muy secreto que sea el asunto, los que están dentro no limpian, les limpian. Así que cuando pude colarme por un pequeño hueco de la verja de fuera, llegué hasta una caseta donde había materiales de limpieza, uniformes, fregonas, etcétera. Y también estaba el pase de una trabajadora llamada Amalia, de unos cincuenta años. Era o todo o nada, por lo que me vestí de limpiadora, cogí el carrito y la fregona, me colgué el pase y entré. Bueno, no todo fue tan sencillo.

—¿Quién eres tú? —me preguntó un militar con una ametralladora bastante potente cuando salí de la caseta de limpieza.

—Ay, menos mal que te he encontrado. Me dijo Amalia que hablase contigo. Pues resulta que me contrataron ayer y me quedé dormida, Amalia me tapó, entonces yo hoy le devuelvo el favor. Pero ¿sabes lo peor de todo? Que me he dejado la identificación en casa y he tenido que coger la de ella. —Me marqué una actuación digna de un Oscar con lágrimas en los ojos.

—No puedes pasar —me dijo rotundamente.

—Es que si no me van a despedir. Mi madre está muy enferma y no puedo perder el trabajo. —Ahí ya lloré.

Empecé a contarle una retahíla de cosas y al final el pobre chico me autorizó la entrada con tal de no escucharme. Es una buena técnica, si no dejas hablar, terminan dándote la razón por pesada. Y

yo era muy pesada.

Pero, claro, ahí no terminaba todo, porque si entrar en la base fue relativamente sencillo, dar con el coronel resultó mucho más complicado. La base militar era un jodido laberinto. Eso sin contar con que estaba todo impoluto, no sé si Amalia sería la responsable, aunque si alguien un poco más avispado que el chico de fuera me hubiese visto en ese momento, me habrían metido en prisión de por vida. Así que me cogí un café en una máquina para poder tirarlo en el momento más oportuno.

Era una base bastante normal, no es que yo haya estado en muchas, pero, bueno, un edificio común y corriente con salas, puertas y demás cosillas. No había prácticamente nadie, entendí que las horas no acompañaban. Manrique sí se encontraba ahí dentro y debía encontrarlo. Estuve dando bastantes vueltas sin hallar ningún punto de referencia, hasta que me di cuenta de que, como todo en esta vida, la jerarquía iba por escalones, por tanto, si quería localizar a uno de los mandamases de la base militar, tenía que ir hacia arriba.

Cogí el ascensor, con mi carrito, y subí a la última planta. Nada más salir noté bastante más movimiento. Me cruzaba con gente uniformada y con algún otro sin uniforme, pero que llevaba carpetas… Me encontraba en el lugar correcto. Me quedaba tan bien mi disfraz de limpiadora que nadie se percató de que estaba ahí. Simplemente era invisible para todos, ni siquiera se dignaron a saludarme.

Conseguí dar con el despacho del coronel Manrique, estaba dentro y solo. Hablaba por teléfono bastante cabreado con alguien. No pude escuchar muy bien lo que decía, así que me quedé un rato en la puerta fregando la misma baldosa. Como no captaba nada y tampoco podía permitir que él me viese, porque seguro que se acordaba de mí, me metí en el servicio que había justo al lado. Lo dejé muy entretenido dando gritos. Tenía un plan que ejecutar.

Si algo he aprendido en la vida es que el agua y el fuego son dos elementos muy bonitos, pero que a casi nadie le gustan en exceso y mucho menos cuando se está trabajando u orquestando un plan maléfico. Puse el tapón en el lavabo, abrí el grifo y a continuación me fui de allí con mi carrito, porque cualquier persona que viese el desastre que se iba a montar llamaría a la limpiadora. ¿A quién le agradaría que se inundara una planta de la base militar?

Tuve que esperar más de lo que pensaba, no fue algo rápido, tardó su tiempo en dar frutos. Así que, muy pacientemente, aguardé en la esquina que daba a las escaleras de emergencia. Pronto descubriría si mi plan había sido efectivo.

El agua ya comenzaba a salir por debajo de la puerta del baño y Manrique seguía dando gritos como un energúmeno. La gente pasaba sin darse cuenta de nada hasta que el agua cubrió gran parte del pasillo y una mujer que caminaba por allí vestida de militar dio la voz de alarma. Entró corriendo en el baño y cerró el grifo.

—¿Quién es tan idiota de dejarse el grifo abierto? —dijo en voz alta ante la atenta mirada del resto.

Se formó un poco de barullo, lo suficiente para que el coronel Manrique se alertase, dejase el teléfono sobre la mesa y saliese a ver qué pasaba. En ese instante, mi momento de gloria, me acerqué como si fuese una trabajadora más de la base militar, tras haber robado del carrito de la limpieza una carpetilla, y, mientras todos permanecían de espaldas a mí, observando el baño, entré en el despacho y me fijé en el móvil que tenía la llamada en espera. «Chronos Pharmaceutics», eso es lo que ponía en la pantalla.

¿Una farmacéutica? No entendía nada, pero, justo cuando quise buscar a toda prisa alguna pista más o algún documento que me explicase mejor las cosas, escuché las pisadas del coronel que regresaba porque tenía una llamada urgente en espera. Me metí en un pequeño armario donde guardaba su ropa militar. Contuve la respiración y los nervios todo lo que pude para que no me pillase, porque de hacerlo no sabía si terminaría en una prisión o en una cuneta.

—Sí, sigo aquí —continuó con la conversación—. Me da exactamente igual, teníamos un trato y lo van a cumplir. Esto es un despropósito. Quemarán todos los documentos que me involucren en esto. Ustedes no saben con quién están hablando. Disponen de un día para darme explicaciones. —Colgó el teléfono muy enfadado.

Escuché cómo se servía una copa de coñac del pequeño minibar que había visto al entrar. Suspiré en silencio pensando en mi mala suerte, ahora se iba a tomar una copa tranquilamente. No sabía cuándo podría salir de ahí. Su teléfono volvió a sonar, me alegré al pensar que sacaría más información.

—Gutiérrez —contestó firme—. No, no se preocupe. Como le he comentado, nosotros no tenemos nada que ver con esto y las maniobras que yo realicé en su día ya se terminaron. Sin embargo, le aconsejo que dé carpetazo al caso, seguro que es algún chaval haciéndose el científico y lo único que va a conseguir es alertar a la población de algo de lo que todavía no poseemos suficiente información.

La conversación con él no duró más de dos minutos y básicamente le estaba diciendo de buenas maneras que cerrase el caso porque sí, no

sé lo que le contestaría Gutiérrez, pero él se quedó bastante satisfecho después de colgar, porque se bebió la copa de un trago y se levantó para salir del despacho, aunque antes realizó otra llamada.

—¿Ha parecido un suicidio o una muerte natural? —Esperó a que le contestasen—. Buen trabajo.

¿Se refería a Daniel? Ay, Dios mío, que estaba en el armario de un psicópata asesino. Por supuesto que él tenía algo que ver con todo esto y trataba de borrar sus huellas. Sería hijo de puta…

Conseguí salir del despacho y de la base militar sin que nadie me viese y me tocó correr para poder llegar a un lugar seguro y pedir otro taxi de regreso a casa de Paula. Me había quedado sin batería y necesitaba con urgencia cargar el teléfono para llamarla y contarle todo lo que había ocurrido. Bueno, tal vez adornaría un poco la historia para que no pusiese el grito en el cielo, pero tenía que ponerme en contacto con ella.

Al fin me encontraba en casa de Paula sana y salva, aunque no paraba de mirar a mi espalda por si me habían visto y me estaban siguiendo. Madre mía. De camino en el taxi estuve repasando mentalmente todo lo que había ocurrido. Las muertes comenzaron en la FICLASI, después Juanfer se suicidó, más tarde sucedió lo de sus padres, Alonso en coma, la chica de la universidad también muerta, lo que me pasó a mí al escuchar la música techno de la fiesta…, y todo esto tenía una relación directa con el coronel Manrique que, supuestamente, estaba ayudando a la investigación, pero que en ese momento quería que el caso se cerrase lo antes posible. Y la llamada a la farmacéutica. ¿Qué podía aportar una farmacéutica en todo esto? Eso era un eslabón que todavía no me terminaba de cuadrar. Y sobre todo ¿quién estaba alterando las pistas musicales para hacerlas nocivas e incluso mortales? Porque a pesar de que Manrique estuviese involucrado, dudaba mucho que fuese él quien llevara a cabo el trabajo sucio.

El camino se me hizo eterno, necesitaba hablar con ella y contarle que quien dio la orden de matar a Daniel fue Manrique. Por fin llegué a su casa. Subí corriendo las escaleras mientras escuchaba los ladridos de Henry. Él sabía que yo llegaba ya, qué listo era. En la puerta había un policía nacional custodiando la vivienda; Paula me lo había vendido como que prefería que me quedase allí, pero yo sabía que lo único que quería era vigilarme y tenerme controlada por mi bien. Aun así no les quedaba más remedio que dejarme salir a la universidad, por lo que pude irme sin dificultad.

Corrí en busca de mi cargador para poder encender el móvil lo más rápido posible. Maldita batería que se me había agotado en el momento menos oportuno. Mientras tanto, me puse a mirar el panel de investigación de Paula, me asombraba la capacidad de organización que tenía y cómo razonaba las cosas. Ella era sin duda la mejor criminóloga del mundo.

Miré varias veces el móvil, pero salía la señal de cargando sin que se encendiese. Joder, salí para ver si el policía de la puerta me dejaba el suyo para poder llamar y avisar de lo de Daniel, pero, cuando iba a salir, me topé con ella. Tal vez debería habérselo dicho nada más llegar, pero por lo que tenía entendido no todos los agentes de policía conocían los casos de la UIE y no había querido meter más la pata.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras? Vengo a ver cómo estás —me preguntó.

—¿Y el agente de la puerta?

—Ay, pues no lo sé, no había nadie cuando he llegado.

—Pasa —le dije angustiada porque el tiempo apremiaba.

Henry se quedó quieto al lado del sofá, qué bueno era y qué bien se portaba. Pensaba que se pondría como loco por recibir una visita, pero esta vez no fue así. Entré en la cocina para preparar un par de tés. Estaba muy nerviosa por no poder llamar a Paula.

—Pues estoy bastante mejor, la verdad —dije.

—Cuánto me alegro, estaba claro que las frecuencias sanadoras que uso en mis terapias te servirían de ayuda. La verdad es que menudo caso tenéis entre manos.

—Sí, es complicado, ¿eh? Pero, bueno, Paula es la mejor y no creo que tarde mucho en dar con el responsable de todo esto. —Metí la bolsa del té en la taza de agua hirviendo.

—No, para nada. Estoy de acuerdo contigo. Paula es la mejor en lo suyo y además, con una discípula como tú, qué más se puede pedir. —Se acercó a la cocina.

—Entiendo que todo esto te esté viniendo grande. Acudes un día a una FICLASI y, de pronto, pum, toda tu vida cambia radicalmente.

Hasta ahí iba todo bien, parecía que alguien más se preocupaba por mí y por Paula. Pero me di cuenta de su error, destapé su mentira.

Lo cierto es que aquello fue un jarro de agua fría y no por mí, sino por Paula. Aunque no la conocía demasiado, sabía que le costaba mucho confiar en la gente y abrirse al resto del mundo. Lo entendía, a mí me pasaba exactamente igual. Porque cuando la vida te ponía obstáculos, al final no te fiabas de nada. Y me dio una profunda pena darme cuenta de que no todas las personas cercanas a Paula eran de fiar.

También me dio una rabia horrible no haberlo visto antes. Qué pena que Paula o Tony no hubiesen sido conscientes ya de esto. Estaba claro que no todo era lo que aparentaba ser y este descubrimiento era un claro ejemplo de ello.

—¿Te ha contado Paula lo de la FICLASI? —le pregunté, pero ya sabía que la respuesta era que no.

Se abalanzó sobre mí con un paño de cloroformo. Intenté forcejear lo máximo posible y zafarme de lo que estaba a punto de ocurrir. No voy a negar que pasé mucho miedo, pero sobre todo tenía un sentimiento profundo de enfado. Lo intenté con todas mis fuerzas e incluso tiré cosas al suelo, al menos para que Paula, cuando llegase, viese las bolsitas de té y tuviese una pista de lo que había ocurrido. Lamentablemente no pude hacer nada más y lo siguiente fue despertar y estar atada con cadenas en una nave.

23

Qué harías si supieras que no puedes fracasar?». Esa frase me la dijo mi madre una vez. Me hizo reflexionar tanto sobre mí y mi vida que, cada vez que dudaba de todo, me resguardaba en aquellas palabras. Muchas veces no hacemos cosas o no nos atrevemos a hacerlas por el miedo al fracaso, por no saber gestionar la incertidumbre de lanzarte hacia algo que no tienes ni idea de cómo funcionará, y eso es un terrible error; porque, justo en el momento en el que más miedo da saltar, es cuando debes intentarlo. Y debemos hacerlo bajo la protección de esa frase: «¿Qué harías si supieras que no puedes fracasar?».

Mi mente había decidido darse un respiro obviando la realidad y creando un mundo inventado en el que descansar. Cuando caí redonda en la cama de aquella habitación 301, mi subconsciente dejó fuera de juego a mi consciente y creó un escenario perfecto para la ocasión.

—¿Dónde estamos? —pregunté a Tony mientras me extrañaba de que llevara puesto un traje.

—En algún lugar de tu mente. —Extendió su mano para coger la mía y me dio una vuelta cual bailarina. Entonces lo vi.

—Estoy vestida de novia —dije en alto.

—Es el día de nuestra boda —me contestó con una sonrisa.

A lo lejos de aquel inmenso y verde jardín, pude divisar una pérgola preciosa, con telas suaves y de color pastel que se enroscaban por las vigas y las flores que salían de ellas. Era un altar precioso. Era el altar que siempre había querido para el día de mi boda. Tal y como lo había imaginado. Había mucha gente, amigos de toda la vida, excompañeros, compañeros actuales, la familia y amigos de Tony… Por lo menos cien personas aguardaban a que nos diésemos el sí quiero. Nunca pensé que pudiésemos reunir a tanta gente.

—Toma, ábrelo cuando me digas que sí.

—¿Qué es, Tony? —le pregunté.

—La respuesta a todo.

Quise abrirlo en ese mismo instante cuando él se fue a esperarme en ese precioso altar, pero unos brazos fuertes y cálidos me agarraron por detrás y me regalaron el abrazo que tanto había anhelado durante los últimos años de mi vida. Ese tan inefable e imposible de describir.

Un abrazo inconfundible, de los de verdad, de los que se sienten tan profundos que, aunque el mundo entero estallase, seguiría sintiéndome a salvo.

—Papá. —No pude contener las lágrimas.

—Mi pequeña y dulce niña. —Se puso delante de mí, me sonrió y me quitó las lágrimas que me brotaban de los ojos.

—Te echo tanto de menos…, ¿dónde estamos? —Le volví a abrazar con fuerza.

—Estamos donde tú nos has traído, a esa parte de tu mente a la que has querido llegar.

—¿Y cómo puedo salir de ella? —pregunté.

—Con la respuesta.

De pronto me agarró el brazo y me condujo lentamente hacia Tony al son de la versión instrumental de «The Scientist» que tanto me gustaba escuchar. Todos estaban allí, emocionados por nuestra boda, felices por nosotros. ¿En qué momento tanta gente se había reunido para acompañarnos en ese día? Cuando mi consciente imaginaba nuestra boda, la veía como un acto íntimo, con pocos invitados. En mi ensueño, al lado de Tony, con una pajarita del mismo color que la suya, el ser vivo que más calor y amor me había dado en los últimos tiempos, mi mejor amigo, mi compañero, mi bastón: Henry.

Era todo tan bonito y perfecto que decidí dejarme llevar por el momento, aun sabiendo que mi padre ya no estaba allí y que esa boda solo era fruto de mi subconsciente y tal vez uno de mis deseos más profundos.

—Sandoval. —Qué alegría verla allí. ¡Qué guapa estaba vestida! Pero no me contestaba, solo sonreía con la mirada perdida—. ¿Sandoval? —Me acerqué a ella y le toqué el brazo, pero no respondía.

—Hija, ven. Déjala, todo está bien. Disfruta del momento. —Mi padre volvió a guiarme.

La seguía mirando, estaba totalmente paralizada, como inmersa en una especie de estado… catatónico. Ojalá todo hubiese continuado de la manera en la que esperaba que sucediese en realidad, pero lo malo del subconsciente es que no solo me revelaba los deseos más profundos, sino también los miedos. A medida que nos acercábamos a las primeras filas de invitados, pude divisar a Irene Herrera González, a Juan Fernando Salas, a Lucía Pereira, a Mateo Salas, etcétera. Todas las víctimas estaban allí, vestidas de boda esperando verme llegar al altar. Sin embargo, lo peor no fue eso, sino que la música se paró en seco y un inaguantable pitido comenzó a sonar sin que ninguno de los presentes se inmutase excepto Henry y yo.

La gente se quedó paralizada, petrificada, como si todos y cada uno de ellos se hubiesen convertido en estatuas o como si detrás de ese altar estuviese la Medusa castigando a los presentes a mirar las serpientes de su pelo para que se convirtiesen en piedra. Nadie respondía, nadie se movía. El tiempo se quedó paralizado. Henry corrió hacia mí sabiendo que lo que fuera que iba a ocurrir era tan malo que tenía que sacarme de allí. Mordió la cola de mi vestido de novia y tiró con todas sus fuerzas para que lo acompañase a un lugar seguro.

—¡Tony! ¡Papá! ¡Mamá! —Nadie me respondía.

Corrí con Henry a través de un bosque oscuro y frondoso intentando escapar de algo que ni siquiera sabía. ¿De qué huíamos?

—¡Paula, por aquí! —escuché una voz, era Susana.

Henry y yo corrimos lo más rápido que pudimos hacia ella, porque el bosque estaba desapareciendo a nuestras espaldas; el suelo se abrió como si un volcán hubiese erupcionado tan fuerte que hubiese roto la tierra. Como si el temporizador del desastre se hubiera activado y el mundo tuviese sus horas contadas y nosotros fuéramos los únicos supervivientes.

No era capaz de reaccionar y entender que toda mi vida, toda mi gente, se había quedado atrás. ¿Habría echado a correr si hubiese sabido que el mundo se desvanecía? Tal vez en aquel momento la libélula tomó la forma de Henry para indicarme una vez más que el mundo desaparecía con rapidez y que lo único que podíamos hacer era salvarnos a nosotros mismos.

—Paula, despierta, por favor, Paula. —Noté las manos de Tony en mi cara.

—¿Dónde estoy? —pregunté mientras conseguía abrir los ojos poco a poco.

—Menos mal. —Me abrazó.

—Te has desvanecido de repente —me dijo Gutiérrez a la vez que Henry me lamía la cara.

—¿Cuánto tiempo llevo desmayada? —pregunté.

—Dos minutos, no más —contestó De los Ríos.

Me levanté aún algo mareada y fui al baño a lavarme la cara con agua fría y a despejarme. Teníamos el tiempo en contra, Susana seguía secuestrada, Sandoval continuaba en estado catatónico y no sabíamos cuándo sería la próxima vez que aquel o aquellas personas actuarían de nuevo contra algún civil.

Salí del baño totalmente renovada. No había nada mejor que un poco de agua fría para despejarse. Henry me estaba esperando en la puerta. Nos miramos con esa complicidad que solo él y yo

conocíamos. Sentí que me había acompañado en mi sueño. Me agaché y lo besé en la frente.

—Tony, vamos a casa a ver si encontramos algo que nos arroje luz sobre dónde puede estar Susana. De los Ríos, mantenga a Manrique y a su séquito lo más controlado que pueda y vigile las interlocuciones policiales por si tenemos más víctimas. Gutiérrez, vaya con Sandoval, le mandaremos unas pistas de audio para que se las ponga con auriculares. Creo que puede ser beneficioso para ella. —Todos se quedaron perplejos de mi determinación en aquel momento. Tal vez pequé de arrogante, pero no había tiempo que perder, porque el mundo se desvanecía.

—¿Activamos el caso Muzak? —dijo Gutiérrez sonriendo con orgullo.

—Lo activamos —contesté.

Nos pusimos manos a la obra. Estaba segura de que Susana había dejado alguna pista o algo que pudiera llevarnos hasta la persona o las personas que la secuestraron. Esa chica era lo suficientemente inteligente como para hacerlo, sabiendo que yo buscaría cualquier indicio.

La casa estaba patas arriba, por lo que dedujimos que no solo habían ido a por Susana, quienquiera que fuese buscaba algo más. La lámpara de la entrada estaba rota en el suelo, supusimos que Susana hizo todo lo posible por escaparse de su secuestrador, aunque no obtuviera el resultado deseado. No dudaba en absoluto de que no tuvo que ser fácil para quien se la llevó a rastras.

Miramos palmo a palmo la casa. No encontramos nada fuera de lo normal. Todo estaba revuelto y desordenado. Los cojines y la manta por el suelo, los asientos del sofá levantado, los cajones abiertos, el panel de investigación totalmente destrozado, las tazas rotas por el suelo, unas bolsas de té sacadas de su caja… Era desesperante, no había nada de lo que tirar. La científica ya había pasado por allí esperando encontrar alguna huella, pero lo hicieron tan bien que no dejaron ni un solo rastro que pudiese ayudarnos a saber dónde estaba Susana. Tan solo encontraron un pañuelo impregnado de cloroformo. Supongo que sin dejarla fuera de juego hubiese sido imposible llevársela.

¿Qué estarían buscando? Nosotros no teníamos nada más que los análisis y los informes del caso Muzak, algo que, naturalmente, no creía que fuese de gran importancia. Por mucho que Manrique pensase que la UIE estaba involucrada en el uso de su proyecto, era imposible

que dispusiéramos de más información de la que ya tenían ellos. Entonces ¿qué buscaban?

Compañeros de la Policía Nacional custodiaron nuestro apartamento de nuevo, así que decidimos dejar a Henry allí al cuidado de uno de ellos que había sido entrenador de perros policía. No creía que volviesen a nuestra casa, pero, si habían secuestrado a Susana y habían dejado una nota de aviso para que cesáramos en nuestra investigación, no tardarían en ponerse en contacto con nosotros, tal vez pidiesen un rescate con relación a lo que estaban buscando y no encontraron en nuestro apartamento. Estaba profundamente preocupada por ella y, aunque una parte de mí sentía tranquilidad por saber que Susana era extremadamente resuelta en todo, el hecho de que estuviese en peligro me tenía inquieta.

Sin embargo, había algo que me revolvía aún más, y era poner en conocimiento de Raúl, su padre, la situación. Tony me dijo que esperase a que tuviésemos alguna comunicación de parte del secuestrador para poder ofrecerle respuestas a todas las preguntas que nos hiciera. Al fin y al cabo, Susana estaba con nosotros como parte de unas prácticas universitarias y mantener su integridad era nuestro cometido. Me sentía responsable de lo que había sucedido; de hecho, era la única responsable de todo aquello. Nunca tendría que haber permitido que Susana entrase como parte de nada en una investigación de este calibre.

Hice de tripas corazón para entrar en la habitación de Sandoval y allí fue donde Gutiérrez nos entregó dos móviles nuevos y no rastreables para que pudiésemos comunicarnos entre nosotros. Tan solo usaríamos ese dispositivo para cuestiones laborales y enmarcadas en el caso Muzak. No podíamos arriesgarnos de nuevo. Me fui al control de enfermería para que me dejasen llamar por teléfono; necesitaba hablar con mi madre y avisarla de que, en los próximos días, no podríamos telefonearnos. Mientras tanto, Tony y Gutiérrez comenzaron a reproducir la música que pensaba que podía ser beneficiosa para Sandoval. No teníamos nada que perder.

—Dígame —contestó con su dulce voz.

—Mamá, soy yo.

—Hola, hija, ¿desde dónde me llamas? No reconozco el número de teléfono —preguntó.

—Eso no importa ahora, mamá, te llamo porque voy a estar sin móvil una temporada y no quiero que te preocupes, ¿vale?

—Ay, hija…, ¿qué ocurre?, ¿estás bien? —No podía evitar ser

protectora.

—Sí, mamá. Solo que estamos en medio de una investigación y debemos tener cuidado. Yo te llamo cada vez que pueda. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, hija, estoy segura de que sabrás encontrar la respuesta a todo. —Colgamos.

El poder tranquilizador que tenía la voz de mi madre era un auténtico elixir para mi ansiedad y mis preocupaciones. Qué importante era para mí su simple existencia y qué afortunada me sentía por tenerla como madre.

Cuando volví a la habitación de Sandoval, no había nadie. Al no ver su cama me temí lo peor, así que salí corriendo de nuevo al control de enfermería para preguntar dónde se habían llevado a mi amiga y dónde estaban mi superior y el inspector Herrero.

—Pues… no figura que se la hayan llevado a ninguna prueba —me respondió la enfermera.

—¿Cómo que no? Mírelo bien, han sido cinco minutos lo que he estado fuera de la habitación.

—Paula, venga conmigo. —El doctor Atienza me tocó el brazo y con una mirada cómplice me hizo seguirle.

—¿Dónde está Sandoval? —le pregunté.

Él me respondió con un gesto. Tenía que seguirle y debía hacerlo sin levantar sospechas. Sandoval y los demás estaban en una sala de tac antigua y en desuso. El doctor Atienza me indicó el camino hasta el semisótano oscuro y frío que el hospital tenía como almacenaje. Por el camino me contó que el comisario principal Gutiérrez le había explicado con pelos y señales lo que habíamos averiguado sobre el sonido y las consecuencias que habíamos apreciado desde que lo descubrimos. Decidió meterlo dentro del programa del caso Muzak como médico adjunto. Pudo ver los informes relacionados con Sandoval y con las víctimas y hacerse una idea de la dificultad de la situación. Estaba totalmente alucinado a la par que cautivado con nuestra investigación. Tal y como me dijo, en sus años de carrera profesional como neurólogo, nunca había visto nada semejante y el simple hecho de poder estudiar *in situ* a un paciente afectado por una patología tan extraña como las frecuencias sonoras hizo que pusiese sus cinco sentidos en Sandoval.

Según el doctor Atienza, la catatonia seguía siendo una misteriosa condición a caballo entre la neurología y la psiquiatría. Sin embargo, tenía una teoría que había escuchado en una ponencia de neurología en Boston. Esta señalaba que la catatonia podía ser un comportamiento similar a la táctica y habilidad de algunos animales

de fingir estar muertos para poder sobrevivir, la tanatosis. La acción de quedarse inmóviles para poder escapar de las garras de su depredador era un método bastante eficaz en algunas ocasiones porque, normalmente, los depredadores se sentían atraídos por la comida viva y fresca, y cuando veían a su presa inmóvil, solían cesar su caza.

Esto tan solo era una hipótesis y, aunque pareciera un disparate, ¿quién podía asegurar que el cerebro humano no tuviese la capacidad de defenderse de un agente externo de la misma manera? Ya lo sabíamos, el cerebro era el órgano más estudiado del cuerpo y del que menos se sabía. Tal vez la catatonia fuese una respuesta defensiva ante estímulos de los que el cerebro debía protegerse.

Pero había una certeza absoluta en el estado catatónico de cualquier persona y era que su cerebro seguía funcionando y que eran conscientes, aunque no pudieran moverse. Por eso el doctor Atienza quería realizarle a Sandoval otro tac, de manera extraoficial a petición de Gutiérrez, para ver la actividad cerebral en tiempo real mientras escuchaba música bajo las frecuencias sanadoras que podían regenerar el cuerpo humano y devolverlo a un estado de consciencia total.

Cuando el doctor y yo entramos en la antigua sala, Sandoval ya estaba en la camilla junto con Tony y Gutiérrez. El doctor Atienza no quiso involucrar a ningún compañero sanitario más, por lo que se hizo cargo en exclusiva de esto. Además, podía servirle para sus futuras investigaciones al respecto.

La idea era realizarle una tomografía axial computarizada del cerebro a la vez que escuchaba lo que habíamos denominado música sanadora para que la generación de los múltiples planos cerebrales, que normalmente se veían a través del diagnóstico por imágenes, ofreciera alguna clave al doctor Atienza.

El *gantry* del tac comenzó a funcionar girando sobre sí mismo, para aportarnos la mayor información posible. Gutiérrez, Tony, Atienza y yo estábamos tras una cristalera observando en los monitores la actividad real de Sandoval. Al principio, el doctor Atienza quiso mostrarnos cómo era una actividad cerebral sin música para poder explicarnos que su cerebro había sido víctima de una especie de trastorno por estrés postraumático. Nos iba exponiendo muy detalladamente qué zonas del cerebro se veían iluminadas por esta circunstancia. Sin embargo, también apreciaba claros signos de un trastorno depresivo: un aumento focal de la actividad en el tálamo, una difusa reducción de la actividad en el lóbulo frontal… Por eso le costaba tanto entender lo que estaba sucediendo, desde un punto de vista médico no tenía ningún sentido para él la situación; sin embargo,

cuando supo lo que estaba ocurriendo en realidad, comprendió que no todo era lo que parecía.

Una vez explicado el funcionamiento actual de su cerebro, sin un agente externo que pudiese alterarlo, el doctor Atienza me pidió que entrase en la sala para colocar un dispositivo de música a cierta distancia del tac. En esta ocasión no podíamos ponerle unos auriculares para que escuchase la música, pues era de vital importancia que no hubiese ningún artículo dentro de la máquina que pudiera afectar su campo magnético.

—Bien, Paula. Ponla a un volumen sutil para no alterar en exceso la situación —me indicó el doctor Atienza.

Así lo hice. Los tres estábamos ansiosos por ver los efectos de la música en el cerebro a tiempo real. Todos sabíamos que cualquier estímulo hacía que el cerebro funcionara de una manera u otra, pero verlo en persona a través de las imágenes que nos ofrecía esa prueba fue algo impresionante y abrumador. Los colores que marcaban las diferentes áreas del cerebro comenzaron a moverse y a parpadear, como si Sandoval tuviese dentro de su cabeza una orquesta iluminada. Parecía que la Navidad había llegado a cada uno de sus rincones cerebrales.

—¿Qué significan todos esos movimientos, doctor? —preguntó Gutiérrez.

El doctor Atienza estaba perplejo, totalmente inmerso en aquellas imágenes que, a juzgar por su rostro, ni él mismo lograba entender.

—¿Ven esta zona? —nos preguntó señalándola—. Es el hipocampo, tiene una fuerte relación con la memoria y también con la tristeza.

—Está muy activo, ¿no? —dijo Tony.

—Así es. Paula, cambie de canción. —Pasé a la siguiente.

Fue asombroso el brutal cambio que el cerebro de Sandoval sufrió ante otra música diferente. Una música más ambiental, con sonido de lluvia, con sonidos de la naturaleza, pero con una melodía realmente bonita.

—Miren, miren esto. —Señaló de nuevo la imagen.

Justo en ese preciso momento, cuando el doctor Atienza indicó otra zona del cerebro, vimos cómo Sandoval comenzaba a respirar más y más rápido y a emitir un leve sonido en su garganta.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté asustada.

—Le está subiendo el ritmo cardiaco —contestó el doctor.

—¿Por qué? —preguntó Tony.

—Miren, miren esto. Es el sistema límbico y la pequeña estructura que ven aquí es la amígdala.

—Dios santo, está totalmente iluminada —dijo Gutiérrez.

Era asombroso ver los cambios que estaba sufriendo su cerebro, pero en ese instante a mí solo me importaba que la frecuencia cardiaca de Sandoval y su respiración estaban aumentando por segundos y su cerebro tampoco se quedaba quieto. Abrí la puerta de golpe y apagué el altavoz de inmediato.

—Paula, ¿qué haces? —me preguntó Tony extrañado.

—Estaba sufriendo. No dejaré que sufra más de lo estrictamente necesario para averiguar cómo sacarla de este maldito trance. No voy a convertirla en un conejillo de indias.

—Paula, necesitamos averiguarlo todo. ¿Por qué crees que estaba sufriendo? —Quiso saber Gutiérrez.

—Porque la zona del cerebro que se ha activado…

—Es la del miedo —concluyó el doctor Atienza.

Me senté en una silla al lado de Tony, necesitaba pensar, porque la situación estaba empezando a desbordarme. ¿Estaríamos haciendo lo correcto o estábamos jugando con fuego al hacer esas pruebas con Sandoval? No podía evitar pensar que lo que estábamos probando podía producirle un daño cerebral irreversible y no iba a consentir que eso ocurriese bajo ningún concepto.

—Paula, se supone que esta música es sanadora, ¿no? A Susana la ayudó.

—No todos los cerebros son iguales, inspector —apuntó el doctor —. Sin embargo, tal vez otra pista musical nos sirva para sacarla de su estado catatónico. Lo que está claro es que funciona. —En eso tenía razón.

—Solo una canción más y, si no ve lo que busca, lo dejamos — acepté.

Las pistas musicales apenas estaban nombradas, solo tenían códigos y números de frecuencias. La que pusimos antes y que tanto malestar había creado en el cerebro y por ende en el cuerpo de Sandoval estaba a cuatrocientos cuarenta hercios, por lo que instintivamente pulsé la pista musical de cuatrocientos treinta y dos hercios, porque si alguna frecuencia podía armonizar los campos energéticos, reconectar y equilibrar a Sandoval era esa. Respiré profundo, cerré los ojos y volví a rezar a ese Dios en el que no suelo creer para implorarle que ayudase a mi amiga.

La música sonaba de forma sutil, el tac comenzó a funcionar de nuevo. Tony y Gutiérrez no podían quitar la vista del monitor y yo no era capaz de abrir los ojos. La respiración del doctor Atienza también se aceleró como una respuesta obvia ante la incertidumbre que sentía por el experimento que estábamos llevando a cabo. No era una ciencia exacta, no sabíamos lo que ocurriría.

En mis recuerdos pude regresar de aquella boda soñada, aquel vestido de novia, aquel bosque siniestro y Sandoval inmóvil ante mí. Ojalá aquello también fuese una terrible pesadilla de la que me pudiese despertar.

Lo bonito de tener una pareja como Tony era que siempre respetaba mis tiempos y mis espacios. Yo siempre había sido una persona con unos tiempos muy marcados y se me notaba perfectamente. Se palpaba cuándo quería estar sola, se veía cuándo no tenía ganas de hablar… Sin embargo, él también sabía cuándo necesitaba una mano que me sostuviese. Se sentó a mi lado dejando el monitor entero para Atienza y Gutiérrez, me agarró la mano y me dijo:

—No los abras, solo quiero sentarme contigo, agarrarte la mano y rezar a ese Dios al que pocas veces acudes. Todo saldrá bien. —Sentí sus labios en mi mejilla y su brazo rodeando mi cuerpo sin soltarme la mano.

Nunca fui de expresar mis sentimientos a viva voz. Tony me conocía y sabía lo importante que era Sandoval para mí, el vínculo que habíamos creado y lo preocupada que estaba por ella. Resoplé, Susana también se metía en mi memoria.

—La encontraremos, te lo prometo. —Qué fácil era hablar sin palabras con él.

Solo entreabrí los ojos para poder ver la expresión de Gutiérrez y hacerme una idea de lo que pasaba con esa canción a cuatrocientos treinta y dos hercios, se le notaba desconcertado y desde donde estaba sentada con Tony no alcanzaba a ver las imágenes del monitor. El doctor Atienza, en un impulso desmedido, se levantó de la silla, echándola hacia atrás, se puso las manos detrás de la nuca, resopló y, cuando pensaba que todo esto había sido un terrible error, se giró, me miró y me dijo:

—Funciona.

24

Se podían escuchar los gritos desde la puerta de la central. Las calles de Madrid aún no estaban puestas, el frío matutino se adueñaba de la respiración de los viandantes y tan solo unos pocos compañeros habían llegado a esas horas a su puesto de trabajo. Tony y yo nos apresuramos a entrar, pues habíamos reconocido su voz de inmediato. Nuestros compañeros de la Policía Nacional llevaban diez minutos intentando calmarlo sin saber bien qué ocurría ni qué decía aquel hombre de aspecto rural que había ido a tan temprana hora a la central de la Unidad de Intervenciones Especiales.

—¡Quiero saber dónde está mi hija! ¡Ya! —gritaba sin parar.

—Señor Pacheco. —Se giró y me fulminó con la mirada.

—¿Dónde está mi hija? —Su grito fue aún más alto que el anterior y se acercó hasta mí con una clara actitud agresiva.

—Eh, no se pase. Apártese de ella y entre en esta sala —le dijo Tony poniéndose delante.

Les dijimos a nuestros compañeros que nosotros nos ocupábamos de él y todo retomó la normalidad allí. Antes de hablar con el padre de Susana fui a la máquina de café a por una tila para él. No me hacía falta saber de dónde venía tanta ira y desesperación, pero ¿cómo se había enterado del secuestro de Susana? Entré en la sala y le ofrecí la bebida.

—Que me digáis dónde cojones está mi hija, no lo vuelvo a repetir.

—Señor Pacheco, entiendo su preocupación, pero… —No me dejó terminar.

—Pero nada, Paula, pero nada. Quiero respuestas ya. —Dio un golpe en la mesa.

—Primero necesitamos saber cómo se ha enterado de que Susana ha desaparecido, es de vital importancia, Raúl —le dije bajando mi tono para que se calmase.

—Hace seis horas recibí este mensaje en el móvil. Me percaté de él hace cuatro. He cogido el coche y he venido hasta aquí lo más rápido que he podido.

Raúl había recibido un SMS desde un número demasiado largo como para ser un teléfono móvil, parecía de una centralita o algo parecido. Enseguida traspasamos el móvil a ciberseguridad para que

analizaran el mensaje y saber de dónde venía. El texto era claro y conciso: «Susana está retenida en contra de su voluntad, dígale a Paula Capdevila y a su equipo que dejen de investigar, solo de ese modo volverá sana y salva».

Tras leerlo, Tony y yo nos dispusimos a contarle paso a paso lo que había ocurrido y, sobre todo, por qué no le habíamos contado nada. Naturalmente, su estado alterado le impedía pensar con claridad y procesar la información que le estábamos dando, pero al final comprendió que, sin tener pruebas reales sobre el presunto secuestro de Susana, no podíamos poner en su conocimiento nada. De hecho, él mismo fue la clave para confirmar que Susana había sido retenida en contra de su voluntad como garantía para que nosotros dejásemos de investigar de inmediato. Si no se hubiera presentado en la central y no nos hubiese mostrado el mensaje, todavía estaríamos trabajando sobre hipótesis y con sospechas acerca de la desaparición de Susana.

Cuando estábamos a punto de terminar de contarle todo, o al menos cuanto podíamos decirle, nuestro compañero entró con el móvil de Raúl. Tenía una llamada entrante del mismo número largo desde el que le habían escrito el mensaje.

—Coja la llamada y venga. Rápido —le dijo nuestro compañero.

Necesitábamos ir a otra sala para rastrear la conversación.

—Hable todo lo que pueda, cuanto más tiempo lo mantenga en línea, mejor —le indicó Tony.

Nos sentamos alrededor de una mesa ovalada. Tony y yo, en los extremos más estrechos; Raúl y nuestro compañero, en los más largos. Mientras nuestro compañero ajustaba todos sus instrumentos para intentar rastrear el número, Raúl descolgó el teléfono y se quedó callado ante el miedo que le provocaba la situación. Si algo tenía claro es que aquello le quedaba grande a cualquiera.

—El mensaje es muy simple: si no dejáis de investigar, Susana no volverá a casa. —Una voz distorsionada asomó al otro lado del aparato.

—¿Dónde está mi hija, hijo de puta? Quiero hablar con ella. —El miedo se transformó en cólera.

—Su hija estará a salvo mientras no sigan metiendo las narices donde no les llaman —respondió el secuestrador.

—Necesitamos una prueba para saber que Susana sigue con vida, si no, no hay trato —dije contundente.

La voz distorsionada colgó la llamada. El padre de Susana se llevó las manos a la cabeza y rompió a llorar de forma desconsolada mientras nos insultaba y nos increpaba por lo que había sucedido. No le culpaba, yo hubiese hecho exactamente lo mismo de estar en su

situación. Pero de pronto el teléfono volvió a sonar.

—Acaban de recibir un mensaje con un vídeo de Susana —aseguró la voz.

En efecto, mientras la llamada seguía activa, pudimos ver a Susana con un pañuelo en la boca, maniatada por el torso a una columna en lo que parecía ser una nave abandonada. Se movía sin dificultad dentro de lo que le permitían las ataduras e intentaba hablar sin éxito a través de la mordaza. Buena señal, no había sido agredida.

—Dejen de investigar ya. —La llamada se cortó de nuevo.

El padre de Susana, con un tono más esperanzador, nos preguntó si podíamos fiarnos de que ese vídeo fuese en tiempo real y que no hubiese sido grabado con anterioridad. No podíamos responderle a eso, pero lo que sí podíamos asegurarle es que, si hubiesen querido dañar a Susana, ya lo habrían hecho.

Le pedimos que se quedase en Madrid unos días por lo que pudiese suceder. Lo alojamos en un hotel céntrico para tenerlo lo más cerca posible. Mientras tanto, Tony y yo seguíamos haciendo todo lo posible por localizar a Susana.

Vi el vídeo en bucle una y otra vez, en busca de algo que pudiera ayudarme a saber dónde tenían retenida a Susana. A juzgar por las imágenes, Susana estaba allí desde el principio. Había varios envoltorios de comida rápida y botellas de agua por el suelo, lo que me empujaba a pensar que la habían estado alimentando desde el primer momento. Eso me tranquilizaba bastante.

No creía que los secuestradores o el secuestrador quisiese matar a Susana ni hacerle ningún daño. De hecho, ni siquiera pensaba que quien estuviese detrás del suceso tuviera la más mínima experiencia. Muchas veces, aunque cueste creerlo, el secuestrador también tiene miedo y más aún cuando su único fin es chantajear. El secuestro se produce única y exclusivamente con el fin de obligar a alguien a que haga o deje de hacer algo y las motivaciones pueden ser muy diferentes: desde económicas, que suele ser el objetivo más habitual de todos, hasta la venganza, la trata de personas, los prisioneros políticos… Sin embargo, aquí nos encontrábamos ante una motivación clara de poder, que en estos casos surgía de la necesidad de cumplir un plan preciso y personal. Procuraban ejercer influencia sobre los demás a través del secuestro. Porque nuestro secuestrador o nuestros secuestradores buscaban que dejásemos de investigar el caso Muzak y qué mejor manera de hacerlo que raptando a Susana, la persona más vulnerable de nuestro equipo.

Paré el vídeo y volví a ponerlo desde el principio. Susana estaba amordazada, con las manos atadas y el cuerpo amarrado a una

columna en lo que parecía una nave abandonada sin ventanas, pero la luz que caía sobre su cabeza evidenciaba aperturas o cristaleras en el techo de la misma. Por otro lado, las paredes eran de ladrillo visto, y el suelo, de cemento sin terminar. Había cables que salían de las paredes y algún otro del suelo. Susana intentaba hablar sin éxito, la mordaza se lo impedía. Se percibía un ligero ruido como si la persona que estuviese grabando tuviera sus dedos tapando el micrófono del móvil. Sin embargo, después de verlo muchas veces pude distinguir otro sonido. Sonaba un avión.

—Tony, ¿lo escuchas? —le dije señalándome el oído, como si eso fuese a hacer que él escuchase mejor.

—Es un avión —contestó.

—Exacto, suena un avión.

—Pero no es un avión cualquiera. —Sonrió.

—¿No?

—No. —Volvió a poner el fragmento del vídeo donde sonaba el avión.

—Es un McDonnell Douglas F/A-18. —Siguió sonriendo.

—¿En cristiano, por favor? —le dije.

—Es un caza, así que…

—Está cerca de la Base Aérea de Torrejón de Ardoz. —Sonreímos los dos—. Tony, eres un genio. —Lo besé.

—Nos vamos.

¿Podía un sonido conducirnos al lugar donde retenían a Susana? Qué paradójico, pero era así. Se mandaron numerosos efectivos para que rastrearan todas las naves abandonadas cerca de la Base Aérea de Torrejón de Ardoz.

Gutiérrez y De los Ríos seguían escondidos en el hotel situado en las Cuatro Torres. Habíamos decidido que él se mantuviese allí con De los Ríos y nosotros continuásemos para no levantar sospechas. Pero el comisario, ante las pocas dudas que le quedaban sobre la relación de Manrique y su proyecto con el secuestro de Susana y con las muertes de todas las víctimas, se fue directo a la base aérea para encarar al coronel.

Éramos conscientes de que todo esto iba a marcar un antes y un después, y no solo porque un alto mando del ejército estuviese relacionado con multitud de muertes extrañas, sino porque si ese intento de proyecto que había quedado en un experimento inmoral salía a la luz, los daños podrían ser irreparables.

—Tony, la tenemos, tiene que estar ahí. Solo hay diez naves con las

características que hemos visto en el vídeo cerca de la Base Aérea de Torrejón de Ardoz. Tiene que estar. —Revisaba la logística de las naves con nerviosismo, teníamos que dar con ella.

—Inspector Herrero, solo quedan tres naves por registrar, no hemos encontrado nada de momento —le informó un compañero por la radio policial.

Habían enviado efectivos desde Torrejón para no perder ni un solo minuto.

—De acuerdo, agente. Sigan, no hay tiempo que perder. Enseguida llegamos.

Volví a sentir ese aire cargado de adrenalina y tensión que Madrid nos lanzaba a través de las ventanillas del coche de Tony. Hacía mucho tiempo que Tony no conducía tan rápido. Parecía que hasta las sirenas del coche lucían y sonaban más que nunca. Los coches se apartaban como si hubieran preparado una coreografía para permitirnos avanzar a esa velocidad.

La radio del coche se activó, habían encontrado la nave donde retenían a Susana. «Menos mal», pensé para mis adentros, pero algo en esa llamada me hizo entender que algo no iba bien. Llegamos muy pocos minutos después a la dirección que los compañeros nos habían facilitado, justo en ese momento un caza despegó de la base haciendo exactamente el mismo sonido que se escuchaba en el vídeo. La nave era aún más siniestra de lo que parecía en las imágenes. La fachada estaba llena de grafitis, algún agujero en las paredes y las ventanas del tejado reventadas. Hacía frío y se podía respirar el aroma a abandono que tenía aquel lugar. Me puse a correr sin esperar a Tony.

—¡Susana! —grité.

Los compañeros de la Policía Nacional me miraban mientras corría, sabiendo que no me iba a gustar nada lo que me encontraría. Mi malestar aumentaba por segundos y detrás de mí corría Tony más rápido aún. Por fin entré en la nave, era grande, diáfana y fría. Los flashes de la científica me indicaron en qué columna habían amarrado a Susana. Los envoltorios de la comida, las botellas de agua…, todo estaba alrededor de esa maldita columna.

—¡Susana! —volví a gritar.

—No está, señorita Capdevila, cuando hemos llegado, no había nadie —me dijo un policía nacional.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser? ¡Estaba aquí! —me angustié.

—Paula, tranquila. —Tony me abrazó.

No podía ser cierto, quienquiera que fuese o fuesen los responsables iban un paso por delante de nosotros todo el maldito tiempo. Pegué una patada a una de las botellas de agua que estaba en

el suelo, cuando mi teléfono volvió a sonar de nuevo. Sin embargo, esta vez no era Marta ni mi madre ni Gutiérrez, era un número demasiado largo, tan largo que ya lo había visto antes en el móvil del señor Pacheco. Tony se quedó expectante, descolgué la llamada y lo puse en manos libres.

—No la vais a encontrar hasta que paréis de verdad —dijo la voz distorsionada que se escondía tras esa llamada.

—Como le hagas algo te juro que… —No me dejó terminar.

—Paula, eso dependerá de vosotros. —Colgó el teléfono.

Grité de rabia ante la atónita mirada de mis compañeros. Le dije a Tony que fuésemos de inmediato a la base aérea, si Gutiérrez había aparecido antes de lo esperado para hablar con Manrique, este último pudo avisar para que sacaran a Susana antes de que llegásemos el resto.

Nos dirigimos a una larga y extensa calle presidida por una gran piedra a su entrada en la que ponía: EJÉRCITO DEL AIRE. BASE AÉREA TORREJÓN DE ARDOZ. Tenía tanta rabia dentro de mí. Cómo se podía jugar con la vida de las personas de esa manera siendo un experimento militar. Cuando por fin logramos entrar en el despacho donde se encontraba Gutiérrez, tras identificarnos varias veces, el tono alto de nuestro comisario principal sobrepasaba el de Manrique.

—Gutiérrez, le estoy diciendo que no tengo nada que ver con la desaparición de la chica. Sus acusaciones son muy graves. —El coronel Manrique estaba visiblemente cabreado.

—Está mintiendo —le dijo Gutiérrez.

—Vaya, hombre, los que faltaban. Por favor, acomódense —nos dijo Manrique sarcástico.

—¿Dónde está Susana? —No pude aguantarme.

—¡Ya está bien! —gritó dando un golpe en el escritorio—. No voy a consentir ni una sola acusación más. Siéntense de inmediato y hablemos tranquilamente.

Gutiérrez, Tony y yo nos sentamos con el ceño fruncido, haciendo caso de su imperativo, pero sin fiarnos de lo que vendría después. Necesitábamos respuestas, pero con gritos, acusaciones y excusas no conseguiríamos nada. Sentía que el coronel Manrique tenía mucho que contarnos y que tal vez estuviera diciéndonos la verdad.

—Miren, creo que ya es hora de poner las cartas sobre la mesa de una vez por todas. —Y abrió el primer cajón de su escritorio.

De allí sacó un expediente bastante grueso y se lo lanzó a Gutiérrez al borde de la mesa.

—Esto que van a escuchar ahora es alto secreto, aunque creo que alguien ya se lo ha contado por encima.—Se refería a De los Ríos—.

Sin embargo, está equivocado en muchas cosas. —Parecía dolido con el teniente.

—«Proyecto Hertz» —leyó Gutiérrez en alto la primera página de ese expediente.

—Así es. Proyecto Hertz es como denominamos a esta investigación, en honor a Heinrich Rudolf Hertz.

Y en ese momento fue cuando nos contó de principio a fin en qué consistía el experimento. Este físico alemán consiguió producir ondas electromagnéticas, midiendo su longitud de onda y velocidad. Aunque solo fue la punta del iceberg, pues antes Michael Faraday había descubierto la inducción electromagnética. Posteriormente James Clerk Maxwell modeló de forma matemática los descubrimientos de Faraday sobre el electromagnetismo. Las ondas electromagnéticas que especuló Faraday en su día, junto con los estudios sobre las vibraciones de rayos que fueron predichas matemáticamente por Maxwell, pudieron producirse en el laboratorio de Hertz. De ahí el nombre.

El caso es que bajo la atenta mirada y escucha de todos nos explicó que el Proyecto Hertz tenía como finalidad mejorar una nueva modalidad de tecnología militar basada en el uso del sonido y su potencia como arma. Es decir, un arma sónica. Este proyecto había sido en todo momento un alto secreto, fundamentalmente porque durante varios años lo que hicieron fue analizar y estudiar su alcance real. Me sorprendió cómo Manrique nada más empezar se declaró único y exclusivo responsable de todo lo que estaba ocurriendo, pues era él quien dirigía el experimento.

—En definitiva, conseguimos nuestro objetivo y mejoramos de forma exponencial el uso del sonido como arma. Sin embargo, en un momento dado, nos dimos cuenta de que los hercios tenían una gran importancia y relevancia en todo aquello. Así que investigamos y estudiamos los efectos de las diferentes frecuencias en el cerebro de un ser vivo —siguió explicando.

—Y, de un ser vivo, pasaron a un ser humano, ¿correcto? —dijo Tony.

—Correcto. Tras muchos y muchos experimentos con cerebros no humanos, pasamos a trabajar con cerebros de personas que por propia voluntad, y muy bien remuneradas, quisieron participar en ello.

—¿Conocían los riesgos a los que se enfrentaban? —pregunté capciosamente.

—Sí, señorita Capdevila. Se les explicó punto por punto cuáles eran los riesgos. Sin embargo, estos no eran nocivos ni perjudiciales para la salud.

—Murió gente, Manrique —aseguró Gutiérrez enfadado ante una mirada de condescendencia que el coronel le lanzó para que lo dejase terminar.

—Los experimentos en cerebros humanos que hicimos con diferentes frecuencias no eran peligrosos para los voluntarios. Estaba todo sumamente controlado y orquestado para que ninguno de ellos sufriese un solo daño. Pero la codicia de nuestra mejor neurocientífica hizo que todo el proyecto se fuese al garete y fuese suspendido con efecto inmediato. Las ansias de poder pudieron con ella y empezó a alterar las frecuencias seleccionadas.

—¿Por qué redujo el equipo del proyecto a solo cuatro personas dejando a un lado a De los Ríos? —pregunté.

—Porque aun sospechando que algo estaba ocurriendo, señorita Capdevila, usted bien sabrá que hay que tener pruebas para demostrarlo. Reduje el equipo a las únicas cuatro personas que podían estar alterando los estudios sin tener en cuenta la integridad física, mental y emocional de los participantes. De los Ríos se quedó fuera del proyecto porque jamás dudé de su rectitud y honradez.

—¿Y por qué no lo denunció? —preguntó Gutiérrez.

—Se suspendió con efecto inmediato, pero aquella perturbada huyó con toda la información que habíamos recabado durante tantos años.

—Hubo un científico que fue asesinado en Bruselas —señaló Tony.

—Sospechamos que fue ella la culpable. Desde entonces está en busca y captura. —Se le notaba afectado—. Miren, pueden poner en tela de juicio los experimentos y proyectos que llevamos a cabo para la salvaguarda de nuestra patria. Incluso pueden ver inmoral que uno de ellos se centrase en el control de mentes, porque sí, es lo que pretendíamos. Pero bajo ningún concepto les voy a permitir que juzguen sin conocer toda la información y, llegados a este punto, me da hasta igual. El Proyecto Hertz ha sido sin duda una mancha en mi expediente y de lo que más me arrepiento en esta vida. Y lamento, pero también deduzco que entenderán, mi posición de dejarlos al margen de esto.

—¿Por qué nos cuenta esto ahora? —Había algo que no me cuadraba.

—Porque gracias a ustedes hemos encontrado a esa maldita majadera. Al principio pensábamos que usted y ella colaboraban; sin embargo, con el tiempo entendimos que no.

—¿Perdone? ¿Colaborar con quién? —pregunté sobresaltada y sin comprender nada.

—Silvia Sánchez-Arjona, la neurocientífica de la que les estoy hablando. —Los ojos de Gutiérrez, Tony y los míos se abrieron como

platos mientras sacaba otro expediente más.

¿A qué narices se refería con colaborar con ella? Me entregó ese expediente con solapas de cartón marrón y un clip sujetando ambos extremos. ¿Qué había ahí dentro que pudiera relacionarme a mí con esa perturbada? Supongo que la vida es tan caprichosa que puedes tener contacto con decenas de personas trastornadas sin saberlo. Abrí el expediente. Silvia Sánchez-Arjona, neurocientífica especializada en neuroeducación y optimización de capacidades. Y su foto.

Puedo prometer que en aquel momento mi corazón se detuvo con tanta fuerza que ni siquiera fui capaz de reaccionar. En la foto pude ver una mujer con el pelo de otro color, unos cuantos años menos y una sonrisa indicadora de que algo no estaba bien en ella. Sin embargo, lo que hizo que mis pulsaciones bajasen a cero fue que yo la conocía. Es más, había confiado en ella por completo. Pero para mí no era Silvia Sánchez-Arjona, sino Marta, mi terapeuta.

25

Cuando entré por la puerta de casa, lo único que pude hacer fue echarme a los brazos de Henry. El apartamento seguía manga por hombro después de que Marta o, mejor dicho, Silvia Sánchez-Arjona, secuestrase a Susana. Claro, cómo podía haber sido tan fácil para un secuestrador cualquiera llevarse a Susana; la única manera de que eso ocurriese era si ya se conocían y habían establecido cierta confianza. ¿Cómo iba a pensar Susana al abrirle la puerta que era ella quien estaba detrás de todo esto? Nadie lo hubiese imaginado.

Me dispuse a recoger el desastre. En aquel momento deduje que Susana, avispada como la que más, se dio cuenta de todo y entendió que Marta no estaba allí para nada bueno. Seguramente en ese preciso instante se produjo el forcejeo. Si algo tengo claro es que Susana no se quedó quieta. Me agaché a recoger una bolsita de té verde que había tirada en el suelo, al lado de la encimera de la cocina. Cómo no, aquella mujer tomándose un té y haciendo las cosas como si de un fantasma se tratase, sin huellas, sin pistas.

Mientras yo estaba en casa, tratando de recuperar en cierta medida la cabeza, pues todo aquello había hecho que mis pensamientos circulasen a doscientos kilómetros por hora, Gutiérrez y Tony se quedaron organizando un plan para poder capturar a Silvia Sánchez-Arjona. A nuestro favor teníamos que ella todavía no sabía que habíamos descubierto su identidad, por lo que íbamos a planear una sesión de terapia para poder capturarla y así llegar hasta Susana.

Madrid volvía a ser testigo de otro ser humano trastornado, dispuesto a conseguir su fin sin importar los medios, con ganas de cumplir una misión que solo su cabeza comprendía, con varias víctimas a sus espaldas y con demasiada información al respecto por mi torpeza y credulidad en sus sesiones. ¿Cuántas veces a lo largo de la historia habrían existido personas altamente peligrosas sueltas por ahí y el mundo en cambio había seguido sin más, sin conocer la verdad, sin saber de ese riesgo? A veces la ignorancia es una de nuestras mejores aliadas.

Ahora que sabía la verdad, pude entender que yo también fui un conejillo de indias para ella con esas dinámicas musicales que me vendía como la solución a mis problemas. De ahí tanto mareo y

desvanecimientos repentinos a lo largo del tiempo. De ahí esas llamadas con número oculto. Sin embargo, me asaltaba una duda razonable, cuando llevé a Susana para que la ayudase, ¿por qué lo hizo? Porque gracias a ella, Susana pudo salir de ese trance depresivo y, además, también ayudé a que Daniel recuperase la cordura el día que intentó volar aquel centro comercial con gente dentro. E incluso era la terapia que estábamos poniendo a Sandoval para que saliese de su estado de catatonia.

Con todo esto en mi pensamiento, me puse en contacto con el doctor Atienza para saber cómo evolucionaba Sandoval. Esas reflexiones habían hecho que recordase la situación de mi querida amiga.

—De momento su actividad cerebral está progresando favorablemente, señorita Capdevila —me informó.

—De acuerdo, doctor, ¿cree que esa música puede ayudarla? —pregunté preocupada.

—A los hechos me remito, podemos asegurar que es beneficiosa para ella. La mantendré informada en todo momento de cualquier novedad que tenga, descuide.

—Gracias, doctor.

Cuando escuché a Tony abrir la puerta de casa, apenas había recogido nada, el reloj me avisaba de que había estado prácticamente estática durante casi sesenta minutos, pero para mí no habían pasado ni cinco. ¿El tiempo era algo tan relativo como para no poder medirlo sin las manillas de un reloj?

—Es la hora, ¿cómo estás? —Me dio un beso en la frente.

—Vamos a por esa hija de puta —respondí con rabia.

Gutiérrez y dos compañeros más entraron en casa para escuchar y estar pendientes de la conversación. El plan era muy sencillo a la par que decisivo para poder arrestar a Silvia Sánchez-Arjona. En primer lugar tenía que llamarla para concertar una sesión de urgencia esa misma tarde. Algo normal en mí, nada fuera de lo común; creíble y verosímil.

Así que nos pusimos manos a la obra. Respiré profundo para poder interpretar la mejor actuación hasta la fecha. Gutiérrez y Tony se sentaron en el sofá y yo me quedé de pie frente a ellos, mientras que nuestros compañeros desplegaban sus aparatos de localización sobre la encimera de la cocina, que apenas había podido recoger. Todo estaba hecho un desastre. Podía divisar la bolsita de té que aún no había tirado.

Marqué su teléfono dígito por dígito en el móvil que Gutiérrez nos había proporcionado a Tony y a mí para ser ilocalizables cuando aún

pensábamos que el coronel Manrique era quien estaba detrás de los sucesos que investigábamos. Tras aclarar las cosas, volvimos a la central con normalidad y nuestra colaboración continuó con Manrique, que agradeció a De Los Ríos su intervención. Henry se quedó al lado de Tony, pendiente y en completo silencio. Todos me miraban esperando a que pulsase el botón que iniciase la llamada a través del altavoz. Ese botón verde.

Primer tono…, segundo tono…, tercer tono…

—¿Sí? Dígame. —Era ella.

Contuve mis emociones.

—Hola, Marta, soy Paula.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Uy, ¿desde qué teléfono me llamas? —contestó normal.

—Es que he perdido el mío. Necesito verte, estoy bastante mal hoy. ¿Puedes esta tarde?

—A las cuatro, ¿te parece bien? —respondió.

—Sí, perfecto. Gracias, Marta. Nos vemos luego. —Colgué la llamada.

Los compañeros me hicieron un gesto negativo respecto a encontrar la localización de su teléfono móvil, pues podía ser una pista para dar con Susana. De todos modos, ante la respuesta afirmativa para atenderme esa misma tarde, nos quedamos bastante tranquilos. Como decía Ockham: «La solución más simple es la correcta». Y qué mejor estrategia que emplear la misma baza que ella usó conmigo y seguir manteniendo la relación terapeuta-paciente.

Tony y Gutiérrez regresaron a la central a preparar la operación alrededor de la consulta de Marta y yo aproveché para ir con Henry a ver al padre de Susana a su hotel y poder ofrecerle algo de tranquilidad. Necesitaba aire fresco para poner mis cinco sentidos en la cita de las cuatro de la tarde. Antes de llegar al hotel, me envió otra dirección a la que ir para tomar un café juntos: «Paseo de Recoletos, 21. Gran Café Gijón».

Nada más pasar por la puerta, lo vi sentado a una de las mesas que daba al ventanal de la calle. Se notaba el calor al entrar a la cafetería. Ese cálido y sutil sentimiento de que estás a salvo en un lugar. Me hizo un gesto a lo lejos para que lo viese.

—Hola, Raúl, ¿cómo está? —le pregunté mientras dejaba mi abrigo y mi maletín en la silla que sobraba y hacía hueco para que Henry se acomodase tranquilo.

—Bien, Paula, ¿y usted? ¿Tienen noticias? —me preguntó

esperanzado.

—Sí, por eso quería verlo. —Sus ojos se humedecieron ante mi respuesta—. Esta tarde hay un operativo para arrestar a la responsable del secuestro de Susana. Le mantendremos informado en todo momento, no se preocupe.

—No sabe la alegría que me da. Susana… estará bien, ¿verdad? —me preguntó y le agarré de las manos.

—Su hija sabe cuidarse, créame. —Asintió mientras una lágrima se escapó de sus ojos.

Cuando vino el camarero a tomarnos nota, se recompuso.

—Queremos dos chocolates calientes, muy calientes, y dos tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón. —Le dedicó una sonrisa al camarero y luego a mí.

También le pidió un cuenco de agua a Henry y un pedacito de pan para que se entretuviese. Eran las doce y media y no me apetecía en absoluto un chocolate con tostadas y, menos, muy caliente. Pero sentí que era él quien lo necesitaba y no sería yo quien le llevase la contraria.

—En 1888 se fundó esta cafetería. —Sonreía, iba a contarme algo —. Y ¿sabe usted que hay mucha gente que identifica este lugar con el escenario de *La Colmena*, de Camilo José Cela? Es una cafetería magnífica; aquí se han formado las mejores tertulias literarias que hayan existido. Justo en esta mesa de mármol se habrán sentado verdaderas personalidades como Valle-Inclán, Benito Pérez Galdós…

—Algo sabía, sí. También se han escrito libros sobre ello. *La noche que llegué al Café Gijón…* —respondí siguiendo el hilo de la conversación.

—De Francisco Umbral —respondimos a la vez y nos sonreímos.

El chocolate llegó a nuestra mesa con una columna de humo que dejaba ver la temperatura tan elevada que traía. Dejaron todo en nuestra mesa y Raúl lo miraba como si la vida le hubiese vuelto a poner delante de esas tostadas una vez más.

—¿Venía aquí con su mujer? —le pregunté.

—Así es. —Sus ojos se humedecieron de nuevo y le dio un sorbo al chocolate como si ese volcán no le afectase—. Mi mujer siempre quería tomar algo aquí cuando veníamos a Madrid, en nuestra época joven. Era una grandísima lectora y para ella la literatura fue una especie de salvavidas. Era culta, curiosa, perspicaz y le gustaba aprender de todo… Era como un gato. —Se reía.

—Entonces ya entiendo por qué Susana es así —respondí.

—Totalmente, ha sacado el cerebro de su madre y el tesón de su padre.

—La quería mucho, ¿verdad? —le pregunté y acto seguido soltó aire por los labios y levantó las cejas para expresarme que mucho era poco.

—Nos amábamos con locura. Nunca he admirado tanto a alguien como a ella y nunca he querido tanto a nadie como a ella. La madre de Susana y yo… estábamos hechos el uno para el otro. Y puede parecer ridículo lo que le digo, pero… siempre decíamos que la primera vez que nos vimos, nos reconocimos. Nuestras almas se reconocieron, porque no era normal lo que sentimos los dos en ese momento y mucho menos lo que sentimos durante toda nuestra vida juntos. Ella siempre me decía que nuestras almas se encontrarían en todas las vidas que tuviésemos y que estábamos destinados a encontrarnos en todas y cada una de ellas… —Sonreía al contarlo—. La madre de Susana ha sido, es y será el gran amor de todas y cada una de mis vidas y le puedo asegurar que desde que ella se fue no le temo a la muerte, porque sé que el día que yo deba irme de este mundo ella estará esperándome justo en el mismo lugar donde la encontré. —Me costó mantener la compostura.

Escuchar a Raúl hablar de su mujer y el amor fue un regalo para mí. Me sentía tan identificada con esa manera de pensar que creí escuchar a mi propio padre hablando de mi madre o a Tony conversando sobre mí. Pensaba en lo afortunada que me sentía por haber sido una privilegiada al rodearme desde pequeña de tanto amor, de tanto cariño y de tanta admiración.

No solo se aprende con el dolor y del dolor, eso es mentira. También se aprende con el amor, con la compasión, con el respeto y con el cariño. Tenemos asumido desde muy pequeños que «a base de golpes se aprende» y, sí, tal vez los golpes te ayuden a seguir levantándote una vez más; sin embargo, a base de bondad también se pueden aprender grandes cosas desde la niñez hasta la edad adulta. Y, a veces, deberíamos rescatar más esa postura de hacer cosas buenas sin parar por los demás, de ayudar a nuestros hijos a que crezcan siendo buenas personas y no solo gente exitosa. Porque, al final, ¿cuál es nuestra meta en esta vida? Para mí, sin duda, disfrutar del camino pudiendo dormir todas las noches tranquila en esa almohada que tan cotizada está por todo el mundo.

El tiempo comenzaba a echarse encima de aquella maravillosa conversación que ojalá nunca hubiese terminado. Se acercaba la hora de la intervención en la consulta de Marta, así que Tony vino a recogernos a Henry y a mí para ir con tiempo y colocarme los micrófonos de la mejor manera posible para que no se notasen.

A unas manzanas de allí, una furgoneta de saneamientos de canalones contenía la tecnología de última generación que desde la central pudimos aportar a nuestros compañeros para la escucha y visualización en tiempo real de todo lo que sucediese dentro de la consulta de Marta; no me salía todavía llamarla por su verdadero nombre. En las películas, los agentes de la autoridad se ocultaban en una furgoneta secreta para poder orquestar un operativo y llevar a cabo misiones de alto riesgo. En la vida real ocurría lo mismo. La realidad superaba a la ficción, siempre había sido así.

Dentro estaban Gutiérrez y los mismos compañeros que nos habían ayudado desde el principio con la investigación. Me pusieron un micrófono dental que el coronel Manrique nos había proporcionado para ir con más seguridad, sin necesidad de cables ni aparatos convencionales. Lo único que tenía que llevar alrededor del cuello era un transmisor de radio pequeño que parecía un collar, porque el resto era totalmente invisible a los ojos. Además, instalaron una cámara oculta en la hebilla de mi maletín, justo a la altura del pecho para poder vigilarme en todo momento. Eso sí, sin olvidar otro dispositivo GPS en el collar de Henry por cualquier cosa que pudiese suceder.

Mientras terminaban de preparar todo, el reloj marcaba las cuatro menos veinte; apenas quedaban veinte minutos para verme cara a cara con Marta. Una parte de mí quería zanjar el asunto en cuanto abriese la puerta y mandarla directamente a la prisión más lejana del territorio nacional para no volver a verla jamás, pero antes que nada necesitaba averiguar el paradero de Susana. Lo más importante para mí en aquel instante, mi prioridad más absoluta, era sin duda devolver a Raúl Pacheco el motivo de su existencia.

—¿Estás preparada? —me preguntó Gutiérrez.

—Sí, señor. Acabemos cuanto antes con esto —respondí mientras me colocaba el maletín.

—Paula, eres la mejor criminóloga que he conocido. No dudes de eso. —Él siempre con las palabras exactas para cada situación.

La furgoneta comenzó a moverse para acercarse lo máximo posible al edificio donde Marta tenía la consulta. Estábamos a cinco minutos de distancia, Tony me apartó al fondo del vehículo.

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo? —Me besó en la frente, siempre lo hacía—. Estoy muy orgulloso de ti, mi amor. De cómo lo estás gestionando todo. —Sonreía—. Pero, por favor, no te arriesgues más de lo estrictamente necesario, ya ha intervenido en cierto modo tu cerebro con esas dinámicas sonoras, así que debes tener más cuidado que nunca. Te quiero sana y salva, ya lo sabes. Y a Henry también. —Lo acarició.

—No te preocupes, todo terminará pronto, estoy segura de ello. —Me salió del alma abrazarlo fuerte.

Había llegado el momento. Había llegado el cara a cara. No iba a dudar ni un solo segundo de mí misma ni flaquearía cuando tuviese que mirarla a la cara y hacer como si todavía fuese esa gran terapeuta que tanto me había ayudado y que, incluso, se había convertido en una amiga. Mientras me acercaba al portal, no solo me asaltaba ese sentimiento de rabia absoluta contra ella por haberme mentido y utilizado, sino que me sentía profundamente decepcionada al pensar que quien para mí había sido una amiga y un flotador cuando la marea subía, en realidad era una asesina sin escrúpulos a la que se le había subido a la cabeza la ciencia. Además, también había secuestrado a Susana.

Aquel día el portero que siempre me dedicaba unas palabras bonitas no se encontraba en su sitio y la puerta del portal no estaba cerrada del todo. No olía a limpio y desde luego la luz tampoco era la de siempre. Creo que a veces la vida te indica las cosas mucho antes de que las comprendas para que de una forma casi subliminal tu mente esté preparada para lo que viene.

Una vez alcancé el último escalón y pisé con firmeza el descansillo que me llevaba hasta la puerta de la consulta, me giré asustada por instinto. Algo había tocado mi pelo. Algo estaba revoloteando a mi alrededor. Pero no era una mosca ni una abeja ni una mariposa. Ese aleteo solo podía hacerlo una libélula y, aunque no pude verla, la sentí. Apreté el timbre de la consulta y esperé a que se abriese. Noté a Henry más inquieto de lo habitual, como si lo que hubiese allí dentro no fuese lo que esperaba. Entonces escuché un fuerte golpe dentro, como si un jarrón se hubiese estampado contra el suelo. Henry ladró. Golpeé la puerta.

—¿Marta? ¿Estás ahí? —Acerqué mi oreja a la puerta. Se escuchó otro golpe—. ¿Hola? Marta, abre la puerta. —Golpeé con más fuerza.

—¿Qué ocurre, Paula? —me preguntó Tony a través del pinganillo.

—No lo sé, estoy escuchando golpes dentro, pero no abre la puerta.

—Voy para allá —dijo Tony.

—No, quédate ahí, esto tiene que salir bien —le pedí tajante.

Henry no paraba de ladrar y de rascar la puerta. Los golpes cada vez eran más fuertes y podía vislumbrar un tenue tono de voz al que no se le entendía absolutamente nada. Como cuando alguien con la boca tapada quiere hablar. Le pedí a Henry que se alejase. Me alejé yo también. Y, como si la puerta fuese un contrachapado cutre, pegué una patada con todas mis fuerzas a la altura de la cerradura para echarla abajo.

Supongo que todo tiene una explicación mucho más trascendental de la que a veces le damos y tal vez por eso minutos antes sentí que una libélula había revoloteado a mi alrededor intentando indicarme el camino una vez más. O me tendría que haber dado una pista el simple hecho de que Henry ladrase de aquella forma intentando decirme que lo que había dentro de aquella consulta era mucho mejor de lo que creía. Y así fue. Había un jarrón roto en el suelo, cristales por todos los lados, un sofá caído y Susana atada a una silla, en el suelo, amordazada, intentando gritar.

—¡Susana! —exclamé.

—Capdevila, confirme que ha dicho Susana y compruebe la consulta —dijo Gutiérrez por el pinganillo.

—Sí, señor, es Susana. Todo despejado —respondí mientras le quitaba la mordaza.

Tony y Gutiérrez avisaron de que se dirigían hacia nosotras. Henry movía el rabo realmente rápido con una inmensa felicidad por Susana, no paraba de lamerla. Le quité la mordaza antes de levantar la silla con ella encima para poder desatarla bien.

—Tía, estaba gritando para que abrieras —me soltó con ese tono tan suyo.

—¿Cómo estás? ¿Te ha hecho daño? —le pregunté mientras la observaba por todos los lados por si tenía algún rasguño.

—Eh…, Paula. Muy fuerte, tía, es la puta Marta. —Ella indignada como la que más.

—Lo sé, lo sabemos. —Se me saltaban las lágrimas y se aceleraba mi respiración.

Estaba sana y salva.

—Estoy bien, tranquila. ¿Tan preocupada estabas? —Me abrazó.

El alivio que sentí en aquel instante dudo que pueda llegar a explicarlo en algún momento de mi vida. No podía dejar de abrazarla ni podía dejar de dar gracias a la vida por que estuviera bien. Susana se había convertido en alguien muy importante para mí. Tenía un sentimiento fraternal por ella más allá de ser mi chica de prácticas y esa muchacha curiosa que no paraba de meter las narices donde no la llamaban. La separé de mi cuerpo, la miré fijamente a los ojos y le sonreí. Le sonreí diciéndola sin hablar que esa sonrisa no solo me pertenecía a mí, sino a su padre y a su madre también.

—¿Estáis bien? —Tony entró corriendo por la puerta.

—Sí, todo bien —contesté.

—Tony, tío, es la puta Marta. —Susana no se cortaba un pelo en mostrar su indignación.

Gutiérrez también llegó a la consulta. Volvimos a revisar cada

palmo de aquel habitáculo, no había rastro de Silvia Sánchez-Arjona. Le pedimos a Susana que nos contase paso por paso lo que había ocurrido, ella sabía que cualquier detalle era de suma importancia para poder atraparla. Mientras nuestros compañeros revisaban el edificio e intentaban localizar las cámaras de seguridad de los colindantes, Gutiérrez hablaba con la científica para que llegase lo antes posible y analizara cada palmo de la consulta. Susana empezó a narrarnos a Tony y a mí todo su periplo desde el principio.

—Lo más fuerte fue cuando la tipa esta llegó a la puerta de tu apartamento y la dejé entrar. Todo esto sin darme cuenta de que había matado al agente, claro. Bueno, pues ella entró, cerró la puerta y me dijo que si le hacía un té, y me sacó conversación. Que cómo me encontraba, que qué tal estabas tú, etcétera, y de pronto me soltó: «Acudes un día a una FICLASI…». Y en ese preciso momento se encendieron todas mis alarmas, porque yo jamás le conté nada de la FICLASI y sabía que tú tampoco y me dije a mí misma: «Será asquerosa…, ¡es ella!». Total, que le pregunté si tú le habías comentado algo y empezamos a forcejear hasta que noté un trapo húmedo en mi nariz y hasta ahí os puedo contar. Pero ¡ojo! Que lo mejor de todo no es eso, lo mejor es que yo había puesto el móvil a cargar para poder llamarte y decirte que la persona que mandó matar a Daniel Ortiz fue Manrique.

—¿Cómo? —No daba crédito.

—Que sí, que sí. Que escuché claramente cómo decía a alguien por teléfono que buen trabajo y que si había parecido algo natural o suicidio. Vamos, que tiene que ser por Daniel —aseguró.

Tony y yo nos miramos con cierta incredulidad ante lo que Susana estaba diciendo.

—¿Dónde has escuchado eso? —preguntó Tony.

—Bueno, eso no importa, la cuestión es que lo dijo. Eso y también hablaba con una farmacéutica.

—Vale, Susana. Lo tendremos en cuenta. Ahora debes descansar.

No quería dudar de ella, ni mucho menos, pero acababa de ser liberada de un secuestro y a veces la mente nos puede jugar malas pasadas. Igualmente, decidimos no hacer nada y guardar esa información para ir encajando piezas del puzle.

Mientras Susana nos contaba lo que había ocurrido, no podía parar de pensar en lo aliviado que se sentiría su padre cuando la viese. De hecho, eso fue lo siguiente que hicimos, ir al hotel donde Raúl se hospedaba para que pudieran reencontrarse. De camino al lugar, y de nuevo con las vistas madrileñas a través de la ventanilla del coche de Tony, sentía mi respiración mucho más tranquila. Menos ansiedad,

menos estrés, menos de todo por el único motivo de que Susana estaba sana y salva. Sin embargo, cuando creía que todo iba mejor, me acordé de que Sandoval todavía estaba en el hospital y que teníamos que encontrar y arrestar a Silvia Sánchez-Arjona.

Las puertas giratorias del vestíbulo fueron las primeras espectadoras del emocionante encuentro. Fuera, un violinista marcaba el ritmo con una obra de Arcangelo Corelli, interpretando una banda sonora perfecta para aquel momento. Susana entró por aquellas puertas sin rozarlas, como si los cristales supieran que ella no podía esperar. Tony, Henry y yo simplemente la seguimos. Iba directa y decidida a pulsar el botón del ascensor para subir a la habitación en la que su padre se hospedaba cuando una voz, entrecortada por las lágrimas y emocionada de alegría, gritó su nombre como si al decirlo en alto todos los males del mundo se hubiesen ido. Susana se giró y con esa mirada que expresaba más que una poesía entera solo alcanzó a pronunciar:

—Papá.

26

A todas las unidades, se ha visto a la sospechosa entrando en la boca de metro de Pacífico con una mujer. Repito, se ha visto a la sospechosa entrando en la boca de metro de Pacífico con una mujer». Ese aviso lo recibimos antes de que la investigación se complicase aún más. Porque, cuando parecía que el asunto estaba llegando a su final, surgieron sorpresas inesperadas que volvieron a ponerlo todo patas arriba.

Después de que Susana se reencontrase con su padre y se quedaran ambos en el hotel, con custodia y protección, y tras dejar a Henry en casa, tenía la imperiosa necesidad de ir a ver cómo estaba Sandoval. Aunque el doctor Atienza todavía no me había llamado para darme las últimas novedades, yo sentía que debía estar con ella mientras Tony y Gutiérrez se encargaban de encontrar a la causante de tanto mal.

Se dio una orden de busca y captura a nivel nacional e internacional; sin embargo, sabíamos que no había salido del país, pues teníamos controladas todas las fronteras y todas las vías posibles. Peajes, trenes, vuelos, autobuses, carreteras nacionales, autovías, autopistas, barcos… Si Silvia SánchezArjona daba un paso, nosotros lo sabríamos porque, además, todas las cámaras de la Comunidad de Madrid ansiaban detectarla.

Seguía odiando los hospitales con todas mis fuerzas; todavía me entraban escalofríos cada vez que pisaba uno. Fui al control de enfermería en la planta donde se encontraba Sandoval, me identifiqué, aunque ya me conocían, y me quedé esperando sentada en una de las incómodas sillas a que el doctor Atienza acudiese a mi llamada antes de entrar a verla.

A mi lado había una mujer sola, más o menos de mi edad, llorando. Y lloraba de la peor manera que existía, en silencio. Ese llanto que solo permitía expulsar las lágrimas de los ojos mientras escocían como si cada gota fuese corrosiva; ese llanto que hacía tragar saliva, pero que con cada trago provocaba dolor por todo el cuello y toda la mandíbula. En este tipo de llanto, solo podías coger aire de vez en cuando haciendo un ruido desolador. Rebusqué en mi maletín un paquete de pañuelos y le ofrecí uno.

—Gracias. —Cogió aire de nuevo y agarró el pañuelo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —Pues preguntarle si estaba bien me parecía irónico.

—Ojalá, pero creo que solo Dios puede ayudarme —contestó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Pues, si puede, lo hará. —Y le guiñé un ojo.

Esbozó una media sonrisa.

—¿Usted por qué está aquí? —me preguntó.

Tal vez escuchar los problemas de otra persona a veces era una buena manera de evadirnos de los propios.

—Mi mejor amiga lleva ingresada un tiempo. Está en estado…, bueno, en una especie de coma.

—Mi hijo también está en coma. —Rotó su cuerpo un poco más hacia mí.

—¿Le puedo preguntar? ¿Qué ha ocurrido? —Yo también me giré hacia ella.

—Estaba jugando un partido de fútbol cuando, al ir a golpear la pelota con la cabeza, chocó contra un compañero. Una manera absurda de quedarse en coma, pero ya ve. Mi hijo, un adolescente deportista, buen estudiante, buen hijo, buen chaval…, en coma por jugar al fútbol. ¿Tiene sentido? —Volvió a romperse.

—Hay cosas que no tienen sentido y de hecho es mejor no buscárselo. A veces la única manera de entenderlas es comprendiendo que no existe ningún tipo de explicación. Pero se pondrá bien, ya lo verá.

—Que Dios la oiga, gracias por la charla, espero que su amiga también se recupere pronto. Tome, soy artista y pinto postales, se la regalo. —Sacó algo de su bolso.

—Oh, no, de verdad, no tiene por qué. —Me apuré.

—Por favor, quédesela. —En ese momento se levantó ante la llamada del médico, y dejó encima de mis piernas la postal.

¿Qué probabilidades había de que una mujer desconocida, en un momento dado, un día como cualquier otro, te ofreciese una pequeña obra de arte que ella misma había pintado y que esa pequeña pintura tuviese más significado para ti de lo que seguramente lo tuviera para ella? Cuando volteé la postal, pude observar un paisaje colorido, con una referencia clara a *El jardín de las delicias* del Bosco. Cada punto de la obra en una perfecta armonía con el eje principal. Un eje azul, alado, delgado, delicado. Una libélula. Cuando levanté la vista para volver a mirar una vez más a aquella mujer, me encontré de bruces con el doctor Atienza, quien con una sospechosa sonrisa se acercó a mí.

—¿Tenemos buenas noticias? —No pude evitar sonreír.

—¿Cómo que buenas noticias? —Su sonrisa era aún más grande, como si hubiese descubierto la cura del cáncer—. No comprendo su pregunta. —Se dio cuenta de que yo no sabía de qué me estaba hablando.

—Doctor, discúlpeme, pero me dijo que me llamaría de tener novedades…

—Pero… verá… —Estaba contrariado—. Al mediodía ha venido la pareja de Míriam Sandoval, le ha puesto una música que nosotros no teníamos y se ha despertado en el momento. Le he hecho un tac y estaba todo correcto. Ha sido un milagro.

—¿Ana? —pregunté.

—Sí, eso es, Ana se llamaba. Impresionante, me contó que estaba al tanto de todo gracias a usted y que había estado investigando y que por eso venía ella en vez de usted. De hecho, me dijo antes de salir del hospital que ya habían hablado. Pensaba que venía simplemente a comentarlo… —Él tampoco entendía nada.

—Necesito ver las cámaras de seguridad. —Fui tajante.

—Claro, claro. Por supuesto… —Entendió rápido que ocurría algo.

De camino al despacho de seguridad del hospital, llamé a Tony para contarle lo que había sucedido, pero no me cogía la llamada. «Maldita sea», pensé. El jefe de seguridad, avisado por el doctor Atienza, comenzó a buscar en las grabaciones la hora aproximada en la que Ana había entrado por la puerta del hospital. Según el doctor, habló con ella en torno a las tres, y a las tres y veinticinco ya estaba poniéndole a Sandoval la música que la hizo despertar. Después del tac en la sala fantasma intercambiaron unas pocas palabras más sobre las cuatro y media, y enseguida se marcharon por la puerta del hospital. Sandoval seguía algo aturdida, aunque en muy buen estado. El doctor Atienza nos informó a su jefe de seguridad y a mí que tuvo que salir en silla de ruedas. Las imágenes estaban aceleradas para llegar hasta las cuatro y media. Qué conveniente que a esa hora yo estuviese en la consulta de terapia rescatando a Susana.

—Pare ahí —le pidió el doctor al de seguridad.

Se podía ver la silla de ruedas.

—Retroceda y acerque la imagen —le dije.

Qué fácil era cambiar de aspecto cuando la situación lo requería. Un poco de tinte por aquí, un corte de pelo por allá, una ropa diferente a la habitual, unas gafas de sol, una gorra…, pero, lamentablemente para quien intentaba esconderse tras el disfraz, la verdad salía a relucir. Y lo que yo vi en aquella imagen fue a Silvia Sánchez-Arjona llevándose a Sandoval en silla de ruedas.

Entonces mis pensamientos funcionaron a cien por hora en mi

cerebro. Ana era neurocientífica, casualmente nunca llegamos a encontrarnos, tampoco estuvo presente cuando Sandoval entró en estado de catatonia, pero la vecina de Sandoval fue la última persona que la vio con ella. Silvia SánchezArjona no solo era Marta, sino también Ana.

Salí corriendo del hospital para llegar lo más deprisa posible a la central. Esa respiración tan tranquila de la que había disfrutado justo antes de entrar en el hotel del padre de Susana se había vuelto a convertir en una sensación de ahogo inmensa. Sandoval estaba en peligro y ella no era consciente. Por el camino llamé de nuevo a Tony, seguía sin cogérmelo, maldita sea. Qué sensación tan frustrante que no respondiese el teléfono cuando necesitaba hablar con él con urgencia. Llamé a Gutiérrez.

—Paula —contestó.

—Señor, ¿dónde está Tony? No me coge el teléfono —dije angustiada.

—Tony se ha ido hace un rato a seguir la pista de Sánchez-Arjona, pensaba que lo sabrías, ¿cómo está Sandoval? —preguntó

—Señor, no tengo tiempo para explicaciones, le mando la fotografía de una cámara de seguridad del hospital para rastrear el rostro de Sánchez-Arjona. Señor, tiene a Sandoval —intenté explicarme lo más rápido que pude.

—De acuerdo, Paula, dirígete a la central inmediatamente. —Colgamos el teléfono.

Ya fuimos afortunados una vez al encontrar a Susana sana y salva, pero mi instinto me decía que no correríamos la misma suerte con Sandoval. Silvia había tenido el valor de dejarla en un estado de fuera de juego y se había hecho pasar por su novia durante meses, ¿quién me aseguraba que Sandoval no fuese tan solo un peón en todo esto y por tanto prescindible para ella? Desde luego, Silvia, Marta, Ana o como narices quisiera llamarse sabía a la perfección que Sandoval era una moneda de cambio realmente valiosa. Volví a llamar a Tony, pero seguía sin cogerme el maldito teléfono. Llegué a la central a una velocidad vertiginosa y subí corriendo las escaleras que llevaban hasta el despacho de Gutiérrez.

—Paula, tenemos algo. Ven conmigo. —Nos dirigimos de forma acelerada hasta la sala de visionado, Gutiérrez no había visto las imágenes aún.

—Hace diez minutos una cámara de seguridad de un edificio ha captado a la sospechosa entrando por la boca del metro de Pacífico

con una mujer a la que no se la distingue bien —nos dijo el compañero.

—Es ella, Gutiérrez, es Sandoval —aseguré.

—De acuerdo. —Se fue a la radio principal—. A todas las unidades, se ha visto a la sospechosa entrando en la boca de metro de Pacífico con una mujer. Repito, se ha visto a la sospechosa entrando en la boca de metro de Pacífico con una mujer. Revisen las líneas 1 y 6 del metro. Quiero un agente en cada salida de cada parada. Máxima prioridad. Repito, máxima prioridad. —Claro y conciso.

—¿Dónde coño está Tony, señor? —Empezaba a preocuparme.

—Se ha ido a seguir la pista de la sospechosa, no sé más —respondió.

Probé a llamarlo de nuevo y, en un momento de silencio, escuché la melodía del móvil en su despacho. Entré corriendo y, efectivamente, el móvil de Tony estaba encima de la mesa. Algo muy extraño, así que debía tener un significado.

Desbloqueé el terminal y revisé las llamadas y los mensajes. En las llamadas no aparecía nada relevante, pero Tony no se había dejado el móvil allí por casualidad, era una pista para mí. Pulsé el botón que me llevaba directamente a los mensajes de texto, y ahí estaba. Con un número largo, que sabía muy bien cuál era, había un mensaje: «Si quieres viva a Sandoval, trae el papel que Daniel Ortiz le hizo llegar a Paula en la prisión. Ve a la estación de Atocha, nos encontraremos allí». Salí aún más rápido de allí:

—¡Señor! —grité en el pasillo. Gutiérrez ya estaba con el abrigo puesto para salir a buscarme.

—Paula.

Con una sinergia brutal, ambos dijimos:

—Atocha.

Lo tenía todo orquestado al milímetro. Disimular para que nos creyéramos que no sabía que nosotros ya conocíamos su verdadera identidad, dejar a Susana en su consulta a la hora que habíamos concertado la cita para distraernos y que centrásemos nuestros esfuerzos en la chica mientras ella, bajo la excusa de ser la pareja de Sandoval, la despertaba con algún tipo de frecuencia antídoto y se la llevaba sin ser vista para poder chantajearnos con ella. Lo que más me preocupaba de todo eso es que Sandoval todavía desconocía que Ana, su novia, en realidad era una lunática que estaba detrás de todo el desastre del caso Muzak. Y, para poner la guinda del pastel, había conseguido que Tony fuese solo a reencontrarse con ella, poniendo su vida en riesgo con tal de recuperar a Sandoval.

—Explícame por qué tiene a Sandoval —me dijo Gutiérrez de camino a Atocha.

—Sánchez-Arjona lleva meses haciéndose pasar por la novia de Sandoval bajo la identidad de Ana. Cuando nosotros estábamos con Susana en su consulta, ella se encontraba en el hospital para despertar a Sandoval y llevársela, y mientras yo me daba cuenta de todo eso, Silvia se ha comunicado con Tony para que fuese a Atocha.

—¿Por qué Tony? ¿Qué busca de él? —Entre tanto no me había parado a pensar en lo que le había pedido llevar.

—Quiere el papel que me hizo llegar Daniel Ortiz en prisión. —Me quedé pensando y rebusqué en mi abrigo y en mi maletín.

—¿Daniel Ortiz le dio información y no la puso en conocimiento del equipo? —me preguntó enfadado.

—No lo hice, señor, entre tantas cosas, ni siquiera lo recordé.

—¿Qué ponía en esa nota?

—«Chronos Pharmaceutics».

—¿Una farmacéutica?

—Así es, señor.

—¿Y cómo puede ser que Silvia tuviese constancia de la existencia de ese papel? —No supe qué responder. Además, tras su secuestro Susana habló de una conversación entre Manrique y una farmacéutica, debía de ser la misma.

Durante todo este tiempo tenía en mi poder algo que Marta quería desesperadamente y ni me había parado a pensar qué significaban las palabras escritas en ese papel. Habían ocurrido tantas cosas en los últimos tiempos que no me detuve a pensar que Daniel Ortiz hizo encaje de bolillos para que llegase hasta mí un mensaje que para él era importante.

Cuando por fin encontré aquel pequeño papel doblado y justo en el momento en el que estaba dispuesta a desdoblarlo para compartir su contenido con Gutiérrez y poder entender por qué Sánchez-Arjona estaba tan interesada en ello, la radio del coche en el que íbamos se activó y nos avisó de lo siguiente:

—10-89. Repetimos, 10-89. Amenaza de bomba en la estación de Atocha. Repetimos, 10-89 en la estación de Atocha.

—Agente, al habla el comisario principal Gutiérrez de la UIE, ¿quién ha dado aviso del 10-89? —preguntó el comisario por la misma vía.

—Ha habido múltiples llamadas a los servicios de emergencia por diferentes civiles, señor.

En aquel momento, una sensación de frío recorrió cada parte de mi cuerpo, como si de un momento a otro me hubiese teletransportado al

lugar más helado del planeta. Fue tal la impresión que el vello de mis brazos se erizó hasta hacerme daño. Gutiérrez respiró hondo, muy hondo, con la certeza de que llegar a la estación de Atocha solo era el principio de una posible catástrofe.

Para cualquier persona de este país, escuchar «Atocha» y «bomba» en la misma frase remitía a aquel terrible día que todos guardábamos en la memoria. Gutiérrez fue una de las primeras personas que llegó a la estación durante ese fatídico 11 de marzo. El día en el que ocurrió el mayor atentado terrorista de la historia de España. Cuando todo empezó, sobre las ocho menos veinte de la mañana, los servicios de emergencia se pusieron en marcha enseguida y Gutiérrez corrió para intentar salvar vidas. Sin duda para él y para todos los compañeros que acudieron a esa llamada fue un hecho sumamente traumático, tanto que el poco camino que nos quedaba para llegar a Atocha, surcando a toda velocidad el paseo de Recoletos, lo hizo en completo silencio, preso de sus emociones y con terror en los ojos.

—¿Está bien? —le pregunté antes de bajar del coche.

—Lo estaré cuando resolvamos esto —contestó sin mirarme.

Tras aquel atentado los protocolos ante este tipo de amenazas eran exhaustivos e implacables. Atocha estaba acordonada por decenas de efectivos. El coronel Manrique había enviado apoyo militar y la estación había sido casi evacuada por completo.

Nos acercamos a la persona que estaba al mando de la situación, nos explicó que varios ciudadanos habían llamado a los servicios de emergencia por un aviso de bomba tras los gritos de una mujer desquiciada en la zona ajardinada de Atocha. Aquella mujer amenazaba con activar un dispositivo explosivo si no salía todo el mundo de la estación en tiempo récord. Fue entonces cuando se originó una avalancha en el lugar, civiles que, sin pensárselo dos veces, corrieron a las salidas más cercanas para huir de la situación.

Los agentes de la Policía Nacional que siempre cubrían la estación no habían tenido tiempo de reacción y pese a eso lograron que todas las personas salieran sin percances. Los trenes se pararon, las salidas y llegadas se suspendieron. Muchos pasajeros se quedaron atrapados en los vagones que estaban a punto de entrar en la estación. También aquellos que iban a salir se alejaron lo máximo posible de allí, gracias a la rápida actuación de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado y de las empresas ferroviarias.

Gutiérrez no era el único que sentía el mismo ahogo que años atrás. España se sumió de nuevo en una profunda desazón. La situación enseguida saltó a la prensa y apenas unos minutos después se cortó la emisión de todos los programas de televisión para poner en

conocimiento de los ciudadanos lo que estaba ocurriendo. Supongo que ese frío antártico también entró sin permiso en los cuerpos de los españoles.

—Solo quedan tres personas dentro. —El policía al mando nos hizo un gesto para que le siguiésemos.

Habían interceptado las cámaras de seguridad de la estación y se podía ver a tiempo real lo que sucedía. El coronel Manrique llegó minutos después. El dispositivo que había enviado para darnos cobertura era impresionante. Sin embargo, seguía en nuestro punto de mira por lo que Susana había contado, era nuestro momento de destaparlo, pero antes urgía solucionar la situación.

—Gutiérrez, ¿todo en orden? —le preguntó.

—Correcto, Manrique, ¿y usted? —El coronel también estuvo el 11-M. Asintió con la cabeza.

Susana no paraba de llamarme por teléfono y yo la colgaba siempre. Sabía que estaría viendo las noticias y nadie mejor que ella sabía quién sería la responsable de tal ataque a Madrid.

—Como ven, aquí hay tres personas. Dos mujeres y un hombre, están identificándolos —nos informó el encargado.

—No hace falta. El hombre es el inspector Antonio Herrero de mi unidad. La mujer que hace aspavientos con las manos es Silvia Sánchez-Arjona, la responsable de este altercado —continuó Gutiérrez.

—Así es. Fue una de los componentes de un proyecto militar ya suspendido —aportó Manrique.

—La otra mujer es Míriam Sandoval, forense de la UIE —concluí.

—¿Puedo saber qué está ocurriendo? —La pregunta que hizo el agente al mando parecía bastante lógica y, llegados a ese punto, no era momento de ocultar nada. Cualquier ayuda resultaba imprescindible para nosotros.

El protocolo de actuación lo tenían muy claro: la estación estaba rodeada, los TEDAX preparados y el negociador a punto de entrar. La evacuación de los civiles había sido todo un éxito y, aunque Sandoval no perteneciese a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, al ser de la UIE no se la consideró civil como tal. Un disgusto para mí, pues sabía que eso podía cambiar mucho las cosas.

En aquel momento, el encargado de todo recibió una llamada que nunca sabremos de dónde vino, pero inmediatamente traspasó sus funciones a Gutiérrez y Manrique, que quedaron al mando de la situación. Era una decisión inteligente. Ellos podían solucionar las cosas antes de que ocurriese una desgracia, pues contaban con toda la información necesaria. Sin embargo, Silvia Sánchez-Arjona había preparado algo para nosotros y no nos sorprendió a ninguno.

—Lo mejor es que pase yo. Como no hay sonido entro con micrófonos activos. Mi intención es sacar a la señorita Sandoval y al inspector. Vamos a ello.

—Tome esto, coronel Manrique, en teoría lo tiene el inspector Herrero. Déselo, por favor, es la razón por la que está allí. —Cogió el papel que me había dejado Daniel, sin preguntar, ni siquiera lo desdobló para ver qué ponía. Por lo que intuí que ya lo sabía.

El coronel entró por la misma puerta por la que yo salí tiempo atrás, a mi llegada desde Barcelona, para empezar en la UIE. Quién me iba a decir en aquel momento que volvería a esta estación en estas circunstancias. Y cómo me había cambiado la vida de forma tan radical desde entonces. Llegué curiosa, ilusionada, esperando que la Unidad de Intervenciones Especiales pasase esa prueba piloto a la que se expuso en su día. Y, zas, nada más empezar me encontré a un Gutiérrez con el que tenía un recorrido vital mucho más largo de lo que imaginaba. Tras él, un Tony muy distinto al de ahora, un compañero arrogante que se convirtió en el amor de mi vida. El caso del asesino del aire en vena y sus doce metros hasta llegar a la verdad me dio algo tan bonito como Henry y, por último, y no por ello menos importante, una amiga, una hermana, una cómplice, Sandoval. También esa investigación fue terrible y dura para mí en el terreno personal.

Pero nada era igual, Atocha ya no desprendía el mismo aroma y yo no era la misma persona; ninguno lo éramos. Mis pretensiones, lejos de volver mil veces más a esa estación, se habían disipado, tan solo quería huir de allí con mi equipo a un espacio seguro. ¿Podía un lugar con luz convertirse en un sitio oscuro? Sin duda alguna, sí.

Cuando el coronel Manrique entró en la estación, todos pudimos ver cómo Silvia Sánchez-Arjona se alejaba con Sandoval como rehén ante la atenta mirada de Tony. En su mano sostenía una especie de detonador; sin embargo, nosotros sabíamos que no era el de una bomba al uso. No se trataba de un dispositivo explosivo, sino algo mucho peor: un arma sónica. Por desgracia, no existía protocolo que pudiese prever los efectos y las consecuencias de este tipo de arma. Podíamos conocer su funcionamiento e incluso saber con anterioridad cómo sería si activaba el dispositivo, pero ignorábamos cómo establecer un contraataque para que fuese lo menos lesivo posible.

—Silvia. —El audio se escuchaba perfectamente.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Fuera! —Su tono de voz reflejaba ira y cólera contra el coronel.

—Silvia, escúchame. —Se iba acercando.

—¡He dicho que te vayas! —Levantó el detonador con su mano

derecha, mientras que con la izquierda agarraba a Sandoval que, visiblemente, aún estaba delicada.

—No puedo irme, Silvia. Tenemos que hablar —contestó el coronel mientras se seguía aproximando.

Al ritmo que Manrique se acercaba hacia Silvia, sin titubear en su mirada, Tony hizo lo mismo. Algo muy inteligente por su parte, pues ella tenía toda la atención puesta en el coronel. Cuanto más cerca estuviesen de la causante de este desastre, más probabilidades había de reducirlo y de que todo terminase.

—Sandoval, ¿está bien? —se dirigió a ella.

—No hables más —contestó Silvia apretando los dientes.

Sandoval estaba muy débil y cansada. Acababa de salir de un estado muy complicado y además se había enterado de la gran mentira que había vivido durante los últimos meses. Eso tenía que doler mucho. Al fin y al cabo, ella solo había sido un peón más de esta partida. No podía imaginar lo que mi amiga del alma estaba sintiendo en aquel momento. Me hacía a la idea de lo duro que debía de ser enterarse de que la persona a la que amabas con todo tu ser te engañaba con otra o te mentía.

Las relaciones de pareja no son más que la decisión constante de mantenerte al lado de la otra persona; sin embargo, en toda decisión hay condiciones; condiciones que nos ponemos a nosotros mismos para demostrar a la otra parte que realmente estamos allí por voluntad propia. Por eso la mentira debería ser algo que no existiese en las relaciones de pareja.

No obstante, lo peor en esta situación ni siquiera era la mentira, sino el personaje que había sido capaz de interpretar para Sandoval durante tanto tiempo. Yo jamás había visto a mi amiga tan enamorada e ilusionada. Y aun con todos sus miedos e inseguridades, con esa incapacidad que tenía de abrirse a una persona y decidir compartir su vida con ella, lo hizo. Simplemente se enamoró de alguien que no existía. De un personaje inventado por una mente perturbada que decidió utilizar a Sandoval como una ficha más de la partida de ajedrez que había librado en su mente.

Ella se enamoró de Ana, una mujer brillante, buena, dedicada, determinada y que además la hacía feliz. Pero Ana no era real. Marta tampoco, y todavía no había pensado en el daño que me había provocado este descubrimiento. Pero Silvia Sánchez-Arjona sí. Ella sí era de carne y hueso.

En aquel instante, viendo cómo sostenía a Sandoval como una presa en medio del bosque, me preguntaba si en algún momento, en algún recóndito hueco de su alma, también la quiso.

—¿En qué te has convertido, Silvia? —El coronel dirigió la conversación desde el plano más sentimental. Ella no respondió—. Dime, Silvia, ¿qué ha pasado para que estemos aquí? —Seguía acercándose poco a poco igual que Tony—. Eres la mejor científica con la que he trabajado en toda mi carrera, nunca he visto a nadie tan inteligente como tú, con unas capacidades tan abrumadoras como las tuyas…

—Qué valor tienes diciendo esto, Manrique, cuando suspendiste el proyecto de mi vida —contestó por fin.

—No, Silvia. Suspendí el Proyecto Hertz, no tu proyecto.

—¡Mi proyecto! —Apretaba con más fuerza a Sandoval mientras sus ojos se inyectaban en sangre a causa de la ira que la inundaba por dentro—. ¡Fui yo quien se dejó la piel! La que averiguó y constató la gran mayoría de ese proyecto. ¡Es mi proyecto!

—El Proyecto Hertz se descontroló y lo sabes, Silvia. Estábamos haciendo daño a la gente y no podía permitir que eso ocurriese. Nosotros no somos así.

Entonces Silvia soltó a Sandoval y la dejó libre. De su boca salió una carcajada mezclada con lágrimas de cólera. Gritó que nadie se moviese de donde estaba. Sandoval se abrazó a Tony y él, sin dudarlo un segundo, la protegió con sus brazos como si fuese yo la que estaba entre ellos. Ya Silvia no era su objetivo. Gutiérrez respiró más tranquilo y yo no pude evitar contener mis emociones cuando los vi juntos. «Un paso más», pensé. Ahora el duelo era entre Silvia y Manrique, Manrique y Silvia.

—¿Que vosotros qué? Eres coronel del ejército, te dedicas a matar a gente. No digas tonterías, por favor.

—No, me dedico a proteger a las personas, cueste lo que cueste.

—¿Y qué diferencia hay con lo que yo hago?

—Que a mí no me queda otra opción, a ti sí.

Silvia seguía riéndose, como si realmente le hiciese gracia el asunto, pero no parecía una neurótica, sino una mujer muy cuerda que sabía muy bien lo que se traía entre manos. Comenzó a andar de un lado a otro, sin soltar ese detonador.

—Dime una cosa, Manrique, solo una. ¿Para ti qué era el Proyecto Hertz? ¿Una futura arma para nuestro ejército o una manera de enriquecerte? —La mirada de Manrique cambió.

—¿De qué hablas, Silvia? —cuestionó su cordura.

—¿Sabes? Creo que hay una parte de esta historia que se te ha olvidado contarle a la Unidad de Intervenciones Especiales… —Manrique se ponía cada vez más nervioso—. Y fíjate que no suelo equivocarme, francamente me temo que se te ha olvidado un pequeño

detalle en todo esto.

—Silvia, no sabes lo que estás diciendo.

Aquel enfrentamiento lo estaba cambiando todo, nuestras garantías y la historia que habíamos formado alrededor del Proyecto Hertz se desplomaron por completo. Gutiérrez y yo nos miramos, Silvia Sánchez-Arjona tenía muchas cosas que decir. Pero ambos sabíamos que el coronel Manrique había entrado armado a aquella estación. Además, yo no me podía quitar de la cabeza ese mensaje del papel de Daniel y lo que Susana nos contó. Aquí había algo más. Con el beneplácito en la mirada de Gutiérrez, salí corriendo dispuesta a entrar de nuevo en Atocha para terminar con todo.

Justo en el momento en que accedía a la estación, el coronel Manrique, aquel reputado hombre que nos había vendido una imagen muy lejana de la realidad, desenfundó su arma y apuntó directamente a la cabeza de Silvia SánchezArjona.

—¡Suelte el arma! —le grité y acto seguido la pistola de Tony encañonaba por detrás al coronel.

—¿Qué están haciendo? ¡Baje el arma, inspector! ¡Es una orden! —El coronel estaba tenso.

—Bájela usted, coronel. Hagamos las cosas bien. —Tony se adelantó para apuntarle de frente, yo cogí a Sandoval y la abracé con fuerza.

—¡Son unos insensatos! La criminal es ella. —No dejaba de dirigir la pistola hacia ella.

Todo cambió en un segundo, de querer capturar a Silvia Sánchez-Arjona a desear escucharla al saber que lo que tenía que contar era de vital importancia para entender qué estaba ocurriendo. Sandoval me abrazaba rota de dolor, cansada por la situación, débil por las circunstancias. Sabía que en ese abrazo no solo se encontraba la alegría de verme y la tranquilidad de que estuviésemos juntas, sino también el desconsuelo más profundo por haberse dado cuenta de la terrible verdad que se escondía detrás de la persona que había sido para ella el amor de su vida.

—Vaya, vaya, coronel…, le va a costar un poco matarme. —Silvia estaba tranquila.

—¡Tú cállate! —le dijo Tony mientras se ponía delante de ella para hacer de escudo contra el coronel Manrique—. Baje el arma, coronel —se lo repitió una vez más.

—Maldito policía de tres al cuarto, estás protegiendo a una asesina. ¡Gutiérrez! —lo llamó sabiendo que le escuchaba—. ¿Así forma a sus agentes? —La verdadera cara del coronel estaba empezando a salir—. No es más que una chalada que se cree por encima del bien y del mal.

—Pero ¿no era la mujer más inteligente que habías visto? —Silvia usaba el sarcasmo para sacarlo de quicio.

—¡Que te calles! —le gritó Tony.

—Coronel, baje el arma, estoy segura de que todo tiene una explicación —intenté calmar la situación.

Creo que se dio cuenta de que no había salida. El coronel no tenía más remedio que bajar el arma y dejar que su antigua compañera de proyecto hablase. Sopesó la situación, no tenía tiempo de disparar contra Silvia y lo único que podía provocar era la muerte de un inspector de la UIE o, peor aún, perder él la vida. Porque, si no era Tony el que lo mataba antes, Silvia nos mataría a todos si accionaba el detonador. Bajó el arma, la cogió con dos dedos y la dejó en el suelo para después darle una patada y que llegase hasta Tony.

—Bien, pues es la hora de contarnos las verdades. —Silvia seguía en su modo sarcástico.

Sin dejar de apuntar al coronel, por lo que pudiera pasar, Tony volvió a patear el arma de Manrique hacia mí. Odiaba las armas y no era mi trabajo portar una, pero cualquier cosa podía ocurrir y todos debíamos estar preparados para ello. Sin pensarlo mucho, cogí la pistola y apunté a Silvia.

—Habla —le advertí.

—Verás, Paula, yo no voy a quitarme culpa. Sí, he seguido estudiando e investigando el Proyecto Hertz de manera unilateral, lo reconozco.

—Has matado a gente —le recriminé.

—Bueno, prefiero llamarlo daños colaterales. Por favor, ¿en qué mundo vivís? ¿Creéis que soy la primera que deja daños colaterales en un estudio científico? —Se reía.

—Ve al grano, por favor —le dije.

—El Proyecto Hertz empezó como un estudio para crear un arma sónica que a través del sonido pudiera matar a la gente. Lo voy a resumir lo máximo posible. Con el tiempo nos dimos cuenta, bueno, me di cuenta, de que el sonido y las frecuencias no solo podían matar, sino que, si se alteraban de manera adecuada, también podían controlar las mentes.

—Abrevia, porque eso ya lo sabíamos —le contesté sin dejar de apuntarla.

—Entiendo que en el dosier que, muy amablemente, el coronel os facilitó para entender el Proyecto Hertz faltaba alguna que otra hoja. ¿Te suena la palabra «optogenética»? —Miré al coronel con asco y negué con la cabeza para que ella continuase—. La optogenética, para todos aquellos que no conocéis el término, es una técnica en la que se

marcan ciertas neuronas del cerebro a través de una luz específica. Es decir, se inserta información genética de proteínas sensibles a la luz en las neuronas de nuestros cerebros y así podemos realizar cambios. Esto es algo resumido porque no sois científicos.

—¿Qué quieres decir con todo esto?

—A raíz de los estudios de optogenética que se han hecho desde hace tiempo, investigué y estudié qué capacidad tenía el sonido de hacer lo mismo. Lo que se denomina sonogenética. Al final la luz no atraviesa el cerebro adecuadamente y la única manera de llegar a las neuronas en profundidad es a través del sonido. Ultrasonidos, infrasonidos, frecuencias alteradas, etcétera. Hay proteínas humanas que son sensibles a los sonidos.

—¿Y qué tiene que ver el coronel en todo esto? —preguntó Tony.

—Pues el coronel tiene que ver porque nunca inició este proyecto para crear un arma sónica para el ejército. El coronel Manrique usó el poder del que disponía dentro de las fuerzas armadas para tapar sus verdaderos motivos. ¿Verdad, coronel? —Lo miraba con rabia—. Paula, tú eres una chica lista. Imagina que gracias a las frecuencias, los decibelios, los ultrasonidos y los infrasonidos se pudieran curar el párkinson o los ataques epilépticos, entre otras muchas cosas. ¿Sería maravilloso, verdad? Bien, pues ahora piensa que con la misma técnica también pudieras provocar estas dolencias. Que pudieras producir enfermedades mentales, como la depresión que tuvo Susana, o dolencias del corazón y también problemas renales. En fin, imagina que todo eso pudiera pasar. Dime, ¿quién se enriquecería con ello?

—Eres una puta chalada —soltó el coronel.

—Te lo voy a poner más fácil. Primero de carrera. Control de masas. Se dice que quien te ofrece la solución…

—… es porque ha creado el problema —respondí.

—¡Bravo! Esa es mi chica. —Se puso a aplaudir.

—Estás diciendo que el coronel Manrique inició un experimento militar con los mejores neurocientíficos para crear un arma sónica, pero en realidad era una tapadera para llevar a cabo un proyecto para el control de mentes a través del sonido —afirmé.

—Eso es, Paulita, eso es. ¿Y quién o quiénes crees que pudieron encargarle eso al reputado coronel Manrique? ¿Quién se beneficiaría directamente de ello?

Tony escuchaba atónito el relato de Silvia, pero, en el fondo, al igual que yo, no le sorprendía que lo que contaba fuese verdad. Por desgracia, los peores asesinos en serie que existen no solo son aquellos que dejan un reguero de sangre bajo firmas y *modus operandi* escogidos minuciosamente. Tampoco son aquellos que salen en las

noticias y que enseguida tienen un lugar privilegiado en las portadas de todos los medios de comunicación del mundo. Y, mucho menos, son los que luego sirven para crear tramas e historias cinematográficas. Hay algo mucho más poderoso e invisible que todo eso: las grandes organizaciones, las grandes empresas, las grandes corporaciones. Allí es donde reside el peligro y donde está el enemigo. Ahí lo entendí todo, ese papel que me había entregado Daniel y el nombre que había podido leer en él, además de la conversación que Susana había escuchado.

Sandoval no había sido capaz de mirar a la cara a Silvia, ni siquiera había podido soltarme desde que nos abrazamos. Pero estaba escuchando, claro que escuchaba, porque así era ella. Y justo por eso fue quien contestó a la pregunta de Sánchez-Arjona sobre quién sería la primera beneficiaria de una técnica que provocara enfermedades de manera totalmente inalámbrica e imperceptible para los seres humanos.

—Las farmacéuticas —respondió Sandoval con sus ojos fijos en la que había sido su novia.

Hubiese deseado que no fuera así; sin embargo, en aquel momento, cuando ambas se miraron, todos los presentes pudimos notar que sí existía una energía entre ellas. Tal vez, dentro de aquel podrido corazón que solo se sostenía a base de ego y ambición, había un indicio de amor hacia Sandoval. Pero el daño estaba hecho, la mentira contada y el teatro terminado. Nada sería igual. Todo cambió aquel día.

—Querías el nombre de la farmacéutica que trabajaba con Manrique —aseguré.

—Muy bien, Paulita, porque la base de este iceberg son ellos. Ellos querían mi estudio y usarlo a sus anchas. Dime cuál es. —Deseaba conocerlo.

—¿Cómo sabías que Daniel me dio el nombre? —pregunté.

—Se lo contaste a Sandoval en el hospital ¿recuerdas? Yo estaba más cerca de lo que creías —sonrió.

27

—Tía, es que no soy capaz de explicártelo —me decía Sandoval entre vino y cerveza.

—Estás totalmente enamorada, amiga…

—Ay, Paula…, hacía que no me sentía así… —Me cogía las manos.

—Pues disfrútalo, no te mereces menos.

—Ya, Paulita…, pero me da tanto miedo que me haga daño… Me da pánico —resoplaba.

—Bienvenida al club del amor —le dije entre risas.

Quise retroceder a ese momento y atraparlo de nuevo. En esos segundos de tensión que estábamos viendo, me vino ese recuerdo. No pude evitarlo. Ir a tascas andaluzas era nuestro pasatiempo favorito, pero de vez en cuando nos gustaba ir a las mejores y más exclusivas azoteas de Madrid. Siempre decíamos que, aunque fuésemos chicas de barrio, también disfrutábamos de darnos el lujo algún día. Esa azotea en particular era tan bonita que solo con entrar ya no querías salir. Era un inmenso jardín en las alturas de Madrid, con mesas altas y alguna que otra zona más tranquila con cómodos sofás de mimbre y unas mesas bajas elegantes, de diseño. Era como estar en el Caribe sin estarlo. Y, ya que no podíamos coger un vuelo e irnos a la playa más recóndita del mundo, acudimos a esa maravillosa azotea.

Creo que lo que más recordaré de aquel día fue cómo Sandoval se abrió en canal conmigo, contándome lo duro que había sido para ella decirle al mundo que le gustaban las mujeres. Es curioso, porque es una persona con una alta autoestima y una seguridad abrumadora; nunca hubiese pensado que había sido una joven insegura. Aunque no me extrañó porque, cuando ella era adolescente, la sociedad no estaba preparada todavía para la libertad ajena. Es más, la gente juzgaba por no seguir el canon establecido. Por suerte, este tipo de situaciones cada día se daban menos y la gente era cada vez más libre.

Qué tontería, ¿verdad? Juzgar o discriminar a alguien porque le guste otra persona de su mismo sexo. A mí siempre me ha parecido que la gente que lo hace es aquella que no tiene el valor de vivir la vida que quiere. De lo contrario, ¿por qué juzgan al amor? Porque, en el fondo, no solo se juzga el hecho sexual, sino el sentimental, y ¿quién puede tener la verdad absoluta respecto al amor? Nadie.

Claro que temía que Ana le hiciese daño, cómo no iba a hacerlo. ¿Quién se lanza de lleno al amor sin tener miedo? Absolutamente

nadie. Todos tenemos miedo cuando tomamos la decisión de amar a alguien y, sobre todo, de dejarnos amar. Porque muchas veces pensamos que lo que nos da miedo es amar, cuando en realidad lo que nos aterra es que nos amen. Tememos que un día nos amen y al día siguiente dejen de hacerlo. Porque en el instante en que te das cuenta de que tu pareja ya no te mira con los mismos ojos es cuando sientes el verdadero dolor; ese que te penetra hasta lo más profundo de tu ser. Y en esa penetración sin anestesia es donde se cuelan las inseguridades, la rabia y la frustración. Somos demasiado orgullosos para reconocerlo y por ello preferimos decir que nos da miedo amar, pero lo que realmente nos da miedo es que nos dejen de amar. Por suerte o por desgracia, el ser humano se enamora, se desenamora, se vuelve feliz, infeliz y siente sin parar. Es una condición innata. Al fin y al cabo, enamorarse y dejar que se enamoren de uno es la forma más bonita de manifestarse como seres vulnerables dispuestos a que tanto lo bueno como lo malo entre en nosotros.

Así que yo no podía aconsejarle otra cosa a mi amiga del alma más que cogiera carrerilla y se tirase de lleno con Ana. ¿Qué se le podía decir a alguien enamorado? Pues que disfrutase del salto.

—Sobre todo me fascina su manera de pensar. Es superinteligente, culta, leída…, lo tiene todo. Nos tiramos horas hablando del universo, de la filosofía, del amor, de la vida… Es increíble.

—Pasáis mucho tiempo juntas después del trabajo, ¿no? —le pregunté.

—Sí, y menos mal, porque estoy deseando salir para verla. Es que me paso las veinticuatro horas del día pensando en ella. Es que… ¡la amo! —Sonreía como una niña pequeña.

—Y ella ¿te ama? —Fui directa.

—Ay, no sé, Paulita…, creo que sí. Hay cosas que no se pueden disimular, ¿no? Ojalá salga bien…, qué miedo.

—Saldrá.

Aunque desde el principio sabíamos que era neurocientífica y demás, no imaginamos que Ana, Marta y Silvia fueran la misma persona. Ninguno nos dimos cuenta, ni siquiera yo, que soy analista de conducta.

El caso es que Tony, Sandoval y yo estábamos ante dos psicópatas dispuestos a conseguir sus objetivos, costase lo que costase. Y no había peor escenario posible que encontrarse en un vergel con dos fieras capaces de todo y sin importarles nada. No tener nada que perder era haber ganado bastante en una batalla y, por desgracia, creo que ninguno tenía absolutamente nada que perder.

Cuando el coronel Manrique escuchó la palabra «farmacéutica» había negado con la cabeza, pero no para desmentir lo que estaba diciendo Sánchez-Arjona, sino porque le había delatado delante de

todas las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y no podía hacer nada al respecto.

—Al principio pensé que la suspensión del Proyecto Hertz sí estaba relacionada directamente con los daños colaterales del estudio y que eso podía provocar problemas dentro del ejército o con el gobierno. Pero… la verdad salió a la luz. Este caballero aquí presente se quiso llevar mi estudio para vendérselo a la farmacéutica que se lo había pedido —siguió explicando sin censura ni freno.

—Pero no pudiste terminar el proyecto —le dije.

—No, en aquel momento no. Lo estoy terminando ahora. —Sonrió.

—Has matado a inocentes, la mayoría jóvenes. —Sandoval no pudo evitar recriminárselo.

—No te confundas, solo he activado en ellos las neuronas que quería. Yo no he obligado a nadie a tirarse por una ventana o a asesinar a su mujer, no tengo la culpa de que les estalle la cabeza. Y los jóvenes son mucho más interesantes y dignos de estudio.

—¿Por qué seguiste con el experimento? —preguntó Manrique desafiándola.

—¿Creías que no me enteraría de que mataste a mis compañeros? ¿De verdad pensabas que iba a ser tan estúpida de imaginar que yo me salvaría? No, querido…, seguir con este estudio ha sido mi seguro de vida por dos razones. La primera, porque, si pulso este botón, te mataré. Bueno, os mataría a todos. Y la segunda razón, porque, aparte de tener la clave para provocar enfermedades a través de la sonogenética, también tengo la solución y dista mucho de ser un fármaco, así que arruinaría vuestro plan. —Noté en ella inseguridad y duda.

—¿Has hecho esto para tener la cura de lo que iban a provocar? —preguntó Sandoval con la esperanza de que su Ana siguiese ahí dentro…, pero Silvia no le contestó.

En todo esto había tres cosas extremadamente graves. La primera, la corrupción moral y profesional del coronel Manrique. Usar su condición para crear un proyecto tapadera y conseguir así enriquecerse a costa de muchas vidas era tan triste como deleznable. Lo peor de todo es que seguramente no sería el único. No sabíamos si había más altos mandos involucrados o si actuaba él solo, pero tampoco me extrañaría que esos intereses económicos estuvieran repartidos entre más de uno y más de dos. La segunda, que la supina inteligencia de una brillante neurocientífica se hubiese visto arrojada al lado humano malo. A ese lobo que todos tenemos dentro, pero que nunca deberíamos alimentar. Me costaba entender cómo alguien capaz de curar podía infligir dolor a otro ser humano. Pero no sería la

primera ni la última que lo haría. Los experimentos nazis también se llevaron a cabo bajo la premisa de buscar la cura a muchas cosas. ¿Era ético experimentar con seres humanos en aquel entonces para encontrar la solución de muchos de sus problemas? Y la tercera y más importante, la certeza absoluta de que la industria farmacéutica era capaz de cualquier cosa para conseguir sus metas.

Richard J. Roberts, un premio Nobel de Medicina británico, dijo en una entrevista una frase muy potente: «Una persona sana no es rentable para las farmacéuticas». Y tenía toda la razón del mundo. Desde hacía mucho tiempo, la industria farmacéutica obtenía un alto beneficio con la enfermedad, ya no había ningún tipo de moral dentro de esta forma de negocio, y si existía, no se ajustaba a la ética real. Las farmacéuticas ganaban más que los bancos, ¿cómo iban a querer que nos curásemos de las enfermedades? De ninguna manera podrían permitir que sus miles de millones de ingresos anuales se vieran mermados. De hecho, cada vez era más normal medicarse. Lo pasábamos por alto porque no querían que nos diésemos cuenta, pero ¿quién no tenía un analgésico en su casa? Nos habíamos acostumbrado a tomar pastillas sin parar ante cualquier ínfima dolencia que nuestro cuerpo podía combatir. E incluso habíamos asumido que teníamos muchas patologías y que estas se curaban con medicinas. Es decir, si a una persona le decías que su colesterol era demasiado alto teniendo unos valores por encima de cuatrocientos y que se debía tomar una pastilla para bajarlo, ¿quién nos decía que si bajaban el baremo a doscientos fuese por nuestra salud o porque así tenían más rango de población a la que medicar?

El coronel Manrique no era más que un subordinado, alguien que realizaría un trabajo sucio por un precio mucho más pequeño de lo que podía ganar la industria farmacéutica. Y Silvia Sánchez-Arjona también se había convertido en una pieza fundamental del entramado de una organización criminal mucho más grande de lo que creíamos. Si el sonido, algo que nos ofrece la propia naturaleza, se alteraba de la manera adecuada, podía crear en cualquier ser humano del planeta las enfermedades oportunas.

En el fondo era un pensamiento sobresaliente, porque si la sonogenética se usaba de manera incorrecta, podría provocar en su mayoría problemas mentales, y a la vez sería mucho más difícil de demostrar. La depresión, la psicosis, la ansiedad, la esquizofrenia o cualquier enfermedad mental recogida en los manuales de diagnóstico tenían un componente muy alto de subjetividad. No eran, por ejemplo, una bronquitis que se podía demostrar por los síntomas que creaba y por las pruebas diagnósticas. Las enfermedades mentales eran mucho

más complicadas y justo en este instante de nuestra historia, los ansiolíticos, los antipsicóticos y demás fármacos para tratar este tipo de enfermedades estaban cogiendo demasiada fuerza entre la población mundial y, sobre todo, en la población de España.

—¿De verdad vais a hacerle caso a esta chalada? —El coronel intentaba mantenerse en sus trece.

—Creo que ha quedado todo muy claro, coronel. Sin embargo, descuide, que realizaremos las investigaciones pertinentes. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, ya sabe —le dijo Tony con cierta ironía.

—No tienen ni idea de dónde se están metiendo. —Se reía.

—Buena manera de reconocerlo todo. —Tony se rio también.

En aquel instante, mientras Tony seguía apuntando con la pistola a Manrique y yo a Silvia, el comisario principal Gutiérrez entró en la estación. Siempre llegaba en el momento justo, como una mano salvadora.

—Gutiérrez, dígales a los chavales que se dejen de tonterías, arresten a esta loca y terminemos con esto ya —le dijo el coronel.

—Tony, baja el arma. —Su orden fue clara ante nuestra atónita mirada—. Márchese de aquí inmediatamente, Manrique —le exigió Gutiérrez.

Sandoval, Tony y yo no dábamos crédito a lo que estábamos presenciando. No podíamos creer que nuestro comisario estuviera dejando que Manrique se marchase de rositas. Cuando el coronel, con aires de superioridad y la culpa grabada en su frente, inició la marcha para salir de Atocha, Silvia gritó como si no hubiese un mañana. El punto que estaba esperando para accionar el detonador de su mano había llegado.

Sujeté la pistola con tanta fuerza que el temblor de mis brazos demostró lo poco acostumbrada que estaba a portar una. Quise disparar, puedo jurar que deseé apretar el gatillo y terminar con todo esto, pero Sandoval puso su mano en mi hombro para que no lo hiciera. Supongo que sus sentimientos eran tan comprometidos como reveladores. Por un lado, no quería que el final de Silvia fuese ese o tal vez la seguía viendo como Ana; y, por otro, detestaba la idea de que en mi conciencia recayese algo que me costaría asumir.

Apretó el detonador, apretó aquel pequeño artilugio con un botón rojo en medio, como si lo hubiesen creado en una película de la saga de *Misión imposible*. Todos los presentes nos quedamos quietos, estáticos, impasibles. Estábamos esperando que ocurriese algo, que un sonido atronador comenzase a reproducirse sin que nuestro cuerpo fuese capaz de aguantarlo, pero no pasó absolutamente nada.

No se oía nada, no se sentía nada. «¿Lo habrá hecho mal?», pensé. No obstante, aquel pensamiento fue una osadía por mi parte. ¿Cómo una de las mejores neurocientíficas del mundo iba a cometer un error justo en el capítulo final?

El coronel Manrique se tambaleó de un lado a otro como si el suelo que estaba pisando se hubiese convertido en unas arenas movedizas imposibles de practicar. Sus manos se agarrotaron como si un ataque agudo de artrosis le hubiese penetrado por cada poro de su piel.

—Coronel, ¿qué le ocurre?, ¿qué siente? —le preguntó Tony intentando sujetarlo.

—Yo, yo, yo, yo… —balbuceaba sin sentido alguno.

—¡Pare esto inmediatamente! —Gutiérrez gritó a Silvia para que cesase en su ataque, levantando un arma contra ella a una distancia demasiado cercana.

—Dispare, comisario, dispare. Ya no hay vuelta atrás —le contestó sonriendo.

Sandoval, aún débil y cansada, se acercó hasta ella y cogió el detonador con su mano. Ambas lo sujetaron. Sus intensas miradas se proclamaron protagonistas de aquella escena. Una lágrima demasiado potente salió del ojo de Sandoval. No era capaz de mirarla a los ojos sin llorar.

—Para esto, por favor —le suplicó.

—No puedo, Míriam. Lo siento. —En aquel momento otra lágrima cayó por el rostro de Silvia Sánchez-Arjona.

Supongo que por más que quieras usar a una persona como moneda de cambio o como salvoconducto para llegar hasta el objetivo, hay un resquicio de humanidad. ¿Quién podría disimular todo el tiempo? Sandoval era una mujer de bandera y cualquier otra mujer que compartiese tiempo con ella caería rendida a sus pies. Y Silvia demostró en aquel momento que Sandoval había sido mucho más para ella de lo que hubiese querido reconocer.

—¿Fue algo real? —Sandoval no pudo contener más esa pregunta.

—Lo siento, Míriam, no quise hacerte daño —respondió Silvia.

—Contesta a mi pregunta. —Sujetó más su mano que el detonador.

—No. Solo te necesitaba cerca, os necesitaba cerca. —Puñales por palabras.

—¿Adónde querías llegar? —preguntó Sandoval.

—He dejado mi vida entera por este proyecto. Entera. Después de veros en las noticias como la aclamada UIE que se dedicaba a los casos más complicados del país, supe que, si seguía con mi proyecto sabiendo que habría gente que moriría en extrañas circunstancias, seríais vosotros los encargados del caso. Así que fue muy sencillo para

mí ponerme delante de Paula cuando más lo necesitaba y convertirme en su terapeuta. También lo fue establecer una relación contigo. Es fácil de comprender ¿no? Necesitaba teneros cerca.

—Lo tenías todo bien estudiado.

—Así es.

Sandoval soltó el detonador y la mano de Silvia, se dio media vuelta y volvió a mi lado, escondiendo su profundo dolor detrás de mi arma. Ya no había marcha atrás, por más que Míriam desease en lo más profundo de su ser volver al pasado y no haberla conocida nunca o, tal vez, haber sabido antes la verdad. El coronel Manrique se desplomó en el suelo con lo que parecía un ataque epiléptico. Sandoval y Tony enseguida iniciaron las maniobras de socorro para poder estabilizarlo mientras entraba la ayuda médica que ya estaba fuera preparada desde hacía horas por lo que pudiera ocurrir.

—Dime cómo parar esto —le dije a Silvia.

—No puedes, Paula, esto ya es imparable.

Su rostro me reveló algo, me ofreció esa microexpresión innata en el ser humano cuando el pánico y la incertidumbre se apoderan de ti. Entonces comprendí que lo que Silvia Sánchez-Arjona acababa de detonar no solo le afectaría al coronel Manrique.

—¿A qué te refieres, Silvia? ¿Qué coño has hecho?

—Demostraros a todos que mi estudio es mío.

—Eres una psicópata sin escrúpulos. Dime cómo parar esto.

—No puedes.

En aquel momento la rabia se apoderó de mí y abofeteé a Silvia. Corrí hacia el coronel Manrique para intentar sacarle toda la información posible antes de que dejase de respirar. Pero no conseguí nada, era incapaz de hablar y su vida se estaba escapando demasiado rápido. Cuando el equipo de emergencias quiso entrar por la puerta de Atocha, los profesionales se frenaron en seco en el umbral gritando de dolor, tal y como el coronel Manrique había hecho minutos atrás.

—¡Silvia! ¡Para esto, maldita sea! —volví a gritarla.

—No puedo, Paula.

—¿Por qué a nosotros no nos está afectando lo que sea que hayas activado?

—Porque no ha llegado vuestra frecuencia, pero llegará.

No todos los humanos somos iguales ni todas nuestras cabezas vibran con las mismas frecuencias. Tampoco a todos nos afectan las cosas de la misma manera, así que comprendí que el estudio de Silvia, derivado de la sonogenética, tampoco podía ser una ciencia exacta como tal.

Mientras la muerte alcanzaba al coronel Manrique y,

lamentablemente, también a los miembros del equipo de emergencias, Silvia me estuvo detallando su macabro plan paso por paso. Cómo hizo su estudio, cómo llevó a cabo las manipulaciones en las frecuencias, etcétera. Ella averiguó, cuando el Proyecto Hertz estaba en marcha, que los pulsos binaurales podían causar en el cerebro humano los mismos efectos que las drogas. Cuando ese pulso binaural entraba por el oído, el cuerpo creaba un tono fantasma dentro del cerebro afectando así a las ondas cerebrales. Todo lo que me contaba era realidad, las ondas beta, las ondas gamma, las frecuencias según su intensidad… Así que siguió investigando cómo modular esas ondas, no solo para que tuvieran un efecto psicoactivo, sino para provocar daños agudos y crónicos en el cerebro de las personas. En alguna de las ondas y frecuencias se dio cuenta de que el efecto que creaba en el cerebro era el mismo que el éxtasis o el fentanilo e incluso determinó la manera de alterar dichas ondas para provocar la misma sensación de ebriedad que al haber consumido alcohol.

Descubrió algo realmente importante: a través del sonido se podía manipular la mente humana. Todo esto lo hizo por y para la ciencia, con la excusa de que, si creaban un arma sónica, no solo pudiera reventar los tímpanos de los ejércitos enemigos, sino provocarles ataques epilépticos o suicidios. Nuestro país se convertiría en uno de los más temidos, como si fuésemos los portadores de un arsenal de armas nucleares.

Hasta ahí todo seguía siendo el Proyecto Hertz; sin embargo, luego entró en juego esa parte de Silvia que también quería crear una cura sin fármacos que pudiera revertir los efectos de las ondas y las frecuencias. Algo no tan sencillo. Cuando el Proyecto Hertz se suspendió, el coronel Manrique se encargó de robar lo máximo posible del estudio de Silvia y eliminar a los que intervinieron en el experimento. ¿Por qué dejar cabos sueltos?

Pero la vida finalmente quiso que Manrique muriese de la misma manera de la que él hubiese seguido matando a cientos de inocentes con tal de conseguir la cuantía económica que se le prometió desde las organizaciones criminales farmacéuticas.

—Silvia, ¿qué ocurrirá ahora? ¿Vas a ser capaz de matarme? —le preguntó Sandoval con el alma en los pies.

—Voy a demostrar lo que es capaz de hacer mi estudio, caiga quien caiga —respondió sin pestañear.

—¿Caiga quien caiga? ¡Mírame a la cara! —Le cogió con la mano la barbilla y le hizo mirarla directamente a los ojos—. ¿No han significado nada para ti estos meses? Las películas clásicas, los bailes en la cocina, las risas y conversaciones absurdas hasta las tantas…

¿Me vas a decir que todo era mentira?

—Sal de aquí, Míriam, no quiero hacerte daño.

—Entonces ¡detén esto!

—¡No puedo!

—Pues ¡dime cómo pararlo!

La poca humanidad que le quedaba a Sánchez-Arjona se vio reflejada en aquella recriminación que Sandoval le hacía desde el dolor más profundo de su corazón. Sin embargo, el plan que había puesto en marcha ya no podía frenarse.

Tony, Gutiérrez, Sandoval y yo intentamos salir de la estación de Atocha para salvarnos de algo que todavía no había ocurrido. Arrastramos a Silvia con nosotros para que fuese detenida y juzgada de la manera en la que se lo merecía, pero cuando quisimos darnos cuenta habían cerrado las puertas de la estación desde fuera.

—¿Qué está pasando? ¡Abran las puertas! —exigió Gutiérrez mediante el pinganillo que nos comunicaba con el exterior.

—Denegado, comisario, han dado la orden de cerrar la estación hasta que sepamos la magnitud del ataque de Sánchez-Arjona —respondió una voz.

—¿Con quién hablo? —preguntó Gutiérrez.

—Eso ahora mismo no es importante, comisario. No podemos arriesgarnos a que cualquier fuga de sonido afecte al exterior.

—Nos está condenando a muerte, ¡maldita sea! ¡Abran las puertas!

Tony y yo intentamos abrir las más cercanas a la fuerza, pero era imposible. Desde dentro podíamos ver cómo habían acordonado la zona con nosotros dentro.

—¿Qué va a pasar? —Sandoval seguía intentando que Silvia hablase.

—Da igual que estemos aquí dentro, se va a notar en todo Madrid.

—¿Cómo? —pregunté alterada justo antes de volver a cruzarle la cara.

—He dicho, que el efecto de lo que está en marcha se va a notar en todo Madrid; de hecho, ya habrá muchas personas que, como Manrique, estén muertas.

Mientras nosotros estábamos atrapados dentro de la estación gracias a la intervención de superiores de muy alto rango, en Madrid había gente que estaba muriendo a causa de ataques epilépticos y paradas cardiorrespiratorias. Cada frecuencia emitida provocaría decenas de síntomas en según qué personas. Los servicios de emergencias no daban abasto con tanto aviso. Madrid se estaba convirtiendo en zona catastrófica con el arma que había creado Sánchez-Arjona. Nadie sabía qué estaba pasando, nadie tenía ni la más

remota idea de cómo gestionar la situación.

Las noticias se hicieron eco enseguida de que un presunto intento de atentado en la estación de Atocha en Madrid había provocado que el pánico cundiese hasta el punto de provocar múltiples infartos. Pero la prensa del país no sabía que esto solo acababa de empezar. Lo que Silvia había diseñado para que el mundo viese su creación y poder patentar una solución eficaz y sin fármacos se convertiría en un verdadero terror para todos. Las muertes súbitas, los infartos y los ataques epilépticos causados por un sonido que nadie podía escuchar solo suponían la primera criba de personas que no eran capaces de soportar esos infrasonidos alterados. Después tendría lugar el comienzo de un estado de emergencia sin precedentes en la capital de España.

28

Me encontraba en el hotel con mi padre, recordando viejos tiempos y charlando de mamá, cuando la televisión me advirtió de que algo muy malo estaba a punto de suceder. Todos los canales se hicieron eco de una noticia de última hora: una amenaza de atentado en la estación de Atocha en Madrid. Sin embargo, mi padre y yo sabíamos que lo que realmente ocurría allí dentro era mil veces peor.

Traté de llamar a Paula para ver si me enteraba de algo más, pero obviamente no me cogió el teléfono. Estuve dándole vueltas sin parar al hecho de que el coronel Manrique trabajase con una farmacéutica y de que Silvia Sánchez-Arjona fuese neurocientífica. Habría sido maravilloso que, durante el secuestro, ella me hubiese contado su plan maléfico como suele ocurrir con los villanos de las películas, pero la tía no soltó prenda, y cuando Paula me rescató me llevó directamente con mi padre y no pudimos hablar de nada. Así que, en aquel momento, desconocía qué estaba ocurriendo. Sabía que el coronel y la neurocientífica habían colaborado juntos con el sonido en algún experimento; lo que no me terminaba de encajar era qué narices pintaba una farmacéutica en todo esto.

Y, como quedarme quieta no era uno de mis puntos fuertes, mi padre y yo fuimos a por Henry a casa de Paula con la copia de mis llaves y pusimos rumbo a Chronos Pharmaceutics, que se ubicaba algo lejos de Madrid, por la zona de Getafe. Cuando llegamos allí, sus instalaciones nos sorprendieron por lo grandes y modernas que eran, y no dejamos en ningún momento de escuchar la radio. Gracias a ello supimos que la UIE estaba intentando negociar con el terrorista que se había atrincherado en la estación de Atocha.

—Hija, ¿tú estás segura de esto? —me dijo mi padre algo asustado.

—Papá, han matado a mis amigos, me han provocado una depresión y me han secuestrado. Ahora mismo no hay quien me pare y te digo yo que la respuesta está aquí dentro. Además, vamos contra reloj porque lo que quiera que sea que está sucediendo en la estación irá a peor. Quédate en el coche con Henry. —No fue capaz de ofrecerme ninguna respuesta ante mi contundencia.

Esta vez no me andaría con chiquilladas de disfraces ni robaría carritos de limpieza, no. Esta vez iba a entrar por la puerta grande y a

sacar toda la artillería pesada. Estaba segura de que no tenía mucho tiempo. Me dirigí al mostrador de la entrada, parecía una multinacional futurista.

—Quiero hablar con el jefe. —La tía ni se inmutó. Carraspeé—. Perdone, ¡quiero hablar con el jefe! —Esta vez sí levantó la vista.

—El jefe no está. —Siguió observando el ordenador.

Como ir por las buenas no resultó efectivo y mis pintas de universitaria no creo que ayudasen en exceso, salté los tornos de seguridad y, ante su anonadada mirada, eché a correr en dirección arriba, claro. Porque los altos mandos siempre se encuentran en los pisos superiores. Pronto unas sirenas rojas comenzaron a sonar. Me crucé con algunos inconvenientes de camino al despacho del director supremo, como gente que intentaba pararme, alguno de seguridad con la porra levantada…, y menos mal que ni mi padre ni Henry me hicieron caso, porque, si no llega a ser por ellos, uno de los guardias de seguridad me hubiese curtido a porrazos. Pero allí estaban ellos dos, como dos superhéroes. En realidad, todo parecía sacado de una película de acción, aunque era real, muy real, y en aquel momento mi intuición me decía que mucha gente corría un grave peligro.

—¡Usted! —grité abriendo de golpe la puerta del despacho del director.

—¿Quiénes son ustedes? ¡Seguridad! —chilló asustado.

Pero mi padre ya había cerrado la puerta por dentro y Henry lo amenazaba con sus gruñidos.

—¿Qué trato tenía con el coronel Manrique? —Fui directa.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? —Henry presionó un poco más y mi padre le puso la cabeza contra la mesa. Guau con mi padre, ojito.

—¡Que me lo diga! —grité de nuevo.

—No sé de qué me está hablando. —Se mantenía.

—Mire las noticias. —Un televisor gigante en su despacho lo mostraba.

—¿Qué quiere que mire? —Estaba asustado.

—No es un atentado, esto es por su acuerdo con Manrique, hable de una puta vez si no quiere que la ciudad entera termine bajo tierra.

—Vale, vale, vale. Pero no me hagan daño. —Podía oler su miedo, menudo cobarde—. Tenía un acuerdo con él para un experimento.

—Afila la respuesta, capullo. —Mi padre le aplastó más la cabeza.

—Él conseguiría que a través del sonido se creasen ciertos síntomas y patologías, nos daría las claves y nosotros las usaríamos para empezar a enfermar a la población. —No se cortó un pelo.

—Pero ¡usted es un hijo de puta! —dijo mi padre muy cabreado.

—¿Cómo se curan los efectos? ¿Cuál es el fármaco? —Necesitaba el

antídoto.

—No es tan fácil —respondió.

—Que se lo digas. —Mi padre apretaba con más fuerza.

—No hay un fármaco como tal. El efecto solo se puede revertir con una frecuencia en particular. Nuestro plan era vender más fármacos para según qué dolencias porque nadie sabría que en realidad era a causa de frecuencias alteradas. Pero no existe ningún medicamento en particular, solo se pueden revertir los efectos.

—Pues dime cuál es esa frecuencia.

—No la tenemos, no llegaron a averiguarlo —contestó.

Nos fuimos de allí por la puerta principal y pusimos rumbo a Atocha. No sabéis qué emocionante fue para mí ver a mi padre con esa mala leche, trabajando en equipo conmigo y con Henry. Si me hubiesen contado aquello hacía un año, no me lo habría creído. Bueno, el caso es que por el camino estuve ojeando ese expediente. Que si Proyecto Hertz, que si sonogenética, frecuencias, decibelios, bla, bla, bla y… ¡ahí estaba! Silvia Sánchez-Arjona, neurocientífica. Ahora ya entendía la conexión entre todas las piezas del puzle, necesitaba leérmelo con rapidez para encontrar algo que pudiese ayudar a Paula y a la UIE.

Sin embargo, durante el trayecto, el comportamiento de los conductores se volvió extraño. Algunos daban volantazos, como si tuviesen un panal entero de abejas dentro; otros frenaron en seco; algún otro conducía a una velocidad precipitada. Los accidentes crecían a nuestro alrededor y nos costó muchísimo esquivarlos.

—¿Qué cojones pasa? —dijo mi padre.

—Algo está ocurriendo en la estación, tenemos que llegar lo antes posible. —Mi inquietud crecía por momentos.

Si Sánchez-Arjona estaba atacando con su experimento y llegando a la gente fuera de la estación, su arma podría causar la muerte de miles de personas. El sonido no nos afectaba a todos por igual. Miré por la ventanilla y pude ver cómo el conductor del coche de al lado sangraba por la nariz y los oídos. Las frecuencias estaban empezando a llegar. Esto sí era un atentado y necesitaba por todos los medios frenarlo junto con la UIE. A medida que nos acercábamos, Henry se quejaba. Tenía que estar escuchándolo y necesitaba ayudarlo a no hacerlo. Empecé a poner en práctica todo lo que había investigado sobre el sonido a raíz del caso Muzak.

—Papá, ¿tienes en el maletero la jaula de Pinki? —pregunté.

—Sí, está detrás. ¿Por qué?

Me pasé a los asientos de detrás con Henry para poder alcanzar la

jaula de un conejo que tuve cuando era pequeña. Mi padre, desde entonces, ¡no la había sacado del maletero! No tenía ni la menor idea de si iba a funcionar o no, pero se la puse por encima a Henry para intentar crear una jaula de Faraday. No sé si eso fue lo que hizo que él estuviese mejor o no, pero se calmó bastante y parecía que ya no se quejaba tanto.

«La mayor parte de las enfermedades resultantes del experimento han advertido ser psicológicas y psiquiátricas. No obstante, se está analizando la medida justa para no crear consecuencias irreversibles en los pacientes». Eso ponía en una de las páginas del expediente. Querían enfermar a la población, sobre todo con trastornos psicológicos para poder hacerse ricos con su fármaco. Era una barbaridad lo que estaba leyendo. ¿De verdad había empresas que con tal de hacerse ricas serían capaces de matar a personas? Me parecía impensable que pudiese suceder algo así, pero lamentablemente aquello estaba ocurriendo. Ellos mismos crearían un problema intangible para luego enriquecerse con la solución. Habían desarrollado diferentes fármacos de prueba a partir de los efectos que podía causar este tipo de frecuencias, desde depresión hasta diabetes. Era impresionante. Y el coronel Manrique era su aliado.

Por fin llegamos a la estación de Atocha, aquello era un verdadero caos. Las carreteras habían colapsado por los accidentes, la gente se estaba empezando a tirar por los balcones y se escuchaban gritos por todos lados. Entonces me giré para localizar a mi padre. Había tenido que frenar en seco. Las frecuencias estaban empezando a afectarle.

—No, no, no. Tápate los oídos —le dije.

—Esto es horrible, hija. —Le dolía.

Saqué mis cascos lo más rápido que pude y le puse el mp3 que me había dado Silvia porque, a pesar de todo, a mí me había servido, aunque sabía que no sería suficiente. Se calmó bastante; Henry de momento también seguía bien. Entramos en un bar justo enfrente de la estación que se había quedado vacío ante el pánico que le había entrado a la gente. Le dije a mi padre que se encerrase en la trastienda y que bajo ningún concepto se quitase los cascos. Conseguí algo de papel de plata y un casco de obra que algún obrero se había dejado y me hice una especie de jaula de Faraday que no sabía si funcionaría. Henry se quejaba de vez en cuando con un ligero aullido y un ladeo de cabeza. No tenía ni idea de cómo podía afectarle a él, pero necesitaba que estuviese conmigo en todo momento. A él solo pude hacerle un pequeño apaño para que las frecuencias no le afectasen tanto.

Conseguimos acercarnos al operativo y me identifiqué como

becaria de la UIE que conocía los detalles de la investigación. Allí estaban bastante preparados con cascos y materiales de protección, aunque no a todos les servía. Por lo que pude enterarme, Silvia había conseguido intervenir todas las redes y la población de Madrid estaba en verdadero peligro, sobre todo los que estuviesen en un radio cercano al punto 0, Atocha.

A los pocos minutos de llegar, una fuerte explosión se escuchó dentro, que reventó los cristales y todo lo que tenía por delante. La onda expansiva nos alcanzó, muchos nos tiramos al suelo y un sonido estridente surgió de la nada. Eso no eran infrasonidos o ultrasonidos, eran decibelios y podían hacer que el cerebro de muchas personas estallase de inmediato. Me acerqué a uno de los mandos en el operativo de fuera y le escribí en el móvil unas instrucciones: sostener ese sonido lo máximo que pudiesen tal y como ocurría en el despegue de los cohetes. Y así hicieron. Una cortina de agua impactante rodeó Atocha mientras los compañeros de emergencia lograron entrar para hacer lo mismo en el interior y salvar la vida a Paula y al resto. Conseguí para Henry y para mí unos cascos preparados para ese tipo de sonidos fuertes y rezaba con fuerza por que mi padre estuviese bien.

Pero eso no iba a quedar así, por lo que había podido leer en el expediente, existían muchas frecuencias alteradas que podían causar numerosos síntomas y muertes súbitas. No estaba muy segura de si funcionaría, pero gracias a lo que pude investigar descubrí que existía una frecuencia en particular, que se hacía llamar la frecuencia del universo y la naturaleza, que opera a cuatrocientos treinta y dos hercios. Así que le mandé un mensaje a Eddie, que sin duda estaría componiendo música y, por tanto, protegido de cuanto estaba ocurriendo. «Eddie, sé que puedes hacerlo. Es de vital importancia que no te quites los cascos y sigas escuchando tu música. Tienes que intervenir como puedas la megafonía de todo Madrid y poner música a cuatrocientos treinta y dos hercios. Por favor». No tardó ni un segundo en contestarme. «Estoy viendo las noticias. Han intervenido prácticamente todo. Es muy fuerte. Me pongo con ello, Susana. Ten cuidado».

No tenía la seguridad de que pudiese hacerlo, pero él conocía a mucha gente y creo que entre todos conseguiríamos frenar esta situación tan grave. Madrid se había convertido en una batalla campal con cientos de muertos y de personas que habían perdido por completo la cabeza. Cuando el fuerte sonido con los decibelios alterados cesó, varios compañeros sacaron a Tony con una herida de bala y en muy mal estado. Trataban de llevarlo hasta una de las

ambulancias. Henry y yo fuimos corriendo hacia él.

—Tony. —Le agarré la mano, apenas podía hablar.

—Susana… —Me sonrió.

—¡Qué ha pasado! —Se me saltaban las lágrimas.

—Manrique está muerto… Ayuda a Paula, por favor. —Lo trasladaron con urgencia, en estado crítico, había perdido muchísima sangre.

Henry se saltó el cordón policial y no hizo caso a mis gritos para que se quedase. Su objetivo era llegar hasta la única persona a la que quería más que a sí mismo.

29

Desastre en Madrid. Una terrorista atrincherada en Atocha desata el pánico en la ciudad», «Cientos de personas acuden a urgencias por las consecuencias psicológicas de revivir un atentado en Madrid», «Madrid, en estado de emergencia por un brote de psicosis comunitaria». De nuevo los titulares de los periódicos de todo el país se centraron en aquel día y en aquella ciudad. Y, como de costumbre, no contaban nada de lo que realmente estaba ocurriendo y lo cierto es que, en este caso, era mejor así. España entera se quedó pegada al televisor y a la prensa para saber qué sucedía en la estación de Atocha, el epicentro de la desgracia. Los efectos de lo que Silvia activó dentro de la estación lograron alcanzar un radio de quince kilómetros, dejando a su paso un reguero de personas alteradas, con síntomas agudos, y en el peor de los casos una ristra de fallecidos.

Todo fue por etapas. Al principio una gran cantidad de gente empezó a tener ataques epilépticos, infartos fulminantes, dolores de cabeza terribles y derrames cerebrales. Afortunadamente no todas las personas en ese radio de onda expansiva se vieron afectadas por ello, pero sí las suficientes como para que el terror se apoderara de Madrid.

Las frecuencias y los infrasonidos iban cambiando de intensidad, de forma y de onda. Por ello, tras la primera oleada de síntomas físicos agudos e intensos, llegó la segunda ola. El estado de delirio. Las frecuencias que siguieron a la primera crearon un efecto en muchas personas muy parecido al consumo de cocaína o éxtasis, esta ola fue horrible para los servicios de seguridad. Las calles se llenaron de gente delirante, como si un ente superior estuviera manejando las cuerdas de sus vidas. Parecían títeres en plena función. Y entonces llegó el desastre: vandalismo, peleas, asesinatos, altercados. La policía no era capaz de contener la situación. Mientras unos destrozaban las papeleras a patadas y puñetazos, otros se batían en duelo con el vecino usando los cuchillos de cocina o cualquier objeto que pudiera infligir daño al rival. La zona de Lavapiés se convirtió en una batalla campal.

Los efectivos de policía no sabían exactamente lo que estaba ocurriendo e intentaron contener al máximo esa zona, pensando que los que tenían esa actitud querían huir lo más lejos posible de Atocha.

Entonces se corrió la voz por el resto de la ciudad. La gente, sin pensárselo mucho, intentó huir de Madrid lo más rápido que pudo y las carreteras se colapsaron por completo. Un periodista publicó en el diario digital en el que trabajaba que la policía estaba ocultando a los ciudadanos la posibilidad de que en las próximas horas sucedieran varios atentados en diferentes puntos de Madrid.

La gente no se paró a pensar si aquella noticia era cierta o no. No estábamos preparados para razonar en un estado de nervios absoluto. Tras los atentados del 11-M, ninguno volvimos a ser los mismos y todo lo que se pudiera poner en tela de juicio se pondría. Desde una mochila negra abandonada en el metro hasta altercados sin sentido, alguno cerca de la estación de Atocha. Así que, aquel día, cundió aún más el pánico en la capital. Muchos lograron salir sin dificultad, pero otros tantos lo único que hicieron fue acercarse aún más al centro del problema.

En cuestión de pocas horas, se declaró en la capital el estado de excepción bajo la aprobación del Congreso de los Diputados, que tuvo que reunirse, de manera muy urgente, para dar respuesta a la situación que se estaba viviendo. Los militares se desplegaron por toda la ciudad.

Todo, absolutamente todo, se colapsó. La policía y los militares no podían contener los altercados y a la vez procurar que la ciudadanía mantuviese la calma. Los servicios de emergencia de los hospitales no daban abasto, tanto por síntomas reales derivados del ataque de Silvia como por problemas colaterales. Los supermercados se vieron desabastecidos en cuestión de horas y muchos comercios fueron asaltados por el pánico de que Madrid estallase de un momento a otro. Algunos llegaron a hablar del apocalipsis con tanta contundencia que las iglesias se llenaron de creyentes que rezaban para que todo terminase lo antes posible. La ciudad se convirtió en un campo de batalla, parecía que todo iba a explotar de un momento a otro.

Sin embargo, para nosotros el horror acababa de empezar. Tras esos momentos de angustia absoluta y atrapados en aquella estación, Tony empezó a desarrollar los síntomas de la segunda ola. Su mente iba demasiado rápido y el delirio se apoderó de él. Al principio se quejaba de un simple dolor de cabeza, pero, pasados unos minutos, perdió el control por completo. Comenzó a decir que todo esto era una chaladura, que había que terminar con ello ya, que si todos estábamos allí encerrados lo mejor era matar a Silvia sin que nadie se enterase. Desvariaba y decía que el problema estaba dentro de ella y que si ella

moría, todo terminaría. Tal vez esto no hubiese sido tan trágico de no haber tenido la pistola en la mano.

—Le disparo y ya está, ¿de acuerdo? —Sus ojos estaban inyectados en sangre y su tono de voz demostraba que estaba en un estado de éxtasis absoluto.

—Tony, mi amor, baja la pistola, ¿vale? Te está empezando a afectar, necesito que te tranquilices. —Corrí hacia él para quitarle el arma.

—¡No! No te acerques. ¿No lo ves? Hay que matarla. —Se alejó empujándome mientras seguía apuntándola.

—Inspector Herrero, ¡baje el arma de inmediato! —Gutiérrez le gritó con autoridad.

—Usted a mí ya no me da órdenes, mire lo que ha conseguido con tanta diplomacia. Observe lo que le ha pasado a este equipo, su equipo. —Se reía como una persona trastornada.

—Inspector Herrero, baje el arma. No se lo repito más veces. —Gutiérrez se interpuso entre el arma de Tony y Silvia.

—¿Siempre ha sido así de arrogante, Gutiérrez? Me apetece montar una UIE y lo hago. Quiero mentir a todo el mundo y lo hago también, como en el caso anterior, ¿lo recuerda? Que casi matan a Paula por su culpa. En fin…, apártese. —Cada vez deliraba más.

—¡Tony, baja el arma, por favor! —le grité desesperada, no sabía cuánto tiempo le duraría el delirio, pero sí estaba segura de que todo se nos estaba yendo de las manos.

—Paula, ¡cállate tú también! Estoy harto de ir detrás de ti como un perro faldero. Hasta Henry es más importante para ti que yo. Por el amor de Dios, Paula. ¿Por qué sigues conmigo si lo único que te importa es el trabajo? —Por un momento dudé de si lo que estaba diciendo era parte de un delirio o sus sentimientos más profundos.

—Tony, ¿de qué estás hablando? Eres el amor de mi vida. —Me puse frente a él y enseguida bajó la pistola.

Empezó a reírse como si la cordura realmente lo hubiese abandonado y se tocaba la cabeza como si tuviese un taladro dentro que no le permitiese pensar. Cuando parecía que todo se calmaba y que al menos había bajado la pistola, volvió a levantarla y apuntó directamente a Silvia. Todos fuimos conscientes de que el cerebro de Tony no pararía con sus delirios, así que el comisario principal Gutiérrez no tuvo más remedio que empujarme al lado de Sandoval y encañonar a Tony con su arma.

—¿Me va a disparar, comisario? —Se seguía riendo.

—Antonio, baje el arma. Va a terminar cometiendo una locura —le contestó inquieto.

—Pues mire, comisario, aunque sea una orden, me la voy a pasar por el forro. Esta chalada está mucho mejor en el cementerio que aquí. Si quiere, dispare; hágalo, pero la voy a matar.

De nuevo comencé a experimentar esa enorme ansiedad que hacía que se me durmieran hasta los dedos de los pies. Mi respiración comenzó a ir demasiado rápido y sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Solo una fracción de segundo, nada más que eso es necesario para que la vida de una persona cambie radicalmente. ¿Sería esa la sensación que tienen las familias de personas con trastornos mentales cuando sufren un brote? La impotencia de no poder hacer nada al respecto, el miedo a lo que pueda ocurrir y la pena de ver cómo todo va mal.

Si me hubieran contado hace dos días que ese momento sucedería, no me lo habría creído. Ni me habría creído tampoco que Tony y Gutiérrez se apuntarían con un arma dispuestos a disparar si la cosa se torcía un poco más. Pero lo que menos me habría imaginado es que Sandoval hiciese lo que hizo. La situación se había descontrolado por completo, el delirio de Tony iba en aumento y la inquietud de Gutiérrez también. Mientras tanto, Silvia se mantenía firme con la certeza de que si Tony disparaba, ella no se movería ni un solo centímetro y asumiría su final fuese cual fuese. Fue entonces cuando Tony movió su dedo índice hasta el gatillo de la pistola, dispuesto a presionarlo para matarla, pero Gutiérrez no realizó el mismo movimiento. Para él era demasiado peso matar a uno de sus mejores agentes y a un gran hombre como era Tony.

Pero Tony iba a disparar. Todo parecía que se ralentizaba como una escena a cámara lenta de una película de acción para que el espectador apreciase cada detalle de los planos. Fue en aquel momento cuando Sandoval me quitó el arma que había guardado en la parte trasera de mi cinturón y, sin meditar mucho lo que iba a hacer, disparó a Tony en la pierna.

—¡Sandoval, no! —Eso fue lo que grité un segundo antes, pero no sirvió de nada.

Tony cayó al suelo y su arma se deslizó lejos de él. Gutiérrez se giró de inmediato para ver qué había ocurrido y vio a Sandoval portar una pistola que ni siquiera sabía usar. Silvia se quedó en shock y yo me abalancé sobre él para cortar la hemorragia lo más pronto posible. Por desgracia, la bala le seccionó la arteria femoral. El comisario corrió hasta Sandoval para quitarle el arma de las manos mientras ella, estupefacta por lo que acababa de hacer, se rompía en un llanto desgarrador. Tengo la seguridad de que mi amiga no hizo eso solo para salvarle la vida a Silvia, sino porque sabía tan bien como yo que

el disparo de Tony podía dirigirse a cualquiera de nosotros. No la culpé por lo que hizo e incluso la entendí más que nadie, pero tampoco pude evitar odiarla cuando vi a Tony desangrándose en mis brazos.

—Tony, aguanta por favor. —Presionaba la herida.

—Hay mucha sangre, Paula —me decía intentando respirar.

Le hice un torniquete con el cinturón para frenar lo máximo posible la hemorragia. Lamentablemente ni con ese dolor agudo salió de su estado de éxtasis, él seguía con ideas delirantes, comentarios ofensivos y una mirada que ni yo me atrevía a contemplar. Insultaba a Sandoval de las peores formas posibles, a Silvia, a Gutiérrez e incluso a mí. Nos deseó la peor de las pesadillas, nos deseó la muerte, nos dijo que nos odiaba y un sinfín de cosas que, aunque no fueran con voluntad, me dolieron como si el disparo me lo hubiesen pegado a mí. Gutiérrez, cabreado, harto y con paso firme, se puso frente a Silvia, a la que zarandeó de muy malas maneras para que pusiera fin esta situación.

—¿Has visto lo que has provocado? Maldita niñata insensata, para esto ya.

—No puedo pararlo —respondió.

—Claro que puedes, y lo vas a hacer ahora mismo.

La doblegó mientras Tony se seguía desangrando. Consiguió que se pusiese de rodillas a la fuerza y, con toda la rabia que un ser humano puede albergar dentro de sí, el comisario le puso el cañón de la pistola en la cabeza. Le gritaba sin parar que frenase esta situación lo más pronto posible mientras Sandoval salía de su estado de estupefacción para gritarle a Gutiérrez que la dejase en paz. Cada minuto que pasaba todo se complicaba más.

Pero en el momento en que Silvia levantó un poco la mirada hacia Tony y hacia mí, me di cuenta de algo que había pasado por alto todo ese tiempo y sobre todo entendí que había una cosa que se le escapaba a ella. Dejé a Tony tumbado y corrí hasta tener su nariz casi rozando la mía mientras Gutiérrez la seguía encañonando.

—No sabes cómo hacerlo, ¿verdad? —Retiró la mirada—. Mírame. —Le agarré la cara—. Dime la verdad.

—No se puede parar, Paula —contestó.

—No lo sabes. —Lo pude ver en sus ojos—. No sabes cuál es la frecuencia que puede sanar todas las demás. —Agachó la mirada.

—Silvia, ¿tienes la frecuencia sanadora de esto? —preguntó Sandoval decepcionada.

No nos contestó, simplemente se limitó a retirar la mirada muerta de la vergüenza y dolida con ella misma por no haber sabido

encontrar la cura total de tanta desgracia. Nos había mentido, no pudo crear la solución al completo. Estábamos del todo vendidos ante lo que teníamos delante y ante lo que aún quedaba por llegar.

—Mamá, ¿por qué siempre veo una libélula? —pregunté a mi madre mientras merendaba un sándwich de jamón y queso.

—Buena pregunta, cariño. ¿Sabes que las libélulas son seres de luz? Ellas representan el equilibrio y el poder y, cuando se presentan ante nosotros, nos traen un mensaje muy claro y conciso. Nos hablan del cambio para resurgir.

—Entonces ¿yo voy a cambiar mucho? —quise saber desde mi infantil ignorancia.

—Mucho no, muchísimo, pero siempre para bien. Así que cada vez que veas una, recuerda que ella te demostrará el camino hacia la verdad.

Esa conversación asaltó mis recuerdos en un momento realmente oportuno, fue casi como una epifanía. Allí estaba con mis compañeros en el jardín botánico de la estación. No vi a la libélula, ninguna se cruzó en mi camino, pero sí pude sentirla. Y me indicó la dirección correcta para comenzar a solucionar las cosas.

Me levanté y con prisas fui hasta el coronel Manrique que yacía muerto en la estación. Rebusqué por los bolsillos de su pantalón y de su chaqueta hasta que encontré aquel pequeño papel doblado que horas antes le había dado, estaba tan aturdida que ni siquiera recordaba el maldito nombre que Daniel me había regalado. Si Silvia no tenía la cura para esto, tal vez ellos sí la consiguieron.

Justo en el momento en el que sentí en mi mano el papel dentro del bolsillo de Manrique, lo saqué para desdoblarlo y poder volver a leer el nombre. Un intenso pitido nos atravesó el oído a todos los presentes hasta llegar a nuestro cerebro. El dolor de cabeza que nos provocó de inmediato fue insoportable. Sentía que los ojos me iban a estallar en cualquier momento; ya había vivido esa situación cuando Silvia nos envió ese altavoz alterado a la central y también había visto cómo las víctimas de la cafetería de Callao habían perdido la vida.

Llegó la tercera oleada, la peor de todas. Silvia consiguió modificar una frecuencia específica por encima del umbral normal, usó un ultrasonido para que fuese implacable y demoledor. Gutiérrez tuvo que tirarse al suelo, tapándose los oídos con un grito doloroso. Sandoval hizo exactamente lo mismo, pero sus ojos comenzaron a llorar sangre y, cuando quise darme cuenta, mis oídos también sangraban. Tony se desmayó en cuanto empezó el ataque, pero seguía con vida. No fuimos los únicos afectados por esos minutos de intenso dolor, a Silvia también la dañó. Todas las personas en un radio de veinte kilómetros fueron víctimas de un modo u otro.

Te dejaba totalmente paralizado, el cerebro vibraba a una velocidad peligrosa y los vasos sanguíneos se dilataban hasta estallar.

Varios de los efectivos que se encontraban fuera de la estación murieron en el acto, otros incluso se pegaron un tiro en la cabeza de la desesperación. El ataque con ultrasonidos duró exactamente tres minutos y treinta y cuatro segundos, tiempo suficiente para que muchos vecinos de la zona se vieran afectados y perdieran la vida. Tercera oleada de ataque completada, pocos minutos, pero intensos.

A Sandoval le costó mucho recomponerse de la exposición a esos ultrasonidos modificados, ella salía de un estado muy delicado de salud y con seguridad su cerebro y su cuerpo aún seguían afligidos por ello. Se sentó en el suelo y se apoyó en una columna. Silvia se recompuso rápido y fue corriendo hacia ella.

—Míriam, ¿cómo estás? —La agarraba de la nuca para mantenerle la cabeza recta.

—No me toques… —balbuceó como pudo y le quitó la mano.

—Ponte recta, vamos. —La ayudaba a ello—. Respira hondo.

—Que no me toques. —Se le saltaban las lágrimas.

—Lo siento mucho, Míriam, de verdad que lo siento —le dijo Silvia.

Por un instante me apiadé de ella. Y lo hice porque se notaba que sí quería a Sandoval.

Tony recobró el sentido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó desorientado, ya no parecía que delirase.

—Otro ataque, ¿cómo te encuentras? —Llegué hasta él.

—Débil, Paulita… —Cada vez perdía más sangre.

Gutiérrez se quedó noqueado e inconsciente en el suelo. Sandoval, a pesar de su debilidad, se acercó a él para comprobar que tenía pulso; así era, solo había perdido el conocimiento. Retomé lo que estaba haciendo y me dispuse de nuevo a coger el papel y desdoblarlo para ver si había más información en su interior y recordar el nombre de la farmacéutica.

—Dame el papel. —Silvia estaba apuntándome con una pistola, de pie, frente a mí.

Pero ¿por qué quería tanto el nombre que estaba ahí escrito? ¿Qué diablos le pasaba? ¿La libélula me estaba indicando que dejara ya ese papel?

—Ni te lo voy a dar ni me vas a disparar. —Me levanté y me puse a su altura.

—Veo que no has aprendido nada. —Disparó al aire y del susto me agaché.

—Dáselo, Paula, por favor. No podría soportar que te hiciese algo a ti —dijo Sandoval totalmente devastada.

—¿Por qué quieres el papel, Silvia? —insistí, pero ella no respondía.

—Ellos sí lo saben, ¿verdad? La farmacéutica sí conoce la frecuencia sanadora y tú no. Es la pieza que te falta —aseguré.

En otras circunstancias me habría negado más o incluso hubiese forcejeado con ella para quitarle el arma, pero, si mis cálculos no fallaban, en cuestión de un minuto y cinco segundos se produciría el siguiente ataque y, aunque lo peor que nos podía pasar es que nos matase, existía una probabilidad de que sobreviviéramos y pudiera recuperar ese papelito. De pronto mi teléfono empezó a sonar.

—Ni se te ocurra cogerlo —me dijo con el dedo en el gatillo.

—No lo iba a hacer. —Era Susana, no tenía dudas.

—¿Cuál es el siguiente ataque? —pregunté con cierta arrogancia, ella sola se dio cuenta de que ya llegaba.

Este no tenía nada que ver con las frecuencias indetectables o ultrasonidos matadores. Era la hora de los decibelios, y una música de estilo heavy metal comenzó a sonar no solo en Atocha, sino en todo Madrid. Silvia había conseguido intervenir todas las redes y los altavoces de la ciudad para que sonara en cada casa. Había logrado programar una música a casi doscientos decibelios, como la bomba de Hiroshima, lo que provocó el estallido de múltiples aparatos electrónicos en la capital. El desastre fue mayor todavía. Muchas personas murieron en las explosiones, otras no soportaron la intensidad del sonido y la gran mayoría tuvo problemas auditivos serios. Aunque fuese música, en realidad no era apta para la humanidad.

Afortunadamente el sistema falló y solo duró unos segundos, suficiente para crear más caos, pero terminó por concentrarse todo en la estación de Atocha. Era insoportable, ninguno éramos capaces de aguantar semejante volumen. Cuando comenzó ese sonido, Silvia y yo salimos disparadas por la onda expansiva que creó y varias partes del edificio comenzaron a caerse, era como un terremoto. Los cristales estallaron, las paredes temblaron y nosotros no sé cómo pudimos sobrevivir a eso.

Dicen que cuanto más le temes a la muerte, más se apodera de ti. Que se trata de un sentimiento inútil porque es algo irremediable, todos vamos a morir, lo que no sabemos es cuándo. Nunca había tenido un especial miedo a la muerte, pero en aquel momento sí lo sentí, la vi tan cerca que temí por mi vida y la de mis compañeros, sin olvidarme de todos los afectados y de todas las víctimas que, con total seguridad, había fuera.

Uno de los sistemas eléctricos de la estación se vio afectado y un

incendio comenzó a coger fuerza dentro. El sonido seguía y nosotros no tardaríamos mucho tiempo en darnos por vencidos. Agarré la mano de Tony, que estaba inconsciente y con el pulso demasiado débil por la pérdida de sangre. El polvo de la explosión no me dejaba ver dónde se encontraban Gutiérrez y Sandoval, tampoco divisaba a Silvia.

Ni siquiera pude escuchar lo que estaba sucediendo justo a mi lado, varios bomberos consiguieron entrar, con cascos antirruido y una manguera que encendieron apuntando al cielo. Un camión de antidisturbios reventó la pared para poder acceder y dirigió su cañón de agua hacia la misma dirección que los bomberos. «Susana», pensé. Tenía razón. Desde luego no pudieron contener el sonido como los cañones de agua que tienen en las plataformas de despegue de un cohete, pero consiguieron que para nosotros los decibelios se redujesen en un alto porcentaje, lo suficiente para aguantar un poco más, aunque el siguiente ataque no tardaría en llegar y, ante ese, ni el agua ni los bomberos ni la policía ni nadie podría hacer nada.

Cuando creía que todo estaba perdido, divisé a lo lejos a Sandoval y Gutiérrez juntos en una esquina. Sandoval había podido llegar hasta él, aunque continuaba desmayado. Era importante en esos momentos estar acompañados. Miré a Tony, con la piel pálida y un charco de sangre enorme a su alrededor. Grité con todas mis fuerzas a uno de los bomberos que sostenía la manguera como si estuviese sujetando el futuro de la humanidad. Le grité tanto que la boca me sabía a sangre. No me oía, ¿cómo iba a hacerlo? Era imposible. Cogí un trozo de escombro que tenía a mi lado de una de las paredes que había estallado y se lo tiré; por fin se giró. Enganchó la manguera en un soporte que tenía preparado a sus pies y vino corriendo.

—Por favor, necesita asistencia médica urgente —le dije sin titubear.

—Venga usted también, esto se va a venir abajo. No sabemos lo que está ocurriendo, pero Madrid entero está así. —Cogió a Tony por encima de sus hombros y me hizo un gesto para que le siguiese.

—Váyase, corra. ¡Corra! Dígale a Susana Pacheco que la respuesta está en la farmacéutica. —Apenas quedaba tiempo para el siguiente ataque.

Salió corriendo de la estación cargado con Tony, nunca supe si aquel bombero siguió con vida después de ello. Y tampoco sé si vio en mi rostro la desesperación más profunda por querer salvar al amor de mi vida o el terror tan extremo por lo que estaba por venir. Pero simplemente se fue.

Hubiera sido idílico terminar aquí la historia y poder condecorar a los héroes que nos salvaron la vida, pero nada más lejos de la

realidad. Gracias a Susana y al tiempo que le había dedicado a este caso, pudieron combatir los decibelios tal y como ella les dijo. Al parecer, cuando me llamó por teléfono antes de lo del agua, ya estaba fuera de la estación. Se había personado allí con su padre. Por suerte no les había ocurrido nada hasta el momento y gracias a ella pudimos tener un poco más de tiempo. Ella era consciente de que todo lo que estaba ocurriendo fuera de la estación también era consecuencia del ataque de Silvia Sánchez-Arjona.

Los periódicos enseguida se hicieron eco de la explosión, asegurando que una bomba de grandes dimensiones había sido detonada por la terrorista que la UIE tenía atrapada dentro y que además una cadena de bombas más pequeñas también había sido detonada en varios puntos de la capital. En otra situación estoy segura de que Susana hubiese hecho lo imposible por que el mundo conociese la verdad y sobre todo para que nadie se atreviese a publicar noticias con información falsa. Sin embargo, si algo había aprendido a mi lado es que, por mucho que nos fastidiase, había que obviar a la prensa y seguir con nuestras investigaciones. Ojalá a mí no me hubiese afectado tanto el periodismo de este país en el caso del asesino del aire en vena, pero lo aprendí con el tiempo y gracias a eso se lo pude enseñar a Susana antes de que ella cometiese los mismos errores que yo.

Como decía, ojalá todo hubiese terminado ahí, los equipos de salvamento nos habrían sacado y Madrid habría recuperado la normalidad al completo, pero algo dentro de mí sabía que todavía quedaba lo peor. Y desgraciadamente no me equivocaba.

30

—Prométeme una cosa —me dijo Tony.

—¿Solo una? —le respondí en un tono gracioso.

—En serio, Paula. —Se puso serio. Asentí con la cabeza.

—Prométeme que, pase lo que pase, vas a ser siempre feliz.

—¿A qué viene eso? —En aquel momento no entendí nada.

—Bueno, he estado pensando que, en los últimos tiempos, con la UIE, hemos tenido varias situaciones peligrosas y nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—Ah…, o sea que, por esa regla de tres, tú también tienes que prometerme a mí lo mismo, ¿no? —Le sonreí, sabía que le preocupaba que algún día le pasase algo.

—Sí, la verdad es que sí. —Asumió la reciprocidad de esa promesa.

—Está bien, pues hoy nos prometemos mutuamente que, si algún día le ocurre algo al otro, seguiremos o al menos intentaremos seguir siendo felices. —Nos besamos.

Los dos habíamos estado en circunstancias extremas que ponían en peligro nuestras vidas. No es algo que se piense constantemente, cualquiera está expuesto a que le ocurra algo malo cada día; no es necesario ser policía o pertenecer a la UIE para que pase algo que cambie o termine con nuestras vidas. Pero si hablamos de probabilidades y estadísticas, nosotros sí corríamos más riesgo que un funcionario que trabajase de ocho a tres en una oficina. Desde que entré en la vida de Tony, ese sentimiento de miedo le asaltaba más de una vez. Y aunque en su interior pensase que sería él quien estaría más expuesto, en el fondo lo que le daba miedo es que me pasase algo a mí. Supongo que cualquiera se ha imaginado alguna vez perder a su pareja o alguien a quien quiere, es algo inevitable. En realidad, se trata de un mecanismo de defensa, un acto de supervivencia. No queremos que ocurra, pero lo recreamos por si acaso.

Para mí no era ninguna imaginación ese día. Tony acababa de irse totalmente inconsciente a hombros de un bombero, debatiéndose entre la vida y la muerte. Mi amor, mi compañero, mi cómplice tenía una alta probabilidad de no llegar a tiempo a un hospital para que le realizaran una transfusión de sangre. Y yo estaba atrapada, porque quería salvar a Madrid de lo que estaba pasando. Podría haberme ido con ellos, podría haber salido corriendo de esa estación y haber volado para que me sacasen toda la sangre de mi cuerpo y se la dieran a él. Pero Sandoval seguía allí, Gutiérrez también, tampoco podía

permitir que Silvia se escapase y había una docena de hombres dispuestos a frenar esa situación gracias a Susana, haciendo un escudo a nuestro alrededor para que los decibelios mitigasen sus efectos.

—¡Paula! —Me llamó Sandoval.

—¡Estoy aquí! —Me levanté como pude para acudir a su lado, justo cuando ese terrible sonido paró.

Gutiérrez seguía inconsciente y Sandoval estaba débil. Los efectivos que entraban querían sacarnos a toda costa, pero muchos de ellos perdían la vida en el intento o salían desbordados por la situación que se estaba viviendo. Tenían que avisar al dispositivo de fuera de que todavía quedaban más olas y de que cada vez serían peor; debían estar preparados para cualquier cosa. Dos hombres pudieron sacar a Gutiérrez de allí y, mientras, otros tres levantaron una viga que había atrapado una pierna de Silvia. Entonces comenzó el siguiente ataque.

Nadie escuchaba nada, solo el sonido de las llamas, de las chispas de los cables sueltos, del agua que corría y de los gritos de los propios bomberos dándose pautas para trabajar lo más rápido posible. Pero en cuanto empezó ese infrasonido imposible de detectar para el oído humano, yo ya lo noté.

Era mi turno, esa frecuencia sí me afectaba a mí. Aun siendo consciente de la situación, un halo de tristeza inundó mi cerebro y todo mi cuerpo. Una especie de fuerza superior me arrancó de raíz cualquier tipo de alegría y optimismo. Sentía que la vida no tenía ningún sentido, que daba exactamente igual lo que ocurriese a partir de ese momento porque a mí ya no me afectaría.

Y de pronto los recuerdos se colaron en mi mente. El funeral de papá, la tristeza de mamá cuando él se fue, Henry llorando cuando perdió a su primer dueño, Tony asustado cuando casi me matan, Gutiérrez con su sentimiento de culpa por las mentiras que me había contado en el caso del asesino del aire en vena y Sandoval con su dolor al averiguar quién se escondía detrás de Ana. No era capaz de recordar ni un solo momento de esperanza en mi vida. Algo había hecho clic, se había apagado la parte más alegre de mi persona.

Esos ruidos negros, esos infrasonidos que operaban muy por debajo de los veinte hercios y que por eso no los percibíamos, me estaban afectando. En los documentos que pudimos ver del Proyecto Hertz se hablaba de cómo el cerebro humano podía procesar las ondas infrasónicas como un patógeno y crear una respuesta de defensa, una reacción inflamatoria e incluso enviar información a las glándulas suprarrenales para liberar catecolaminas, unas hormonas importantes para responder al estrés. Además, se explicaba que estábamos totalmente expuestos a ellas de manera constante con los

electrodomésticos de casa, los aparatos tecnológicos, etcétera. Pero si se manipulaban las ondas y se hacía más potente el efecto, las consecuencias podían notarse pasados unos minutos. Y era justamente lo que estaba ocurriendo.

No sé cómo fue capaz de alterar las ondas para poder causar una tristeza suprema en una persona en cuestión de minutos ni cómo consiguió llevarlo a cabo; de hecho, aunque fuera un tema que yo ya había tocado y estudiado en su día, me seguía pareciendo algo sacado de la ciencia ficción antes de que comprobara con mis propios ojos su certeza.

Era consciente de lo que estaba ocurriendo y luchaba sin descanso para controlar esa otra parte de mi cerebro que había sido secuestrada por las frecuencias de Silvia, pero me fue imposible. Rompí en llanto como si la vida me hubiese abandonado en Atocha, la desesperación salía por cada poro de mi cuerpo sin dejarme respirar para recuperar el aliento, ya no sentía ni el dolor. Simplemente me quería morir.

Cogí fuerzas para enviarle un mensaje a mi madre y explicarle en pocas palabras lo muchísimo que la quería, ahí fue cuando vi que ella ya me había escrito porque tenía la certeza de que lo que salía en las noticias estaba más relacionado conmigo que con un ataque terrorista. «Ánimo, mi niña, podrás con ello». Ni esas palabras, que en otro momento me hubiesen dado fuerza, podían contra lo que tenía en mi mente.

Una profunda tristeza me invadió y no sabía cómo salir de ella. Una retahíla de ojalás surgieron de mi mente: «Ojalá pueda ver a Henry por última vez, solo por última vez. Ojalá Tony esté bien. Ojalá todos sobrevivamos a esto y ojalá Madrid vuelva a la normalidad». Me arrastré como pude hacia el lugar en el que Silvia estaba atrapada, no habían podido levantar la viga del todo y muchos de los que lo intentaron habían fallecido durante el proceso. Todavía seguía con vida y necesitaba que me dijera cómo parar esto. Estaba muy mal, tenía la pierna atrapada y no conseguía divisar la gravedad del asunto.

—Silvia, dime cómo puedo detener esto. —Le agarré del brazo.

—No lo sé. —Apenas le salía un hilo de voz.

—Tienes que saberlo, Silvia, piensa cómo frenarlo. —Mi cabeza iba a estallar—. ¿Ellos lo saben? ¿Chronos Pharmaceutics consiguió la cura? —necesitaba saberlo.

—Creo que sí. —Exhaló su último aliento y se murió.

Silvia había orquestado todo esto para dar con la cura de su investigación porque nunca llegó a averiguar cuál era la frecuencia sanadora ni la farmacéutica que estaba detrás de Manrique y que había robado su proyecto. Se había muerto la única persona que podía

sacarnos de esta situación que ella misma había creado. La farmacéutica diseñaba fármacos para enfermar a la población y hacerse ricos a costa de la salud de la gente y por eso ella había seguido experimentando para encontrar una solución, ajena a estas inmensas corporaciones. Pero no había logrado los resultados deseados, o al menos eso nos había contado.

En cualquier momento me iba a desmayar de tanta presión intracraneal como me estaba produciendo la frecuencia de aquel momento, no soportaríamos una sola ola más. Sandoval estaba cada vez peor. Apenas podía pensar con claridad las cosas cuando, de pronto, entre todo ese vórtice de horror, escuché los ladridos de Henry viniendo hacia mí. Lo veía a lo lejos olfatear por todos los lados, entre los escombros, sorteando las chispas que aún salían de los cables rotos, como un loco buscándome sin parar. Silbé como pude y enseguida vino hasta donde me encontraba como una bocanada de aire fresco. Me chupaba la cara al ritmo que su rabo se movía como ejemplo de felicidad.

—Henry… —Me puse a llorar sin que me parase de lamer la cara.

Entró con una especie de cascos puestos, pero que, al correr, se le cayeron. Lo abracé con todas mis fuerzas e intentó tirar de mí para llevarme fuera, pero en ese momento otro ultrasonido entró en juego. Era uno que yo no podía percibir, pero él sí. Comenzó a aullar y girar sobre sí mismo desesperado. Los perros sí son capaces de escuchar ciertos ultrasonidos al igual que el resto de personas. También escuché gritar a Sandoval a lo lejos. No creía que lo estuviese escuchando, pero algún efecto le estaba causando.

Me levanté y me tiré encima de Henry, le tapé los oídos, pero todo era inútil, no podía alcanzar los cascos que se le habían caído. Estaba sufriendo. Mi mejor amigo estaba sufriendo y yo no sabía qué hacer. Mi mejor amiga también lo estaba pasando muy mal. La respiración de Henry comenzó a acelerarse, su cuerpo empezó a temblar y él dejó de llorar para caerse a plomo en el suelo.

—Henry, Henry. —Le movía para que se despertase—. Henry, por favor, tú no. Henry. —Empecé a llorar encima de él—. ¡Henry!

El sonido paró por completo y a los pocos minutos los servicios de emergencia que estaban fuera en el operativo entraron a por Sandoval y a por mí para atendernos y poder mantenernos con vida al menos hasta que llegásemos al hospital. La enfermera que me vio fue la misma que estaba el día de los padres de Juan Fernando Salas. Yo estaba totalmente desolada, Henry no respondía y yo no podía más.

—Paula, míreme. —Me puso una linterna en los ojos—. ¿Cómo está? —Yo seguía llorando y en estado de shock.

—Vamos a llevarla al hospital, ¿de acuerdo? —Me pusieron en una camilla.

A Gutiérrez y Sandoval también los atendieron de inmediato y los inmovilizaron para poder trasladarlos.

—¡Paula! —escuché gritar a Susana—. ¿Cómo te encuentras? —Se acercó a mí con verdadera preocupación—. Fui hasta Chronos Pharmaceutics, pero no tienen la cura, nadie consiguió saber cuál era. Así que recordando todo lo que he estudiado al respecto le pedí a un amigo que interviniese las redes y pusiese música a cuatrocientos treinta y dos hercios y ¡ha funcionado!

Susana consiguió encontrar la frecuencia que revertía los efectos nocivos del estudio de Silvia. En el fondo Silvia siempre tuvo la respuesta, pero su ambición la cegó por completo al querer encontrar algo más allá de lo que nos ofrece el propio universo. La cogí de la mano porque no podía hablar tanto por el dolor que sentía dentro como por la mascarilla de oxígeno que me habían puesto. Señalé a Henry para que se hiciese cargo de él. Su cara denotó el mismo sufrimiento que yo había sentido cuando mi mejor amigo se cayó al suelo. Me agarró fuerte la mano, me dio un beso y dejó que me fuese.

—¿Dónde está Tony? —le pregunté a la enfermera mientras me mentían en la ambulancia.

—Está en el hospital, lo están operando —me contestó.

Apenas podía ver lo que había pasado en Atocha y en los alrededores, pero el humo, el silencio tan horrible que había en aquel momento y el rostro de la gente me revelaron que Madrid había sido sacudido por un dolor terrible. De pronto, una música que sin duda era sanadora comenzó a sonar en los altavoces de la capital. Esperaba y deseaba con todas mis fuerzas que ese sonido lograse curar a las personas que habían logrado sobrevivir.

Nos llevaron al hospital más cercano, aunque las urgencias estaban colapsadas por todo lo que había ocurrido en la ciudad mientras nosotros estábamos atrapados en Atocha. El doctor Atienza vino en cuanto pudo para atender personalmente a los miembros de la UIE y darnos el tratamiento adecuado.

Pasé toda la noche sin saber nada de nadie. Ni siquiera había podido contactar con mi madre para decirle que estaba viva. Fue la peor noche de toda mi vida sin lugar a dudas. No pude dormir pensando en todo lo que había ocurrido y en el desastre que se había producido en los últimos meses a causa de la avaricia de unos pocos. ¿Cómo podía ser posible que la gente fuese así? Era desalentador. A la

mañana siguiente, Susana vino a verme.

—Te he traído otro globo y una sorpresa —dijo sonriendo.

La regalé una sonrisa que aun sin ganas me salía sola cuando la veía. Pero esa sonrisa se terminó por convertir en un gozo enorme, porque un pequeño perro, moviendo la cola como si no hubiese un mañana, se abalanzó sobre mí.

—Henry —pronuncié su nombre y me eché a llorar como una niña pequeña.

—Cuando te fuiste, me quedé con él en el suelo. Pensaba que realmente se había ido, pero de pronto se puso a jadear y se levantó como si nada hubiese pasado. Le he llevado al veterinario y me ha dicho que sufrió un shock muy fuerte, pero que está bien. Henry está bien.

Mi alegría fue tan inmensa que nos fundimos los tres en un cálido abrazo hasta que mi madre entró por la puerta.

—Hija mía. —Me abrazó con todas sus fuerzas.

—Estoy bien, mamá, tranquila. Estoy bien.

—He cogido el primer vuelo que he podido, estaba tan preocupada por ti. —Lloraba.

Me contó cómo Susana y su padre habían contactado con ella para que viniese y contarle que estaba bien pero hospitalizada. No sé qué hubiese hecho sin Susana durante todo este tiempo.

31

Eddie consiguió intervenir y bloquear la señal de todos los puntos públicos que Silvia Sánchez-Arjona había manipulado con anterioridad. Le debía mucho a ese chico y sin duda me encargaría de que Paula y la UIE supiesen que gracias a él se pudo frenar todo. Además, cuando lo consiguió, le pedí por favor que pusiese la misma canción que salvó a Daniel Ortiz de los efectos nocivos del sonido, y así pudimos calmar la mente de muchas de las personas que habían sobrevivido a ese brutal ataque.

Cuando todo terminó, fui en busca de Paula. Los servicios de emergencia fueron mucho más rápidos que yo. Ninguno sabíamos con certeza si había algún superviviente dentro de Atocha y, aunque me daba pánico entrar, lo hice. En cuanto vi a Paula en una camilla corrí hacia ella, estaba viva. Sin embargo, a su lado estaba tendido Henry, que, al principio, parecía haber perdido la vida. Cuando se fueron, me quedé tumbada a su lado mientras le agarraba la pata.

—Henry…, despierta, por favor. No puedes haberte ido —le dije acariciándolo.

Los perros son mucho más fuertes que las personas. Son invencibles. Son los mejores. Deberían ser eternos y no es justo que su vida sea tan corta. Por suerte, empezó a jadear y se despertó. Solo fue un susto y estaba deseando salir de allí para que Paula lo supiese, pues se había ido creyendo que Henry había muerto en el último ataque.

Salí a por mi padre, quien seguía sano y salvo y ajeno a todo lo que había ocurrido porque no se había quitado los cascos ni un solo segundo, afortunadamente me hizo caso. Avancé hacia él y le di el mayor abrazo del mundo.

Madrid se había convertido en un escenario horrible en el que el silencio se había apoderado de la ciudad. Ni siquiera se escuchaba el sonido de las sirenas. El silencio cubrió todo durante un largo tiempo.

Los medios de comunicación por fin dijeron la verdad y destaparon la trama que Chronos Pharmaceutics y el coronel Manrique tenían entre manos. Arrestaron a los altos cargos de la farmacéutica y dejaron claro que había sido obra del coronel sin meter al Ejército de por medio. También se habló de Silvia Sánchez-Arjona y se avisó de que cualquier joven o persona que hubiese acudido a su consulta

como psicóloga pidiese ayuda. Al parecer tenía varias identidades y, gracias a las supuestas terapias que había hecho en privado, pudo continuar con el experimento a base de frecuencias y sonidos para ver cómo afectaban al cerebro. Muchas de las víctimas habían recibido tratamiento de Silvia y esa era una de las conexiones que nos podría haber llevado hasta ella. Manipuló el sonido de la FICLASI porque varios de sus pacientes asistieron a la misma. Lo tenía todo más que planeado.

Se acercó a la UIE a través de Paula y Sandoval para poder seguir desarrollando su estudio, aunque finalmente no le sirvió de nada porque dimos con ella.

Durante unos meses, la gente tuvo pánico de escuchar la radio o música en su casa. Se revisaron todas las comunicaciones de Madrid para tener la seguridad de que todo había terminado.

Mi padre y yo conseguimos dar con la madre de Paula para avisarla de que estaba bien y pedirle que viniese. Qué señora tan encantadora, no me extrañaba en absoluto que Paula fuera así.

Sandoval tardó unos días más en recuperarse porque seguía afectada por el estado de catatonia que había sufrido anteriormente. Gutiérrez se puso bien pronto, pero no volvió a la central hasta pasada una semana. Por primera vez en su vida necesitó descansar tanto la mente como el cuerpo. Y Tony… Lo que más dolor me provoca al recordar esa jornada, lo más horrible de aquello, fue la llegada al hospital donde estaban todos ingresados.

—Soy Susana Pacheco, de la UIE. ¿Dónde están mis compañeros? —le pregunté a la señorita de administración.

—Esto es un caos, no puedo atenderte ahora —me contestó.

—Necesito saber dónde están. —Se lo pedí con los ojos más que con las palabras.

—Tercera planta, no sé nada más.

Salí disparada con Henry. Había decenas de personas en los pasillos y los médicos parecían exhaustos de tantos pacientes a los que estaban atendiendo. Muchos de ellos se encontraban atados a la cama, pues seguían sufriendo las consecuencias del sonido, otros no paraban de llorar…

Al parecer, el doctor Atienza había acudido sin dilación al hospital cuando se enteró de que la UIE se encontraba allí y lanzó un protocolo de actuación que él mismo había diseñado para que el resto de sus compañeros sanitarios supiesen actuar ante una situación tan desconocida para todos.

Fui habitación por habitación. A la primera que encontré fue a Sandoval.

—Hola, ¿cómo estás? —le pregunté con todo mi cariño.

—Hola, mi niña. Bueno, no me encuentro muy bien. —Sonreía.

—Siento muchísimo todo lo que te ha pasado.

—No pasa nada, cielo, nadie tiene la culpa de esto. —Estaba muy afectada, pero mantuvo la compostura en todo momento—. ¿Cómo están los demás? ¿Has podido verlos? —me preguntó.

—Aún no, solo te he encontrado a ti.

—Pues venga, ve y me cuentas.

Qué mujer tan excepcional, nunca había conocido a nadie con tanta clase y tanto talante como ella. Tenía que estar totalmente destrozada por lo que había ocurrido. Ella sí se había enamorado del espejismo de Ana. Pasé entonces a la siguiente habitación y encontré a Gutiérrez hablando con varios agentes de la Policía Nacional.

—¿Puedo pasar? —dije desde la puerta.

—Por favor —me respondió tras despedirse de los policías.

—Gracias, Susana, sé que fuiste tú quien logró parar todo esto. Eres una auténtica heroína, no eres consciente de lo que has hecho. —Se me saltaban las lágrimas.

—Muchas gracias, comisario. Muchas gracias por la oportunidad y por todo. —Lo abracé.

Sentía un particular cariño hacia él, me parecía un hombre entrañable pese a ese aspecto de seriedad y elocuencia que siempre mostraba. Sin duda era uno de los mejores comisarios que este país podía tener y, pese a todo lo malo que pudo ocurrir, él siempre había dado la talla.

Seguí buscando a los demás con Henry, que rastreaba el olor de Paula. Por fin, la encontramos, pero parecía que estaba dormida y no quise entrar. Frené a Henry, que deseaba abalanzarse sobre ella de cabeza a toda costa. Pero Paula necesitaba descansar, así que decidí visitarla después y esperar a que su madre llegara en unas horas.

No encontraba a Tony por ningún lado y supuse que se habría levantado ya de la cama para buscar a Paula o algo por el estilo. Al menos eso era lo que quería pensar. Di con una enfermera muy agradable que tenía una lista de todos los pacientes de la tercera planta y, sin dudarlo dos veces, le pregunté.

—Hola, soy de la UIE, estoy buscando a un paciente.

—Dígame su nombre, por favor.

—Antonio Herrero. Alto, guapo, entró con una herida de bala.

Miró nombre por nombre con total atención. Sabía lo importante que era en aquel momento que cualquiera de las personas que preguntábamos tuviésemos una respuesta clara. Paró el bolígrafo que la ayudaba a marcar los nombres, cerró los ojos, suspiró y me miró.

—Antonio Herrero ha fallecido. No pudieron hacer nada por él. —Me tocó el hombro en señal de compasión y se alejó.

Me eché a un lado, apoyé la espalda en la pared y arrastré mi cuerpo hasta sentarme en el suelo. Lloré. No pude evitarlo. Mi padre vino corriendo hacia mí y me abrazó. Henry también lo hizo. Tony había muerto y yo sentía que me habían quitado a un hermano mayor. Pero lo que más me dolía era sentir el desconsuelo de Paula cuando se enterase. No sabía ni cómo decírselo.

Me quedé toda la noche en la sala de espera con mi padre y Henry. No quería moverme de allí ni un solo segundo por lo que pudiera pasar. Durante la madrugada deambulé por el hospital e intenté ayudar a los médicos y enfermeras, que no daban abasto con tanto paciente y síntoma. A la mayoría se les puso un tratamiento de musicoterapia que funcionó correctamente en casi todos los casos. Cuando amaneció, la madre de Paula me llamó para decirme que estaba en la entrada, así que bajé a por ella mientras mi padre y Henry seguían dormidos en una esquina de la sala de espera. La vi de lejos y, aunque no nos conocíamos, supe que era ella porque se parecía a Paula.

—Soy Susana —dije.

—Ay, cariño, gracias por llamarme. —Me abrazó.

No pude contener las lágrimas cuando lo hizo. Sentí que era mi madre la que me estrechaba entre sus brazos. Y simplemente necesitaba llorar. Porque estaba en esa situación en la que tenía tantas lágrimas guardadas dentro que, con un simple abrazo, salieron todas. Le conté como pude que Tony había fallecido y que Paula aún no lo sabía, pero que quería ser yo quien se lo dijese. Subimos a la tercera planta de nuevo y de camino cogí prestado un globo que andaba perdido para alegrarla de primeras. Todavía no sabía que Henry estaba vivo y eso le haría tan feliz como ver a su madre.

—Te he traído un globo y una sorpresa —le dije tocando a la puerta de su habitación.

Entonces Henry se abalanzó sobre ella. Qué felices eran juntos, se podía notar a kilómetros. Después entró su madre, quien se fundió en un amoroso abrazo con ella. Cuánto me habría gustado que la mía también hubiese estado ahí conmigo. Hablaron un rato y, cuando su madre me miró para expresarme que nos dejaba a solas, me acerqué a ella.

—Paula…, tengo que decirte algo. —La cogí de la mano.

—Dime. ¿Están todos bien? ¿Ha pasado algo? —Sospechaba que no traía buenas noticias.

—Verás, cuando trajeron a Tony para operarlo, había perdido

mucha sangre y… —Me eché a llorar.

—Y qué…, Susana. —Se incorporó.

—No han podido hacer nada por él.

Sus ojos comenzaron a humedecerse y la vena de su cuello se inflamó. La abracé con fuerza, su cuerpo estaba rígido sin poder moverse.

—Lo siento muchísimo. —No quería separarme de ella.

Estaba en un estado de shock absoluto cuando su madre entró y la abrazó con fuerza también junto con el calor que Henry le daba. No podía imaginar lo que sentía en esos momentos. Jamás lo había pensado porque nunca había tenido una pareja estable, pero estaba segura de que tenía que ser uno de los dolores más profundos que un ser humano pudiera llegar a sentir. Perder a la persona a la que amas con todo tu ser. Yo sí sabía lo que dolía perder a una madre. Otro dolor absolutamente inexplicable, supongo que todos lo son.

La pérdida de Tony supuso un antes y un después en la UIE y en España. Se le hizo un entierro solemne y oficial por su servicio y sus méritos tanto en el cuerpo de la Policía Nacional como en la UIE. Todos los presentes en aquel momento sufrieron con Paula y todos supimos que la UIE nunca sería lo mismo sin él. Ella, arropada por su madre, Sandoval y Gutiérrez, dejó claro una vez más el tipo de mujer que era, fuerte y humana a partes iguales.

La UIE obtuvo todavía más protagonismo nacional y se extendió su buen hacer por el resto de España, con Paula Capdevila como primera directora de operaciones de la unidad. Gutiérrez decidió ascenderla y darle la responsabilidad y el lugar que en verdad se merecía. Sandoval continuó como forense y yo entré como criminóloga en cuanto terminé la carrera. Dejé Periodismo.

Gracias a este caso aprendí una valiosa lección: por más que los humanos intentemos destruirnos constantemente bajo la avaricia, el poder y el dinero, el universo es quien en realidad nos va a ofrecer siempre la cura para todo.

Agradecimientos

Qué sería de la vida si no agradeciésemos siempre que podamos todas aquellas bonitas cosas que nos ocurren y a todas aquellas bonitas personas que nos ayudan en el camino.

Agradecida siempre a todo el equipo de Suma de Letras por confiar en que puedo seguir llenando folios en blanco y contarle al mundo una historia nueva.

A mi familia, la que siempre tiene una duda razonable, una inquietud constante y una curiosidad infinita. Esto es vuestro. Seguimos caminando juntos y esquivando la cordura.

A todas las personas que se encuentran detrás de una pantalla y ahora de un libro, apoyándome y brindándome su cariño y su lealtad.

Agradecida con los que sentís la necesidad de encontrar la verdad oculta y habéis decidido quedaros al lado de Paula.

Mamá, una vez más mi agradecimiento especial es para ti. Por haber construido siempre un castillo para nosotros en el que fuéramos felices y cumpliésemos nuestros sueños. Este sueño es más tuyo que mío.

Gracias, Laura. Por seguir acompañándome en este viaje tan maravilloso y continuar eligiéndome cada día. Gracias infinitas por ser mi cómplice vital. Tú eres mi amor.

Y, por último, gracias a ti por quedarte hasta esta página y haber leído hasta el final. Ojalá guardes este libro con el mismo cariño con el que lo he escrito.

Gracias, de todo corazón.

Tati Ballesteros

Una fiesta clandestina silenciosa en una nave abandonada.
Varias muertes en cadena. Una joven que lo ha visto todo.
Un nuevo caso para la criminóloga Paula Capdevila.

Susana se considera una joven inusual. No suele acudir a fiestas, sus hobbies son más tranquilos. Sus amigos le han comprado una entrada para la próxima famosa FICLASI, Fiesta Clandestina Silenciosa en una nave abandonada a las afueras de Madrid. Lo que podría ser una noche de fiesta se convierte en una pesadilla cuando una chica se desploma después de arrancarse los auriculares de los oídos, ha muerto.

Ese será el primer escenario de una cadena de extrañas muertes que pondrán en jaque a la Unidad de Intervenciones Especiales lideradas por Paula Capdevila, que se enfrenta a una mente criminal anómala. Capdevila será la responsable de atrapar a un asesino en serie que mata de forma invisible y, sin pretenderlo, la joven Susana será una pieza vital para desentrañar el puzle sangriento.

Después de la publicación de *Doce metros*, la escritora Tatiana Ballesteros,nueva voz del thriller psicológico, regresa con El baile de las estatuas, una novela atípica y original que parte de una técnica de experimentos nazis y envuelve al lector en una sinfonía de matices perversos. Una historia arrebatadora y hostil en la que el tiempo

siempre actúa como factor en contra.

Un thriller silencioso que resulta atronador.

Tatiana Ballesteros (Segovia, 1992) es licenciada en Criminología y máster en Psicología Clínica, Psicoterapia y Psicopatología, entre otras especialidades. Tras poner en práctica sus conocimientos de criminología en diferentes ámbitos laborales, se dedicó al mundo de la producción audiovisual, y en la actualidad es la directora de coordinación de Los Galardones La Alcazaba, dedicados al cine, la televisión y la música. Pero Tatiana Ballesteros siempre ha tenido un talento especial para la escritura; por ello en 2019 se autopublicó su primera novela, *La Locura de lo eterno*, en Universo de Letras. En 2021 dio el salto a la fama con un vídeo que sacudió a toda la población, y hoy su contenido en redes sociales tiene una gran repercusión. En 2022 lanzó su primera novela en el género del thriller, *Doce metros*, de la mano de Suma de Letras. *El baile de las estatuas* es su segunda novela.

Primera edición: septiembre de 2023

© 2023, Tatiana Ballesteros
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Dirección de arte: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis
Diseño de portada: José Luis Paniagua
Imagen de portada: © Ammentorp - 123rf / Atlantios - Pixabay / Jannis Lucas - Unsplash

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-912-9813-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El baile de las estatuas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Tatiana Ballesteros

Créditos